INSULA

Nos 164-165

Julio-agosto 1960

Año XV Núms. 164-165

Redacción y Administración:
Carmen, 9 - Tel. 22 14 66
MADRID (13)

REVISTA BIBLIOGRAFICA DE CIENCIAS Y LETRAS

DIRECTOR: *ENRIQUE CANITO* SECRETARIO: *JOSE LUIS CANO*

Semestre: 80 pesetas.
Suscripción anual: 150 ptas.
Precio de este núm., 30 ptas.
Extranjero (año): $ 4
Aparece el 15 de cada mes
Depósito Legal. M. 210-1958

SEP 21 1960

GREGORIO MARAÑON

por PEDRO LAIN ENTRALGO

El primer sentimiento de quien se acercaba a Marañón por alguna de las muchas avenidas que de él arrancaban y a él conducían, era la admiración. El enfermo en busca de ayuda médica, el lector de sus trabajos científicos, sus libros históricos y sus ensayos, el oyente de sus conferencias, el degustador de su conversación, el mero visitante de su casa, todos se sentían inconteniblemente movidos a admirarle. Cada una de esas actividades suyas poseía rara perfección específica, y de todas ellas eran común indumento la sencillez y la elegancia, las dos virtudes adjetivas en que el verdadero egregio muestra realmente serlo. Y puesto que ahora le recuerdo en las páginas de una revista literaria, dejad que me demore un poco inquiriendo cómo la prosa de Marañón poseía su singular, elegante, sencilla eminencia.

Respecto de la realidad a que se refiere, la prosa puede ser, en principio, una de estas dos cosas: marco o piel. Marco es, antes que cualquier otra cosa, la expresión de los prosistas en la segunda mitad del siglo XIX; marco que unas veces causa sobrecogimiento, como esas cornucopias que decoraban las mansiones de antaño, y otras lúdica y envolvente delicia. Recordad a Castelar y Echegaray, recordad a Pereda y Valera. Pero con los escritores que tópicamente llamamos «del 98», lo que hasta entonces era marco se convierte en piel. El prosista se esfuerza ahora por conseguir que sus palabras sean tenue y vivaz revestimiento expresivo de la realidad descrita; con lo cual la penetración del lector en la almendra sustantiva de aquello que lee se hace más directa, profunda y eficaz; a la postre, más poética, porque sólo a favor de cierta «poesía»—intelectual o sentimental, adivinatoria o emotiva—puede el espíritu humano acercarse al fondo de la realidad.

Cada uno de los grandes prosistas de nuestro siglo—Unamuno, «Azorín», Baroja, Valle-Inclán, Ortega, Ors, Antonio Machado, Gabriel Miró, Juan Ramón Jiménez, Gregorio Marañón—ha tenido su peculiar manera de revestir de tensa piedad viviente, taraceada o desnuda, según la ocasión y el escritor, el mundo exterior y el mundo íntimo a que él quiso dar forma verbal; y dentro de esa excelsa pléyade, tan alto como cualquiera de quienes la componen, el gran escritor que hasta ayer mismo nos regalaba a todos su vida y su amistad. Mil veces se nos ha dicho que la clave más propia del estilo de Marañón es la claridad, la sobria, luminosa y fluyente transparencia con que deja ver el pensamiento de su autor y, por tanto, la realidad visible o imaginada de que ese pensamiento es personal trasunto; y con no menor reiteración se ha añadido que esa tan bien lograda claridad manifiesta la radical vena mental de médico y hombre de ciencia que en nuestro escritor había. Todo ello, por supuesto, es obvia y flagrante verdad, pero verdad muy preliminar y genérica. Aspiró Marañón a que la claridad de su prosa no fuese fulgor, sino lumbre cernida y matizadora: «como la luz de la penumbra—tales son sus palabras—, que no hiere ni fascina, y es la que verdaderamente alumbra». «Tinieblas es la luz donde hay luz sola», enseña en su cima central uno de los más hermosos sonetos de don Miguel de Unamuno. Pero es el caso que Marañón, con su prosa, no pretendía solamente ver y hacer ver, *theorein,* a la manera de los antiguos griegos. La teoría, la contemplación austera de la verdad, era uno de sus fines, no su fin único. Más ambicioso que los clásicos de la pura especulación, el escritor Marañón quería siempre que sus lectores comulgasen activa y personalmente con él en la posesión de la realidad o la posibilidad latentes bajo la limpia y clara piel de sus palabras. Comunión y posesión, no sólo delectación contemplativa. Y quien aspiraba a tanto, ¿podía contentarse dotando a su prosa de bien medida claridad?

Ni Marañón se conformó con tan poco, ni hizo una prosa meramente diáfana y elegante. «La claridad es la cortesía del filósofo», escribió Vauvenargues; «la claridad no pasa de ser la cortesía del filósofo», podría replicarse. La comunión posesiva a que antes me he referido exige que la expresión verbal incite intelectual y emocionalmente la personal actividad de quien la oye o lee; y Marañón, que lo sabía muy bien—con ese saber no aprendido de los verdaderos maestros—, acertó a lograrlo mediante tres principales recursos: dos materiales o de contenido, la visión imprevista y el choque emocional, y uno formal y metódico, el apuntamiento sugestivo. Recordad una página de Marañón. El fino y transparente regato de sus líneas va mostrando con nitidez el pensamiento del autor. De pronto, un punto de mira insospechado, y desde él la novedad incitante de un paisaje entrevisto y prometedor. Poco más tarde, suscitado por una frase idónea, el leve y gustoso sobresalto de una emoción que nos ensalza sin contorsión ni desgarro. Y todo ello sin el opresor ejercicio de una voluntad exhaustiva, sólo apuntado y propuesto, para que el lector, poniendo algo de su parte, comulgue personalmente con el autor, y uno y otro, aquél con lo que adivina, éste con lo que dice y sugiere, caminen juntos en la tarea de poseer mancomunadamente la realidad o la posibilidad a que la prosa aludía. Si se me permite la ruda fórmula jurídica, diré que la lectura de la prosa de Marañón es siempre un placiente e inacabado ejercicio de condominio, y ésta ha sido la clave decisiva de su inmensa fortuna entre las gentes más diversas. Leyéndole, Marañón nos ofrece constantemente la espléndida posibilidad de enriquecernos y ennoblecernos con trabajo, pero sin esfuerzo; con meditación, pero sin aspaviento. Muy pocos habrán igualado su redonda perfección en la práctica de tal virtud intelectual.

Me pregunto si esta peculiaridad estilística, tan entrañablemente radicada en el alma de don Gregorio, no permitirá, a la vez, entender sin violencia una cuestión que con apariencia contradictoria rueda por la haz de sus escritos: Marañón—el escritor, el hombre de ciencia, el pensador Marañón—¿fué clásico o romántico? Neoclásicos, muy «siglo de las luces», fueron su espíritu académico, tantas veces por él proclamado, y su hondísima dilección por Feijóo y por Gaspar Casal; románticos, por contraste, su amor al siglo XIX, su concepto del corazón humano y el sentido de una gran parte de su vida pública. ¿Por qué no concluir que esa estrecha rotulación dicotómica no podía dar cuenta suficiente de su opulenta existencia espiritual? ¿Por qué no ver más bien el alma de Marañón como la coincidencia armoniosa de un emocionado apetito de orden y claridad, que esto y no otra cosa fué el Marañón académico, y el esclarecido y ordenado apetito de emoción sobrerracional que fué nervio y espuela del Marañón artista?

Con esta eximia manera de trabajar la prosa puso Marañón fina piel limitante y expresiva a la materia de su obra escrita. Materia, todos lo saben, de verdad ingente y diversa. Pero aun siendo tan fabuloso el elenco de sus publicaciones—no menos de mil doscientos ochenta y siete títulos recogía un índice bibliográfico de 1952—, es posible ordenar los temas de todas ellas bajo tres rúbricas principales: la enfermedad y su curación, España, la dignidad humana. Quede aquí sin comentario la tan importante obra médica de nuestro compañero: quede ahora no más que aludido—pronto reaparecerá, mirado a otra luz—el prodigioso tributo literario de este gran escritor a la tierra, los hombres y el pasado de su patria; queden, en fin, sin mención expresa y pormenorizada—entre lectores españoles no es necesaria—, los títulos de los libros y ensayos, tan capitales en su obra, que él consagró al tema de la dignidad humana. Mas no quiero dejar sin breve glosa este último epígrafe, porque el modo de concebirlo Marañón ilustra muy bien su calidad espiritual de humanista cristiano. La dignidad humana no fué para él, como para los humanistas del Renacimiento había sido, la simple eminencia ontológica y operativa del hombre en la ordenación del cosmos, y tampoco mera respuesta polémica contra la tan creciente tendencia filosófica y literaria a subrayar cuanto de abyecto y fugitivo hay en el ser humano, sino capacidad ilimitada para la invención de deberes y posibilidad de sentir y cultivar en la propia alma alguna de las vocaciones que él llamaba «del amor». Deber inventado, vocación de amor: decidme si en la obra humanística de Marañón hay dos temas más reiterados y característicos, más «marañonianos».

He hablado del escritor y he aludido al conferenciante y al maestro. Pero antes he dicho y repetido lo que todos saben: que Gregorio Marañón no fué sólo escritor y académico; que también fué gran médico, y gran biólogo, y gran profesor, y gran historiador, y buscador incansable de la obra de arte, y hombre siempre atento al menester y a la historia de su pueblo, y—en alguna medida—hombre de mundo; y he dicho también que el sentimiento primero de quien entraba en personal contacto con cualquiera de estas actividades de nuestro compañero era y tenía que ser siempre la admiración. Lo cual vale tanto como afirmar que el sentimiento segundo que suscitaba la persona de Marañón, cuando se la contemplaba en su integridad, no era simplemente la admiración, era el pasmo. Muy conmovidamente nos lo recordaba, hace muy pocas horas, Dámaso Alonso. Pasmo. ¿Cómo era humanamente posible que un solo hijo de Adán llevase de frente tal copia de actividades, y todas ellas con tan rara perfección específica? El hombre

(Pasa a la página 22.)

Marañón paseando por Toledo.

SUMARIO

HOMENAJE A MARAÑON

Vicente Aleixandre: *Ojos Humanos.*—José Luis Cano: *Un recuerdo personal.*—G. Díaz Plaja: *Marañón y Cataluña.*—Ricardo Domenech: *Ideas de Marañón sobre los jóvenes.*—D. García Sabell: *Españoles mal entendidos: Marañón acotado.*—Ramón de Garciasol: *Correo para la muerte.*—Teófilo Hernando: *Marañón maestro.*—Pedro Laín: *Gregorio Marañón.*—Jorge Mañach: *Visita a Marañón.*—Juan Rof Carballo: *La superficie de fractura.*—José María de Sagarra: *Homenaje a Marañón.*—*Marañón en sus textos.* Julián Marías: *Gregorio Marañón.*

José Luis Cano: *Entrevista con Aquilino Duque: Los libros del mes.*—C. Charensol: *Entrevista con Jean Cocteau.*—Ricardo Domenech: *Casticismo y cosmopolitismo.*—Ricardo Gullón: *Juan Ramón de viva voz.*—A. Martínez Adell: *Carta de Londres.*—J. María Moreno Galván: *El equipo 57.*—Manuel Rabanal: *Los chicos.*—Derek Traversi: *La Poesía de T. S. Eliot* (II).—J. A. Valente: *El arte del estado y el arte de la persona.*

UN DESCONOCIDO: MALCOLM LOWRY

Un desconocido que es muy probable no tarde mucho en ser famoso. El número que acaban de consagrar «Les Lettres Nouvelles» a Malcolm Lowry—julio-agosto—, es una excelente contribución al conocimiento de este escritor inglés casi desconocido—en España, totalmente—, pero que ya tiene, como Joyce o Proust en su momento, una pequeña minoría de entusiastas idólatras. Malcolm Lowry nació en Birkenhead, en el Cheshire, el 28 de julio de 1909, y murió hace tres años en Ripe, Sussex. Todo su prestigio de escritor lo debe a un solo libro, *Under the Vulcano*, una novela cuya redacción le costó catorce años de trabajo. Lo había comenzado hacia 1930 en Noruega, pero el manuscrito—que ya se había salvado milagrosamente del incendio de la casa del escritor, en la Colombia Británica, en el Canadá—fué rehecho muchas veces. La última versión del manuscrito se perdió en un bar de Méjico, en cuya ciudad vivió Lowry dos años, pero fué recuperado por un amigo del autor. Finalmente, Lowry dió por terminado el manuscrito en la Navidad de 1944, al borde del lago Ontario. Entre tanto, se había separado de su primera mujer, a quien había conocido durante un veraneo en España, y se había casado en segundas nupcias, en 1940, con una americana, Margerie Bonner, con la que se instaló en un pueblecito de pescadores de la costa canadiense. En 1947, *Under the Vulcano* fué publicada en los Estados Unidos por la editorial Raynal, con bastante éxito de crítica, y en 1950 apareció la primera versión francesa, que publicaron las Ediciones Correa, y que algunos críticos franceses acogieron con entusiasmo. Max Pol Fouchet ha escrito que «desde Joyce, desde Faulkner, no ha dado la literatura nada tan importante, que vaya tan lejos y tan hondo». El tema de la novela—un alcohólico que se debate contra fantasmas y remordimientos, contra el destino y contra sí mismo—ha sido objeto de múltiples interpretaciones por los críticos. Max Pol Fouchet ha visto en ella un contenido faustiano, y un fondo cabalístico. Y el propio Malcolm ha reconocido que su intento era hacer una primera parte de una *Divina Comedia* de la ebriedad. El protagonista, el cónsul Geoffrey Firmin, es, en realidad, un trasunto del autor, quien durante bastantes años vivió entregado a los paraísos alcohólicos.

El número de «Les Lettres Nouvelles» contiene interesantes estudios sobre la personalidad y la obra de Malcolm Lowry, firmados por Clarissa Francillón—autora de la versión francesa de *Under the Vulcano*—, Max Pol Fouchet, Genevieve Bonnefoi, Jean Roger Carry, Anton Myrer y Stephen Spried, este último colaborador inglés en la versión francesa. Presenta el número Maurice Naudeau, director de «Les Lettres Nouvelles» y uno de los mejores críticos literarios franceses de hoy.

«EUROPA LITTERARIA»

Confesamos que nos agrada el título de la nueva y espléndida revista que ha comenzado a publicarse bimestralmente en Roma, dirigida por Giancarlo Vigorelli. La idea de una unidad europea, de una Europa unida, ha de comenzar, en el plano de la inteligencia, por derrumbar fronteras culturales y literarias. El espíritu—se ha dicho mil veces—no conoce fronteras, y si alguna puede alzarse a causa de la lengua, el viejo y delicado arte de la traducción puede y debe acudir a salvarla. Ese propósito de un encuentro de literaturas, de una rencontre de las letras modernas de los diversos países de Europa es el que alienta en las páginas de "Europa Letteraria", la gran revista cuyos dos primeros números tenemos a la vista. Nombres ilustres de la literatura europea contemporánea se encuentran en ellos, simbolizando ese ideal de una Europa sin fronteras, al menos sin fronteras culturales, que el escritor debe exigir siempre: nombres como los de Huxley y Lawrence, Chejov y Carlo Levi, André Breton y Lawrence Durrell, Diego Fabbri y Umberto Saba, Quasimodo y Guido Piovene, Jorge Guillén y Dylan Thomas, Corrado Alvaro y Bertold Brecht. Una inquietud, una preocupación espiritual y un gusto por las nuevas literaturas europeas, las más y las menos conocidas, presiden las páginas de "Europa Letteraria", expresión de un nuevo humanismo europeo que no debe ser desoído.

NUESTRO HOMENAJE

En nuestro número de abril, recientísima la tremenda noticia de la muerte de Gregorio Marañón, anunciábamos ya este número-homenaje que Insula *debía a quien fué no sólo un español preclaro en ciencias y en letras, sino un querido colaborador de nuestras páginas y un fiel amigo de* Insula, *como lo demostró en los momentos peores para nuestra revista. En nuestro comentario de abril ya expresamos nuestro profundo dolor por su muerte, y dijimos la enorme pérdida que ésta representaba para España. Pues no sólo hemos perdido, decíamos entonces y queremos repetir ahora, al médico eminente, al hombre de ciencia y al escritor extraordinario, ensayista, psicólogo, biógrafo e historiador de gran clase, sino a un gran liberal: al humanista luchador por la cultura y la tolerancia en nuestra patria, por la comprensión y la convivencia entre todos los españoles, por el respeto a las ideas ajenas. España era para don Gregorio un amor y una preocupación, y con ambos vivió hasta su última hora.*

En estas páginas hemos querido dejar constancia de nuestro cariño y nuestra admiración por la figura inolvidable de don Gregorio. Insula *se honró siempre con sus colaboraciones, y ahora se honra, doloridamente, al consagrar a su memoria este número extraordinario. Nuestra gratitud a quienes han hecho posible, con su contribución al homenaje, estas páginas, y nuestra gratitud también a Gregorio Marañón Moya, a cuya amable cortesía debemos el haber podido ilustrarlas.*

PIERRE EMMANUEL

NADA (1)

Mi dios, que está infinitamente ausente
de las montañas, los ríos y los árboles,
del mar y el cielo y los ojos que los crean
y de los astros donde los pensamientos nacen
y de la vida, la muerte y de la ausencia.

Mi dios que por doquier está infinitamente
en ojos sin mirada, manos que no se extienden,
almas deshabitadas desde siempre,
claridades vacías y verdes de silencio,
donde jamás se llega por nacimiento o muerte.

Mi dios presentimiento de mi gozo cautivo,
fruición y libertad pura en la nada,
jamás, jamás mi cárcel en ti es bastante dura,
jamás, jamás, mis párpados maduros
para apresar la sombra de tu nada.

Mi dios.

(De «Jour de Colère». Traducción de Jaime Ferrán.)

(1) En español en el original.

MALLARME Y LA POESIA ESPAÑOLA

En un artículo publicado en el diario ABC—número del 30 de junio—con el título de "Foxá, espejo de nobleza", afirma su autor que los poetas españoles viven desde hace tiempo del cuento..., del cuento de Mallarmé, acuden en seguida a la Academia—pecado, por lo visto, gravísimo—y se pirran por un uniforme. Así como comprendemos la fidelidad del distinguido periodista que firma ese artículo a la memoria de Agustín de Foxá, que fué uno de los más brillantes colaboradores de su periódico, no llegamos a entender, en cambio, los motivos que le han impulsado a dedicar a los poetas españoles vivos esas palabras malhumoradas y despreciativas, ni qué relación pueda haber entre la prisa por la Academia, los poetas que ya en ella están, y Mallarmé. La verdad es que a esos poetas, maestros hoy de las nuevas generaciones, y a sus compañeros de generación—hablamos de la generación del 25—se debe en gran parte el que la poesía española contemporánea tenga hoy el prestigio que posee, y que universalmente se le reconoce. Y ello sin seguir a Mallarmé y sin uniforme alguno. Decir que los poetas españoles, estén o no en la Academia, viven del cuento de Mallarmé—con la única excepción, por lo visto, de Agustín de Foxá—, es lo mismo que afirmar que los periodistas de hoy viven del cuento de Mariano de Cavia, por citar a un clásico del periodismo. Mallarmé es ya un clásico de la poesía francesa, como lo es Góngora—autor de poemas tan difíciles como los de Mallarmé—de la poesía española. Y de igual modo que don Luis Calvo—autor del artículo que comentamos—está hoy muy lejos de Mariano de Cavia, los poetas españoles vivos, académicos y no académicos, han estado siempre muy lejos, y hoy lo están mucho más, de la poesía de Mallarmé. Desde hace medio siglo, gracias a dos grandes generaciones poéticas, la del 98 y la del 25, la poesía española tiene su propio y personal camino, y no ha necesitado ir a buscar en Mallarmé su fuente de inspiración.

«EL GUADALHORCE»

El Guadalhorce» es una librería anticuaria malagueña, regida por un poeta, Angel Caffarena Such, sobrino de un gran poeta malagueño, Emilio Prados, *a quien tanto debe la tradición de la más bella tipografía poética. Pero "El Guadalhorce" no se limita a vender libros raros y curiosos—una buena parte de ellos relacionados con Málaga—y a anunciarlos en interesantes catálogos ilustrados, sino que, además, se ha lanzado a una aventura editorial de indudable interés: una colección de libros raros y curiosos de Málaga en pulcras ediciones facsímiles. La colección se ha iniciado con un famoso libro malagueño, hoy inencontrable: el del Padre Martín de Roa que lleva por título* Málaga. *Su fundación. Su antigüedad eclesiástica y seglar, libro impreso en Málaga por Juan René en 1622. Se trata de una curiosa historia de la ciudad de Málaga desde sus más remotos tiempos hasta la época de los Reyes Católicos. Para los malagueños y para los bibliófilos en general la publicación de esta bella edición en facsímil del libro del Padre Roa es una novedad sugestiva, que inicia con éxito la aventura editorial de "El Guadalhorce". Otros proyectos interesantes acaricia Angel Caffarena, entre ellos—y aunque todavía es un secreto nos permitirá que lo revelemos a nuestros lectores—la publicación de una antología de poetas malagueños contemporáneos. Excelente idea, que será muy bien acogida por los lectores de poesía, no tan escasos como se cree.*

LA SUPERFICIE DE FRACTURA

por

J. ROF CARBALLO

ALGO que quizás no sabremos nunca definir con acierto ha ocurrido en España al morir Gregorio Marañón. Todo hombre es inseparable, en su realidad más profunda, de la prieta textura que forma con el resto de las gentes, con las que con él conviven y con las que ya fueron, allá en la lontananza de la historia. Nos forzamos a la idea de que al desaparecer una persona insigne deja un «hueco»; y con cierta angustia tratamos de llenarlo con comentarios y con homenajes. En realidad, la muerte de un hombre como Marañón es como la ruptura de una trama, de la trabazón que formaba con los demás. Es inútil que hurtemos al suceso nuestra propia realidad, limitando nuestra participación en él al duelo o a la admiración, por profundos y sinceros que ambos sean.

La muerte actúa como un geólogo con su martillo al golpear la roca. Obtiene así un fragmento que permite descubrir, en la superficie de fractura, la estructura auténtica, antes escondida. Fué fácil que casi todos apreciaran, en la muerte de Gregorio Marañón, con más claridad aún que durante su vida, la noble arquitectura de su figura, en el momento en que ésta, de manera definitiva, se incorporaba a la Historia. Mas echemos también una ojeada sobre el otro fragmento, sobre la superficie herida, sobre ese haz que ha quedado por unos momentos al descubierto, en virtud de su muerte, en el ser que formamos todos, en el alma colectiva.

Algo si se quiere sutil, pero de realidad profunda e incuestionable, ha ocurrido en el alma hispánica en esos días, algo que, de pronto, pareció ennoblecer a todo el ser de la nación. Por un lado era evidente que nuestro caudal, nuestra riqueza, habían sufrido grave quebranto. Pero a la vez, podía atisbarse, en la gravedad de las gentes, en sus actitudes, doloridas, serenas, el brillo remozado de una sensibilidad no entumecida y una vieja fuerza que el dolor despertaba.

En muchos escritos de Marañón sale a la luz, sin embozo, su ser más íntimo. Pero creo que en pocos como en un texto que tengo ante mis ojos: su intervención en unas conversaciones que «sobre el porvenir de la cultura» organizó en Madrid, en mayo de 1933, el Instituto internacional de cooperación intelectual. Entre otros muchos intelectuales de distintos puntos de Europa intervinieron en ellas: Haldane, Julio Dantas, García Morente, Madariaga, Jules Romains, Madame Curie, Unamuno y Paul Valery. Todos ellos dijeron cosas agudas y brillantes sobre el posible desarrollo de la civilización en el futuro, sobre los peligros que acechan al intelectual en la cultura del porvenir y sobre la existencia de un código universal de valores.

En el ilustre cónclave de intelectuales habla un Marañón que—tengámoslo presente—frisa entonces la cuarentena; pocos habría en el grupo más jóvenes que él. No obstante, la lección que a todos da es admirable. Para Marañón la cultura no está, como los demás piensan, en trance de perecer; sus aparentes pecados son sólo pecadillos de juventud. «Los hombres de hoy son como los de todos los tiempos; somos víctimas—dice—de un error de perspectiva al creernos el eje de la historia.» Su relativismo histórico es absoluto; no hay forma posible de que nos imaginemos cómo será la cultura del futuro. Desde luego «inexorablemente más profunda y más eficaz que la nuestra».

Veintiséis años después, en un sustancioso discurso pronunciado ante sus compañeros de estudios, al celebrar las bodas de oro de su promoción, va a repetir: Es falso que cualquier tiempo pasado fue mejor; por el contrario, «el pasado ha sido peor porque el presente, si prescindimos del sueño de nuestra juventud.» La raíz profunda de este optimismo de Marañón es mucho más trascendente y compleja de lo que han creído quienes en la clínica se lo criticaron.

Marañón disiente de sus ilustres compañeros de conversaciones: el progreso mecánico, pese a todo, no va a perjudicar al desarrollo de la cultura; siempre el balance acabará por ser positivo. Veintiseis años más tarde dirá a sus compañeros que el Seguro de enfermedad, es cierto, nos coge «con los huesos duros» y «las perspectivas psicológicas ya hechas». Pero es un hecho trascendente y hay la obligación de hacérselo comprender así a las generaciones futuras, ya que lo mismo sucedió con la medicina experimental que su generación había visto nacer. En ambos casos Marañón no vacila en marchar a redropelo de la opinión dominante; demuestra así que ni sus huesos ni sus perspectivas psicológicas sufren de anquilosis. Los conversadores de Madrid, en 1933, expresan su congoja de que situaciones políticas que entonces iniciaban su auge podían poner en peligro la esencia de la cultura, Marañón, sin dolerle prendas, les contesta:

> «Los intelectuales de nuestra índole que más que crear gobiernan la cultura, son culpables de un pecado común a todas las aristocracias, pecado que es menester reconocer en la hora solemne de las confesiones, a saber: la vanidad. Esta vanidad ha disminuído, sin duda alguna, la eficacia de los hombres inteligentes, sobre todo en los últimos años de la historia. Por ello es útil, de vez en cuando, que éstos hombres inteligentes reciban la lección fecunda de sentirse humillados por los menos aptos...»

Marañón reconoce que estos movimientos son «realizados por ignaros o por intelectuales fracasados que se rodean de la parte de la sociedad más hostil al progreso de la cultura y en ella se apoyan. Es la lucha de la envidia contra la vanidad». Es evidente que Marañón sabe, en ambas ocasiones, ante los intelectuales europeos y ante sus compañeros de promoción, veintiseis años más tarde, elevar la mirada sobre el horizonte, y por ello problemas que habitualmente son empequeñecidos, son vistos por él en perspectiva histórica y trascendente.

Es curioso que ya en esta intervención suya sobre el destino de la cultura de Occidente, Marañón hable del dolor como clave indispensable del progreso. «Creo—dice—en la necesidad del dolor como fuente de progreso.» Antes, García Morente, en aquellas mismas conversaciones, se había preguntado qué nueva preocupación podría reemplazar en el progreso humano a la conquista de la libertad del individuo que, durante siglos, confiriera su sello a la cultura occidental. Marañón, sin vacilar, responde que esta preocupación no puede ser otra sino «la liberación del dolor físico, del dolor del individuo y de la especie, que constituye una verdadera esclavitud».

Debió haber sido para Marañón, como para todo médico, experiencia crucial de su vida haber compartido el dolor del prójimo en aquellas «epidemias mortíferas de viruela, de tifus exantemático, de tifoidea, de meningitis cerebro-espinal» a las que como médico del vetusto Hospital General madrileño tuvo que asistir, y que «hoy apenas conocen los estudiantes mas que por los libros» (1). «El hombre que no se revela contra el dolor—afirma ya en 1932—es un hombre carente de sentido vital y sin eficacia para el progreso. Mientras el progreso siga su marcha, la humanidad sufrirá y luchará para no sufrir. Y el día en que se llegue a esta liberación los hombres podrán temer (esta vez justificadamente) la llegada del Antecristo y el fin de la especie que sobrevendrá, sin duda, en el momento en que reine en el mundo la felicidad absoluta» (2).

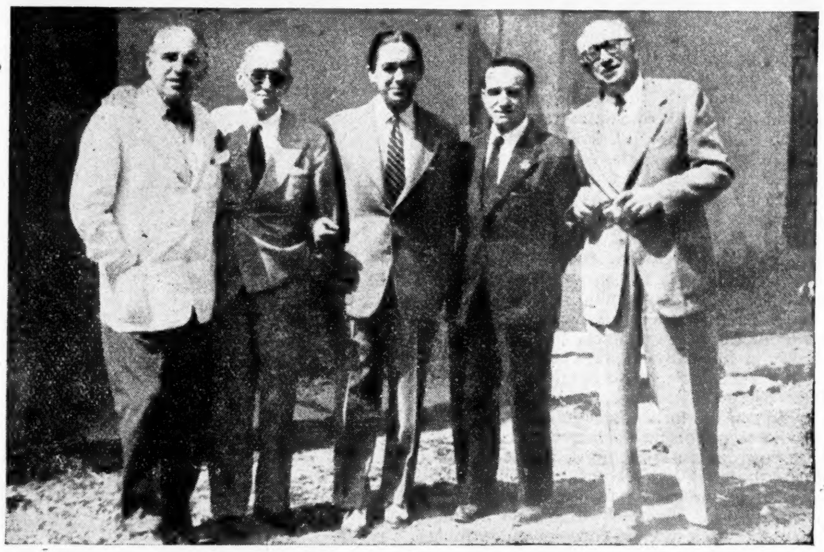
He aquí pues que, para Marañón, el dolor es clave esencial de toda cultura. «La eficacia del sufrimiento reside en que mantiene viva la lucha para evitarlo y que tras él el alma queda despierta y permeable a todas las conquistas.» Pero, al propio tiempo, el dolor debe ser combatido, y es despreciable el hombre que contra el dolor no se rebela. Por eso, pese a sus graves inconvenientes de esa medicina de hoy, con su dureza, con la escasez del amor al individuo (3), Marañón no puede olvidar que esta medicina es la misma que ha vencido a las infecciones, que ha realizado progresos mil, increibles y, sobre todo, que vence al dolor. Pues en efecto, no sólo en la anestesia, no sólo en los fármacos contra el sufrimiento, sino también, pensémoslo ¡cuántas noches de insomnio y de tortura no ha ahorrado a las madres el empleo de un antibiótico! Marañón se nos presenta aquí, lo mismo que en muchas otras facetas de su obra, como un moralista. Lo hizo notar Laín, a raiz de su muerte, y la misma opinión he recogido de otras personas. «¿No le parece a usted que Marañón tiene alguna semejanza con Camus?» me dijo alguien en Mallorca. Moralista, en el sentido de los grandes moralistas franceses, a quienes lo que más importa es el hombre, sus cualidades y sus defectos, sus disfraces y la realidad que tras el disfraz se esconde. Quizás este aspecto de la personalidad de Marañón sea uno de los que se han puesto al descubierto, ahora, como la oculta veta de cristal que nace a la luz sólo después de que la roca ha sido quebrada por el golpe. Reprochaba Marañón al intelectual, en aquellas conversaciones, la falta de ejemplaridad y de «condición seria». «Desde siglos, el hombre representativo de la inteligencia, ha creído, múltiples veces, que este rango le daba patente de corsario para entregarse a incursiones perpétuas en los territorios de la indelicadeza, de la versatilidad interesada y del olvido de las normas de la justicia.» Ya que «una influencia colectiva de energía transformadora, profunda y durable, no puede ejercerse mas que bajo los auspicios de una moral estricta. Así lo ha comprendido la Iglesia y las oscilaciones de su poder social van ligadas a esta circunstancia».

En este texto, como en un viejo Auto sacramental, salen a relucir tres personajes: el dolor, que es clave de la cultura y del progreso; la vanidad, tara incorregible del intelectual—y de toda aristocracia—y la envidia. La cual, aunque fuerza destructora propia de «los menos aptos» también cumple una función, al entablar lucha con la vanidad, y, al, sacrificando al intelectual que a ésta ha sucumbido, le hace volver, gracias al sufrimiento, al puesto que jamás debía haber abandonado. Marañón ya entonces enjuiciaba con serenidad y con visión histórica amplísima la posible derrota pasajera de los valores de la inteligencia. Parece no confiar más que en el dolor para que el intelectual deje de ser vanidoso y vuelva a los «valores fundamentales del hombre, los valores propiamente humanos, la aspiración al bien y a la verdad».

«Las nuevas generaciones deberán estar formadas por hombres en el sentido profundo de esta palabra...», y, «como divisa de esta cultura del porvenir deberíamos repetir la frase demasiado olvidada de Séneca: Defiende ante todo el puesto que te ha asignado la naturaleza. Y si me preguntas cual es este puesto, te responderé que es el de un hombre» (4). Observemos, de pasada, la importancia que tiene Séneca en el pensamiento de Marañón; mucha más, a mi juicio, de lo que parece si nos atenemos solamente a las veces que en sus libros hace mención del gran cordobés.

En esta actitud ante la cultura, que puede o no compartirse pero cuya hondura se trasparenta tras la nitidez de la expresión, Marañón es a la vez que español de remota raigambre, lúcido augur y también árbitro de rara ecuanimidad. Lo mejor del hombre, y por tanto lo ejemplar de la cultura, es—nos dice—la respuesta que el hombre da al reto del dolor; por ello este reto es necesario. Pero, al mismo tiempo, su repulsión por esa baja condición del hombre mezquino, la envidia, no le lleva a claudicar, lisonjero, ante el intelectual, por esencia vanidoso. Ahí están los ciclos históricos que van poco a poco, atemperando las inexorables oscilaciones del espíritu humano y que corrigen la mala ejemplaridad de los mejores con la violencia de los gobernantes «alimentada por el desden y por el odio de las muchedumbres». No, no fué trivial el optimismo de Marañón: ni el que tenía a la cabecera de un enfermo ni el que profesaba en el pronóstico de la cultura. La razón del primero derivaba de que *todavía* era un médico biólogo, sello que confirió Cajal a cuantos hombres sensibles estuvieron en contacto con él. El médico que es ante todo biólogo tiene siempre fe en las inmensas posibilidades de reparación de la vida, y le cuesta trabajo creer en sus tan nefasto para la medicina que esta condición de biólogo del médico corra, en nuestro tiempo, peligro de ser olvidada. Tras el médico había en Marañón un optimismo aún más profundo, puesto que nacía—de no ser así el optimismo es siempre trivial—de la experiencia del dolor humano y del conocimiento de las pasiones de los hombres. No es un azar que en todas sus biografías haya tratado siempre de poner en un platillo de la balanza justificaciones y cualidades, sin escamotear, en el otro, los defectos y los vicios de sus héroes. Pero la estructura profunda de su ser le configuraba siempre, en su vida, en sus juicios y en la comprensión de las ajenas vidas, en posibilidades de destrucción. Por eso es camino hacia los valores elevados: nunca en descanso, y por ello jamás se le vió destacar ni lo mezquino ni la maldad.

Fue Marañón personificación ejemplar de una forma quizás hasta ahora inédita de ser español, en la que se suelda la vieja manera hispánica de la grandeza y del señorío (la que renuncia en exceso a ciertos aspectos de la realidad, en aras de un más digno continente y apostura), con otra manera muy actual de serlo también. La esclarecedora o analizadora, en la que se sentía seguidor de Feijóo, y también de Galdós y de Cajal. Pero no esclarecedora por curiosidad o por vanidad de hombre de ciencia, sino por amor al hombre.



De izquierda a derecha: Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala, Gregorio Marañón Moya, Juan Belmonte y Alejandro Araoz.

Queda ahí, en la hora de su muerte, en la superficie de fractura, también España al descubierto. Más quizás la de mañana que la de hoy. Siempre con la venilla gris de la pequeña o de la gran envidia, con la veta cárdena de la vanidad, con irisaciones unas veces turbias, otras prometedoras de un filón que puede de renacer. Pero—¡gracias a Dios!—también con una disposición generosa a encontrar lo más noble de sí misma expresada en sus grandes hombres; superficie vivaz aún y sensible.

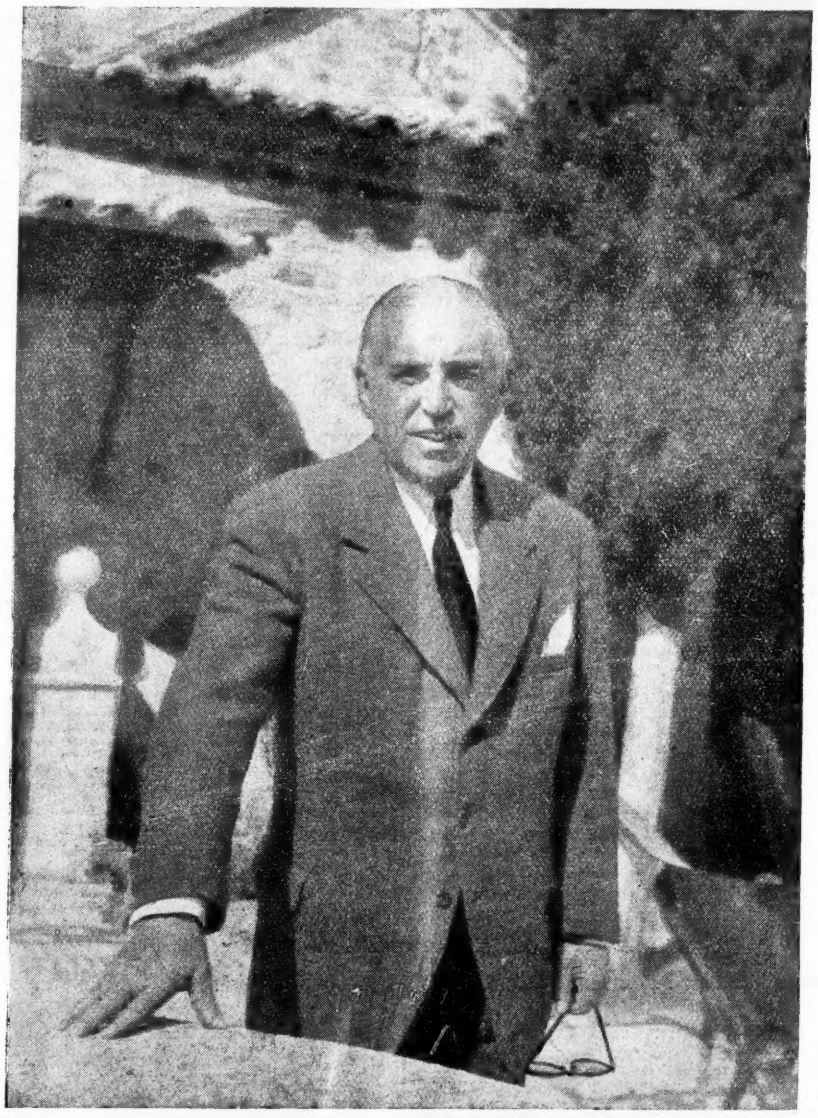
Suele ignorar el hombre que, mientras transcurre su vida, pasan en el ser de la nación, como en el suyo propio, transformaciones que ignora. Que un día remoto se volverán transparentes para el historiador o para el filósofo de la historia. La muerte de Marañón nos ha permitido entrever, por un momento, en la superficie fracturada del cuerpo espiritual de España, la escondida trama de nuestra mismidad, y acaso dentro de ella procesos que se cumplen sin que nos demos clara cuenta de lo que ocurre. Rindamos a su memoria este homenaje, el de reconocer que, a través de su figura mortal, las más viejas fuerzas de nuestra raza han señalado el perfil nobilísimo que sería propio de nuestro tiempo. No es otra la función trascendente que desempeñan los individuos egregios en la vida de los pueblos.

(1) G. Marañón: «Conmemoración de las Bodas de Oro de la Promoción médica 1909.» Instituto de Patología Médica. Hospital Provincial. Madrid, 1959.
(2) *Entretiens. L'avenir de la culture.* Institut International de Cooperation Intellectuelle. Societès des Nations. Palis-Royal. París.
(3) *Conmemoración de las Bodas de Oro.*
(4) *L'avenir de la culture.*

MARAÑON, MAESTRO

por

TEOFILO HERNANDO



Marañón en un cigarral toledano.

Marañón fué un gran maestro. «Maestro es el que enseña.» «Enseñar» es mucho más que «instruir». El que instruye refiere hechos, cosas, enriquece el caudal de conocimientos de aquel o aquellos a los que dirige. El que enseña, además de instruir, siembra dudas, crea inquietudes, expone no sólo lo que sabe sino el camino por el que llegó a saberlo, induce modos. El que instruye se dirige principalmente al intelecto, el que enseña extiende sus enseñanzas hasta el campo extenso de la moral. Marañón fué un maestro de la conducta humana. Es difícil precisar las condiciones que debe reunir un buen maestro. Se dan como características, su saber, su constancia, las horas que dedica a su tarea, la claridad en la exposición... Todo esto es, por lo menos conveniente, o quizá necesario, pero hay quien carece de algunas de estas condiciones y, sin embargo, es un buen maestro, y otros que, aun teniéndolas, no lo son. Para ser maestro se requieren otras cualidades, no descritas en ninguna parte ni fáciles de enunciar. Ser maestro, tener la gracia de enseñar, no es una profesión, es una virtud. Para ello hace falta vocación: vocación de enseñar.

Se ha definido la vocación como un movimiento interior por el cual Dios llama a una persona a un determinado género de vida. Es indudable que en muchos casos hace falta sentir interiormente ese movimiento, ese impulso que nos lleva a elegir un género de vida o una profesión, pero la vocación no surge siempre brusca y decididamente. Muchas veces, el terreno apropiado que necesita, se va forjando en la realidad, en la praxis con ella —como dice Arangueren—y agrega: «La vocación nunca se da configurada de antemano, sólo «en situación» al hilo de la vida concreta de cada cual y de las elecciones que le van comprometiendo va cobrando figura propia.»

Marañón, que ha dicho todo y siempre lo ha dicho bien, escribe: «La afición intensa, cordial, que es, en suma, la vocación, vence con toda certeza la falta de aptitud. No hay ser humano que no llegue a hacer lo que quiere, con gana, con vocación, por escasas que sean sus condiciones físicas y espirituales para lograrlo. Afición, vocación, es amor al deber, o deber impuesto por el propio y espontáneo amor a lo elegido, en cambio la aptitud origina tan sólo un derecho, y los hombres con derechos sólo, no van a ninguna parte.»

Hasta la misma vocación religiosa, la vocación por excelencia, se ve surgir con más facilidad, casi únicamente, en ciertos medios que la favorecen, permitiéndola germinar y crecer. El hecho es importante y merece ser resaltado. En un país que en los últimos tiempos ha dado hombres como Cajal, Marañón, Ochoa, y algún otro, no muchos por desgracia, hay que esperar que sus ejemplos sirvan de estímulo para crear o despertar vocaciones dormidas.

La enorme inquietud por saber de Marañón, no era pura curiosidad, ni sola delectación en el conocimiento de hechos científicos o históricos. Aprendía para enseñar, sintiendo, con Séneca «que todo bien cuya posesión no se comparte con alguien, pierde por completo su encanto» (Nullius boni sine socio iucunda possessio est, Carta VI a Lucilio).

En todos los tiempos y en todos los países (1) se ha criticado el tono doctoral e inapelable de los maestros, mostrándose ante los discípulos como si su ciencia fuera infusa. «El verdadero maestro—dice Marañón—ha de saber con toda naturalidad saltar desde su púlpito profesoral al banco del oyente. Si no, está perdido... Si el enseñar nos hace aprender, es, entre otras cosas, por el vacío que deja en nuestro espíritu la enseñanza y por la subsiguiente necesidad de llenar con esencias nuevas ese vacío.»

La eficacia del maestro no depende sólo de lo que sabe, sino de cómo lo sabe, y no únicamente de lo que enseña, sino de cómo lo enseña. En ocasión solemne decía Marañón: «Cuando ahora recordamos a nuestros maestros remotos, tenemos la sensación precisa de que los que alumbraron más luces en nuestro espíritu no fueron los que nos habían enseñado más cosas, sino, los que supieron encender nuestra curiosidad y nuestro amor a la ciencia, al contacto de su personalidad viva y bullente. Lo eternamente verdadero es el valor humano de cada ser vivo, de donde nacen las ideas perecederas.»

Ni el maestro ni el discípulo realizan por completo su misión si se limitan a lo que siempre se han considerado el ideal: cumplir con el deber. Cuando se tiene verdadera vocación no es esto suficiente, sino que como dice Marañón, deben crearse otros deberes, además de aquéllos a los que obligan el cargo o la profesión. «Lo esencial no es el cumplimiento, sino la invención del deber.»

Como buen maestro, dió todo sin pedir nada y se condujo con arreglo al principio que anuncia Kant de aspirar a que todo cuanto se hace tenga el carácter de una ley universal.

Hace no mucho tiempo leí que la concesión a Camus del Premio Nóbel se debió, entre otras cosas, a su condición de «maestro eficaz de juventudes». No es que yo crea en la infalibilidad de los que conceden tan preciada recompensa, pero, es indudable que, entre ellos, existen hombres que llevan años sopesando los valores y la significación de cada aspirante. La juventud es una época de la vida de gran sensibilidad para toda clase de ideas y de acontecimientos. Es preciso saber manejar «el modo más humano de la virtud juvenil, que—según Marañón—, es la generosa inadaptación para todo lo imperfecto de la vida—que es casi la vida entera—esto es la rebeldía».

Marañón, en todos los momentos de su vida ha tratado de servir de guía, de infundir aliento a los jóvenes, en los que siempre puso su esperanza, mostrándose abierto a sus peticiones y a sus propuestas. No limitó nunca su enseñanza a las lecciones oficiales; consideró más útil que la conferencia más larga conversar con sus discípulos o aconsejarles la lectura de un artículo o de un libro. Ello da confianza al estudiante, que, sin dejar de admirar el talento y la genialidad de su maestro, llega al convencimiento de que el saber no es más que una empinada escalera, cuyos peldaños se van subiendo poco a poco, unas veces con relativa soltura, otras con trabajo penoso, pero, en la que, si es firme el propósito, siempre se llega a una cierta altura.

Marañón se ha mantenido permeable no ya a las aspiraciones de la juventud sino a sus mismas fantasías. Yo siempre he sostenido, que cuando un joven se dirige a su maestro, para plantearle un problema, tiene la obligación de acogerle con cariño y escucharle con atención: en la contestación jamás figurarán esas dos terribles y desconsoladoras palabras: «Desengáñese usted...» Por poco razonable que parezca la propuesta, sin renunciar a un cierto número de consejos discretos, se le debe contestar: «Hágalo usted, ensáyelo.» En el peor caso, aun siendo equivocada su idea, siempre aprenderá algo en el ensayo, por lo menos, a no aventurarse fácilmente sin fundamento.

Marañón por su gran talento y su extraordinaria capacidad pudo avanzar al mismo tiempo en frentes diversos: la Medicina, la Historia, el Ensayo... Algunos médicos jóvenes pretendieron imitarle, midiendo su propio saber no por su conocimiento de enfermedades y enfermos, sino por haber hecho pronto un soneto o haber publicado un artículo acerca de la enfermedad de un rey godo. Es justo, que aquel que nazca con cualidades semejantes a las de Marañón, a quien como a él le fluyan todas esas posibilidades, del mismo modo que de un solo manantial nacen fuentes distintas, emprenda semejantes aventuras, pero, a los demás, la mayoría, sin abandonar aquella cultura indispensable a todo el que ha de desempeñar una profesión, limitará su tarea al conocimiento de su oficio. Marañón, que vió aquel peligro, reaccionó de manera un tanto violenta, como lo hacía siempre que alguien descarriaba, llegando con su palabra, seguramente, más lejos que con su pensamiento. «No; —dice—la Medicina es una técnica por encima de todo, y el que posee esta técnica en grado de suma perfección, sabrá más Medicina que nadie, aunque sea un ignorante y un zote en todos los otros aspectos de la vida...»

La influencia que Marañón ejercía en sus amigos, en sus discípulos, en sus clientes, se debía, justamente con la atracción que ejercía su persona y su gesto, a que desde el momento en que se conversaba con él unos minutos contagiaba el entusiasmo que sentía por su profesión y por toda idea grande y generosa.

El que se le acercaba por primera vez, sobrecogido por el prestigio de su nombre, lo primero que sentía, como ha dicho Laín, era admiración. A la admiración seguía el asombro, al ver el contraste, entre lo imaginado, lo que de él se oía y su sencillez; pero el asombro, que significa unas veces huídas, otras inmovilidad, cesaba pronto para sentirse invadido por su entusiasmo, que, en contra del asombro incita a la acción. El entusiasmo es siempre necesario y es útil, no sólo cuando se tiene asegurada la esperanza en el resultado de aquello por que uno se entusiasma, sino que, como dice Ortega: «Es una de las fuerzas radicales del hombre esta capacidad para encenderse en la lumbre de lo improbable, difícil, distante», que es una de las formas, la más importante, del entusiasmo. En la palabra entusiasmo entran dos partículas: en y teos (Dios). Los griegos que la inventaron quisieron significar con ella algo divino, inspirado por un Dios. Se habla del entusiasmo poético y del entusiasmo de los profetas. «No hay verdadero amor—dice Rousseau—sin entusiasmo, y es imposible el entusiasmo sin un objeto de perfección, real o quimérico, pero siempre presente en la imaginación.»

Marañón ha sido maestro de entusiasmo.

Ejemplo y maestro de la tolerancia, lo fué también de la disconformidad, no resignándose a transigir con nada que fuera injusto, arbitrario, en contra de los destinos de nuestro país o de la Humanidad. Lleno de tolerancia para con los hombres, era justamente intransigente con todo lo que fuera contra la dignidad humana.

En nuestras frecuentes conversaciones era raro que no nos ocupáramos de la enseñanza y especialmente de la Universidad. No hay que decir que el problema de la enseñanza es extraordinariamente complejo y convendría que, en lugar de «echar siempre la culpa al otro», nos apuntáramos cada cual la propia. Su buena o mala marcha depende de muchos factores: del tono del país, del Gobierno, de la propia Universidad, de los padres de familia y de los estudiantes. Son muy pocos los que en nuestro país sienten un verdadero interés por la Universidad.

La propaganda en favor de la Universidad debe dirigirse al país entero, y siendo urgente empezar por algo, la reforma, el avance en la enseñanza, debe iniciarse por arriba, por la misma Universidad que está por delante de toda otra enseñanza. A ella le están encomendados los tres problemas principales que interesan a todos los pueblos: la cultura, palabra que a fuer de manejarse, casi sólo con fines propagandísticos, ha perdido mucho de su prestigio; la creación de profesionales, que han de cumplir su misión como juristas, químicos, médicos, etc., y la investigación. Mientras la Universidad no esté en marcha es inútil todo intento por mejorar otras enseñanzas y para influir indirectamente, en la conciencia política, en la actividad profesional e industrial y en todo cuanto se deriva de una mayor cultura y de los progresos que acarrea la investigación.

Marañón dice—y yo pienso con él—: «La enseñanza no puede seguir siendo privilegio de los que han obtenido por el procedimiento que sea y ninguno es rigurosamente bueno, el derecho a enseñar. Debe enseñar todo aquel que sepa algo y allí donde la vida ofrezca algo que aprender.»

La uniformidad que reina hoy reglamentariamente en el tipo del profesor universitario, es motivo para que sientan verdadero miedo a ingresar en esta congregación, hombres que lo desean vivamente, de gran saber y originales en su manera de enseñar. Marañón mismo. recuerda el momento en el que Luis Vives, al morir Nebrija, fué invitado para desempeñar su cátedra vacante. Nebrija había dejado un nombre glorioso en esa Universidad de Alcalá, que nació con brío extraordinario bajo la inspiración de Cisneros, pero Vives, después de larga meditación renunció a la oferta. «Amaba tanto a España que recelaba que su ideal se marchitase al tocar a la realidad... Quizá sería con el tiempo la gran figura de la Universidad, florón del espíritu español. Pero a costa de cuántas horas perdidas, de cuánto esfuerzo inutilizado, en lubrificar de paciencia las mil rodajas del mecanismo oficial de la enseñanza y de los contactos con la Corte y con la Iglesia, y con el monstruo invisible del ambiente...»

* * *

No se sabe dónde puede llegar la enseñanza de un hombre de la originalidad de Marañón, que escribió tantos artículos, publicó tantos libros, dió tantas conferencias y habló con tantas gentes. El mismo ha dicho: «Una idea nueva en la mente de un hombre puede ser útil para él, y esto bastaría al que la sembró; pero además puede también por caminos misteriosos, llegar hasta el espíritu de otros hombres e influir sobre su conducta, sin que esos otros hombres sepan de dónde proviene... Aun en los autores geniales, no significa nada la gloria frente a la anónima labor, lejana, inadvertida, que significa contribuir a formar la ideología de los hombres que no conocemos.»

(1) En Alemania Schopenhauer decía: «Estos profesores siempre enseñando, nunca aprendiendo», y Montesquieu, en Francia: «Nada ahoga más la doctrina que cuando a todas las coses se las pone la toga de Doctor; las gentes que quieren enseñar siempre impiden muchas veces aprender mucho.»

EL LIBRO ESPAÑOL

Revista mensual del Instituto Nacional del Libro Español

Suscripción: España, 200 ptas. anuales. Extranjero: 3,5 dólares.

ULTIMAS PUBLICACIONES DEL I. N. L. E.

— *Indice acumulativo de la producción editorial española del año 1959.* (Autores, Títulos, Conceptos.) 224 págs. 75 ptas.

— *Cien Fichas sobre... Asturias*, por don José María Martínez Cachero. 10 ptas.

— *Cien Fichas sobre... La Navidad*, por Fidel Perrino. 10 ptas.

— *Cien Fichas sobre... El Atomo*, por don Mario de Orellana Segovia.

— *Cien Fichas sobre... Velázquez*, por José Manuel Pita Andrade. 10 ptas.

Pedidos:

INSTITUTO NACIONAL DEL LIBRO ESPAÑOL

Ferraz, 13

MADRID

UN RECUERDO PERSONAL

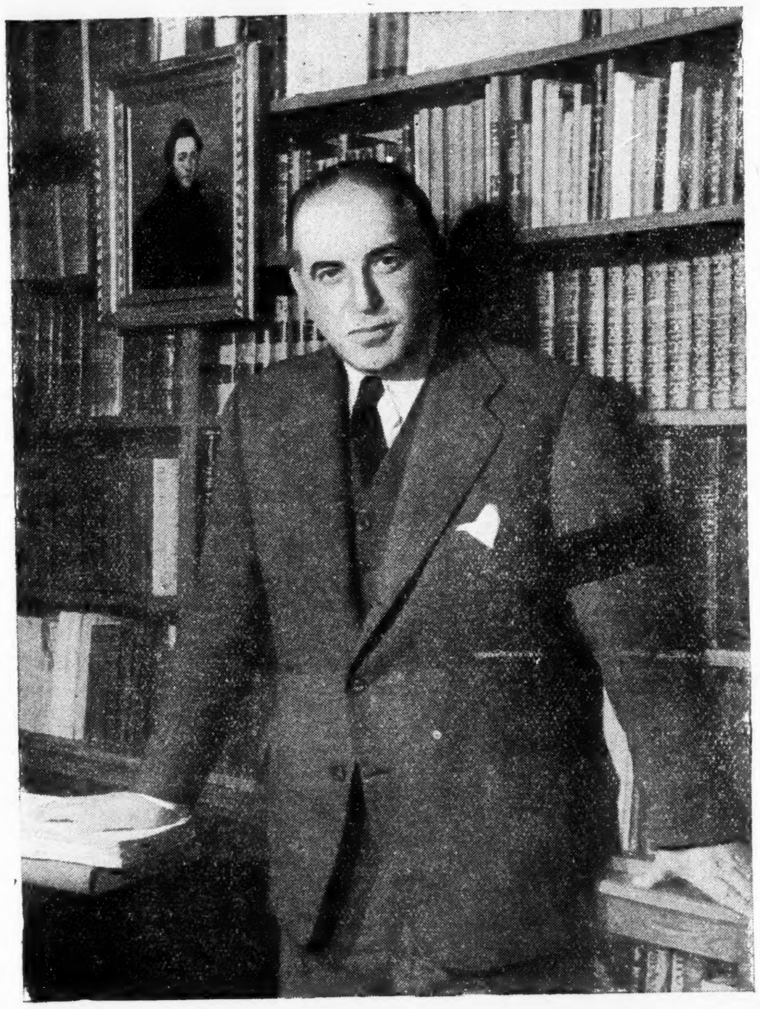
por
JOSE LUIS CANO

SIEMPRE recordaré con emoción y gratitud—y que se me perdone traer aquí este recuerdo personal—mi primer encuentro con don Gregorio Marañón. Hace de esto ya muchos años, a los muy pocos de terminarse nuestra guerra. Era yo entonces un joven poeta absolutamente desconocido, y había publicado un solo librito de versos, *Sonetos de la bahía*, cuya edición me había costeado yo mismo, por la que hoy nos parece increíble suma de quinientas pesetas. Me aquejaba entonces una enfermedad gástrica que yo achacaba a trastornos psíquicos consecuencia de nuestra guerra, y decidí acudir a Marañón. Le escribí unas líneas pidiéndole hora y le envié al mismo tiempo, dedicado, un ejemplar de mi librito. A los pocos días me encontraba esperando en la enorme sala—vivía todavía Marañón en un piso de la calle de Montalbán—con numerosos pacientes, que pasaban de la docena. Cuando me llegó el turno, tras aguardar un buen rato, entré, no sin emoción, en el despacho de don Gregorio. Era la primera vez que iba a encontrarme con un hombre que no sólo era un médico famoso, sino también un gran escritor, admirado por mí casi desde que comencé a leer y a pensar, y cuyos libros había leído y releído, desde la adolescencia, con fruto y placer renovados.

La puerta se abrió, y vi ante todo una bata nítidamente blanca y un rostro noble y acogedor, algo inclinado hacia adelante. Había cierta timidez al saludarme y preguntarme por mi dolencia. Cuando se la expliqué, hubo un breve silencio, y en seguida, en tono bajo, su diagnóstico optimista y sus palabras cordiales y animadoras. La medicina era la vida misma, y yo podía tener la seguridad de que me curaría. Y olvidando mi dolencia, como para no darle mayor importancia y así animarme más aún, empezó a hablarme de mis humildes *Sonetos de la bahía*. Mi asombro crecía por momentos. ¡Don Gregorio, que yo sabía hombre enormemente ocupado, había tenido tiempo para leer aquellos pobres versos, y no sólo los había leído, sino que podía hablarme de ellos y señalar sus preferencias entre los diversos sonetos! Casi no pude hablar, de gratitud y de emoción. Balbuceé unas palabras, y al despedirme le pregunté, tímidamente, a quién debía abonar sus honorarios. Se sonrió, rodeó mis hombros con su brazo derecho, y acompañándome hasta la puerta, me dijo estas palabras que ahora mismo me parece escuchar: «Querido Cano, yo no puedo cobrar nada a un joven que escribe versos.» Luego supe que don Gregorio no cobraba a ninguno de sus clientes que fuera al mismo tiempo hombre de pluma, por muy modesta que ésta fuese.

Le vi más tarde en dos o tres ocasiones, una de ellas, aplanado por el dolor, llorosos los ojos, en casa de Ortega, junto al cadáver de su gran amigo. Pero si pocas veces pude verle, no me faltaban nunca sus líneas cordiales, cada vez que yo publicaba algún artículo sobre uno de sus libros. En otra ocasión, habiéndole yo felicitado por un artículo de A B C en que había hecho valientemente la defensa de la Generación del 98, y de su tradición liberal, en un momento en que, terminada apenas nuestra guerra, muy pocos se atrevían a ello, me contestó con esta breve carta: «Muchas gracias por sus cariñosas líneas. Cada día hay que dar una batalla, y a ser posible ganarla.» Pero la batalla en la que se hallaba comprometido diariamente Marañón era una batalla incruenta: era una batalla por la paz, la convivencia y la tolerancia entre españoles. No ignoraba él que este objetivo era difícil, porque las dos Españas no parece que quieran perdonarse jamás una a la otra. Pero él no cejaba nunca en su lucha, y aprovechaba cualquier motivo para incitar a los españoles a renunciar a su odio, y a vivir en paz, aunque no a mantenerse pasivos ante la injusticia.

De pocos españoles necesitaba tanto España como de Gregorio Marañón. Lo que significa su pérdida, la dolorosa y honda grieta que se ha producido en el alma de España, quizá no es ahora cuando nos podemos dar entera cuenta de ella. Pero la historia de nuestro pueblo no dejará algún día de reflejarla.



Gregorio Marañón en su despacho.

VICENTE ALEIXANDRE

OJOS HUMANOS

(Recuerdo de Gregorio Marañón)

GREGORIO Marañón tenía unos ojos oscuros,
cejas espesas, bajas, que daban una sombra buena
a la luz confiada.
Nacía ese destello
y no diríais que era luz de un niño.
Allí, en su origen, con pureza tanta.
Pero cuando llegaba a los hombres
aquella luz había
hecho un duro viaje; milagrosamente limpia aún,
mas en largo transcurso.
Su rayo había crecido entre la muerte,
entre crudas u horribles agonías,
entre el nacimiento y el llanto,
entre la risa hermosa de los sanos,
y había viajado extensamente, con detenciones tristes,
con paradas alegres.
Allí había instalado en la salud a un niño como en un campo de júbilo
[y verdura.
Esa luz misma, como un brazo firme,
trajo a un viejo a un más dulce poniente,
y fué de pronto el fresco
chorro para su boca amortecida,
o una nube piadosa.

Conoció y quiso y pudo, y largo hizo,
sin cansancio, el viaje.

Aquí esa luz ayudó a vida, engañó a muerte.
Y en horas finales, cuando el sol definitivamente se ha puesto,
en la tiniebla penúltima, fué un rayo aún a quien nada veía.
Ah, cuántos ciegos ya, vieron brillar
una luz aún real sólo a los labios.

Los pobres de la tierra, si no riqueza, vida sí cumplieron,
porque él supo ser justo.
Y en su mirada se fué depositando
la súplica del solo,
el miedo del que teme,
la cólera del santo, los acentos
del que maldice y mira con ojo seco y luto.

¡Oh, el viaje en sus ojos!

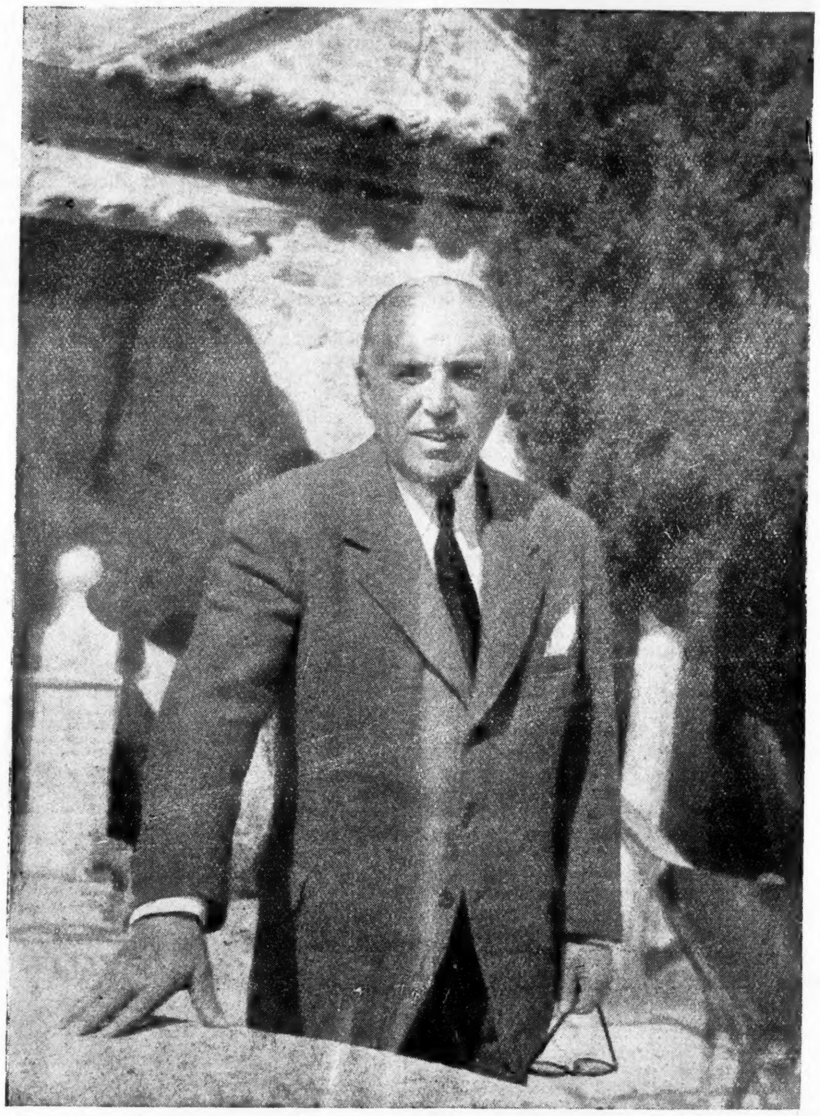
Y así aquella mirada nos llegaba
con lo que inesperadamente lo resumía todo.
Cuando, puesta su mano sobre vuestro hombro,
os miraba, veíais...
la sorprendente confianza en el hombre.
¡Ah, resumen de ciencia!
Allí, sí, confirmada, esforzadamente llegada,
aportada, victoriosa del largo día, de la larguísima noche, en luces y en
[espantos,
os entregaba su verdad como una luz desde sus ojos sostenidos.

Ah, cuántos hombres quedan
o destruídos o muertos, y sabios y apartados.
Porque para muchos conocer es descreer.
Pero para aquel hombre tan vivido,
que vivió muchas vidas, que las bebió y las hizo algo más que la vida,
[pues las hizo esperanza,
del enorme convoy que atravesó su vista
nos trajo su luz pura, su luz cargada
con la entera palabra que sin letras decía.
Resplandezca su nombre calladamente mudo como signo
que el hombre hace a los hombres:
¡Fidelidad humana!

MARAÑON, MAESTRO

por

TEOFILO HERNANDO



Marañón en un cigarral toledano.

MARAÑÓN fué un gran maestro. «Maestro es el que enseña.» «Enseñar» es mucho más que «instruir». El que instruye refiere hechos, cosas, enriquece el caudal de conocimientos de aquel o aquellos a los que dirige. El que enseña, además de instruir, siembra dudas, crea inquietudes, expone no sólo lo que sabe sino el camino por el que llegó a saberlo, induce modos. El que instruye se dirige principalmente al intelecto, el que enseña extiende sus enseñanzas hasta el campo extenso de la moral. Marañón fué un maestro de la conducta humana. Es difícil precisar las condiciones que debe reunir un buen maestro. Se dan como características, su saber, su constancia, las horas que dedica a su tarea, la claridad en la exposición... Todo esto es, por lo menos conveniente, o quizá necesario, pero hay quien carece de algunas de estas condiciones y, sin embargo, es un buen maestro, y otros que, aun teniéndolas, no lo son. Para ser maestro se requieren otras cualidades, no descritas en ninguna parte ni fáciles de enunciar. Ser maestro, tener la gracia de enseñar, no es una profesión, es una virtud. Para ello hace falta vocación: vocación de enseñar.

Se ha definido la vocación como un movimiento interior por el cual Dios llama a una persona a un determinado género de vida. Es indudable que en muchos casos hace falta sentir interiormente ese movimiento, ese impulso que nos lleva a elegir un género de vida o una profesión, pero la vocación no surge siempre brusca y decididamente. Muchas veces, el terreno apropiado que necesita, se va forjando en la realidad, en la praxis con ella —como dice Arangueren—y agrega: «La vocación nunca se da configurada de antemano, sólo «en situación» al hilo de la vida concreta de cada cual y de las elecciones que le van comprometiendo va cobrando figura propia.»

Marañón, que ha dicho todo y siempre lo ha dicho bien, escribe: «La afición intensa, cordial, que es, en suma, la vocación, vence con toda certeza la falta de aptitud. No hay ser humano que no llegue a hacer lo que quiere, con gana, con vocación, por escasas que sean sus condiciones físicas y espirituales para lograrlo. Afición, vocación, es amor al deber, o deber impuesto por el propio y espontáneo amor a lo elegido, en cambio la aptitud origina tan sólo un derecho, y los hombres con derechos sólo, no van a ninguna parte.»

Hasta la misma vocación religiosa, la vocación por excelencia, se ve surgir con más facilidad, casi únicamente, en ciertos medios que la favorecen, permitiéndola germinar y crecer. El hecho es importante y merece ser resaltado. En un país que en los últimos tiempos ha dado hombres como Cajal, Marañón, Ochoa, y algún otro, no muchos por desgracia, hay que esperar que sus ejemplos sirvan de estímulo para crear o despertar vocaciones dormidas.

La enorme inquietud por saber de Marañón, no era pura curiosidad, ni sola delectación en el conocimiento de hechos científicos o históricos. Aprendía para enseñar, sintiendo, con Séneca «que todo bien cuya posesión no se comparte con alguien, pierde por completo su encanto» (Nullius boni sine socio iucunda possessio est, Carta VI a Lucilio).

En todos los tiempos y en todos los países (1) se ha criticado el tono doctoral e inapelable de los maestros, mostrándose ante los discípulos como si su ciencia fuera infusa. «El verdadero maestro—dice Marañón—ha de saber con toda naturalidad saltar desde su púlpito profesoral al banco del oyente. Si no, está perdido... Si el enseñar nos hace aprender, es, entre otras cosas, por el vacío que deja en nuestro espíritu la enseñanza y por la subsiguiente necesidad de llenar con esencias nuevas ese vacío.»

La eficacia del maestro no depende sólo de lo que sabe, sino de cómo lo sabe, y no únicamente de lo que enseña, sino de cómo lo enseña. En ocasión solemne decía Marañón: «Cuando ahora recordamos a nuestros maestros remotos, tenemos la sensación precisa de que los que alumbraron más luces en nuestro espíritu no fueron los que nos habían enseñado más cosas, sino, los que supieron encender nuestra curiosidad y nuestro amor a la ciencia, al contacto de su personalidad viva y bullente. Lo eternamente verdadero es el valor humano de cada ser vivo, de donde nacen las ideas perecederas.»

Ni el maestro ni el discípulo realizan por completo su misión si se limitan a lo que siempre se han considerado el ideal: cumplir con el deber. Cuando se tiene verdadera vocación no es esto suficiente, sino que como dice Marañón, deben crearse otros deberes, además de aquéllos a los que obligan el cargo o la profesión. «Lo esencial no es el cumplimiento, sino la invención del deber.»

Como buen maestro, dió todo sin pedir nada y se condujo con arreglo al principio que anuncia Kant de aspirar a que todo cuanto se hace tenga el carácter de una ley universal.

Hace no mucho tiempo leí que la concesión a Camus del Premio Nóbel se debió, entre otras cosas, a su condición de «maestro eficaz de juventudes». No es que yo crea en la infalibilidad de los que conceden tan preciada recompensa, pero, es indudable que, entre ellos, existen hombres que llevan años sopesando los valores y la significación de cada aspirante. La juventud es una época de la vida de gran sensibilidad para toda clase de ideas y de acontecimientos. Es preciso saber manejar «el modo más humano de la virtud juvenil, que—según Marañón—, es la generosa inadaptación para todo lo imperfecto de la vida—que es casi la vida entera—esto es la rebeldía».

Marañón, en todos los momentos de su vida ha tratado de servir de guía, de infundir aliento a los jóvenes, en los que siempre puso su esperanza, mostrándose abierto a sus peticiones y a sus propuestas. No limitó nunca su enseñanza a las lecciones oficiales; consideró más útil que la conferencia más larga conversar con sus discípulos o aconsejarles la lectura de un artículo o de un libro. Ello da confianza al estudiante, que, sin dejar de admirar el talento y la genialidad de su maestro, llega al convencimiento de que el saber no es más que una empinada escalera, cuyos peldaños se van subiendo poco a poco, unas veces con relativa soltura, otras con trabajo penoso, pero, en la que, si es firme el propósito, siempre se llega a una cierta altura.

Marañón se ha mantenido permeable no ya a las aspiraciones de la juventud sino a sus mismas fantasías. Yo siempre he sostenido, que cuando un joven se dirige a su maestro, para plantearle un problema, tiene la obligación de acogerle con cariño y escucharle con atención: en la contestación jamás figurarán esas dos terribles y desconsoladoras palabras: «Desengáñese usted...» Por poco razonable que parezca la propuesta, sin renunciar a un cierto número de consejos discretos, se le debe contestar: «Hágalo usted, ensáyelo.» En el peor caso, aun siendo equivocada su idea, siempre aprenderá algo en el ensayo, por lo menos, a no aventurarse fácilmente sin fundamento.

Marañón por su gran talento y su extraordinaria capacidad pudo avanzar al mismo tiempo en frentes diversos: la Medicina, la Historia, el Ensayo... Algunos médicos jóvenes pretendieron imitarle, midiendo su propio saber no por su conocimiento de enfermedades y enfermos, sino por haber hecho pronto un soneto o haber publicado un artículo acerca de la enfermedad de un rey godo. Es justo, que aquel que nazca con cualidades semejantes a las de Marañón, a quien como a él le fluyan todas esas posibilidades, del mismo modo que de un solo manantial nacen fuentes distintas, emprenda semejantes aventuras, pero, a los demás, la mayoría, sin abandonar aquella cultura indispensable a todo el que ha de desempeñar una profesión, limitará su tarea al conocimiento de su oficio. Marañón, que vió aquel peligro, reaccionó de manera un tanto violenta, como lo hacía siempre que alguien descarriaba, llegando con su palabra, seguramente, más lejos que con su pensamiento. «No; —dice—la Medicina es una técnica por encima de todo, y el que posee esta técnica en grado de suma perfección, sabrá más Medicina que nadie, aunque sea un ignorante y un zote en todos los otros aspectos de la vida...»

La influencia que Marañón ejercía en sus amigos, en sus discípulos, en sus clientes, se debía, justamente con la atracción que ejercía su persona y su gesto, a que desde el momento en que se conversaba con él unos minutos contagiaba el entusiasmo que sentía por su profesión y por toda idea grande y generosa.

El que se le acercaba por primera vez, sobrecogido por el prestigio de su nombre, lo primero que sentía, como ha dicho Laín, era admiración. A la admiración seguía el asombro, al ver el contraste, entre lo imaginado, lo que de él se oía y su sencillez; pero el asombro, que significa unas veces huídas, otras inmovilidad, cesaba pronto para sentirse invadido por su entusiasmo, que, en contra del asombro incita a la acción. El entusiasmo es siempre necesario y es útil, no sólo cuando se tiene asegurada la esperanza en el resultado de aquello por que uno se entusiasma, sino que, como dice Ortega: «Es una de las fuerzas radicales del hombre esta capacidad para encenderse en la lumbre de lo improbable, difícil, distante», que es una de las formas, la más importante, del entusiasmo. En la palabra entusiasmo entran dos partículas: en y teos (Dios). Los griegos que la inventaron quisieron significar con ella algo divino, inspirado por un Dios. Se habla del entusiasmo poético y del entusiasmo de los profetas. «No hay verdadero amor—dice Rousseau—sin entusiasmo, y es imposible el entusiasmo sin un objeto de perfección, real o quimérico, pero siempre presente en la imaginación.»

Marañón ha sido maestro de entusiasmo.

Ejemplo y maestro de la tolerancia, lo fué también de la disconformidad, no resignándose a transigir con nada que fuera injusto, arbitrario, en contra de los destinos de nuestro país o de la Humanidad. Lleno de tolerancia para con los hombres, era justamente intransigente con todo lo que fuera contra la dignidad humana.

En nuestras frecuentes conversaciones era raro que no nos ocupáramos de la enseñanza y especialmente de la Universidad. No hay que decir que el problema de la enseñanza es extraordinariamente complejo y convendría que, en lugar de «echar siempre la culpa al otro», nos apuntáramos cada cual la propia. Su buena o mala marcha depende de muchos factores: del tono del país, del Gobierno, de la propia Universidad, de los padres de familia y de los estudiantes. Son muy pocos los que en nuestro país sienten un verdadero interés por la Universidad.

La propaganda en favor de la Universidad debe dirigirse al país entero, y siendo urgente empezar por algo, la reforma, el avance en la enseñanza, debe iniciarse por arriba, por la misma Universidad que está por delante de toda otra enseñanza. A ella le están encomendados los tres problemas principales que interesan a todos los pueblos: la cultura, palabra que a fuer de manejarse, casi sólo con fines propagandísticos, ha perdido mucho de su prestigio; la creación de profesionales, que han de cumplir su misión como juristas, químicos, médicos, etc., y la investigación. Mientras la Universidad no esté en marcha es inútil todo intento por mejorar otras enseñanzas y para influir indirectamente, en la conciencia política, en la actividad profesional e industrial y en todo cuanto se deriva de una mayor cultura y de los progresos que acarrea la investigación.

Marañón dice—y yo pienso con él—: «La enseñanza no puede seguir siendo privilegio de los que han obtenido por el procedimiento que sea y ninguno es rigurosamente bueno, el derecho a enseñar. Debe enseñar todo aquel que sepa algo y allí donde la vida ofrezca algo que aprender.»

La uniformidad que reina hoy reglamentariamente en el tipo del profesor universitario, es motivo para que sientan verdadero miedo a ingresar en esta congregación, hombres que lo desean vivamente, de gran saber y originales en su manera de enseñar. Marañón mismo, recuerda el momento en el que Luis Vives, al morir Nebrija, fué invitado para desempeñar su cátedra vacante. Nebrija había dejado un nombre glorioso en esa Universidad de Alcalá, que nació con brío extraordinario bajo la inspiración de Cisneros, pero Vives, después de larga meditación renunció a la oferta. «Amaba tanto a España que recelaba que su ideal se marchitase al tocar a la realidad... Quizá sería con el tiempo la gran figura de la Universidad, florón del espíritu español. Pero a costa de cuántas horas perdidas, de cuánto esfuerzo inutilizado, en lubrificar de paciencia las mil rodajas del mecanismo oficial de la enseñanza y de los contactos con la Corte y con la Iglesia, y con el monstruo invisible del ambiente...»

* * *

No se sabe dónde puede llegar la enseñanza de un hombre de la originalidad de Marañón, que escribió tantos artículos, publicó tantos libros, dió tantas conferencias y habló con tantas gentes. El mismo ha dicho: «Una idea nueva en la mente de un hombre puede ser útil para él, y esto bastaría al que la sembró; pero además puede también por caminos misteriosos, llegar hasta el espíritu de otros hombres e influir sobre su conducta, sin que esos otros hombres sepan de dónde proviene... Aun en los autores geniales, no significa nada la gloria frente a la anónima labor, lejana, inadvertida, que significa contribuir a formar la ideología de los hombres que no conocemos.»

(1) En Alemania Schopenhauer decía: «Estos profesores siempre enseñando, nunca aprendiendo», y Montesquieu, en Francia: «Nada ahoga más la doctrina que cuando a todas las coses se las pone la toga de Doctor; las gentes que quieren enseñar siempre impiden muchas veces aprender mucho.»

EL LIBRO ESPAÑOL

Revista mensual del Instituto Nacional del Libro Español

Suscripción: España, 200 ptas. anuales.
Extranjero: 3,5 dólares.

ULTIMAS PUBLICACIONES DEL I. N. L. E.

— *Indice acumulativo de la producción editorial española del año 1959.* (Autores, Títulos, Conceptos.) 224 págs. 75 ptas.

— *Cien Fichas sobre... Asturias,* por don José María Martínez Cachero. 10 ptas.

— *Cien Fichas sobre... La Navidad,* por Fidel Perrino. 10 ptas.

— *Cien Fichas sobre... El Atomo,* por don Mario de Orellana Segovia.

— *Cien Fichas sobre... Velázquez,* por José Manuel Pita Andrade. 10 ptas.

Pedidos:

INSTITUTO NACIONAL DEL LIBRO ESPAÑOL

Ferraz, 13

MADRID

UN RECUERDO PERSONAL

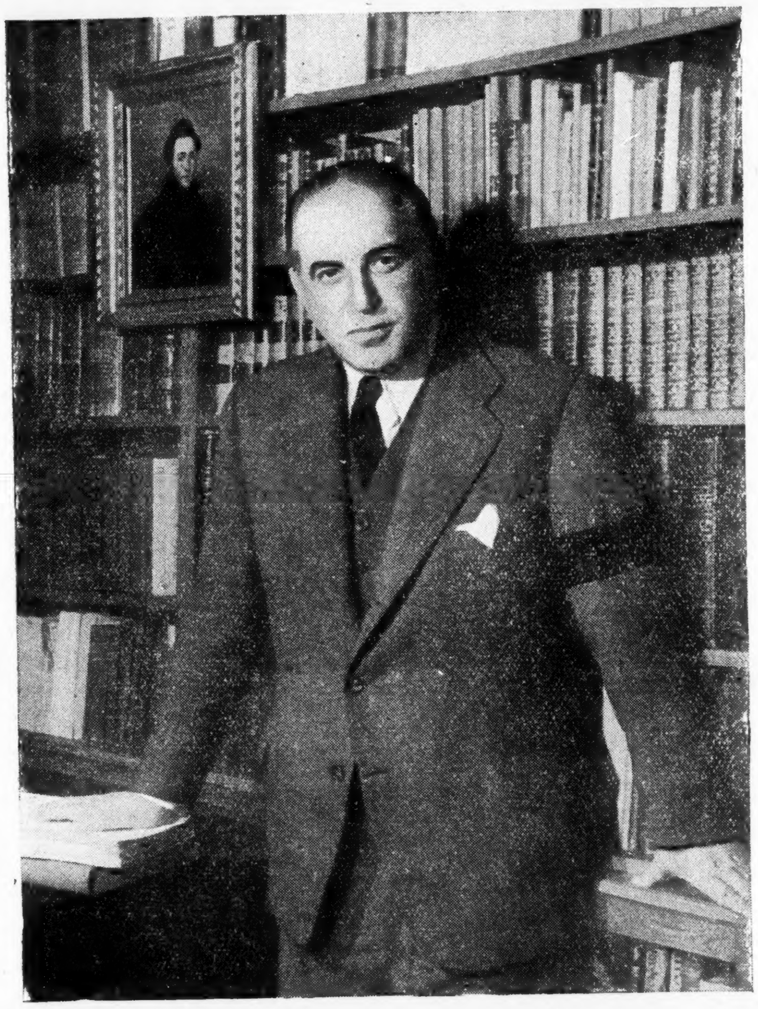
por
JOSE LUIS CANO

SIEMPRE recordaré con emoción y gratitud—y que se me perdone traer aquí este recuerdo personal—mi primer encuentro con don Gregorio Marañón. Hace de esto ya muchos años, a los muy pocos de terminarse nuestra guerra. Era yo entonces un joven poeta absolutamente desconocido, y había publicado un solo librito de versos, Sonetos de la bahía, *cuya edición me había costeado yo mismo, por la que hoy nos parece increíble suma de quinientas pesetas. Me aquejaba entonces una enfermedad gástrica que yo achacaba a trastornos psíquicos consecuencia de nuestra guerra, y decidí acudir a Marañón. Le escribí unas líneas pidiéndole hora y le envié al mismo tiempo, dedicado, un ejemplar de mi librito. A los pocos días me encontraba esperando en la enorme sala—vivía todavía Marañón en un piso de la calle de Montalbán—con numerosos pacientes, que pasaban de la docena. Cuando me llegó el turno, tras aguardar un buen rato, entré, no sin emoción, en el despacho de don Gregorio. Era la primera vez que iba a encontrarme con un hombre que no sólo era un médico famoso, sino también un gran escritor, admirado por mí casi desde que comencé a leer y a pensar, y cuyos libros había leído y releído, desde la adolescencia, con fruto y placer renovados.*

La puerta se abrió, y vi ante todo una bata nitidamente blanca y un rostro noble y acogedor, algo inclinado hacia adelante. Había cierta timidez al saludarme y preguntarme por mi dolencia. Cuando se la expliqué, hubo un breve silencio, y en seguida, en tono bajo, su diagnóstico optimista y sus palabras cordiales y animadoras. La medicina era la vida misma, y yo podía tener la seguridad de que me curaría. Y olvidando mi dolencia, como para no darle mayor importancia y así animarme más aún, empezó a hablarme de mis humildes Sonetos de la bahía. *Mi asombro crecía por momentos. ¡Don Gregorio, que yo sabía hombre enormemente ocupado, había tenido tiempo para leer aquellos pobres versos, y no sólo los había leído, sino que podía hablarme de ellos y señalar sus preferencias entre los diversos sonetos! Casi no pude hablar, de gratitud y de emoción. Balbuceé unas palabras, y al despedirme le pregunté, tímidamente, a quién debía abonar sus honorarios. Se sonrió, rodeó mis hombros con su brazo derecho, y acompañándome hasta la puerta, me dijo estas palabras que ahora mismo me parece escuchar: «Querido Cano, yo no puedo cobrar nada a un joven que escribe versos.» Luego supe que don Gregorio no cobraba a ninguno de sus clientes que fuera al mismo tiempo hombre de pluma, por muy modesta que ésta fuese.*

Le vi más tarde en dos o tres ocasiones, una de ellas, aplanado por el dolor, llorosos los ojos, en casa de Ortega, junto al cadáver de su gran amigo. Pero si pocas veces pude verle, no me faltaban nunca sus líneas cordiales, cada vez que yo publicaba algún artículo sobre uno de sus libros. En otra ocasión, habiéndole yo felicitado por un artículo de A B C *en que había hecho valientemente la defensa de la Generación del 98, y de su tradición liberal, en un momento en que, terminada apenas nuestra guerra, muy pocos se atrevían a ello, me contestó con esta breve carta: «Muchas gracias por sus cariñosas líneas. Cada día hay que dar una batalla, y a ser posible ganarla.» Pero la batalla en la que se hallaba comprometido diariamente Marañón era una batalla incruenta: era una batalla por la paz, la convivencia y la tolerancia entre españoles. No ignoraba él que este objetivo era difícil, porque las dos Españas no parece que quieran perdonarse jamás una a la otra. Pero él no cejaba nunca en su lucha, y aprovechaba cualquier motivo para incitar a los españoles a renunciar a su odio, y a vivir en paz, aunque no a mantenerse pasivos ante la injusticia.*

De pocos españoles necesitaba tanto España como de Gregorio Marañón. Lo que significa su pérdida, la dolorosa y honda grieta que se ha producido en el alma de España, quizá no es ahora cuando nos podemos dar entera cuenta de ella. Pero la historia de nuestro pueblo no dejará algún día de reflejarla.



Gregorio Marañón en su despacho.

VICENTE ALEIXANDRE

OJOS HUMANOS

(Recuerdo de Gregorio Marañón)

GREGORIO Marañón tenía unos ojos oscuros,
cejas espesas, bajas, que daban una sombra buena
a la luz confiada.
Nacía ese destello
y no diríais que era luz de un niño.
Allí, en su origen, con pureza tanta.
Pero cuando llegaba a los hombres
aquella luz había
hecho un duro viaje; milagrosamente limpia aún,
mas en largo transcurso.
Su rayo había crecido entre la muerte,
entre crudas u horribles agonías,
entre el nacimiento y el llanto,
entre la risa hermosa de los sanos,
y había viajado extensamente, con detenciones tristes,
con paradas alegres.
Allí había instalado en la salud a un niño como en un campo de júbilo
[y verdura.
Esa luz misma, como un brazo firme,
trajo a un viejo a un más dulce poniente,
y fué de pronto el fresco
chorro para su boca amortecida,
o una nube piadosa.

Conoció y quiso y pudo, y largo hizo,
sin cansancio, el viaje.

Aquí esa luz ayudó a vida, engañó a muerte.
Y en horas finales, cuando el sol definitivamente se ha puesto,
en la tiniebla penúltima, fué un rayo aún a quien nada veía.
Ah, cuántos ciegos ya, vieron brillar
una luz aún real sólo a los labios.

Los pobres de la tierra, si no riqueza, vida sí cumplieron,
porque él supo ser justo.
Y en su mirada se fué depositando
la súplica del solo,
el miedo del que teme,
la cólera del santo, los acentos
del que maldice y mira con ojo seco y luto.

¡Oh, el viaje en sus ojos!

Y así aquella mirada nos llegaba
con lo que inesperadamente lo resumía todo.
Cuando, puesta su mano sobre vuestro hombro,
os miraba, veíais...
la sorprendente confianza en el hombre.
¡Ah, resumen de ciencia!
Allí, sí, confirmada, esforzadamente llegada,
aportada, victoriosa del largo día, de la larguísima noche, en luces y en
[espantos,
os entregaba su verdad como una luz desde sus ojos sostenidos.

Ah, cuántos hombres quedan
o destruídos o muertos, y sabios y apartados.
Porque para muchos conocer es descreer.
Pero para aquel hombre tan vivido,
que vivió muchas vidas, que las bebió y las hizo algo más que la vida,
[pues las hizo esperanza,

del enorme convoy que atravesó su vista
nos trajo su luz pura, su luz cargada
con la entera palabra que sin letras decía.
Resplandezca su nombre calladamente mudo como signo
que el hombre hace a los hombres:
¡Fidelidad humana!

VISITA A MARAÑON

por JORGE MAÑACH

En este homenaje a don Gregorio Marañón no podía faltar una voz americana. Jorge Mañach, el gran escritor cubano, ha querido ser esa voz, coincidiendo con nuestro deseo de que su firma no faltara en el sumario de este número. Aunque ya impresas en reciente volumen, reproducimos, pues, las páginas fervorosas que Jorge Mañach ha consagrado a don Gregorio en sus Visitas españolas, *libro lleno de amor por España y su espíritu, y al que en este mismo número dedicamos un comentario.*

Gregorio Marañón con Jorge Mañach.

WHAT is in a name?—preguntaba Shakespeare. Y hubiérase podido contestarse: ante todo, una acumulación de imágenes y de resonancias. Se dice Marañón, por ejemplo, y este nombre en superlativo—que en América es el de un río inmenso y el de cierta fruta tropical—, en todo el orbe de habla española se asocia al médico y escritor insigne. Su nombradía está hecha también del rumor de una obra caudalosa. Y si no fuese forzar demasiado, yo diría que de imágenes como la de aquella fruta nuestra, que se corona con un pequeño gorro frigio natural...

Por lo que hace a España, ninguna otra personalidad parece llenar mayor ámbito en ella: conjugar más universalmente la admiración y la devoción, los recuerdos y las esperanzas. Cierto, no faltan pequeñas zonas de desvío: ¿qué hombre importante no ha de contar con ellas?... A veces uno mismo, a quien la admiración por el médico y el escritor le viene de muy atrás, cree conveniente asistirse de rigor en el juicio, para no caer en los peligros de la complacencia, y llega a preguntarse si no habrá en «el caso Marañón» cierto santonismo, en la especie de culto que vastamente le rodea cierta beatería. Pero basta volver a tomar contacto con el hombre y con su obra para recobrar la seguridad de que las calidades de uno y otra son tan genuinas como egregias.

Yo no soy quién, por supuesto, para juzgar al hombre de ciencia, al «naturalista», como el doctor Marañón gusta de llamarse a sí mismo. Quédeles esa autoridad a las innúmeras instituciones sabias—españolas y extranjeras—que le han cargado de títulos honoríficos, a las academias que le han recibido en su seno, a los lectores competentes de sus obras médicas, traducidas a varias lenguas europeas, a su incontable discipulado y a su clientela profesional... Yo sólo puedo hablar (y aquí no más que alusivamente) del hombre y del escritor.

¡Qué riqueza, variedad y profundidad la de su obra literaria! Estudios históricos caladores en la entraña del pasado español; biografías sagaces y amenísimas de las personalidades más varias, desde Tiberio hasta Amiel, pasando por Antonio Pérez, el Conde Duque de Olivares, el Greco, Huarte, Feijóo; ensayos de aguda penetración sobre temas diversos de vida, moral y cultura; sutiles evocaciones de momentos y lugares... En apacible sosiego equilibra en esa obra el espíritu científico—don de análisis, audacia de las hipótesis, rigor en la ponderación de los hechos, asistencia de disciplinas y saberes para interpretarlos, soberana claridad y sencillez de exposición—y las proyecciones del carácter personal: un *humanismo* que trasciende a las puras letras, una honda capacidad de simpatía y de tolerancia, un noble amor a la justicia y a la libertad, y cierto universalismo encalecido por el más férvido sentimiento de *español integral*.

Pero la irradiación de que hablo no se confina a su obra escrita, científica y literaria. Es de toda su personalidad. En España, apenas es dable señalar un noble empeño público, alguna honra justa, alguna iniciativa generosa a que el nombre y el esfuerzo del doctor Marañón no se vean asociados. *Marañón o una vida fecunda* es el título de una larga y devota semblanza que por ahí anda. Y eso, claro, procede también de una calidad humana excepcional, hecha toda de benignidad, de sobrio amor.

Desde Cuba me escribían no pocos lectores: «¿Qué pasa que no ha visitado usted todavía al doctor Marañón?»... Y yo hubiera querido contestarles, recogiendo la alusión a estas entrevistas: «Pues pasa que Marañón es, no ya uno de los hombres más ocupados de España, sino también de los más trabajadores.» En lo cual me habría hecho eco de un distingo verbal que le place mucho a su amigo don José María de Cossío: «Hay muchos que se pasan la vida ocupados; pero en realidad trabajan muy poco.»...

Sin embargo, Marañón nunca está demasiado ocupado, ni demasiado trabajador, para ser cumplidísimo y hospitalario. A poco de llegar yo a España, me invitó a la mesa de su hogar, que una gran dama, doña Dolores Moya (de estirpe cubana, por cierto, como lo es también el doctor por su propia madre) preside con gracia e inteligencia sumas. Cuando cierto trance de salud me postró en una clínica, fué a visitarme como amigo, no como médico... Se me excusará la referencia a estos detalles personales por lo que revelan de un hombre a quien alguien llamó *trapero del tiempo*. Siempre he creído que la bondad se mide más por esos pequeños sacrificios que por los grandes gestos espectaculares. Desconfío del hombre que tiene en su lugar de trabajo un letrerito diciendo «Sea breve».

Así, pues, al comenzar estas entrevistas me sentí animado a manifestarle mi deseo de incluirle en ellas. Se sonrió aquiescente, a pesar de lo mucho que se le agobia con tales empeños periodísticos. Mas la cosa se fué demorando. Solía yo verle en la Academia Española, a cuyas sesiones se me franqueaba acceso como correspondiente, y le recordaba mi interés, aduciendo lo mucho que en Cuba se le admiraba.

En efecto, Marañón había ido allá en 1927, invitado por la memorable Institución Hispano-Cubana de Cultura, que presidía Fernando Ortiz. Tampoco Pepín Fernández y Rodríguez, entonces en su etapa cubana, fué ajeno a la diligencia. Era Marañón todavía un mozo; pero tenía ya deslumbrada a España con sus investigaciones sobre glándulas endocrinas y otras novedades y también con sus primeros libros de ensayos, en que la ciencia y la finura literaria iban de la mano. Sus conferencias en La Habana, nutridísimas de público, causaron sensación. Y eso que entonces, como ahora, Marañón las leía sin teatralidad alguna, antes con cierto embarazo que, por cierto, aún no ha superado del todo, pues es como un reflejo de su modestia innata, que a los hombres de mucha sustancia no abandona ni aun cuando llegan a ilustres. ¿Quién sabe, por otra parte, si al escribir la biografía de Amiel, «un estudio sobre la timidez», Marañón no quiso explorar de paso cierto costado análogo de su propia intimidad?

—¿Y mi entrevista, don Gregorio?... ¡Mire que en Cuba se le recuerda y se le admira mucho!

—Y yo también quiero mucho a Cuba—me decía.

Pero de ahí no pasaba.

Ni, a la verdad, se lo tenía yo a mal. Un poco por reducida experiencia, sé que esto de ser entrevistado no deja de ser una lata. Las mejores cosas que uno quisiera decir, no siempre atina a decirlas, o se le recogen insuficientemente, cuando no en forma torcida. Ortega tenía razón en negarse a ese género de solicitaciones.

En fin, vino luego la grave enfermedad del doctor Marañón, que durante largas semanas tuvo a toda España en vilo. Algunos meses después le vi en Oviedo, con ocasión del cincuenta aniversario de aquella chamuscada e ilustre universidad. Mostraba todavía las huellas de la crisis; pero dió una conferencia admirable sobre Jovellanos, llena de noble valor para ciertas revisiones poco favorecidas. Le volví a recordar mi empeño. Al fin, ya de vuelta ambos en Madrid, recibí una de esas esquelitas suyas, escritas de puño y letra, en caligrafía menuda y apretada. Fué a raíz de los sucesos revolucionarios de Cuba. «Crea usted—me decía—que yo he participado, por directo amor a Cuba, e indirectamente por amor a España, de cuanto pasa allí...» Y me invitaba de nuevo a ir a comer a su casa.

Esta vez la invitación incluía a Pepín Fernández Rodríguez, íntimo amigo de Marañón, y a nuestras respectivas mujeres. Y como era jueves, allí estaba también don José María de Cossío, que desde hace años no falta nunca a la mesa de los Marañón ese día de la semana.

La casa, en el paseo de la Castellana, es sobriamente suntuosa, con cierta cálida traza de hogar inglés. Paneles de madera. Ricas alfombras. Un tapiz magnífico en el vestíbulo, flanqueado por cuadros de gran firma, entre ellos el retrato que Zuloaga pintó de Marañón cuando éste, increíblemente joven aún, empezaba ya a ser famoso. En el despacho, más cuadros, un Greco estupendo. Y libros sin cuento, particularmente la inmensa bibliografía médica y literaria del propio Marañón.

Todavía de pie, hablamos de Cuba, de los sucesos revolucionarios, de la libertad, de afanes y doctrinas políticas. Marañón se interesa por los gestores de nuestra mudanza y por sus víctimas: entre ellas hay ciertos amigos que le son queridos. Le agrada que le informe sin encandilamientos sectarios. Reitera la simpatía con que ha visto los sucesos; pero añade una frase tersa que me da que pensar: «Cada día me siento—dice—más liberal... y menos demócrata.»

Ya había yo visto expresado ese concepto en algún ensayo suyo. Es un dictamen que hay que entender a la luz de sus prevenciones—que Ortega compartió y expuso muy claramente—contra la tendencia a convertir la democracia, de pura fórmula distribuidora del poder político, en tabla general de actitudes y valores, en excusa para la confusión niveladora. Quisiera yo ahora verle un poco más su trasfondo a ese pensamiento suyo. Pero se me va la oportunidad: han llamado a la mesa.

Una mesa perita en todas las delicias, empezando por las de la conversación, que generalmente lleva Lolita (así llaman a la señora de Marañón los amigos más próximos) con encantadora vivacidad. El doctor sonríe, interviene reposadamente en la charla, sin alzar la voz. Se habla un poco de todo, principalmente de la conmoción en mi tierra. No se me oculta que las noticias de ella, con ser tan prometedoras, suscitan en los comensales españoles dolorosos recuerdos que la discreción disimula y la cortesía afectuosa resuelve en votos cordiales... Cuando una hora después se levanta la sobremesa, me las arreglo para sustraer en lo posible a Marañón al común palique. Esta, sin embargo, no podrá ser una entrevista *clásica*, en duo. Tercian abundantemente en ella Cossío y Pepín.

Le pregunto al doctor si ya se ha publicado la obra cuyas pruebas me había mostrado en mi visita anterior. Eran de un opulento album que se había de editar, no sé si en París, titulado *Doce españoles que suenan en el mundo*—o algo parecido. Llevaba fotografías espléndidas de ellos y un prólogo del propio Marañón. Entre esos españoles figuraba, desde luego, él mismo, con Picasso, Casals, Segovia, Dalí, Antonio el bailarín, Joan Miró... y otros que no recuerdo. Aún no se había publicado.

Siento un poco de vergüenza de tener que hacerle a mi huésped, como de matute en el disperso coloquio, ciertas preguntas *de cajón*. Pero no he de insistir más en que este género periodístico tiene su inevitable servidumbre a la curiosidad primaria y mostrenca. Así pues, aunque se lo hubieran ya preguntado mil veces, le espeto: ¿qué actividad siente más como vocación profunda: la literaria o la científica?

«Creo que mi vocación fundamental es la Medicina. Mi obra literaria, esencialmente histórica, o mejor dicho biográfica, no es más que una ampliación de mi afán por conocer al hombre, que es como yo entiendo la Medicina, y no la enfermedad tan solo... Y, claro, el conocimiento del hombre no puede limitarse al hombre actual, sino también al remoto.»

¿Ocultaré que esta manera de *justificar* por vía médica una obra literaria tan sustantiva, que nada tiene de ancilar, me parece una especie de racionalización involuntaria?... Alguna vez leí que el primer amor de Marañón, el que heredó de su padre y se le fué encendiendo desde niño en aquel medio santanderino presidido por Menéndez Pelayo y Pereda y que el gran Galdós frecuentaba, fué el amor a las letras. Pero no tengo derecho a dejar asomar mis dudas.

—¿Cree usted que esas dos actividades, la médica y la literaria, se hayan asistido, o más bien estorbado recíprocamente?

—Se han complementado, creo yo

—Cuénteme, doctor, cómo surgió en usted la inclinación literaria.

—Siendo estudiante del bachillerato. Para un comentario sobre el *Quijote*, que nos había encargado el maestro, elegí el episodio de la liberación de Juan Haldudo. Lo emprendí con mal humor, y me sorprendió que el escribir era una delicia.

—Sin embargo, optó usted por dedicarse profesionalmente a la Medicina. El de escritor decía Ortega que es el más bonito de los oficios; pero al médico se le necesita y se le ama más... ¿Cuál considera usted su principal aporte científico?

—Mis estudios sobre la sexualidad y sobre las glándulas suprarrenales.

—¿Y a las letras?

Consulta a Cossío y a Pepín con la mirada, como si no se sintiese con derecho a preferir por sí mismo. Hay algo de niño grande en esa expresión suya. Al fin responde:

—Si algo llega a quedar de mis obras literarias, supongo que lo que más pueda perdurar sea mi biografía de Antonio Pérez. Pero las obras que prefiero son *Vocación y ética*, que ya es vieja, y mi más reciente *Elogio y nostalgia de Toledo*.

Yo acababa de leer esta serie de hermosos ensayos (uno de ellos, por cierto, el de los cigarrales toledanos, dedicado a Emeterio Santovenia) y me sentí muy acogedor hacia esa preferencia, que Cossío pareció compartir con su gran autoridad crítica. Pero quizá él también experimentó en seguida como un sutil remordimiento de deslealtad a tantas otras más orgánicas del doctor Marañón, señaladamente sus biografías. El mismo tema de aquellos ensayos lo ha llevado adelante después en otra obra de mayor envergadura: *Toledo y el Greco*, donde se despliegan dos de sus tesis favoritas: la «Ciudad Imperial» fué la avanzada de Oriente en Castilla, y Domenico Theotokopoulos, de linaje judío acaso, un místico aventurero que en aquella encrucijada de culturas, y sólo allí, pudo lograrse como pintor genial. Este libro es una proeza de detectivismo en los misterios de la cultura.

—No sé cómo halla usted tiempo, don Gregorio, para tanta intensidad de trabajo en lo profesional y en lo literario a la vez, sobre todo habida cuenta de la mucha investigación que suponen. ¡Es usted un trabajador ejemplar!

—No, yo no puedo servir de ejemplo a nadie; pero presumo que para ser eficaz en la vida, hay que vivirla con orden. Lo importante, sin embargo, no es el orden absoluto, sino el orden del desorden. El orden absoluto es el ideal de muchos maestros, sociólogos y gobernantes. Olvidan que la vida es fundamentalmente desordenada y que el orden absoluto conduce indefectiblemente a la estupidez y a la muerte. Ordenar el desorden es el secreto de la vida privada... y de la pública.

Conmovido todavía mi espíritu por los sucesos de Cuba, ya se comprenderá la resonancia que en él tuvieron esas observaciones. Pero volví al hilo del coloquio inquiriendo del doctor Marañón si su afición al tema biográfico—en cierto modo reincidente ahora en torno al Greco—respondía a algún móvil más especial que aquel interés científico a que ya se había referido.

—Sí, responde también al deseo de aclarar vidas que me parecían incompletamente estudiadas. Mis biografías las escribí, ante todo, para mí mismo.

—Se advierte en ellas mucho trasfondo de ciencia psicológica. Tengo entendido que ésa fué una temprana inclinación en usted... ¿Le parecen aceptables los criterios de la ya no tan nueva Psicología—Freud, Adler, Jung? Quiero decir desde un punto de vista caracterológico.

—No pueden aceptarse más que como base muy provisional para explicar el carácter de los hombres. Son esencialmente criterios transitorios, y no pueden dar la clave de las cosas eternas.

—Eso me hace suponer que, a su juicio, tales doctrinas (menos la de Jung, tal vez) padecen de un materialismo o de un mecanicismo que rebajan la autonomía de la voluntad y del carácter moral.

—No; la verdad es que en la mayoría de esos criterios no hay tanto materialismo como se dice. Por ejemplo, la obra de Freud, tan motejada de materialista, me parece, por el contrario, una obra romántica.

Hubiera querido provocar una mayor explicación de ese juicio, tan dependiente de lo que se entendiera por *romántico*. Pero no tengo suficientemente secuestrado a mi interlocutor. El animado chachareo de las señoras a veces nos invade el diálogo, tentándolo a salir de su gravedad, y es natural que Cossío y Pepín les quieran hacer el juego. Sin embargo, aventuro todavía heroicamente una tremenda pregunta sobre las ideas filosóficas del doctor, particularmente en relación con el alma y el destino humano.

—No están regidas por ninguna doctrina filosófica. Amo la filosofía; pero yo tengo la mía propia, muy humilde, pero mía, rectorada por sentimientos y creencias, más bien que por conceptos.

Entran ahora dos niños en la salita donde estamos. Son los nietos de Marañón, graciosamente ceremoniosos en sus saludos. Orondo, don Gregorio los besa. Las sonrisas de la abuela y de la madre, parecen llenar de luz el ambiente. Cossío ha vuelto a instalar su rotunda humanidad en la butaca que reclama como *suya*, y desde ella siembra la conversación de anécdotas y de frases chispeantes. Pepín aprovecha la tregua con preguntas rápidas, precisas, de hombre habituado a manejar hechos y cifras. Me las dirige a mí: quiere saber qué me parece, al cabo de vivir tantos meses en ella, la España de hoy... Pero me niego a dejarme entrevistar. Soy yo quien ha venido de caza, y no suelto mi presa.

La referencia de Marañón a su fondo más general de creencias y de ideas me ha dejado pensando en las tres grandes influencias que, según he leído, contribuyeron más a formarle inicialmente: las de Menéndez Pelayo, Pérez Galdós y Cajal. Se dan en su espíritu, en efecto, como una conjunción de la ortodoxia del

(Pasa a la página 13.)

Les Editions
de la
Baconnière à Neuchatel

OFRECEN

A SUS LECTORES ESPAÑOLES, LOS SIGUIENTES TITULOS RECIENTES:

JEAN PAUL BOREL: ***Raison et vie chez Ortega y Gasset.***
Primer estudio publicado en lengua francesa sobre la gran filosofía española.
14,5 × 23 cm. 300 págs. Fr. 14.

CAHIERS D'HISTOIRE MONDIALE.
Volumen en cuatro cuadernos de 250 páginas cada uno. Fr. 34.40.
Volúmenes I, II, III y IV, cada volumen Fr. 43.
Contribuciones a la Historia Rusa, cuadernos fuera de serie, Fr. 17.20.

JEAN COURVOISIER: ***Le Marechal Berthier et sa principaute de Neuchâtel 1806-1814.***
De la cesión de Neuchâtel a Francia, al fin del régimen de Berthier.
300 págs. Fr. 24.

DE LA DEMOCRATIE INDUSTRIELLE.
Catorce contribuciones de jefes de empresa, de sociólogos y de economistas con un estudio principal: *L'Horlogerie et l'Europe.*
Numerosos grabados. 14 × 19 cm. 2 volúmenes de 240 págs. Fr. 15.

DIANA D'ESTE: ***Paix et Prosperité.***
Valerosa proposición para resolver los problemas políticos y al mismo tiempo facilitar la solución de otras cuestiones.
14 × 19 cm. 64 págs. Fr. 3.75.
Id. edición inglesa. Peace and prosperity. Fr. 3.75.
Id. edición alemana. Fr. 3.75.

CARL DOKA: ***Les relations culturelles sur le plan international.***
La obra más completa sobre esta importante cuestión, fundada en los datos más recientes recogidos en el mundo entero.
14,5 × 23 cm. 400 págs. Fr. 16.

MARCEL DUPASQUIER: ***Edgar Quinet en Suiza, 1858-1870.***
La vida en Suiza de Quinet, proscrito y exilado (ilustrado).
250 págs. Fr. 12.

MAX HUBER: ***Dieu, les animaux et nous.***
Obra en la que el gran jurista y filósofo, antiguo presidente de la Cruz Roja Internacional, muestra una vez más sus dotes de humanista cristiano.
100 págs. Fr. 5.

KONSTANTIN KATZAROV: ***Theorie de la nationalisation.***
El presente estudio que pretende ser una investigación objetiva y sin tendencia política alguna, al mismo tiempo que una orientación internacional, contiene un análisis comparado de la naturaleza jurídica de la nacionalización.
16,5 × 25 cm. 500 págs.
Encuadernado en rústica, Fr. 42.
Encuadernado en tela, Fr. 49.

BERNARD LEWIS: ***Les arabes dans l'histoire.***
El presente iluminado a la luz del pasado desde los orígenes hasta 1958.
14 × 19 cm. 194 págs. Fr. 10.

GEORGER MEAUTIS: ***Mythologie Grecque.***
Ninguna mitología excepto los manuales escolares había sido publicada desde la primera edición de ésta de Decharme en 1879. El autor ha compuesto un manual que permitiera con la ayuda de un índice descubrir rápidamente los personajes que se buscan, precisando bajo una línea nueva lo que es realmente una mitología.
13,7 × 21,3. 272 págs. Fr. 9.

JEAN NICOLLIER: ***Les horizons en flammes***
El autor ha tomado por tema los sucesos de 1939-45. La movilización suiza que sirve de fondo. La obra conmemora de alguna manera el 20 aniversario de la movilización.
240 págs. Fr. 7.50.

L'OCCIDENT A LA RECHERCHE D'UNE DOCTRINE SOCIALE.
Cuatro trabajos de MM. Robert Bothereau, Ad. Graedel, Maurice Guigoz, Paul Huvelin.
14 × 19 cm. 200 págs. Fr. 7.50.

GIUSEPPE RICCIOTTI: ***La biblie et les decouvertes recentes.***
Los descubrimientos arqueológicos que han esclarecido tanto el conocimiento científico de la Biblia se patentizan aquí con la reproducción de los documentos encontrados. Iniciación útil de la que los especialista pueden igualmente sacar provecho.

INSULA
Carmen, 9 MADRID

GREGORIO MARAÑON

lo que se ha perdido y lo que ha quedado

por JULIAN MARIAS

No es fácil definir la figura humana de Gregorio Marañón, tan rica, tan compleja, tan matizada. A raíz de su muerte, en la Facultad de Medicina, donde tanto vivió y enseñó—donde enseñó tantas cosas, desde endocrinología hasta moral privada y nacional—, intenté mostrar cuál era el núcleo en torno al cual se había ido ordenando y organizando la personalidad de Marañón. Cuando ahora, ya un poco más lejos en el tiempo y en el espacio—escribo estas cuartillas, recordando a Marañón y recordando otras palabras mías de Madrid, en Puerto Rico—vuelvo a pensar en su figura y trato de representármela, al intentar hacer un balance vital de la amputación que su muerte ha significado para los españoles, y acaso descubrir lo que nos ha dejado para compensarla, lo veo recortarse sobre el horizonte de la vida española donde lo encontré «desde siempre», desde que nací, ya famoso, siempre actuante, con un perfil inconfundible, que ahora quisiera poder definir y trazar con palabras.

Yo diría que Gregorio Marañón tenía un carácter aparentemente negativo, consistente en una radical falta de *asco a la realidad.* En el intelectual, en el artista, ese asco—en alguna medida justificado—es frecuente. Creo que es una tentación de las más sutiles y peligrosas, precisamente porque no carece de motivos y aun de buenos motivos: sólo falta saber si son *suficientes.* Pienso que esta condición le venía a Marañón de ser «el Dr. Marañón», es decir, de su esencial dimensión de médico. O quizá, a la inversa, fué aquélla quien hizo posible que durante tantos años fuera para los españoles el médico por antonomasia. Porque el ejercicio de la medicina no tolera el asco a ninguna forma de realidad—lo cual no quiere decir, sino al contrario, que se acepten, que se aprueben todas—; el médico se acerca a la ambigua realidad del nacimiento, que mezcla lo más tierno con lo atroz; a la fea erupción cutánea; al hondo, invisible tumor visceral que opera silencioso su siniestra función; a la locura y al sinsentido; a la muerte misma. Y todo eso tiene que mirarlo cara a cara, sin disimularlo, sin edulcorarlo, tiene que «tratar» con todo ello, y siempre con esmero y amistad. Amistad, se entiende, con el enfermo que lo padece; los que no distinguen suelen pensar, pueden pensar que el médico, porque conserva su compostura y no hace grandes gestos, tiene amistad con el tifus o el cáncer.

Pero Marañón iba más allá. No sólo carecía de asco a la realidad, sino que tenía *avidez de ella;* y si la falta de asco descubría su condición de médico, su avidez revelaba el carácter más radical del verdadero intelectual—no del que juega a ello—. De ahí se derivaba la sorprendente *naturalidad,* la falta de afectación de su persona, el aire «absorto» que tan frecuentemente tenía hombre tan alerta. No estaba «ausente» o distraído, estaba absorto, es decir, *absorbido* en lo real, dejándose impregnar de ello, fundiéndose con ello, sin interponer—y cada vez menos—entre la realidad y su yo un «papel», un personaje teatral. Por eso parecía tan increíblemente *sencillo,* hasta llegar a la decepción de muchos, de todos los que la merecían. La consulta de Marañón, en que lo hacía todo personalmente, hasta las menudas anotaciones de sus preguntas personales, hasta *esperar* a que el enfermo se vistiera—¿no era también esto significativo para el diagnóstico?—, era una lección para el que tuviera alguna curiosidad acerca de lo humano.

Marañón no era «listo»—la gran plaga de nuestro tiempo y, sobre todo, de los decenios que quedan atrás, la gran plaga de los países latinos y, ahora, de algunos ingleses—; no era un «lindo», ni un «señorito». Al contrario, trascendía de él un aire siempre *profesional.* En todas sus facetas múltiples, tan expuestas a lo contrario. Como médico, como investigador, como escritor. Hasta como padre de familia y amigo, tenía un matiz «competente» y eficaz, que sabía a profesionalidad. Pero ¿no era Marañón un *aficionado,* un egregio aficionado a tantas cosas? Sí, claro es, pero algo más. Ortega, hablando en San Sebastián hace cerca de quince años, y refiriéndose precisamente a los libros históricos de Marañón, dijo que casi todas las cosas eficaces las había hecho en España «el chico de la blusa». Pero ¿el chico de la blusa no es el aficionado en las corridas de toros? Sí, pero no cualquiera: es *el aficionado que se tira al ruedo.*

Si se me pidiera decir en sólo tres palabras lo que los españoles hemos perdido con la muerte de Don Gregorio, yo diría que el poder *llamar a Marañón.* Esta expresión significaba su enorme disponibilidad y cómo era sentida. Marañón, en tantos órdenes, era una *instancia* a la que se podía siempre recurrir: como médico, como hombre de ciencia, para un consejo, para una conciliación, como lo que se llama, con expresión tan sabrosa, «amigable componedor», cuya corrupción, cuya prostitución es el «pastelero».

Marañón era, por supuesto, «de antes», pero no se había quedado en «lo de antes». Por eso era constructor de puentes, siempre dispuesto a tenderlos, y por eso no le quedaba tiempo ni humor para «pontificar». Había evitado a un tiempo la insolidaridad y la momificación. Ni era el *recién llegado*—que es siempre el arrivista—, ni era tampoco la mujer de Lot, estatuta de sal incapaz de salar la tierra.

Se contaba con Marañón porque tenía prestigio auténtico, autoridad personal y una bondad cuyos límites costaba encontrar. He hablado muchas veces de las raíces morales de la inteligencia, y Marañón era un caso ejecutivo y ejemplar de ello. La amplitud y riqueza de la mente de Marañón procedía de su bondad, de la cordial apertura de su vida, que abría y dilataba su mente. De ahí procedía su gesto «abierto» y «llano», como dice perspicazmente nuestro pueblo», su falta de inhibiciones, a pesar de su notoria timidez, su seguridad modesta en sí mismo, su estar dispuesto—en principio—a ir a cualquier parte. Cuando algunas veces no se explicaba bien, cuando yo mismo a veces me sentía sorprendido, me venían a la memoria, como clave de la explicación, las palabras del hidalgo al labrador, que porfiaba que se sentara en otro lugar, según nos cuenta Cervantes: «¡Sentaos, majagranzas, que dondequiera que yo me siente será vuestra cabecera!» Marañón era respetuoso y respetable. En una época de volatilización de las jerarquías, ambas cosas me parecen de inapreciable valor.

Gregorio Marañón. Busto por Emiliano Barral.

Y por tod oesto, gracias a todo esto, Marañón representaba como pocos la afirmación de la continuidad española. Frente a los «tradicionalistas» que consideran la historia como un muestrario donde se puede elegir y quedarse con lo que guste, Marañón era *tradicional* y se sentía solidario de nuestra historia entera. Para algunos que hoy nos abruman tomando en vano el nombre de la tradición —y otros más altos—, el siglo XX es funesto, el XIX se debe rechazar porque fué revolucionario; el XVIII, porque fué «enciclopedista» y volteriano; el XVII, porque fué el de la decadencia, y queda un poco del siglo XVI—apenas sólo Felipe II, Torquemada y León de Castro, más que Fray Luis de León o Carranza—, los Reyes Católicos, el nombre sólo de San Fernando, la barba del Cid y acaso la tienda del Miramamolín. Marañón afirmaba y mantenía la tradición entera, y de ella se nutría: de Enrique IV a Luis Vives y Felipe II, y Antonio Pérez, y el Conde-Duque, y Feijóo, y todo el XVIII, con su dilecto y tan parecido Jovellanos, hasta llegar a Galdós y Menéndez Pelayo y Cajal y los españoles vivos, hasta los muy jóvenes. Y, por supuesto, a todos los «españoles fuera de España», de quienes tanto escribió, con amor y conocimiento, a quienes hacía entrar otra vez en su patria, uniendo la magnanimidad a la justicia.

Cuando se vuelve la vista a todo lo que Marañón era, conmueve y contrista su pérdida. Pero no se debe olvidar lo que ha quedado. Su obra, su escuela, su ejemplo. Todavía no está suficientemente beneficiada y aprovechada, ni de lejos, la obra de Marañón. Hay que leerla y releerla y potenciarla, hasta que quede convertida en lo que todo auténtico escritor sueña: una parcela perdurable de su país. Hay que hacer que continúe su escuela, sin desmayos. Su ejemplo, que fué la libertad y concordia, podría ser clave de una manera de intentar la vida española: con absoluta pertenencia y solidaridad, sin fingir ni mentir, sin petulancia y sin insolencia.

A veces se dice a los españoles jóvenes—se les ha dicho una vez más con ocasión de la muerte de Marañón—que no hay figuras comparables, que los grandes hombres que se están yendo no tienen sucesor. Me parece impío decir esto a los jóvenes; sobre todo, porque es falso. Ningún hombre egregio tiene personalmente «sucesor», porque es insustituíble; pero hay hoy en España hombres que representan, dentro de ella, lo que fueron los «grandes» que se desvanecen. Nn lo parecen, primero, porque se están haciendo, y a los anteriores los vemos con su figura ya hecha, con la trayectoria cumplida o casi vencida, interpretada y glosada por la historia. Pero, además, porque hoy no encuentran resonancia, porque no se *cuenta* con ellas, porque en lugar de ser potenciados —en la forma del aliento y la exigencia—, se le dice a éste que no los hay ni los puede haber, y los hombres promisores se quedan solos, *dejando solo a su pueblo.*

Recuerdo, como reveladora de la actitud de Marañón, una carta que me escribió cuando yo enseñaba en la Universidad de Yale, en 1956. Todo parecía aconsejar seguir allí, y Marañón así me lo decía: holgura económica, cuatro millones de volúmenes en la biblioteca, estimación, libertad, respeto, calor y estímulo; Marañón lo veía todo, reconocía que lo normal era que me quedara allí, pero al final, tímidamente, me sugería que, a pesar de todo, volviese; contra todas las razones, en nombre quizá de una sola casi indecible, pero suficiente, que pudorosamente no se atrevía a formular. Cuando llegó su carta, ya había tomado yo mi decisión y no estaba en Yale, sino en la planicie celtíbera de Soria. No es difícil expresar con qué conmovida alegría leí sus palabras, con qué radical concordia le contesté, fechando mi carta en la Soria fría, Soria pura de Antonio Machado.

CORREO PARA LA MUERTE

por

RAMON DE GARCIASOL

QUERIDO don Gregorio: le digo querido, no admirado, porque el cariño es más que la admiración, como lo más está comprendido en lo menos. El querer participa de la atracción oscura y radical, de los cimientos humanos y de la luminosa conciencia. Es una totalidad no escindida: razón cordial, cordialidad lúcida. Usted no quería devociones—y menos beaterías—que le pusiesen en una hornacina con cuatro velas de cumplido y abandono. Usted, don Gregorio, tenía miedo a convertirse en estatua que representa y no es. Quería diálogo y entendimiento, convivencia a la altura del hombre. Usted quería siempre, con una voluntad de amor que potencia y estabiliza el conocimiento. Como todo lo profundo, parecía quieto en la superficie. Pero aquella serenidad era una conquista, no sólo un don. Yo le envidiaba el sosiego, don Gregorio, la sonrisa de inteligencia. Y saber oír sin distancia, atentamente. Y no haberse quemado al manejar las palabras. (¿Hay unas palabras inspiradas, tormentosas, reveladoras y otras de explicación y sin desgarraduras?)

A su lado, a su sombra, qué a gusto se estaba, qué seguro. A veces hasta provocaba rabia, porque de pronto se nos olvidaba que era usted un hombre excepcional, fuera de serie, mas sin poder sacarse de la manga el milagro que apremiaba cada uno. «¡Si Marañón quisiera! ¡Si Marañón hablase!» Y unos se avalaban con usted, otros se enfurruñaban cuando su conducta o su palabra no coincidían con su necesidad, su pasión, su prisa, sus alcances, su limitación biológica.

Pocos creían que usted no fuese un taumaturgo a quien le isidrean los campos. Pasaba tan firme, tan como si nada, que no nos cabía en la cabeza que, como suspiró usted, casi nadie supiese los sudores y esfuerzos que le costaba su buena estrella.

Su muerte ha desvendado la hondura de su bienhechora presencia: hoy tiene más arrugas España. ¿O es que se ha puesto a pensar, ha entrado en sí haciéndose problema, encarándose con su destino, convocada a la reflexión ante su cadáver, el último servicio—¿el último?—que ha rendido a España?

Alrededor de su féretro nos hemos reunido gentes de todos los cuadrantes, don Gregorio, coincidentes en un dolorido amor. Y todos íbamos avergonzados porque hemos gritado más que hecho, mientras que usted ha hecho sencillamente, con la elegancia del que no descompone la figura cuando le desflecan los cuernos la faja colorinera. Y la vida de su tiempo tenía las astas bien afiladas. Y los puñales, y la sangre, y las tripas al aire—¡ay, de los caballos y de los hombres!—no eran tópicos de gacetillero taurino. Hombres que tal vez se hubiesen mirado con ira en otro momento, caminaban juntos, silenciosos y con mejor cara siguiendo su ataúd. Yo me acordé viendo a tantas gentes a pie, igualadas en el mismo camino, sin las diferencias de todos los días, que usted dijo en su *Luis Vives (Un español fuera de España):* muchas de las actuales incumbencias del juez son menesteres del médico. Y alrededor del médico—¿tenía que morirse para despertar modorras?—íbamos los jueces y los juzgados, los unos y los otros, los que creen y los que luchan por creer, los que hablan solos y los que escuchan a Dios. Y es que en el mundo aún se juzga con arreglo al conocimiento del poder, de los intereses, de las comodidades, de las cabezonerías, de los fantasmas, de las aprensiones. Aquella gran llama que fué su amigo don Miguel de Unamuno, escribió: «Pretender sacrificar todos y cada uno de los españoles a España, ¿no es pura idolatría pagana acaso?»

Por todas partes se va España, don Gregorio, como ahora camino del cementerio, o como esta mañana cuando a la hora del trabajo que usted honró tanto, yo lloraba sin poder contenerme viéndole de irremediable silencio en su biblioteca, entre seis hachones eléctricos. No creo que trasladase mi estado de ánimo a la calle, que tiñese de mi dolor y perplejidad el ir y venir de los trabajadores madrugadores, pero hoy había más silencio en el aire, y se pisaba con más cuidado. Al vernos hoy, usted hubiese estado contento de sí mismo, con el corazón de acrecentada confianza.

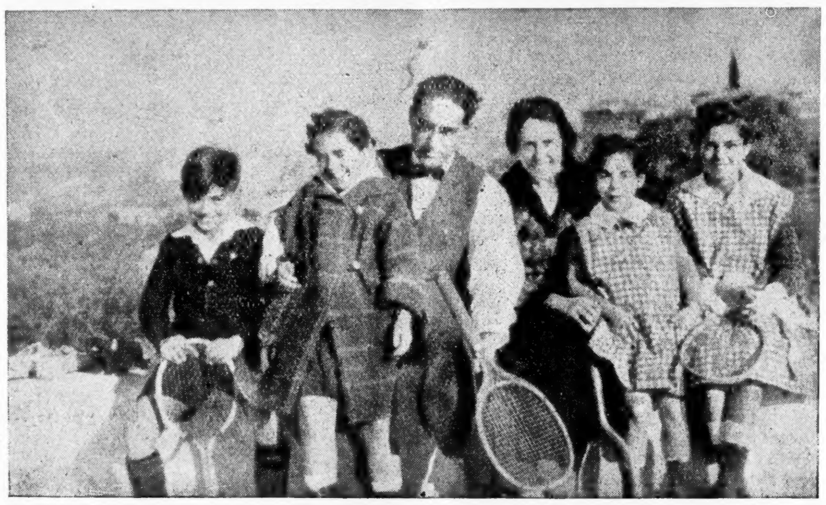
Usted y yo, don Gregorio, teníamos que haber entrado en un diálogo grave, responsable sobre cosas que nos quitan el sueño a tantos y prueban las cicatrices de la carne pudridera, no sólo las metáforas. Yo creía que aún andaba con marejadas internas y me quería más reposado, sin que los muertos me impidiesen ver la vida. Y en esta espera—¡Marañón ha muerto!—la terrible prestidigitación, y lo normal se torna imposible, el es fué, la atención se queda en piedra funeraria. Y la casa que usted llenaba se vacía. Y a una mujer gloriosa, sustentadora y maternal, se le va el quehacer, se le aja para siempre la sonrisa. Y ya no podrá esperar nunca en este mundo, aunque vea el bosque de su sangre tan poblado de hijos, nietos y bisnietos. ¡Pero sin don Gregorio!

Usted, don Gregorio, ya no está. Y aunque se me conteste con tópicos que no me consuelan, yo sigo preguntando: ¿por qué? ¿No es todo esto absurdo, sin sentido o con más sentido del que se me alcanza? Por favor, don Gregorio, no me quiera convencer con palabras, porque ahí está su cadáver. Acato, don Gregorio—ya estamos en lo irregresable, en la sorda materia—, pero no entiendo. ¿Dios? Pues también. ¿Es que el dolor, la necesidad, la nube en el corazón no deja entender? De todo esto hubiese querido condolerme con usted, don Gregorio, mientras el Tajo se nos llevase la melancolía al mar. Pero usted se ha puesto al otro lado del tiempo.

Usted, don Gregorio, estaba con la juventud, con todo lo que busca—hijo, espiga, obra—salida a la luz, a la acción sin pecado ni delito, al consuelo de no andar perdidos por la niebla sintiendo latir el miedo al andar o al pararse. Usted iba como un planeta, seguro e infalible—pero en claro, fluyente río solidario—, por sus trabajos y sus días, luminoso, ensimismado, con la tranquilidad que da ver cómo crece la vida en torno y se hombrean los nietos con los álamos.

siones que me arañan la sensibilidad aunque me justifican la esperanza. Si no esperase, ¿cómo iba a dolerme? Entre los pinchos y la sangre destellando—como en la brega cidiana, más incruenta—el cielo es más hermoso y la luz dulce hasta el llanto. ¿No me está doliendo amor, España, conocimiento, duda, hombre con hombre y apellidos, miserias que sería canalla convertir en literatura, mandatos que sería criminal retoricar y no creer?

¿Por qué me está abejoneando Quevedo al fondo del sentimiento: «En el mundo los delitos pequeños se castigan y los grandes se coronan, y sólo es delincuente el que puede



Un momento feliz de Marañón, con su mujer y sus cuatro hijos.

Cuando digo que estaba con la juventud—era joven usted, don Gregorio, un joven de setenta y tres años al apagarse en la carne un domingo madrileño de marzo—no pretendo convertirle en argumento, en parapeto o munición, como es moda piadosa entre los pobres tontos del sí y el no, sus hombres de una pieza, inflexibles, rígidos, inhumanos. Porque la vida está en el entre paréntesis: lo otro es muro, vaso, no vino. Ser liberal—nos dejó más que dicho, escrito y practicado—[es]: primero, estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo (¿y con el que no piensa, don Gregorio?); y, segundo, no admitir jamás que el fin justifica los medios, sino que, por el contrario, son los medios los que justifican el fin.» Y al citarle quito el énfasis que usted mandó poner al destacar la tipografía. Yo pienso que quizá, más que a entenderse—lo que no está demás—conviene comenzar por entender atendiendo. Y es que los hay tan torpes, los pobres, que dan el fin por llegado al presente, y sacrifican los hombres vivos y con futuro a un tropo que suele ser una añagaza para no dialogar o no sentirse en culpa. Si ésa no es actitud de buena fe poco inteligente, la postura tendría que calificarse muy crudamente: de diabólica ceguera. O con menos prosopopeya: política de intereses particulares. Hay que mirar al porvenir sin olvidarse de que el futuro comienza en el presente. ¿Acaso un futuro abstracto precisa sacrificios humanos? De esto también teníamos que haber hablado con calma, tenía yo que haber oído, en lugar de estar en este monólogo, con una desoladora ausencia entre las manos. ¿Pero no es usted, don Gregorio, quien me pone en las ansias este hablar, no es mi lamento un diálogo?

De sopetón, andando mi camino guiado por su muerte, me encuentro con una evidencia: no se puede raer lo que nos disgusta o no alcanzamos en nombre de Dios o de la Patria. El hombre es sagrado para el hombre, según Séneca, aunque desde que lo dijo haya llovido tanta pena y tanto asco y aún no lo hayamos digerido.

Usted era joven, trabajador, esperanzado, creyente en lo divino y en lo humano, sencillo y humilde, rebelde, por lo mismo, en el noble sentido liberal. Por eso pudo decir sin demagogia y sin susto: «El modo más humano de la virtud juvenil es la generosa inadaptación a todo lo imperfecto de la vida—que es casi la vida entera—; esto es, la rebeldía.» Es decir, la rebeldía como creación, la solidaridad como patriotismo: la honestidad, el no adular, el no despreciar, el no mentir, el no caminar a caballo de la angustia ajena, el no creerse hijo predilecto de Dios pastoreando rebañega mansedumbre. Por eso le gustaba andar entre los jóvenes, fué joven hasta el momento de ser talado. Por lo mismo era feliz oyendo el rumor de poderosa mar a que suenan las aulas universitarias. Y como el buen director de orquesta, enamorado del orden, del ritmo, del *tempo,* bastaba que la mano izquierda insinuase un mandato o una expectación para que la espuma se aterciopelase en silencio y los oídos se dispusiesen a beber la palabra magistral.

Pero me estoy enzarzando en razones y tenser castigado»? ¿Es que la moral—la ley de los hombres—es el río profundo que socava el cauce español, que le ahonda y le tiene en pie? ¿Es que donde no hay moral no hay sociedad, no existe Patria, palabra más pura, que llevar operante en la acción que en la mayusculización de las soflamas? Desde lo alto de su camposanto, al volver a la caída de la tarde, entre nubes y lluvia se veían unos rosas goyescos—*La pradera de San Isidro*—amasados con oro y sangre sensitivos. Y su viento de la sierra, del azul Guadarrama de Machado, nos limpiaba la angustia: «Sueña, esperanza, quién sabe lo que se traga la tierra.» Y no era pura mecánica la marcha del corazón. Y en el silencio sonaba el pulso a compañía.

¡Ay, don Gregorio, don Gregorio! Escribo esta misma tarde de su entierro abriéndome una vena, con el pasmo pegado a la pluma, en una hervorosa lucidez, con el abrazo patético de Gregorio—¡qué pálido fondo de los huesos cimentadores le relampagueaba entre la cortesía de los pésames!—, de un Gregorio aí que se le notaba la orfandad en la palabra asordada, ronca, de luto. Porque no es cierto que la orfandad sea cosa de niños nada más. ¡Cómo nos desarbola a los mayores la muerte de los padres, en la que nunca se cree!

Antes de llegar sus despojos al cementerio de San Justo, ya estaba yo allí, al borde de esa herida tremenda de la tumba. Le diré, por si no se lo cuenta nadie o no lo recuerda de cuando vivía en persona, que la sepultura suya está acompañada por dos cipreses prodigiosos. Aunque los cipreses sean de hoja perenne, la primavera les aniña el verde, se le aclara, porque marzo pone ternura hasta en las piedras. ¡Qué serenidad aquel diálogo de silencios de los cipreses! Cuando venga el sol mañanero por el camino de Alcalá, cómo se les animarán de oro las sienes y cómo cantarán los pájaros con la exaltadora luz burbujeando en las venas. Cómo querrá ponerse a decir la materia, la pasajera hierba, la letra lapidaria, el color de la tierra abonada con hombres, la gloria rematada en polvo.

Le diré, don Gregorio, que antes de mí ya había ribeteando el hueco atroz gentes de poco pelo, menesterosas gentes con azafranada cara de hambre, con trajes de luto que el lavado y el tiempo comienza a colorear y enternecer de sudor y lejía, con trajes detonantes de todos los restos y calidades. ¡Pero llevaban manojos de flores, quizá de sus macetas! Gentes sin nombre en las notas de sociedad, en los catálogos de las librerías, en la guía de teléfonos. Gentes de rostro deformado, caricaturizado por el susto y la miseria, atemorizadas, reprimidas gentes con miedo al cielo y a los hombres. Gentes para quienes es un martirio escribir o leer, incluso el oír, porque no les dice nada el sonido. Gentes a punto de desvanecer su perfil humano en harapo o animalidad—¿por qué, Señor?—, pero que sabían llorar y lloraban, don Gregorio. Y lloraban por usted, olvidados de sí, por usted que salvó al hijo—¡aquel niño deficiente con un puñadito de lirios azules y florecillas blancas, ya lacios de tanto esperar, y la madre que susurraba pena, mirándole sin poder traerle a la normalidad!—. Gentes a quie-

(Sigue en la página 10.)

BIBLIOTECA BREVE

Ernest Robert Curtius

ENSAYOS CRITICOS ACERCA DE LITERATURA EUROPEA

2 Tomos

ERNEST Robert Curtius, 1886-1955, reunió en un volumen, bajo el título de *Kritische Essays zur europäischen Literatur* una serie de artículos que «Biblioteca Breve» ha publicado en dos tomos traducidos por Eduardo Valentí *(Ensayos críticos acerca de literatura europea),* en los que confluyen, en diversa medida, las tres principales directrices de su actividad, servida por unos conocimientos vastísimos, una memoria singular, un fino sentido crítico y un sincero y noble deseo de cooperar a la interacción de las principales culturas europeas, dos de las cuales por lo menos—la alemana y la francesa—sentía y tenía derecho a reivindicar como propias.

*

UN ensayo acerca de Virgilio en el Bimilenario de su nacimiento seguido de una conferencia sobre Rudolf Borchardt y Virgilio, pronunciada en la BBC, en octubre de 1951, abren la obra, como una afirmación de la deuda que la literatura europea tiene contraída con aquel a quien otro crítico llamó «padre de Occidente». Otra figura universal, la de Goethe, da pie a los tres ensayos siguientes, en los que Curties se encara sucesivamente con dos aspectos muy distintos de su actividad, aunque sutilmente emparentados entre sí. La crítica literaria—aguda visión del panorama de lecturas del autor del Fausto*—y el celoso y minucioso esmero con que cumplió siempre sus variadas tareas de alto funcionario de la corte granducal de Weimar, seguidos de un tercer trabajo acerca de las características del mundo espiritual de Goethe, estudiadas a partir de ciertas peculiaridades de su lenguaje.*

*

DOS artículos—uno sobre Federico Schlegel y otro sobre Stefan George, cálido este último de recuerdos personales—plantean bajo ángulos distintos el problema de las relaciones entre las culturas alemana y francesa, mientras otros dos sobre Hofmannsthal arrojan una curiosa luz sobre la literatura alemana y austríaca de principio de nuestro siglo, y cuatro importantes ensayos, respectivamente, sobre Unamuno, Ortega, Pérez de Ayala y Jorge Guillén, atestiguan el apasionado interés de Curtius por el pensamiento, la novelística y la poesía española de los últimos cuarenta años.

*

LA novela francesa es objeto de dos estudios, uno de carácter general y otro especialmente dedicado a la gigantesca figura de Balzac; la anglosajona de otros dos: uno sobre el Ulises *de Joyce y otro sobre la producción del joven autor americano William Goyen; y Hermann Hesse da pie a profundas consideraciones sobre la moderna novelística alemana, T. S. Eliot es objeto de dos importantes ensayos, y uno muy extenso está dedicado a Toynbee y su peculiar visión de la historia. Otros sobre Emerson y Charles du Bos, y un brillantísimo estudio sobre el tema de la nave de los Argonautas a través de la literatura europea completan este libro tan lleno de sugestiones.*

Tomos I y II. 95 ptas. cada uno

EDITORIAL
SEIX BARRAL, S. A.
Provenza, 219
BARCELONA

Españoles mal entendidos

por
D. GARCIA SABELL

I
MARAÑON, ACOTADO

«Un mort sous presse, et le spectacle commence enfin.» Camus: *La Chute.*

IBERIA es un país de entierros. Enterrar a un hombre, y más si éste es famoso, constituye una delicia inefable para el español medio. Una delicia que si lleva en su intimidad cierto adarme de turbadora congoja, colma el grave y ritual placer del enterramiento. ¡Qué maravilla de humanidad, qué regalía de la vida ésta de poder sentirse buenos, desorbitadamente buenos, ante aquella materia inerte a la que se acompaña camino «del sueño de la tierra»¡ Cierta mala conciencia queda así inhibida: se paga una deuda. Mas, ¿qué deuda? ¿No es quizá, antes que una deuda, un cobro? ¿No es, por ventura, una forma de encimarse sobre el muerto, una forma fugaz de posesión altanera, la última, la que culmina otras anteriores que nacieron de la incomprensión, del no querer ver, de la injusticia y del obstinado cerrilismo? ¿No es acaso, acaso, bajo sus maneras patéticas, la suprema negación, el «¡por fin!», el «ahí te quedas» satisfecho y definitivo?

Las lágrimas, el simulacro de afán de entender, las apologías cobran entonces un aire desmesurado. No hay medida, no hay decoro intelectual hacia el desaparecido. No se contempla el recuerdo, la imagen viva en su compleja y contradictoria riqueza. No hay, en suma, *miramientos.* Y el miramiento es la condición inexcusable del respeto.

Todo este exceso funerario dura apenas unos instantes y luego todo se desvanece. Es como una gran pirotecnia intercalada entre la luz cruel y turbia de la agria lucha y la dulce y pacífica tiniebla final. A la gente—si tiene memoria, que casi nunca la tiene—le sorprenden estos súbitos juegos de luces. Le sorprenden y le desorientan y como no sabe a qué carta quedarse, opta por el olvido. Con lo cual el muerto queda, a fin de cuentas, escamoteado. ¿Y no era ésto lo que se perseguía?

Con don Gregorio Marañón puede correrse este riesgo a juzgar por las cosas que ahora, a última hora, de él se dijeron. A juzgar por las demasías que rondan, plañideras, en torno a su memoria. En el país siempre, o casi siempre, se le admiró sin reservas. Lo cual no quiere decir que se le haya entendido cabalmente, pues contadas veces se hizo el esfuerzo necesario para situarlo en su época, para descifrar el sentido humano de su vasta obra, para indagar en el fondo de su psicología, en la significación de su tremendo esfuerzo de trabajo, en sus ideales, en sus esperanzas, en sus temores y en sus fallos. Y ahora, al morir, las cosas se han complicado. Tanto llanto y, sobre todo, tanto rasgarse las vestiduras nos producen una impresión inversa a la que pretenden crear, algo así como si don Gregorio Marañón—el hombre Marañón que diría Unamuno—no hubiese existido nunca y, en su lugar, y a lo largo de toda su vida, se hubiese insertado, suplantándolo, una especie de sagrado monstruo proteico que todo lo hizo, un Linceo que todo lo vió y todo lo anunció sin apelación posible.

Quiere todo esto decir que hay en el país una cierta voluntad de prestidigitación. Grave síntoma. Atrapa el ibero la realidad—un hombre, un hecho cultural, lo que sea—se lo esconde y luego, con ademán no excesivamente ágil, yo diría que tosco, se extrae de la manga cualquier detonante fantasía que pretende hacer pasar nada menos por la objetividad pura. ¿Siempre ha ocurrido así? No lo sé. Mas lo cierto es que, actualmente, nos han «distraído» al doctor Marañón y a poco que nos descuidemos no vamos a dar con él.

Y conviene intentar, siquiera sea rápidamente y en esbozo, el perfil de unos cuantos rasgos concretos que nos lo susciten, vivo, a nuestro lado. Lo justo para en otra ocasión y con más espacio explorarlo a fondo. Hoy, a poca distancia de su muerte, basta, simplemente, con acotarlo, con rodearle sus propios y estupendos límites, con alindarlo como a una tierra que más tarde habrá de trabajarse para ver si da cosecha. Y éste es ya otro problema, otro serio problema que ahora debe quedar intacto.

Don Gregorio Marañón fué un médico eximio. Esto hoy nadie lo discute. Como profesional, el doctor Marañón realizó dos grandes hazañas. Una, contribuir a levantar la Medicina española del marasmo en que la habían sumido las tontilocas cabezas de la Academia de Medicina de Castilla la Nueva. Unas cabezas grandilocuentes, mareadas de ergotismo doctrinario, lejanas a la realidad de la Patología, vociferantes de santa furia hipocrática—un Hipócrates mal leído y peor entendido—o navegando con pasión materialista por una Química elemental, rudimentaria y divagatoria. ¿Para qué citar sus nombres? De espaldas a Europa, llenos de vanidad y suficiencia, con sus discursos y sus panfletos y sus gracias verbales—¿no calificaban a los estudios histológicos que iniciaba Cajal de «Anatomía celestial»?—habían sepultado a la Clínica del país en la más honda sima imaginable.

Marañón se alzó contra este espectáculo delirante. Con él iban Hernando, Nóvoa Santos, Gil Casares, Pittaluga, Cañizo y los que luego les siguieron. Entre todos—y don Gregorio fué el gran animador del grupo—se acometió, y en cierta medida se consiguió, la europeización de la Medicina española.

La parte que el doctor Marañón se asignó en tal empresa—su segunda gran hazaña—fué introducir y cultivar la Endocrinología, la ciencia de las secreciones internas. Desde entonces, con perfil casi exclusivamente clínico, crece y gana importancia su aportación a esta parcela de la Patología médica. Sus trabajos se suceden rápidamente. Y comienzan a aparecer sus libros fundamentales. Don Gregorio enfoca cosas más o menos importantes, aclara conceptos, sistematiza doctrinas y se instala definitivamente en el ámbito de la Clínica pura, en la indagación del síntoma nuevo, en el estudio de la historia morbosa, en la valoración práctica de los datos analíticos del laboratorio. Y llega un momento—hacia los años treinta—en que puede considerarse como uno de los mejores representantes de esa egregia raza de clínicos, de médicos a la cabecera del enfermo, que Europa supo prodigar: Chvostek,v. Bergmann, Eppinger, Widal, Nóvoa Santos, etc.

La familia de Marañón: padres, abuelos y hermanas. Don Gregorio es el niño señalado con una X.

¿Qué produjo todo esto en el gran público? Produjo, como era natural, una especie de reverencia entregada que, *por su propio exceso,* se extendió a zonas no médicas de la actividad marañoniana. Se veía muy bien en la gente y en su actitud hacia el médico Marañón, el fondo mágico que despierta siempre todo excepcional curador. Pero la reverencia mágica, contra lo que es de esperar, siempre exige más de lo que da. Al gran terapeuta se le pide tácitamente no sólo que cure con eficacia *segura* sino, además, que sea una personalidad fuera de lo común. Su sabiduría ha de ser inmensa, inabarcable e inconcebible en un solo ser humano. Su fecundidad intelectual tendrá que mostrarse inimaginable a fuerza de superabundancia. Entonces, sólo entonces, es cuando nace en la imaginación popular esa cosa extraña y casi hiperbólica que se llama un auténtico, un extraordinario médico. De ahí que éste, para corresponder en algún modo a tales imaginaciones, haya de mostrarse como en plano existencial superior, casi extrahumano. Haya de mostrarse *como una eminencia.* Al hombre ingenuo sólo le gusta medir lo inconmensurable. Don Gregorio cumplía tales requisitos—claro es que sin proponérselo—de manera perfecta. O sea que entre el mito popular y la realidad personal apenas si había distancia. De ahí la entrega sin reservas. Ahora bien, Marañón quería ser hombre de pequeñas verdades, de mínimos adelantos, de pacientes esfuerzos cotidianos. Y, por paradoja, todo lo convertía en la verdad inconcusa y en el avance definitivo. O, de pronto, en todo lo contrario.

Pero don Gregorio Marañón fué, además, un intelectual egregio. Y también por aquí resultó fácil presa del frenesí ibérico. El intelectual por vocación no puede hurtarse al aguijonazo del aforo problemático que hay en todas y cada una de las manifestaciones de la vida. Señalar ese limo de dubitación y ordenarlo en esquemas inteligibles es lo propio del ideólogo. A ello se entregó Marañón con impulso decidido. Eso fué—con la buena calidad de su prosa—el más alto valor que alcanzó en sus ensayos, en sus obras de Historia. Es decir, antes que el hallazgo original o la nueva idea, lo que priva aquí es la actitud del espíritu. Un valor en realidad más que conceptual, moral. Los libros de Marañón enseñan lo que debe hacerse y cómo debe hacerse, dan una norma de acción. Y eso interesa más que lo que pretenden descubrir, incluso cuando nuestro hombre habla de cuestiones puramente médicas.

Mas el intelectual que clarifica y jerarquiza también al tiempo señala, advierte y despierta las atenciones hacia lo que, a pesar de todas las búsquedas, queda siempre como fondo abismal de los aconteceres, rebelde al orden y a la norma, inconfesable caos primario. Inconfesable caos primario en muchas ocasiones recubierto por melifluas y superconstruidas doctrinas. Y entonces el intelectual, con su presencia reiterada en todos los estratos de la sociedad, con su constante y ubicuo aleccionamiento, se convierte en algo así como el gran entrometido, el archiimpertinente, el fastidioso inevitable que agua todos los festines del instinto. Algo de esto le ocurría a don Gregorio Marañón y por eso en tantas ocasiones su presencia, esto es, sus escritos, irritaban. No tanto por lo que solían decir, sino porque una vez más, y otra, y otra, ahí estaban, insufribles, reclamando atención—que a nadie interesaba conceder—y dando consejo—cierto o equivocado—que nadie pensaba seguir. Mas el intelectual, si es auténtico, no debe hacerse excesivas ilusiones en cuanto a la efectividad inmediata de sus decires. Entre lo que el hombre de ideas clama y repite y grita a toda hora y el mínimo desplazamiento de la opinión pública que ese decir suscita siempre media mucho tiempo. Madame de Staël, tan diáfana y tan presta, notaba en los alemanes un especial torpor intelectual que a ella le chocaba. «Il y a une sorte de lenteur dans l'esprit allemand qui permet qu'il y ait un siécle d'intervalle entre le principe et la consequence.» Pero, ¿no es éste, en rigor, el destino de cualquier verdadera creación que germine a partir de un *principio?* ¿No es éste el verdadero proceso de la auténtica obra de cultura? A veces pasan varias generaciones y de pronto, cuando todo estaba olvidado, surge alguien que revive, que resucita, acaso sin saberlo, las viejas pretensiones del hombre creador de valores espirituales. Desde este momento ya nada impide la floración hasta entonces retardada. Y lo que semejó gesto inútil se revela, a la larga, acción con capacidad de futuro. Lo cual quiere decir que así, de buenas a primeras, el cometido del intelectual siempre es, quiérase o no, un tanto trágico. Pero don Gregorio era, por naturaleza, un optimista. Todo le parecía bien y hasta en las trampas bien urdidas—pero que él sabía eran verdaderamente trampas—quería encontrar—o se hacía la ilusión de que encontraba—alguna pequeña veta de valor positivo. Quizá, en algunas ocasiones, fué éste su gran error: el afán de aprovechar, culturalmente, lo no aprovechable, el creer en lo inmediatamente dado, el amar sin dilaciones, prestamente, y sobre la marcha, el no darse cuenta de que entre el principio y la consecuencia puede mediar—sin entumecimiento alguno—un siglo de intervalo. En un reciente ensayo de Heinz-Winfried Sabais se dice, con gran agudeza, que una de las virtudes del intelectual ha de ser, por fuerza, el amor sin esperanza, «Liebe onhe Hoffnung». Yo no me atrevería a afirmar que ésta sea una virtud del ideólogo así, en general, mas lo que no cabe duda es de que el intelectual de nuestro tiempo y de nuestra tierra resulta inconcebible sin ese melancólico mérito.

Marañón creía en la cultura—fruto libérrimo—con creencia inquebrantable. También creía en su pueblo con fe casi mística. Y como, a la par, era un gran temeroso del país, le espantaba la evidencia. O, al menos, ciertas formas de la evidencia, de esa evidencia de antes, de ahora y de siempre que desborda y anega todos los moldes y todas las urdimbres conceptuales y que se yergue, hirsuta, sectaria y zafia, en cualquier avenida del espíritu colectivo. Don Gregorio no quería ver ese rebose feroz, no quería admitirlo y entonces cerraba los ojos porque el espectáculo trastornaba su amor y conmovía su fe transindividual. Y así, sobre ese fondo dramático, mantenía su optimismo—«mi optimismo casi patológico», dice en una carta relativamente reciente—, sus aceptaciones quizá excesivas.

Pero el optimismo indiscriminado puede conducir a fronteras confusas. Buen ejemplo de ello lo tenemos en el tema de la convivencia. La convivencia fué uno de los supuestos fundamentales que condicionaron la actitud vital y el estilo mental marañonianos. Con ella puso a prueba nuestro gran hombre ciertas capacidades hispánicas. En algunas ocasiones daba la impresión de que llevaba la convivencia a límites inverosímiles. Entonces comenzaban los equívocos y las gentes sonreían con malicia. Yo pienso que, al menos en gran parte de las ocasiones, nadie tenía razón para la suspicacia. Digamos que Marañón *experimentaba* constantemente las aptitudes de relación interhumana. Las experimentaba desde el libro, desde el ensayo, desde la conferencia y desde el trabajo y la diversión de cada día. Las experimentaba con un callado rigor que, para mí, forma parte de lo más noble, por oculto y resignado, de su propio espíritu. Era como un poner a prueba, en un laboratorio, determinadas capacidades de la vida. Como todo esto estaba llevado a cabo con absoluta buena fe—cosa que al ibero le cuesta mucho trabajo admitir—el hecho resultaba, a la larga, conmovedor. Y cuando en ello había un yerro—que los hubo y grandes—nuestra indignación, la indignación colectiva, sabía muy bien acertar con el punto débil, con la zona de fisura psicológica por la cual se había colado el germen de la visión equivocada, el fermento del error. Entonces el prestigio, la fama y el buen nombre de Marañón bajaban. Y él, con su incansable esfuerzo, volvía poco a poco a levantarlos. Sólo un hombre de su fabulosa fecundidad pudo presentar en rectilínea perspectiva tantas quebradas como ofreció a lo largo de sus setenta y pico de años. Pero, ¿fué esto *siempre así?* ¿Habrá que recordar ahora la otra virtud del intelectual que señala Sabais, la «Glaube ohne Furcht», la fe sin temor? ¿Somos justos al hablar de esta manera? Difícil cuestión. Se necesitará el paso del tiempo—de mucho tiempo—para poder contestar con honestidad a tan acongojantes inquisiciones. Cuando pueda darse, por ventura, con el equilibrio entre el optimismo marañoniano—casi patológico—y el pesimismo de los demás—no menos morboso—. Mientras tanto, dejemos constancia de un síntoma revelador: el recelo alerta de la nueva juventud. Un recelo ya muy difícil de demostrar. Un recelo al que hace ya casi treinta años dió previsión y forma caricaturesca el agudísimo y sutil ingenio de don Ramón del Valle-Inclán. Pasaba yo cierta tarde compostelana—como tantas y tantas otras—en compañía de don Ramón. Don Ramón estaba gravemente enfermo y ya muy cerca de su propio final. En el sanatorio acababa de recibir una carta de Marañón en la que éste se interesaba, cortés y cordial, por la salud del gran escritor.

«Léala usted», me dijo Valle. Así lo hice y cuando concluí la lectura hubo un largo silencio. Luego, de pronto, inesperada y dulcemente, don Ramón me espetó esta pregunta: «¿Sabe usted qué es a lo que Marañón llama «la convivencia»? Pues sencillamente—y ahora don Ramón se mesaba las barbas—lo mismo a lo que los chulos madrileños llaman «la alternancia».

¡Admirable don Gregorio! ¡Ejemplar don Gregorio! ¿Hasta qué punto toda su obra, su vasta y generosa obra, hasta qué punto su vida, su honesta y seria vida, hacen vibrar, aún, la sensibilidad y el corazón de los mozos del país, de ellos, los desorientados y los difíciles de convencer?

Les Editions de la Baconnière
Boudry - Neuchatel

OFRECEN

LOS TEXTOS DE LA ULTIMA DE LAS
RENCONTRES INTERNATIONALES DE GENÈVE

Desde 1946 esas reuniones se debaten cada año muy interesantes temas culturales de urgencia en el mundo actual, que se reúnen en respectivos volúmenes.

Le Travail et l'homme

1959: *Conferencias de Georges Lefranc, Yourt Freantsev, Louis Armand, Adolf A. Berle y Jules Moch, Danilo Doloi y A. de Muralt.*

Temas de las últimas reuniones

1957: *L'Europe et le monde d'aujourd'hui:* **Cinco vonferencias por MM. André Philip, Max Born, Paul-Henri Spaak, Etienne Gilson, P. de Berrêdo Carneiro, seguidos de los coloquios.**

1958: *L'homme et l'atome:* **Siete conferencias por Mme. Marie Ossowska, MM. Werner Heisenberg, Louis Leprince-Ringuet, Emmanuel d'Astier, Daniel Bovet, Marc Boegner, le R. P. Dubarle, y los coloquios.**

HOMENAJE A MARAÑON

Palabras en la Universidad de Barcelona

por

JOSE MARIA DE SAGARRA

DEJADME que un profano coja del brazo a la sombra del querido y añorado don Gregorio Marañón, y la aparte del foco estrictamente científico, al que ha sido aquí magistralmente sometida, para situarla bajo la luz más amplia de lo humano y lo literario.

El desastre nacional que ensombreció nuestro fin de siglo, como suele acontecer a veces con las catástrofes, produjo una explosión de vivísima y renovadora carga intelectual que hemos convenido en llamar la generación del 98. Unamuno, Valle-Inclán, Maeztu, Azorín, Machado, Maragall... A los que hemos de juntar en eficacia, como precursores, a Costa, a Menéndez Pelayo, a Galdós, y muy especialmente a Cajal, y luego a los más jóvenes por los años, pero animados del mismo gran espíritu, entre los cuales refulgen el nombre de Ortega, y el de Marañón como el del Benjamín de aquella promoción ilustre.

A todos aquellos creadores y renovadores conoció y trató y estimó don Gregorio Marañón, y de todos aprendió y se apropió positivos elementos, de manera que, como en ciertos providenciales Benjamines, se dió en este Benjamín de aquella generación dramáticamente española, un conjunto de gracias, méritos y aptitudes, que sumaron a su rotunda personalidad científica, los atributos del humanista, del filósofo y del poeta. Pero sobre todos los valores del intelecto en don Gregorio se depositaron unos valores morales de limpia calidad, que hicieron de él el prototipo de la simpatía; desde los primeros momentos de su aparición en la conciencia española, Marañón despertó una simpatía colectiva, que fué creciendo en intensidad hasta rozar la taumaturgia, y que en su profesión de médico, con sorprendente precocidad, le alcanzó la toga del indiscutible prestigio. Este cariño colectivo hacia Marañón, en los cuarenta últimos años de vida española, nos recuerdan aquel cariño religioso e intelectual, que, en las aulas escolásticas, despertaron las figuras de Juan, el Evangelista, y Virgilio, el poeta.

Para comprender de una manera muy clara, cómo se daba en Marañón, el homo sum *de Terencio, bueno es recordar una muy sabida leyenda sobre el Salvador, que no pertenece precisamente a los apócrifos cristianos, sino a la tradición islámica. Cuenta la leyenda que una vez, en un camino de Judea, estaba expuesta al sol la carroña de un perro, de cuya putrefacción se apartaban con horror la vista y el olfato de los transeúntes; hasta que por fin pasó un hombre, que fijándose en la perfección de la dentadura del animal, se paró a contemplar el hediondo espectáculo, y dijo admirativamente ¡Qué dientes más blancos! Y la leyenda añade: este hombre se llamaba Jesús de Nazaret.*

Pues bien, en Marañón se dió esta gracia del divino ejemplo, al enjuiciar los hombres y las cosas. Porque él fué el que jamás dijo nada que ofendiera o denigrara a un semejante suyo; y halló en los hombres y en los hechos aquel lugar hospitalario donde hincar su comprensión o su afecto.

Y no sólo en su trato social, o intelectual, o clínico, con los sanos y los enfermos de la realidad viviente, sino con aquellos que su afán de diagnósticos y conocimientos intentó descubrir en las leyendas, en las momias de los sepulcros y en las documentaciones archivadas. Con todos fué siempre el doctor Marañón el que supo ver «los dientes blancos del perro».

Desde diversos ángulos, el del endrocrinólogo, el del moralista, el del humanista complejo, contempló Marañón a los personajes de sus exhaustivos análisis históricos, y a las veladas o desnudas antipatías que han sumado los textos sobre figuras como Tiberio, Enrique IV de Castilla, Antonio Pérez, el Conde Duque, sumó Marañón su personalísima posición de hombre que comprende, disculpa y pondera.

Una simple comparación de la actitud que adopta en sus «memorias» don Pío Baroja ante la figura de Pérez Galdós, con el Pérez Galdós que Marañón perfila y rellena de humanidad en su Elogio y nostalgia de Toledo, *nos dará a entender hasta qué punto, esto que llamamos el cariño, formaba parte de su conducta intelectual.*

Fué este singular español de la talla de los nuestros del Siglo de Oro, y poeta como los pensadores presocráticos, que en un verso condensaban toda una teoría. Marañón en este verso: «descansar es empezar a morir» dijo el secreto de su constante actividad. Porque en labor, el caso de Marañón es de puro asombro, y cuando su fatigado cuerpo le obligó a descansar, empezó a morir lentamente.

Varón de tantas curiosidades y virtudes, tenía que aspirar a lo universal en su retina y en su corazón, y por esto al desaparecer se ha producido espontáneamente un dolor europeo, un dolor español y un dolor madrileño; pero nosotros sentimos que también su muerte ha despertado un auténtico dolor catalán.

Porque él amó todo lo nuestro, no por halago, ni por capricho, sino porque apreciaba lo emotivamente noble que hay en nuestros paisajes, y en nuestra humana modalidad.

Marañón ha muerto en Madrid, pero también ha muerto en Cataluña, y en el corazón de todos los que fuimos sus amigos; porque él fué un ejemplar caballero que jamás se apeó de su caballo blanco; rarísimo caballo que, si llevaba la carga del más alto brío y de la más alta ambición científica, nosotros siempre vimos en su blancura el elegante resplandor de la comprensión y de la caridad.

DOS LIBROS DE

CONCHA ZARDOYA

MIRAR AL CIELO ES TU CONDENA

HOMENAJE A MIGUEL ANGEL

Herrero de la piedra, poeta de la plástica, Miguel Angel ha inspirado a Concha Zardoya un libro de poemas bellos y limpios como las creaciones del florentino.

Colección I N S U L A

Volumen XXXIV

114 págs. 70 ptas.

•

LA CASA DESHABITADA

Soledad trascendencia de la casa vacía, que se consuela en las otras soledades que pueblan el mundo y en la que las soledades de amor de la poesía se diluyen y transfiguran.

147 págs. 70 ptas.

Ediciones de INSULA

CARMEN, 9

MADRID (13)

MARAÑON Y CATALUÑA

por

Guillermo DIAZ-PLAJA

EN el libro que sólo podremos escribir—deuda insoslayable—cuando la enorme multiplicidad de aspectos de la obra de Marañón tenga sus análisis demorados, un grupo de capítulos deberá estudiar su emocionante amor de conocimiento de España. A la que adoraba, no sólo a través de las descripciones literarias, que podía leer en su espléndida colección de libros de viajes, sino en la real, directa, apasionada visión directa.

Gregorio Marañón en su despacho.

La comprensión de su patria era total. Es decir, basada en la generosa y absoluta conciencia de su riquísima diversidad. Para ello se apoyaba—como tantas veces—en su serena y objetiva visión de naturalista. «Los majaderos se ríen cuando se dice que el problema de las regiones es de pura biología; pero es, a pesar de sus risas, tan biológico como su estupidez», decía en su Conde Duque de Olivares.

* * *

Partiendo de esta premisa, claro está que en las páginas dedicadas, por ejemplo, a Cataluña ha de resplandecer la visión serena y objetiva. Así cuando en la obra citada, enfoca la raíz de los incidentes provocados por la política del Valido. «En el asunto de Cataluña—escribe—la táctica del Conde Duque no tiene disculpa. No creo que tuviera, como dice Soldevila, «una instintiva hostilidad» hacia el principado, sino tan sólo una idea histórica y política equivocada del problema. Olvidó que era imposible hacer, ni por las buenas, ni por las malas, una suma uniforme de substancias —los dos pueblos, Cataluña y Castilla—históricamente incapaces de fundirse, aunque sí de mezclarse en un mínimo cordial de afectos y de conveniencias comunes.» Admirable juicio, en su equidad y en su objetividad.

La estimación de Marañón hacia Cataluña se nutría también, claro está, de sus visitas frecuentes y de los amigos numerosos y selectos que su gran corazón supo conquistar. Sólo después de su muerte hemos sabido que su efusión cordialísima había necesitado—cosa excepcional—la vía del verso para derramarse. Y he aquí la prueba, una página de álbum, firmada en 1954, que dice así:

¡Qué cerca estoy de ti... sin saber cómo,
Oh tierra catalana!
La de las costas de las calas verdes,
La de los pueblos de las casas blancas,
La de los montes de olorosos pinos,
La de las vegas de las tierras grasas,
La que ha sabido hacer rumor bucólico
Del trepidar fecundo de las fábricas,
La de los hombres graves y corteses,
Que saben ser de ayer y de mañana.
¡Qué cerca estoy de ti... sin saber cómo,
Oh tierra catalana!

Yo creo que el eco evidente que resuena en estos versos, antes le da emoción (pues en ese tono se cantó a Castilla) que le resta méritos a nuestros ojos.

Marañón quiso a Cataluña poéticamente, y a través sobre todo de un poeta: Juan Maragall. La sensibilidad catalana había percibido bien este doble matiz de su efusión, y esta es la razón por la que, en la conmemoración centenaria de Maragall, que ahora se inicia, se le había ofrecido nada menos, que el prólogo de la edición de las Obras Completas del poeta de Cataluña. De las patéticas circunstancias que impidieron que el proyecto se realizara da fe, así como de su enamorado espíritu da cuenta, esta carta redactada—¡diez días!—antes de su muerte y dirigida al secretario de la edición:

Mi querido amigo: He recibido todo lo referente a nuestro muy amado Maragall. Quizá sepa usted que un contratiempo, no grave, pero muy molesto, me ha impedido y me impide todavía, dedicarme al estudio del maestro. No le exagero, y estoy seguro que usted lo apreciará así, si le digo que esta contrariedad es una de las más hondas que he tenido en mi vida de escritor, pero es así y tengo que resignarme a ella. Sobre todo por lo mismo que era una de mis grandes ilusiones literarias. Confío en que, cuando sea, pueda realizar, en una forma o en otra, el cumplimiento de este deseo.

Con mi profunda gratitud, le saluda su buen amigo,

G. Marañón.

Hoy sabemos que su esperanza era fingida, y que él sabía el valor testamentario de estas líneas. Quiero paliar el dolor de que las palabras sobre Maragall no fueran escritas, trayendo las que le dedicó en el prólogo, admirable, escrito para mi libro Modernismo frente a Noventa y Ocho:

A otro de los que se olvidan (alude a los hombres del Noventa y Ocho y a su intachable conducta moral) al glorioso catalán Maragall, le admiramos hoy, tanto por sus versos como por su vida, pura como la de un santo.

* * *

No bastan estas palabras. Habría que añadir las pronunciadas en muchas ocasiones solemnes o amistosas, en circunstancias y ocasiones diversas, o las que se derraman en prólogos (al libro de García Venero sobre Cambó o el epílogo al último libro del Padre Batborí). Pero no es necesario, para ahondar la pena que Cataluña siente en la pérdida de su amigo leal.

CORREO PARA LA MUERTE

(Viene de la página 8.)

nes edificó—apuntaló más bien—dejándoles unas palabras buenas, hermanas, para siempre—¡lo único que les queda!—, que todavía sienten—por eso no se desploman—el calor de su mano en el hombro huesudo y derrotado. Porque usted supo—por eso fué a la grandeza por la bondad y el trabajo de todos los días—que un azar pudo habernos dado otra sangre, otra carne, otra familia, otra inteligencia, otro destino. O que uno mismo, por cualquier empellón extraño, podía haber acabado prisionero de su fisiología siendo un bárbaro en vez de un hombre. Y cuando se sabe—y se siente—eso de verdad, hay que ser humilde. Usted dijo en alguna ocasión que había que hacerse perdonar la riqueza, la belleza y el talento, el Poder, poniéndoles al servicio del dolor y de los hombres: porque son gracias que no nos pertenecen, que no hemos ganado. En lugar de estar entendiendo, ahora nos podíamos encontrar con el mundo borrado, ciegos para el color armonioso, sordos para la melodía que desanuda, insensibles ante esta bocanada de aire con todo el perfume de la primavera, encallecido el tacto para la piel del amor, indiferentes, opacos, mineralizados.

Superioridad, ¿de qué? Pero a diario, no sólo ante la advertencia indiscutible de una tumba abierta. Usted sabía, don Gregorio, que a más de la voluntad de Dios, una combinación de genes, un poco más de éste o de aquel elemento, pueden cambiar el destino de las criaturas. O nacer en un tiempo o en otro. O pertenecer a una casa o a la contigua. Y sabía que un coágulo de sangre en una vena —un *trombo,* palabra sin acogida en el Diccionario oficial—, un cuajarón de sangre basta para matarle a usted también, don Gregorio.

Usted quería a las gentes humildes, porque en cada desgracia, injusticia o misterio ajenos veía una posibilidad contraria que le podía haber caído. Y se dolía en ellas, que le devolvían gratitud, amor. Y traían a su tierra final estas flores ajadas por la espera y el llanto.

Mas la verdad es que estoy triste, don Gregorio; disminuído, más abandonado y solitario. Cada día que nos falta uno de ustedes estamos más solos ante nuestra responsabilidad. Porque hay que seguir. Y ya no podré hablar con usted—entusiasmarme o disentir—sobre cosas tan graves como el porvenir y la esperanza de los hombres.

RAMÓN DE GARCIASOL

Ideas de Marañón sobre los jóvenes

por

RICARDO DOMENECH

En este homenaje a don Gregorio Marañón hacía falta la voz de un hombre joven, que hablase, precisamente, de Marañón y de los jóvenes. Alguien tenía que hacerlo, y ese alguien voy a ser yo, aunque no pueda mostrarle al lector otra credencial que ésta: la de que alguien, uno de todos, tenía que hacerlo.

Sobre mi mesa de trabajo hay dos montoncitos de libros. Libros de Marañón, muchos de ellos en su edición primera: 1926, 1929, 1933... Son libros que pertenecían a mi padre y que, como los de Unamuno y Ortega, yo devoré muy pronto. Libros, pues, que han hablado a dos generaciones. ¿En cuál de ellos se esconde ese puñado de conceptos esenciales que deben constituírse en columna vertebral de este artículo? He transitado nuevamente sus páginas (que son como hontanares: las ideas fluyen con la espontaneidad del agua y a su paso se abre el verdor de una metáfora, de una imagen exacta y definitiva) y, ya de regreso, me encuentro con un rico botín de notas. Hay que ordenar esas notas en un esquema, establecer una jerarquía de cuestiones. No es difícil: lo fundamental eclipsa rápidamente a cuanto es accesorio. Desde un principio, tres cuestiones se imponen por su propio peso. Hélas aquí: *El joven rebelde; el deber de los jóvenes; el intelectual.* Después, será forzoso intentar una recapitulación, unas conclusiones que cierren nuestra andadura.

Bien; el esquema está hecho. Se ha hecho a sí mismo. Ahora hay que empezar.

EL JOVEN REBELDE

Marañón fue médico y escritor. ¿Dominaba el médico en el escritor o el escritor en el médico? Si de Chejov o de nuestro Baroja se tratara, por ejemplo, no resultaría dificultoso emitir una respuesta. En el caso de Marañón no está tan claro; y de estarlo, predominaría el médico en el escritor.

¿Marañón, médico? ¿Marañón, escritor? Se ha dicho muchas veces—y no sin razón—que la medicina es feliz compañía de la literatura. Un médico puede contemplar la realidad humana en su expresión más desnuda: en el justo momento en que el hombre se enfrenta con la situación radical del dolor, del miedo, de la miseria o de la muerte. Y en estas situaciones radicales no hay trampa ni cartón, hipocresía o disimulo; aquí se dice lo que se siente y se es lo que de verdad se es. De esta forma, diariamente, un médico puede presenciar las realidades humanas en carne viva. Y lo específico del escritor es presentar así, en carne viva, esas realidades. Médico y escritor, por consiguiente, se conllevan bien. Todo escritor tiene algo de médico: estudia atentamente unos síntomas, diagnostica y hasta hay veces que—explícita o implícitamente—sugiere una terapéutica oportuna. Y todo médico—a menos que se nos demuestre lo contrario—tiene siempre algo de escritor, y en ocasiones mucho. Medicina y literatura se comprenden y complementan: ambas buscan la felicidad del hombre y, en última instancia, su verdad.

Pero estas ideas son demasiado genéricas y demasiado sobadas y sabidas. Al hablar de Marañón nos sirve sólo en parte. Marañón fue médico—un gran médico—y fue escritor—un gran escritor—. Efectivamente. Sin embargo, su figura gigante nos obliga a rechazar los simples y mecánicos esquemas. Marañón fue más que médico y más que escritor. Fue—por decirlo de algún modo, el más aproximado—un humanista. Y más al estilo helénico que al estilo español, porque aquí el humanismo ha sido, por lo general, o un hipócrita humanitarismo o una verborrea sin cimientos. Yo estoy por decir que en este siglo—un siglo que en cuanto a pensamiento no es pobre, sino riquísimo—, humanistas, lo que se dice humanistas, apenas hemos tenido cinco o seis. Marañón fue uno, y de los más egregios.

La ciencia médica le sirvió para bucear luminosamente en conflictos históricos o sociales, aun cuando él temía llegar a la literatura por el trampolín de la ciencia—temor infundado. porque él llegaba a la literatura por todos los caminos—. Es una profunda concepción biológica donde se apoya, pongamos por caso—y a eso vamos—su estudio de la dialéctica de las generaciones, y que él tituló *El deber de las edades. (El deber de las edades, Los deberes olvidados...* Títulos profundamente marañonianos, y más adelante veremos por qué.) ¿Qué nos dice aquí Marañón de la juventud? ¿Qué es, y para qué, según él, ser joven? He aquí, en un pequeño haz, algunas de sus consideraciones más firmes:

«Juventud no es una palabra hueca ni un tema de inspiración para los poetas líricos. Es una realidad orgánica, viva, palpitante de contenido trascendental. Es algo que supone una modalidad peculiar y distinta, en todos sus pormenores, de la anatomía y fisiología de cada órgano...

»...El sistema locomotor—los músculos, las articulaciones, el esqueleto—alcanza su máximo poderío. El corazón y las arterias. su máxima elasticidad. Ambos—músculos y corazón—le sirven para dedicar a la acción la casi totalidad del rendimiento orgánico, sin que padezca la economía total. Las funciones vegetativas se desarrollan con admirable automatismo. El joven no sabe que tiene estómago ni se entera de que digiere, aunque coma piedras. Su índice nutritivo, lo que los médicos llamamos metabolismo, es enormemente activo. No queda grasa sin quemar que se acumule en la piel, ni azúcar sobrante remansada en la sangre, ni ácido úrico que entorpezca las articulaciones... El sistema nervioso es todo fuerza centrífuga, impulsión, deseo de actuar y, sobre todo, curiosidad; la curiosidad; la curiosidad insaciable, sin la cual la juventud no existe...

Marañón, con dos de sus hijos.

»...El alma juvenil vibra con toda su fuerza ante las emociones de gran trémolo, las de carácter épico, las que revuelven las aguas del espíritu como una tempestad.

»...El modo más humano de la virtud juvenil es la generosa inadaptación a todo lo imperfecto de la vida—que es casi la vida entera—; esto es la rebeldía. Al buen burgués suele erizársele el cabello—el escaso cabello, porque una de las características de la morfología burguesa es la calma—cuando oye hablar de rebeldía. Rebeldía suena en sus oídos como algo personificado en un ser frenético, con la cara torva y las armas en la mano, que se agita contra la paz social. Es una palabra que suena a tiros, a revuelta, a incendios y, finalmente, a patíbulo. «Rebelde—dice de un modo taxativo el diccionario de la Academia—es aquel que se subleva o rebela, faltando a la obediencia debida.» Pero la misma Academia—tranquilicémos, pues, al burgués con el mismo texto oficial—añade: «rebelde se llama también al indócil, duro, fuerte y tenaz». Pues bien, nosotros agregamos ahora que, en efecto, el joven debe ser indócil, duro, fuerte y tenaz.

»...Ese temple que hará perfecto y durable el rendimiento gregario del hombre maduro es la personalidad. Parece paradoja, pero es lo cierto que cada ser humano será tanto más útil a la sociedad de que forma parte mientras más fuerte sea su personalidad y, por tanto, su incapacidad primaria de adaptación. Ahora bien, la juventud es la época en que la personalidad se construye sobre moldes inmutables. Toda la vida seremos lo que seamos capaces de ser desde jóvenes.

»...¿Y cómo va a realizarse la gran obra de la forja de la personalidad sin lucha, sin arbitrariedad, sin rebeldía?»

EL DEBER DE LOS JOVENES

Estos juicios recogidos, datan de 1929. Salvando diferencias de época, apenas visibles en algún momento, son juicios que tienen vigencia en cualesquiera tiempo y espacio; y su claridad nos ahorra de todo comentario. Más curioso es todavía, sin embargo, observar la postura de Marañón—andaba entonces por los cuarenta años y un pico—frente a problemas ya muy concretos de la juventud de aquellas fechas. Así, por ejemplo:

«...Aun admitiendo como magnífico el deporte desde este punto de vista *(el de su utilidad higiénica)*, es indudable la influencia perniciosa que ejerce en la mentalidad de la juventud que lo practica como ahora se practica, es decir, casi como una religión. (¡En 1929!)

»...Y es aun más pernicioso cuando se compara el ruidoso triunfo del deportista con el rendimiento cuotidiano y gris de la labor porvechosa. Es más que difícil no preferir, por todo ello, el esfuerzo brillante y teatral del deporte al esfuerzo callado y heroico del trabajo.

»...Yo quisiera que los jóvenes empleasen una parte de su rebeldía en rebelarse contra la actualidad o, si queréis, contra la moda. En este caso concreto, que no fueran deportistas por la razón de que estamos bajo el imperio del sport.

»Los fuertes no son los boxeadores ni los maquinistas, sino los que hacen del cumplimiento de su deber una verdadera y rigurosa religión.»

Deber y trabajo son conceptos que en el pensamiento de Marañón ocupan un alto vértice. Trabajo y deber, libre, espontánea y entusiásticamente elegidos, confieren al espíritu humano la plenitud de sí mismo. El trabajo y el deber cumplidos nos dan la certeza de nuestro vigor y enaltecen el sentido de nuestras vidas. (En otra ocasión, refiriéndose a esa sociedad que el hombre algún día conocerá, una vez «liberado del dolor por tantos siglos de sufrimiento», don Gregorio proponía esta sencilla y emotiva oración humana, como la de «un Luzbel respetuoso» para con su Dios: *Señor; mi mujer es fecunda sin sufrir; y yo gano el pan con el sudor de mi frente, pero mi trabajo es mi mayor alegría.)*

¿Y cuál es, en opinión de Marañón, el deber de los jóvenes? De una manera amplia y general—queda dicho—es el de ser rebeldes. Biológicamente, a la juventud corresponde la virtud de la rebeldía; a la niñez, la obediencia; a la madurez, la austeridad; a la vejez, la adaptación. La rebeldía en el joven no es un cómodo derecho, sino una difícil e irrecusable obligación, cuyas raíces últimas tienen un carácter biológico.

De una manera menos amplia y más concreta, Marañón escribe en 1933:

«Jamás he halagado a la juventud, ni en la Dictadura—cuando todos la adulaban—ni menos ahora; porque me repugna mentir y, sobre todo, a los fuertes. Y ahora les digo que su misión en el futuro será, ante todo, restablecer la disciplina del deber: hacer de la vida un sacrificio del individuo por el bien de los demás, al contrario de lo que ejercen ahora.

»...Ya empieza a dibujarse el fenómeno de la vuelta al redil del deber; y, por desgracia para los hombres liberales, este cambio necesario no ha nacido de los regímenes democráticos, sino de aquellos otros, autoritarios, que están invadiendo el mundo.»

El deber del deber: he aquí una espléndida máxima. En tales o cuales circunstancias puede ser de una urgente y perentoria necesidad. En todas las circunstancias es actual y decididamente provechosa. Como lo es también—pasemos a un segundo punto—vivir plenamente la perspectiva histórica en la que cada cual ha nacido; vivir lo que Ortega designaba con el nombre de «altura de los tiempos», y Pijoan denominaba «clima espiritual» de una época. Y que en el lenguaje marañoniano se llama sencillamente «modernidad».

«...Cuando alguien me dice como mérito que es joven, le respondo siempre que eso, probablemente, no le interesa a nadie más que a él. Lo importante es que sea moderno...

»...Juventud y vejez son conceptos biológicos; modernidad y antigüedad son conceptos históricos, o de biología histórica. Pueden y deben coincidir; y, de hecho, es mucho más fácil que los jóvenes sientan, comprendan y sirvan a la modernidad y que los viejos se adhieran a lo antiguo. Pero pueden invertirse los términos...

»...El joven conservador es siempre un ser anacrónico, como lo es también, desde un punto de vista biológico, el viejo rebelde. Con la diferencia de que el anacronismo es un pecado en el joven y, casi siempre, una virtud en el anciano.»

Finalmente, y a propósito de las relaciones generacionales:

«...La rebeldía del joven no se puede reprimir; pero se debe canalizar con la verdad. Por ello, me indignan tanto como los hombres maduros y los viejos incompresivos ante el fecundo empuje, ferviente y quizá ciego de los jóvenes, aquellos otros que los adulan y ensalzan sólo por el hecho de ser jóvenes y admiten sin crítica todos sus gestos, por desaforados que sean. En el fondo, esto es cobardía, angustia de la propia edad. Nada me da, por ello, idea de la vejez prematura de un hombre como su sumisión incondicional a la juventud de los otros.»

(Igualmente sin comentarios.)

EL INTELECTUAL

Hemos afirmado que Marañón fué un humanista. Esto quiere decir que fué un intelectual. ¿Qué es ser un intelectual?

Definiciones las hay para todos los gustos. Pero yo no he encontrado nunca otra más sencilla ni exacta que aquella, transparente en las palabras que encabezan la dedicatoria de «Amor, conveniencia y eugenesia» a don Manuel B. de Cossío. Dicen así:

«Este libro, tan pequeño, que me permito dedicarle, es una serie de temas ensartados, como las cuentas de un rosario, por una palabra: preocupación.»

El intelectual es, antes que otra cosa, un hombre fundamentalmente preocupado; en caso contrario, no es intelectual. Como hombre preocupado, como intelectual nato, Marañón se interesó por todos los temas vivos en su tiempo, en los tiempos pretéritos y en los tiempos que tenían que venir. E incluso se interesó por el tema del intelectual, por su deber y por su destino. Las ideas suyas en este punto no nos ofrecen el calor ni la dureza de una lección presente, actualísima; pero sí nos ofrecen un tibio resplandor: ese resplandor que emerge de lo que en toda reflexión sería hay de permanente, de intemporal. Por lo demás, en su día fueron revelaciones altamente proféticas, y otro gallo habría cantado si las hubieran escuchado y aprendido quienes estaban en la obligación de escucharlas y aprenderlas. Sirvan, como botón de muestra, los siguientes párrafos, espigados aquí y allá. También datan, todos ellos, de 1933.

«La libertad verdadera no nace del libertinaje, sino del rudo deber; y también la cultura. Los liberales hemos olvidado que el uso inmoderado de la salud engendra la enfermedad y la degeneración; y que la salud sólo se recobra con medicinas dolorosas—que son las *fuertes disciplinas*—.

»...Los intelectuales, rectores de la cultura, aunque no creadores de ella, padecen—padecemos—de un pecado, común a todas las aristocracias, que hemos de reconocer en las horas solemnes de la confesión: la vanidad...

»...Esta vanidad ha disminuído, sin duda, la eficacia de los hombres inteligentes, sobre todo en los últimos años de la Historia. De aquí que sea tan útil, de vez en cuando, que estos hombres inteligentes experimenten la lección fecunda de sentirse humillados por los menos aptos. Lo terrible de los movimientos políticos de fuerza es su sentido antiintelectual. Lo realizan gentes ignaras o intelectuales sin éxito, que se rodean y se apoyan en la parte de la sociedad más hostil al progreso de la cultura. Es la lucha de la envidia contra la vanidad...

»...Ante todo, el intelectual debe adoptar una actitud exenta de vanidad, pero imbuída de la conciencia de su responsabilidad.»

Como se ve, ninguna de las acusaciones podrían ser hoy imputadas a un joven intelectual de nuestro tiempo. Hoy empieza a dibujarse una imagen nueva del escritor —y del intelectual en general—, cuyo estilo parece estar totalmente dentro de esa conciencia del deber y la responsabilidad. Y, precisamente, va siendo hora de que la sociedad actual abra de par en par sus puertas al escritor, al intelectual. El día que tal ocurra—porque tiene que ocurrir—, el escritor, el intelectual, no serán *vedettes* de una tertulia de café o de un *cocktail*, sino ciudadanos egregios, que viven de y para su trabajo, y su trabajo se realiza—como el de un técnico o un proletario—a través de una jornada laboral de ocho, diez y hasta doce horas diarias. Para cuando tal ocurra, para cuando la sociedad abra de par en par sus puertas al escritor, al intelectual, he aquí estos pocos consejos de Marañón, cuyo valor acaso sea imperecedero:

«Si los hombres inteligentes han de orientar el mundo venidero, tendrán que preocuparse cada vez más de predicar con el ejemplo de su conducta tanto como con sus palabras.

»...Sobre el resto de la vida pondremos, todavía más alto, el respeto al espíritu, el respeto a la libertad del pensamiento. El alma primitiva, que tantas veces asienta en gentes de apariencia civilizada, no ha comprendido todavía que el único apoyo eficaz en la marcha vacilante del hombre hacia su perfección, la luz más clara de su progreso, es la libertad.

»...Plenajov demuestra el hecho de que sólo han sido verdaderamente progresivos los modernismos en el arte cuando iban vinculados a un ideal de progreso social. El credo de «el arte por el arte» ha estado siempre vacío de toda eficacia dinámica...»

(Sigue en la pág. 13.)

ANTOLOGIA DE Gregorio Marañón

Los textos que siguen están tomados de los siguientes libros: «Rebeldía y juventud», de Ensayos liberales *(Col. Austral de Espasa Calpe, Madrid, 1946);* Españoles fuera de España *es el prólogo al libro de este mismo título (Col. Austral, Madrid, 1947); «Elogio del libro» se publicó en las páginas de nuestra revista en el número de junio de 1953.*

Rebeldía y juventud

Y ahora nos toca comentar la juventud y su deber fundamental: que es la rebeldía. A muchos sorprenderá—tal vez escandalizará a algunos—que consideremos la rebeldía como un deber. Lo cual equivale a considerarla como una virtud de esas de orden supremo a las que acabamos de referirnos, en las que hay, tal vez, que contrariar, por voluntario amor al bien, las propias conveniencias. Cuando un ser humano marcha por la vida sin obstáculos, ya decía Santo Tomás que es necio llamarle virtuoso, por bueno que sea. Mientras no surge la piedra que cierra nuestro camino, el espíritu satánico, que todos llevamos dormido en el alma, prefiere no despertar, porque, como gran capitán que es, sólo gusta de entablar sus batallas en las condiciones más favorables. Sólo entonces, es una virtud el ser rectamente hombre, por encima de todas las sugestiones que nos invitan a claudicar de nuestra hombría. Y el modo más humano de la virtud juvenil es la generosa inadaptación a todo lo imperfecto de la vida—que es casi la vida entera—; esto es, la rebeldía.

Al buen burgués suele erizársele el cabello—el escaso cabello, porque una de las características de la morfología burguesa es la calva—cuando oye hablar de rebeldía. Rebeldía suena en sus oídos como algo personificado en un ser frenético, con la cara torva y las armas en la mano, que se agita contra la paz social. Es una palabra que suena a tiros, a revuelta, a incendios y, finalmente, a patíbulo. «Rebelde—dice de un modo taxativo el Diccionario de la Academia—es aquel que se subleva o rebela, faltando a la obediencia debida.»

Pero la misma Academia—tranquilicemos, pues, al burgués con el mismo texto oficial—añade: «Rebelde se llama también al indócil, duro, fuerte y tenaz.»

Pues bien: nosotros agregamos ahora que, en efecto, el joven debe ser indócil, duro, fuerte y tenaz. Debe serlo, y si no lo es, será indigno de su partida de bautismo. Juventud no es una palabra hueca ni un tema de inspiración para los poetas líricos. Es una realidad orgánica, viva, palpitante de contenido trascendental. Es algo que supone una modalidad peculiar y distinta en todos sus pormenores, de la anatomía y de la fisiología de cada órgano; más aún; es algo que diferencia a cada una de las células del organismo joven de las células aparentemente iguales de los organismos en las demás edades; y lo más primario e íntimo de la oscura actividad celular juvenil, de las actividades correspondientes del individuo maduro y del decrépito.

El sistema locomotor—los músculos, las articulaciones, el esqueleto—alcanza en esta edad su máximo poderío. El corazón y las arterias, su máxima elasticidad. Ambos—músculos y corazón—le sirven para dedicar a la acción la casi totalidad del rendimiento orgánico, sin que padezca la economía total. Las funciones vegetativas, la digestión principalmente, se desarrollan con admirable automatismo, en un plano de profunda subconsciencia. El joven no sabe que tiene estómago ni se entera de que digiere aunque coma piedras. Su índice nutritivo, lo que los médicos llamamos metabolismo, es enormemente activo. Cuanto se come se consume en el voraz hogar del adolescente. No queda grasa sin quemar que se acumule en la piel, ni azúcar sobrante remansada en la sangre, ni ácido úrico que entorpezca las articulaciones y llene de herrumbre los resortes de la máquina humana, como el residuo del carbón quemado, que ensucia y agrieta las calderas. El sistema nervioso es todo fuerza centrífuga, impulsión, deseo de actuar y, sobre todo, curiosidad; la curiosidad insaciable, sin la cual la juventud no existe. La imaginación lleva siempre la delantera al pensamiento. Faltan, en cambio, las cualidades que recogen y remansan las fuerzas del espíritu; la reflexión, la crítica, el sentido de la responsabilidad. Y el sistema emocional, por último, tiene en esta edad una especial anatomía y, por lo tanto, una capacidad funcional peculiar también; el joven no suele ser apto para las finas emociones, las de matiz lírico, las que agitan, como una brisa leve, la superficie del alma; éstas son más propias del hombre equilibrado y maduro. En cambio, el alma juvenil vibra con toda su fuerza ante las emociones de gran trémolo, las de carácter épico, las que revuelven las aguas del espíritu como una tempestad.

Por todo esto, que es tan natural como puedan serlo las mareas impetuosas o el desbordamiento de los ríos cuando la nieve se deshace, el joven tiene que ser, debe ser indócil, duro, fuerte, tenaz; en suma: rebelde. ¡Gran locura la de los que no lo comprenden así! El hombre ha nacido para ser un miembro de la sociedad y contribuir—cada cual dentro de su categoría—a la marcha unánime del organismo colectivo. Mas para ser la pieza justa de un engranaje, es preciso que la pieza sea forjada de antemano y que no sea utilizada mientras no adquiera la forma y el tamaño justos y el temple suficiente. Y este temple, que hará perfecto y durable el rendimiento gregario del hombre maduro, es la personalidad. Parece paradoja, pero es lo cierto que cada ser humano será tanto más útil a la sociedad de que forma parte mientras más fuerte sea su personalidad y, por tanto, su incapacidad primaria de adaptación.

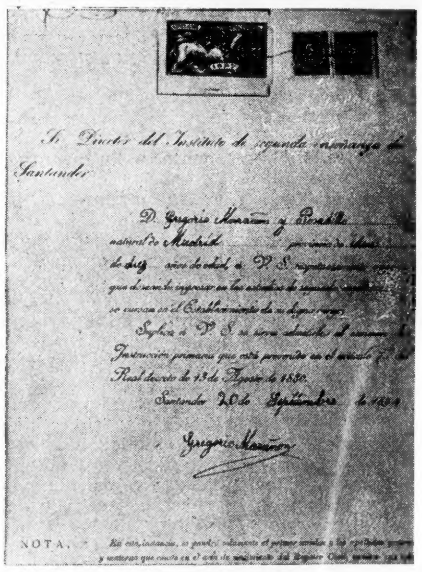
Ahora bien, la juventud es la época en que la personalidad se construye sobre moldes inmutables. Y además, la única ocasión en que esto puede realizarse. Toda la vida seremos lo que seamos capaces de ser desde jóvenes. Podrá llenarse o no de contenido eficaz el vaso cincelado en estos años de la santa rebeldía; podrá ese vaso llenarse pronto o tardíamente; pero el límite de nuestra eficacia está ya para siempre señalado por condiciones orgánicas inmodificables cuando lleguemos al alto de la cuesta juvenil y con el cuerpo y el espíritu equilibrados y las primeras canas en las sienes entramos a la planicie de la madurez.

¿Y cómo va a realizarse la gran obra de la forja de la personalidad sin lucha, sin arbitrariedad, sin rebeldía? Es preciso decirlo muchas veces, porque es éste uno de los puntos en que más claramente se observa el conflicto, a que antes nos hemos referido, entre las normas naturales y los prejuicios sociales. Toda la pedagogía, con gloriosas excepciones, tiende a hacer del joven un ser gregario, sin esquinas ni asperezas, conforme con las ideas que transmite la tradición y con los modos psicológicos y éticos consagrados; pensando, y sintiendo a la zaga de lo que piensan y sienten los viejos. Y esto equivale, ni más ni menos, que a destruir, si no la misma juventud, que no hay fuerza espiritual que la coarte, al menos, el germen que encierra de la futura personalidad.

Españoles fuera de España

I

HACE *más de veinte siglos que un español desterrado en Córcega—siete años duró su exilio—exclamaba una tarde, suspirando, con la mirada tendida hacia Roma, la ciudad de sus triunfos, o acaso hacia la sierra risueña de Córdoba, donde corrió su niñez:* ¡Carere patria intolerabile est! *¡Qué sufrimiento intolerable es el vivir fuera de la patria!*


Sr. Director del Instituto de segunda enseñanza de Santander

D. Gregorio Marañón y Posadillo
natural de Madrid
de diez años de edad, a V. S.
se cursan en el Establecimiento de su digno cargo.
Suplica a V. S.
Real decreto de 13 de Agosto de 1880.
Santander 20 de Septiembre
Gregorio Marañón

NOTA.

Solicitud de ingreso de Gregorio Marañón en el Instituto de Santander.

Este español era andaluz por la cuna, romano por la educación y, por el alma, hombre de todo el universo. Tenía de España la grave y digna—y a veces graciosa—actitud ante el dolor. Tenía de Roma el afán de saber, la elocuencia, el sentimiento de la jerarquía que da el pensar. De su calidad de ciudadano del mundo tenía la comprensión para las pasiones humanas, el sentido de la categoría efímera de la nacionalidad y aun del hogar, y, sobre todo, el presentimiento de un Dios eterno, infinitamente lejano de los ídolos, que tocaban a su fin.

II

ESTE *hombre había sido, en la capital del Imperio, cuanto se puede ser: porque sin tener en su mano las riendas del gobierno, los hilos invisibles de su influencia movían las manos de los que creían gobernar. Al pasar por las calles, le conocían el esclavo y el caballero. Sus escritos estaban en todos los rincones del vasto mundo romano; y, a veces, su autor sentía el orgullo egregio de ver frases y pensamientos suyos corriendo por el cauce del pueblo, hechos ya anónima eternidad. Conoció todos los placeres. Fué avaro y rico. Tuvo amigos con quienes departir en las tardes serenas y otros con quienes embriagarse en las noches de locura. Conoció el amor y ese complemento de su gloria que es el reojo de los que envidiaban su buena fortuna. Estaba, precisamente, desterrado por la acusación de adulterio con la hermana de su emperador. Y como entonces la frontera que separa el bien del mal no había sido trazada todavía por la mano de Cristo, podía, a pesar de todo, ser virtuoso y presentarse como ejemplo ante los ciudadanos de Roma.*

Un día recibió la orden de partir. Apenas pudo recoger lo indispensable y se embarcó para la isla que hoy extasía a los viajeros, pero que entonces era una roca escarpada y desnuda, sin apenas recursos, de habitantes feroces, de selvática naturaleza y clima pésimo. Con palabras desoladas parecidas a éstas la describe el exilado. Muchos siglos después fué todavía tierra de tormento para otros emigrados de España; los jesuítas expulsados por Carlos III, la mayoría de ellos admirables por su ciencia y por su patriotismo, gente de letras, que encontrarían un consuelo escuchando los suspiros del cordobés, audibles aún para los humanistas, a través del espacio y de los tiempos.

III

AQUELLA *tarde, junto al mar, estaba el español hundido en uno de esos pozos en que cae el ánimo del emigrado y de los que parece que no podrá salir, aunque luego salga siempre. "No se puede vivir lejos de la patria", murmuraba. Se tendió en la playa y cerró los ojos para tratar de soñar. Con los ojos del alma miró hacia atrás y vió el mundo de los bienes perdidos y la silueta insoportable de los que, aprovechándose de su ruina, triunfaban en Roma. Miró hacia el porvenir y se vió olvidado de los suyos, acomodados ya a esa muerte anticipada que parece el exilio. Se miró a sí mismo y tuvo la impresión terrible que se tiene en la prisión y en el destierro de "verse vivir".*

Lleno de angustia, abrió los párpados y se encontró frente a frente con el cielo azul. Gide ha dicho que el cielo de Córcega es más azul y más profundo que el de parte alguna de la tierra. Al español desterrado, aquella tarde, también se lo debió parecer. Sus ojos atravesaron el azul infinito, surcado por los ampos intactos de las nubes, y vieron, detrás, el mundo insondable de los astros y de las almas hechas, como los astros, de eternidad. Estuvo así, inmóvil, hasta que llegó la noche y los pescadores bajaron a la playa para hacerse a la mar bajo la luna.

Entonces se alzó y con paso alegre volvió a su casa. Una serenidad infinita le transía. Los muebles sucintos, los rincones testigos de su nostalgia, se le aparecieron ahora, de súbito, ungidos de entrañable y grata intimidad. Y como si una voz que nadie oía le dictase en silencio, escribió, sin pausa, una larga carta a su madre.

IV

ESTA *epístola no sólo sirvió de consuelo a Evia, la madre, sino, después, a través de los tiempos inexorablemente iguales, a cuantos han sufrido la lejanía de la patria. Por eso la recuerdo ahora.*

¿A qué atormentarnos por la ausencia de la tierra vernácula, si toda la tierra es patria para el varón digno de este nombre; y éste, en cualquier parte de ella, se sentirá por igual desterrado del mundo, que empieza tras la bóveda azul? Si el fin nuestro está en la lejanía invisible, ¿qué nos importa descansar donde nacimos o en otra parte de la tierra? "Desde cualquiera de ellas la distancia que nos separa del cielo es siempre la misma." El alma emana del soplo divino y flota ingrávida, en perpetua peregrinación, como el vilano en el estío, aspirada por la eternidad. "Los que nos arrojan de la patria, ¿son menos desterrados que nosotros?"

El exilado sufre pensando en los que se quedaron y en los que ya volvieron; pero, ¿sabemos si ellos están seguros de no estar, más que nosotros, exilados? La vida es un destierro universal. Lo he perdido todo, me dirás tú, o aquel, o el otro, desterrados como yo; pero todo eso que hemos perdido, todo eso, sin lo cual creíamos que no podríamos vivir, ahora vemos que no era nada. Y el haber aprendido esta verdad, ¿no vale la pena del dolor que nos ha costado saberla? La patria no son los hombres que la pueblan ni los vanos afanes de cada día, sino la unión del pasado y del futuro que se hace en cada hombre vivo, y, por tanto, en ti y en mí; la tradición y la esperanza que se funden en la breve inquietud de nuestra existencia mortal. Esto es la patria y no lo que quiere la violencia del destino, que se disfraza de tiranía; y eso, que es, en verdad, la patria, ¿quién nos lo puede quitar, estemos donde estemos?

Pregunta en cada pueblo de la tierra de dónde son los hombres que trabajan o se divierten, que meditan sus empresas de amor, de poder o de maldad. Muchos han nacido allí. Pero otros muchos han venido de patrias lejanas, arrojados por la codicia, por la curiosidad, por el temor o por esa inquietud que impulsa a tantas almas a cambiar de asiento sin saber por qué. Todos son desterrados. De los mismos nativos, ¡cuántos hay que se sienten presos en su propia patria, y cuántos, y esto es lo peor, desterrados de sí mismos! Tal vez arguyas que, aun siendo así, por lo menos tienen su libertad. Pero piénsalo bien, ¿no serás tú, ahora sin responsabilidades, desgajado de la lucha humana, reducido a la vida elemental, solo contigo, no serás más libre que nunca y más libre que ellos?

Además, el destierro acaba siempre. Si morimos en él se anticipa nuestra liberación. Si no, volveremos a nuestra patria, y acaso el recuerdo de estas horas sea nueva nostalgia para nosotros, nostalgia más profunda que la que ahora parece que nos quiere ahogar. Acaso sea después cuando en verdad nos creamos desterrados.

Otros hombres más fuertes te han arrojado de tu patria. Pero, ¿qué dirán de ellos y de ti los hombres de mañana? ¿Están seguros de ser ellos los que tengan razón mañana mismo? Porque la historia no la hacen sólo los que creen hacerla, sino también los que la cuentan; y la voz del perseguido, si sabe tener la razón que la persecución da hasta al que no tiene razón, esa voz es, a la larga, la que más alto suena.

V

SENECA, *que era el desterrado, ha enseñado la patética lección a muchas generaciones de españoles que, como él, tuvieron que salir de la patria. No hay un rincón del mundo donde no hayan vivido españoles que se volvían con los ojos turbios de nostalgia hacia la Península, remota y prohibida.*

Francia, Portugal, Italia e Inglaterra, las tierras calientes de Africa, los árticos países silenciosos, la fecunda América, las islas perdidas en todos los mares, han sustentado la tragedia del español exilado y le han visto luchar, conformarse y esperar con el mismo gesto, sobrio y elegante, de buen lidiador de la vida en una tarde difícil, del maestro cordobés.

Uno de estos españoles eres tú, ahora—el ahora de hoy o el de dentro de cien años—; tú, poeta o labrador, hombre de ciencia o soldado, de Castilla, de Cataluña, de Andalucía, de Galicia, de las tierras vascas, de cualquier pueblo, de cualquier sierra de la grande, sufrida e inmortal Península.

Como Séneca, tú también piensas que es triste vivir expatriado; pero sabes encontrar, como él, el gesto ascético y el garbo para seguir adelante.

(Pasa a la página siguiente.)

Marañón, joven.

(Viene de la página 12.)

ANTOLOGIA

Elogio del libro

NO HAY LIBRO MALO

DEL libro se han dicho ya todos los elogios y a mi corta inventiva no le queda nada que añadir; pero, a trueque de repetir lo que, mejor que yo, han dicho los demás, reflexionemos unos minutos sobre lo que es y sobre lo que representa un libro.

Yo suscribo, ante todo, la sentencia de Plinio, popularizada entre nosotros por Cervantes, de que no hay libro malo que no tenga algo bueno. Pero voy más allá: yo diría que enteramente malo no hay libro ninguno. Por lo menos yo no los he encontrado, a pesar de mi voracidad de lector. Cierto que los gobiernos y los moralistas tienen que hacer uso, a veces, del índice prohibitivo y de la censura; pero se trata siempre de medidas transitorias, encaminadas a devolver la salud de la agitada Humanidad. El que el médico prohiba a un paciente los dulces o el *roast-beef*, no quiere decir que estos alimentos sean malos, sino que hay personas a quienes les hacen mal. Pero muchas veces cuando los médicos obramos así, cuando imitamos a Tirteafuera, nos equivocamos; y la censura que imita a los médicos dengosos, se equivoca también. Porque los libros no se escriben para los enfermos, sino para los sanos, para la ancha y eficaz Humanidad creadora de la civilización, que todo lo digiere y lo aprovecha. El libro vence siempre al recelo de los puritanos. Y así, cuando, por ejemplo, releemos hoy los índices inquisitoriales de hace tres siglos, nos llena de ternura el pensar que aquellos libros que se creyeron malos no lo eran casi nunca, y que hoy podemos leerlos, y hasta en los conventos se leen con la conciencia en paz; y los leemos con un amor redoblado, en el que hay mucho de desagravio y de contrición.

EL TIEMPO SUBVERSIVO CREA EL LIBRO SUBVERSIVO

El libro verdaderamente disolvente e inmoral, el libro fundamentalmente impío, no ha sido nunca invención creada para perturbar a lo sociedad en que brotó. Han sido siempre, por el contrario, productos de los males de esa sociedad, expresión de un estado anormal o subversivo, que cuando alcanza una determinada densidad, cristaliza en muchas cosas y, entre ellas, en el libro. El libro malo es siempre un epílogo de la maldad colectiva y nunca su creador. Es muy cómodo, al crítico o al moralista, decir que la culpa de lo que pasa es de los libros. Este es el consabido criterio de tomar el rábano por las hojas, que en el fondo significa un modo de eludir la propia responsabilidad. Sería muy fácil, si no estuviéramos celebrando, de sobremesa, unos breves Juegos Florales, demostrar a los que encuentren atrevida o inexacta esta opinión mía, que cada libro que ha podido ser tachado de malo, se limitaba a recoger un estado de opinión cuya responsabilidad databa de mucho antes que el autor naciera. Hay libros que parece que han hecho una revolución, que revolución mala—yo no admito que ninguna sea buena—; pero, aun en estos casos, se trata de un simple espejismo, comparable al de creer que las batallas las gana el que agita en el aire la bandera. Podrá el abanderado encender el fervor del combatiente, pero no es él, el que ha creado el fervor. Y cuando el fervor pasa, la bandera ya no es capaz de ganar batallas. Lo mismo les pasa a los libros reputados de perturbadores.

Es más, el libro es, en las horas de calentura pública, lo que los médicos llamamos un absceso de fijación, es decir, una enfermedad localizada que atenúa la general. El libro sistematiza y da estructura doctrinal a las pasiones, incluso a la mala pasión. Y la neutraliza y aniquila; porque la pasión muere siempre por el pensamiento.

LA MALICIA DEL QUE ESCUCHA

Dice un proverbio chino que la malicia no está en lo que se dice, sino en lo que se escucha. La malicia está en el ojo que ve lo que él quiere ver o en el oído que percibe lo que anhela su mala curiosidad. Y esos que tienen el alma turbia son los que achacan al agua clara su propia confusión. La gran meta de los moralistas no consiste en poner trabas al pensamiento, que fué creado por Dios, amasado con pasiones, y las pasiones no pueden ser siempre angélicas. La obra de los moralistas consiste en crear en el lector el sereno criterio que le haga inmune a todo lo que no sea justo. Cuando se pueden leer los versos de Ovidio sin sentirse pecador o *El Capital* de Carlos Marx sin lanzarse a la calle para increpar a los burgueses, es cuando se ha logrado elevar al hombre sobre el nivel del animal, esclavo de sus instintos.

Esto, por lo que toca a los libros malos, si es que los hay, si no son, como yo creo, hasta cuando son peores, males transitorios, bomberos que apagan el fuego aunque estropeen la casa o vacunas que producen fiebre pero evitan la gran enfermedad. Mas, admitamos que hay libros malos. De todos modos, nos quedará el infinito mundo de los buenos.

VISITA A MARAÑON

(Viene de la págnia 6.)

sabio montañés con el liberalismo del novelista y la ética científica del histólogo glorioso. Sin embargo, recuerdo también que Marañón discrepó de la apología de la ciencia española con don Marcelino, considerándola lo menos sólido de su obra. ¿Ha revisado ese juicio?

—No. España no tiene ¿a qué negarlo? una gran tradición científica, fuera de la Teología y de casos específicos en otros sectores de la ciencia, hasta los finales del siglo XIX. La generación del 98, de la que formaba parte Cajal, coincide con la iniciación de un espíritu científico español que todavía hoy no es demasiado importante, porque es joven y porque ha nacido en una época en que la ciencia cuesta millones...

Hace una pausa. Luego añade: —Pero yo no creo que la grandeza de un pueblo dependa exclusivamente de la ciencia. España, que dió de sí a Cervantes y a los místicos y convirtió en artista sublime a un pintor adocenado como el Greco, ha contribuído tanto como los pueblos más científicos al progreso de la Humanidad.

—¿Y a qué atribuye usted el que no haya dado más a las ciencias exactas?

—Es cuestión muy profunda. Probablemente ha influído en ello la raza, la sobriedad española... A diferencia del genio artístico, el científico necesitar estar bien nutrido... Y también, dígase lo que se quiera, tuvo que ver con eso la vigencia de la Inquisición durante siglos, no por su sentido religioso, sino por ser inquisición...

Ha asomado así al diálogo uno de los rasgos característicos de Marañón: su espíritu de tolerancia. ¿Dónde había yo leído una noble declaración suya afirmando que de lo único que se enorgullecía era de haber sabido cumplir en las horas de pasión, que no habían faltado en su camino, la norma de comprensión para las ideas de todos y el deseo de convivencia con los que no pensaban como él?... Era quizá su respueta a quienes a veces le reprochan excesos de benignidad crítica, o de flexibilidad ante ideas y situaciones que no comparte.

—Recuerdo, don Gregorio, su conferencia en Oviedo. Le confieso que casi me conmovió aquel elogio suyo del siglo XVIII... ¿Llegó a tener alguna repercusión que no fuera efímera en España?

—Sí. La Institución Libre de Enseñanza, por ejemplo, tan benemérita y tan calumniada (y conste que yo no pertenecí a ella) fué, en su origen, un producto del siglo XVIII. Pero hay entre nosotros otras muchas fecundas manifestaciones de aquel mismo espíritu, que no era una visión estática, sino un germen de transformación... No pocas cosas hay ahora, en España y fuera de ella, que son hijas del siglo XVIII, sin que nadie lo sepa...

Rondamos el punto más escabroso de mi curiosidad. Tras algún titubeo del fuero interno, me lanzo a preguntarle al doctor, casi de sopetón, lo que mucha gente quiere saber: su posición política actual. No me hurta la respuesta, como me lo temí; pero la sitúa en plano alto:

—Ahora no tengo ideas políticas en relación con España, sino en relación con el mundo... Equivocándome o no, he prestado a España mi contribución política con desinterés y con generosidad, que es lo único que puede exigirse a los hombres. (Pausa. Luego agrega, como decidiéndose a darle mayor concreción y actualidad a su respuesta:) El reparo que pueda hacer a la política española es precisamente el que no sea más universal. El cristianismo tiene que ser universal y liberal, y si no, es puro fariseísmo.

Me parece discreto cambiar el tema. Aludo a Ramón y Cajal, a Unamuno, a Ortega y Gasset. Sin duda han de ser muy sugestivos sus recuerdos de esos grandes españoles...

—Sí, lo que me queda de ellos es eso sobre todo: un recuerdo, o mejor dicho, un sentimiento: el del orgullo de haberlos conocido. Porque los considero tres de los más grandes espíritus que ha dado la Humanidad contemporánea. Y porque han sido españoles.

Cossío asiente: «Sin duda alguna.» Pepín Fernández, viejo también en esas devociones, me mira con cierto aire triunfal innecesario. Porque yo no dejo de compartir tales juicios, aunque me resulte a veces algo patético el coeficiente de sentimiento como reivindicatorio que suele acompañarlos.

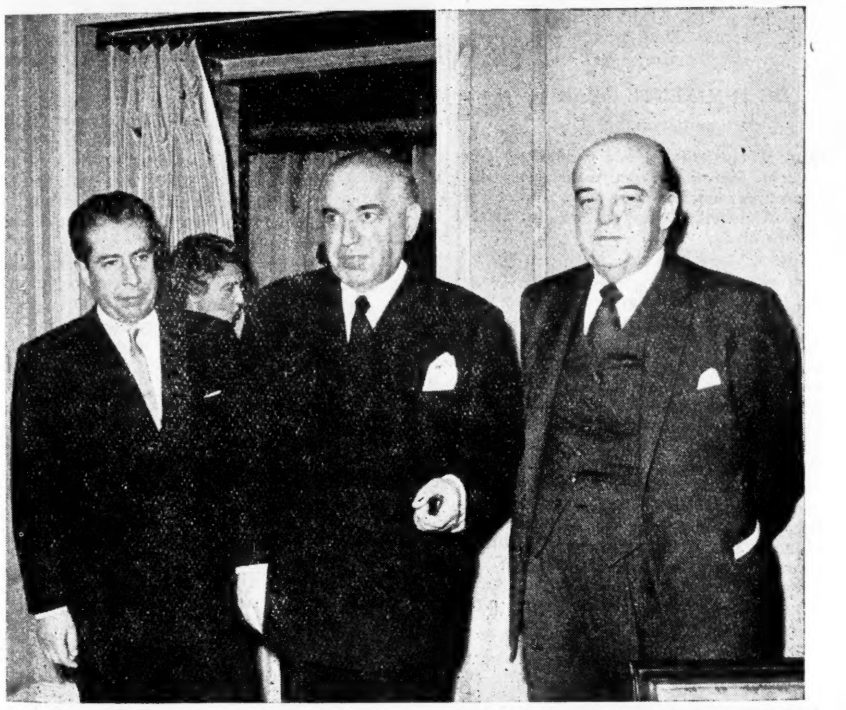
—A alguien más quisiera, recordar, don Gregorio: alguien que vivió sus últimos años en Cuba y a quien admiré y llegué a querer mucho. Me refiero al doctor Pittaluga... Pocos meses antes de morir, ya en una silla de ruedas, me leyó una carta que acababa de recibir de usted. A los cubanos nos dejó un libro generosamente advertidor: *Diálogos sobre el destino.*

—Yo también le quise y le admiré mucho. España tiene respecto de él una deuda que no ha pagado y que le costará mucho pagar... Esto es una de las cosas que más me lastiman de la España actual... Pittaluga fué un gran ingenio, que amó a esta tierra como a su patria italiana. Aquí realizó una obra memorable de sanidad; dirigió con insuperable resultado la lucha contra el paludismo, que era una de las plagas españolas. España, donde ha habido tantas guerras civiles mortíferas, le debe a Pittaluga una cantidad increíble de vidas salvadas. Además, fué un extraordinario maestro. Si viviera Cajal, que tanto le quiso y le ayudó, sentiría el mismo dolor que yo siento.

Una onda de melancolía queda flotando en el ambiente. El silencio que en el diálogo se hace es como un tributo. Por esa hondonada de la pausa comienzan luego a fluir nuevos hilos de conversación. Se habla de la democracia y sus avatares; de Oliveira Salazar, el jefe de Estado portugués, a quien Marañón conoció con ocasión de un viaje de conferencias a la nación vecina; se habla del Marqués de Esquilache y de la obra que Buero Vallejo, inspirándose sin demasiado rigor histórico en las postrimerías de su mando, acaba de estrenar con éxito en el Teatro Español, adonde Cossío me invitó a verla. Se habla, en fin, de la situación cultural española de hoy, que Marañón ve «en una fase de crisálida; no acaba de romper, pero romperá»: en la juventud española tiene él—dice—«una fe infinita»...

Mi visita termina. Marañón es más, mucho más todavía que un gran médico, que un gran escritor. Es un dechado de calidad humana, un venero de ejemplaridad y de influencia. Nadie encarga tan visiblemente esa conjunción de ciencia y conciencia a que aspiraba el magisterio de Giner de los Ríos: la compenetración de la bondad y de la sabiduría, de la libertad y la disciplina, de la tolerancia y la convicción. Famoso ya desde hace casi medio siglo, su nombre seguirá resistiendo el paso de los tiempos.

JORGE MAÑACH



Marañón con don Manuel Pizarro, ex embajador del Perú.

IDEAS DE MARAÑON SOBRE LOS JOVENES

(Viene de la página 11.)

CONCLUSIÓN

En la obra de todo escritor—de todo escritor de talento—hay páginas que permanecen y que en cualquier instante pueden servir de norte y guía para las generaciones futuras; otras páginas están condenadas a no ir más allá de su circunstancia histórica concreta. Aquí hemos seguido a Marañón a través de sus ensayos menores—pero harto representativos en un jalón muy importante de su trayectoria vital y creadora—, y hemos podido comprobar una y otra cosa. Y claro está que de igual forma podríamos conprobarlas, siguiendo sus ensayos mayores, aunque éstos, naturalmente, se hallan más vigorosamente cincelados frente al oleaje del tiempo. De cualquier modo, la pregunta que ahora debemos formularnos—y que, sin duda, el lector ya se habrá formulado—es ésta: ¿cuáles son las relaciones de los jóvenes con la obra marañoniana?

No es fácil suponer que Marañón sea un día bandera de esta nueva generación; e igualmente es difícil suponer que un hombre joven conozca su obra (y al decir «su obra», no hago alusión a toda ella, sino que dejo respetuosamente aparte sus exploraciones científicas) no se deje arrastrar más de una vez por su pensamiento, y lo comparta, si bien no de continuo. (Esa misma concepción marañoniana de la dialéctica de las generaciones, ¿no se nos antoja en buena parte extraña a nuestro hoy, por demasiado impregnada de una visión burguesa, anticuada, del hombre y de la vida humana? Aunque quizá esta impresión no afecte tanto a la concepción misma, como sí a un especial modo de presentarla).

Hegel definía a los individuos históricos como aquellos que «son los que le han dicho a los hombres lo que éstos quieren». Y esta definición hegeliana no sólo es valedera para el hombre político; lo es también para el artista y el pensador. Un artista o un pensador ejercen magisterio absoluto sobre una generación—que por lo común no es la suya, sino la siguiente—cuando han acertado a decirle qué es lo que realmente quiere y qué es lo que pasa. Por eso, Marañón fue maestro de una generación, como lo fueron Ortega y Unamuno. Por eso, Marañón no puede ser el maestro de la generación nueva. (Desde estas páginas he mantenido la opinión—y sigo manteniéndola—de que, con todas las excepciones que se quiera, la nueva generación no ha tenido maestros: nadie le ha dicho, ni le dice, qué es lo que quiere, ni qué es lo que debe querer, ni qué es lo que le pasa).

No suponga el lector que, así las cosas, vamos derechos a afirmar que la obra de Marañón es totalmente ajena a un hombre joven. Nada más lejos de la verdad. Marañón no será bandera de esta generación, pero esta generación, como las siguientes, siempre tendrá algo que aprender en su obra ejemplar y en su vida, que también es ejemplar. (Aunque, recientemente, haya circulado por ahí algún que otro papelito donde se moteja a Marañón de no sé cuantas cosas en su conducta. Suele ocurrir que los que más vociferan son los que más tienen que ocultar: por eso vociferan.) Vida ejemplar la de Marañón, como digo, abocada hasta el postrer momento en el trabajo y en el estudio. «Desde ahora, desde antes de ahora —escribió don Gregorio hace unos treinta años—, me preparo para cumplir con dignidad mi vejez, si me es dado alcanzarla; y consideraré como el fracaso más grande de mi vida el que ese día puedan pensar de mí los jóvenes de entonces, lo que ahora pensamos nosotros de don Fulano y de don Mengano.» Yo no sé lo que Marañón pensaría de don Fulano y de don Mengano. Pero me lo figuro. Y creo que ningún joven, en justicia, puede pensar eso de él.

Pero no basta con dejar de pensar esto o lo otro de un hombre ejemplar. Es preciso ir más allá de esta postura que sólo atiende a lo negativo. O sea: es preciso trascender a lo positivo. ¿Cuál debe ser la postura positiva de todo joven con respecto a Marañón?

Wilde decía, y el propio Marañón gustó de citárselo alguna vez: «El laurel se marchita cuando son caducas las manos que lo cogen; sólo la juventud tiene derecho a coronar al artista; y ése sería el oficio esencial de la juventud, si se diera cuenta de ello.» Por una vez, por esta vez, ¿nos habremos dado cuenta clara de ello?

He aquí, con voluntad de laurel, esta mi modesta y particular evocación.

EPÍLOGO

El artículo está hecho. Se ha hecho. Al autor, íntimamente, le ha servido de mucho; cuando menos, le ha servido para pensar, que eso es escribir. Y ojalá que al lector no le resulte enteramente inútil, que escribir también es pretender eso. Ahora hay que romper las notas, los esquemas que ya no significan nada, los rápidos apuntes, trazados con la emoción de un hallazgo imprevisto Ahora todo esto se rompe, porque ya no tiene sentido. El artículo está hecho. A otra cosa.

RICARDO DOMENECH

EDICIONES GUADARRAMA, S. L.

Lope de Rueda, 13

MADRID

DE INMINENTE APARICION

LUIS S. GRANJEL: *Vida y obra de Gregorio Marañón.* Con numerosas ilustraciones en huecograbado. Vol. 29 de la «Colección Guadarrama de Crítica y Ensayo».

El joven médico salmantino, autor del *Panorama de la generación del 98* y de los conocidos *Retrato de Baroja, Retrato de Azorín* y *Retrato de Unamuno,* nos traza en este libro el «retrato» de Marañón No tanto los trazos anecdóticos, cuanto los humanos y científicos, lo que pudiéramos llamar el perfil de su mundo ideológico. Marañón es una de las figuras más representativas de la cultura española en la primera mitad de nuestra centuria. Médico, historiador, ensayista, literato y, ante todo, un hombre excepcional. Granjel valora en este libro todos esos aspectos de su eximia personalidad. Finaliza con una relación exhaustiva de las obras escritas por Marañón y una selección de bibliografía crítica.

VOLUMENES PUBLICADOS RECIENTEMENTE EN LA MISMA COLECCION

25. JOSÉ ANTONIO MARAVALL: *Velázquez y el espíritu de la modernidad.* 264 páginas, con 66 ilustraciones en huecograbado. Enc. en tela: 150 ptas.

Constituye este espléndido libro del profesor José Antonio Maravall la primera contribución importante al centenario velazqueño. No lo dedica al pintor, sino a su obra y su circunstancia desde la historia del pensamiento. ¿Qué significan las creaciones de Velázquez en aquel siglo XVII, en que Galileo y Descartes escriben sobre filosofía y ciencias? Ante sus ojos ocurrió algo sorprendente. El viejo mundo de la cultura empezó a debilitarse y otro nuevo surgió de sus ruinas. ¿En qué medida participó Velázquez en ello? ¿Por qué es él el primer pintor de los tiempos modernos?

26. ANTONIO TOVAR: *Ensayos y peregrinaciones.* 488 págs. Enc. en tela. 150 ptas.

En su *Vida de Sócrates* advierte Tovar que estaba escrita «por quien llevaba muchas angustias contemporáneas a cuestas».

Este libro nos ofrece un Tovar íntegro, con todas esas angustias, abierto a toda cultura, avaro de penetrar todos los aires que respira. Páginas sobre sus temas helénicos, sobre Castilla y nuestros clásicos, sobre América y sus problemas.

DE INMINENTE PUBLICACION

27. LUIS S. GRANJEL: *Baroja como tema y otros escritos.*

28. JOSÉ LUIS CANO: *Poesía española del siglo XX. De Unamuno a Blas de Otero.* Con 37 ilustraciones en huecograbado.

OTRAS NOVEDADES

ROMANO GUARDINI: *Jesucristo.* 152 págs. 50 ptas.

—*La Madre del Señor.* 110 págs. 50 ptas.

—*La imagen de Jesús, el Cristo, en el Nuevo Testamento.* 142 págs. 50 ptas.

JEAN DE SALIS: *Historia del Mundo contemporáneo.* Tomos I y II. 1870-1918 924 y 954 págs., respectivamente. Con 202 ilustraciones y profusión de mapas en negro y color. Enc. en tela y lomo piel. Precio de cada tomo: 500 ptas.

NOVELA, NARRACION

CABOT, José Tomás: *El Piquete.* Ed. Destino. Barcelona, 1960.

Surge José Tomás Cabot con su novela *El Piquete,* bajo la recomendación del *Premio Sésamo de Novela,* 1959. Nos presenta una situación límite en su obra, característica de la novela contemporánea. ¿En qué situación nos coloca el autor? La faja que rodea al libro contesta por sí sola: «*Se sortearon las bolas para formar el piquete de ejecución...*» Para los obsesionados españoles que desean novelas «de actualidad» que planteen problemas de hoy diré que la objeción puede no ser justa, puesto que de la anécdota se puede pasar a la categoría, y no importa—incluso puede beneficiar a la obra—que la radicación en otro tiempo, como en este caso en el siglo XIX, en plena guerra civil entre carlistas y cristianos—, su aparente falta de presencia actual. Nos encontramos, y es lo que importa en la novela, ante una circunstancia en extremo límite y humana: unos hombres que forman parte de un piquete de ejecución para cumplir una sentencia de un consejo de guerra contra un soldado del mismo batallón, se disponen a pasar la noche anterior al fusilamiento. Son unos hombres elegidos al azar, por suerte de bolas negras. Quedan unas horas por delante y son encerrados en una habitación. Dentro de poco tendrán que disparar contra su compañero por culpa de la mala suerte.

Entonces, ¿qué es lo que ocurre en la novela? Una situación hábilmente dispuesta, con la clásica característica de la actual novela española de una destreza técnica reconocida—evidentemente cada nuevo autor surge diestro en presentar situaciones—, pero se pasan páginas y más páginas, hasta la doscientos cuatro de que consta la obra, y la verdadera tensión dramática no surge. Aparecen, eso sí, unos tipos diversos reunidos por el azar de las bolas, destinados a disparar contra otro hombre que espera también en otro lugar, que consume las últimas y más densas horas de su vida; existen diversas historias—la del conocimiento de cada ejecutor con el condenado—que van consumiendo páginas y más páginas, sin que verdaderamente aparezca la situación límite, ya que toda la obra pretende serlo y, en realidad, no lo es en casi ningún momento, ya que todo el desarrollo de la obra es un hábil escape de la situación, de la realidad tensa y acuciante. Este es el más grave y fundamental reparo que podemos poner a *El piquete,* obra que, por otra parte, demuestra una realidad técnica —acaso en exceso—y una promesa de buen novelista cuando decida acometer de frente el empeño que no puede salvarse sólo a fuerza de habilidad literaria.

JOSÉ R. MARRA-LÓPEZ

BENITEZ, Fernando: *El rey viejo.* Méjico. F. C. E. Colección popular 6.

Una novela que sería lástima se perdiese en el desconocimiento o la poca atención que suele prestarse a lo que se escribe al otro lado del Atlántico. El autor, a quien suponemos joven —es esta su primera novela—, revela unas cualidades que harán no sea ésta la última vez que nos sea grato ocuparnos de él.

El tema elegido está imbricado en un trozo de la historia mejicana, historia con más de un parentesco posterior en el suceder histórico del siglo actual: Venustiano Carranza, Presidente de Méjico, se opone a que le suceda un militar en el gobierno. Una rebelión cuartelera se alza contra él; las tropas enviadas a sofocarla se pasan a los facciosos; las defecciones se van sucediendo una tras otra y el Presidente abandona la capital en un tren militar—aquellos trenes militares de los corridos y las soldaderas—que avanza librando combates en dirección a Veracruz, donde permanece leal el Ejército.

Cualquier manual de Historia puede decirnos la suerte del desgraciado Presidente cuya figura se agiganta rodeado de la traición, hasta en un lugar perdido donde cae acribillado por la última y más negra de ellas. Lo que no es posible hallar en un manual es la vida que late en las páginas de la novela de Fernando Benítez. En primera persona y en forma de diario, lo que le da carácter de crónica y una realidad que ni siquiera se advierte como carácter literario, de puro cotidiana, vamos siguiendo a un personaje imaginario, próximo al Presidente, uno de tantos «licenciados» que se movieron entre los vaivenes revolucionarios, el idealismo o el medro personal.

Este personaje imaginario es el que da vida y verdad a la realidad histórica, de tal modo están expresadas sus dudas, sus cobardías, su «mala conciencia» o los heroísmos de que es capaz. Con él es un trozo de Méjico lo que conocemos. Con él nos apasionan unos hombres y unos hechos, con peculiaridades que les diferencian de nosotros pero con un fondo que nos hace sentirnos tan cerca que nos duele la muerte del viejo Presidente—el rey viejo—leal a unas convicciones cuando todo en torno suyo se le vuelve en contra y le desgarra.

JORGE CAMPOS

EL MVNDO DE LOS

LERA, José María de: *Bochorno.* Ed. Aguilar. Madrid, 1960.

Es José M. de Lera un escritor que ha irrumpido con ímpetu y éxito en el campo de nuestra novela. Después de *Los clarines del miedo,* nos ofreció *La boda,* comentada y elogiada en estas columnas; ahora nos ofrece *Bochorno,* su última obra. Esta es su producción, hasta ahora, en el término de tres o cuatro años.

A la vista de lo escrito hasta hoy, es momento de analizar, aunque sea brevemente, sus métodos y sus fines literarios. Tres obras publicadas—y hechas con ambición—, lo merecen y lo exigen. Como punto de partida, digamos que Lera parece, ante todo, ser escritor de «asuntos»: el mundo de los toreros, el de los pueblos y el de los jóvenes estudiantes en la ciudad, Madrid, concretamente. La motivación más importante para Lera es el hallazgo de un asunto que merezca un análisis general, la exposición de unos hechos que se dan en la realidad, *aquí, ahora, actualmente en España.* Es el «asunto-problema», pues el que mueve al novelista a desenfundar su pluma y ponerse a trabajar. Hasta ahora, lo enunciado es correcto dentro de la más moderna tendencia existente en nuestra novela: la exposición de problemas y realidades que nos rodean, y a veces nos ahogan (aunque, como se está viendo, padezca la obra de arte por culpa de las urgencias vitales).

El segundo punto fundamental que surge inmediatamente es el de la gran intuición novelística de Lera, unida a una sospecha, fundada en la realidad ya consistente de sus tres obras, de facilidad innata que le hace difícil el corregir y pulir lo escrito anteriormente. Para el novelista expresarse es una necesidad vital y parece desahogar sus inquietudes íntimas en la construcción de la obra literaria: el mundo que nos presenta es secundario en cuanto mundo novelesco, lo primario es transmitir unas preocupaciones sociales que le desazonan, que nos desazonan a todos (y de ahí su interés general).

Así nos encontramos que si con *La boda* elogiamos a Lera ampliamente, como merecía, por haber acertado en su desarrollo y exposición, acierto artístico y sociológico, en *Bochorno,* en cambio, encontramos que aún poseyendo los mismos fines que la anterior, no alcanza igual acierto en su desarrollo, al fallar, sobre todo, el tratamiento adecuado: la impresión que da es una falta de «amor» al oficio, de ahondamiento en el mundo de los personajes tratados.

La intención es magnífica, el asunto tratado de vital interés; sin embargo, falta emoción verdadera, *detenimiento* en las situaciones, en el cariño que exigen los personajes. Si sociológicamente nos convence—lo estábamos antes de empezar su lectura—, artísticamente no ocurre igual.

Hay, por fin, un problema que creemos importante para la realidad de magnífico novelista que es José M. de Lera—véase *La boda,* repetimos—: la galopada que algunas páginas de su interesante *Bochorno* ofrecen al lector hacen desear una mayor madurez lingüística de la que actualmente muestra, magnífica y desconcertante a la vez, alternando.

Por todo ello, no significa *Bochorno* un avance sobre *La boda,* sino simplemente un compás de espera en la trayectoria novelística, llena de esperanzas y de realidades, de Angel M. de Lera.

JOSÉ R. MARRA-LÓPEZ

TEATRO

MARQUES, René: *Teatro.* Ediciones Arrecife. México, 1959, 304 págs.

Este libro del dramaturgo, poeta, cuentista, novelista y ensayista puertorriqueño René Marqués, uno de los valores nuevos y más firmes con que se ha visto enriquecida la literatura de su país, contiene tres obras teatrales: *Los soles truncos, Un niño azul para esa sombra* y *La muerte no entrará en palacio.* La segunda de ellas, *Un niño azul para esa sombra,* obtuvo el premio del Certamen de Teatro de 1958 en el Ateneo Puertorriqueño. Y no son, ni mucho menos, los primeros intentos dramáticos de Marqués. Con anterioridad ha venido dando a conocer *El sol y los Macdonald, Palm Sunday, La carreta*—estrenada en Madrid— y *Juan Bobo y la Dama de Occidente.*

Las obras contenidas en el presente volumen están inspiradas en una problemática de carácter nacional y social, y de carácter político muy claro *La muerte no entrará en palacio.* Su realización es unas veces más acertada y otras menos, pero, por lo pronto, debo consignar la profunda sinceridad que late en cada uno de estos dramas. La honradez y el entusiasmo son la inseparable compañía de este joven escritor.

LOS LIBROS

DONDE DA LA VU

de GONZALO TORRE

EN 1958 publicó Gonzalo Torrente Ballester su novela El señor llega, *de la que nos ocupamos en estas mismas columnas, y que se anunciaba como la primera parte de una trilogía novelística con el título general de* Los gozos y las sombras. El señor llega *logró un merecido éxito, que se acreció al obtener al año siguiente el Premio March de novela, dotado con 300.000 pesetas. El mismo año había sido finalista en el Premio de la Crítica, en reñida lucha con* Los hijos muertos, *de Ana María Matute. Estaba, pues, justificada la curiosidad con que lectores y críticos esperaban la publicación de la segunda parte de la trilogía, que con el título, algo enigmático, de* Donde da la vuelta el aire, *acaba de aparecer en las librerías, editada por Arión, la inquieta editorial que dirige Fernando Baeza. Y esa curiosidad no se ha visto defraudada.*

El lector de esta segunda parte, ya conocedor de El señor llega, *se encontrará, desde las primeras páginas, con viejos personajes conocidos: Cayetano, el amo millonario de Pueblanueva; don Baldomero, el boticario, y doña Lucía, su mujer; doña Mariana, estupendo tipo de mujer vigorosa e independiente; Carlos, Clara y su hermana Inés... La novela, que tiene en sí misma una trama suficientemente poderosa para ser leída con independencia del relato anterior, se abre cuando el duelo entre Cayetano, el millonario, y Carlos, el doctorcito llegado de Alemania, se hace más tenso y está a punto de estallar. Es un duelo entre la pasión y el instinto, de un lado, y la frialdad científica de otro. Pero el autor ha tenido la habilidad de mantener este duelo entre dos temperamentos opuestos, a todo lo largo de la novela, sin que se resuelva del todo, aunque en algún momento estalle violentamente. La gran virtud de este gran relato novelesco de Torrente es su capacidad de interesar y arrastrar al lector, y no sólo por la trama, que en sí es rica en incidencias y está magníficamente llevada, sino sobre todo por los personajes y la violenta dependencia que brota entre ellos.*

Se ha dicho—y yo mismo lo señalé al hablar de El señor llega*—que el autor utiliza en su relato una fórmula narrativa de tipo tradicional, muy distinta de las nuevas técnicas que van difundiéndose en nuestra novela, sobre todo entre los novelistas más jóvenes. La línea tradicional en la que se inserta el relato de Torrente es la de un naturalismo literario que tuvo su más perfecta expresión en la extraordinaria* Doña Regenta. *Pero ello no quiere decir que Clarín influya en el autor de* Donde da la vuelta el aire. *Podríamos, en todo caso, hablar de un neonaturalismo, de una fórmula tradicional vivificada y renovada con entero acierto. Por otra parte, yo creo ver más bien en el re-*

...O ...OS LIBROS

Como obra hecha, felizmente realizada, prefiero *Un niño azul para esa sombra*, y en seguida explico por qué. Se trata de una preferencia basada exclusivamente en su calidad artística, que es y tiene que ser siempre—¡naturalmente!—la primera verdad que debe exigírsele al arte; después viene todo lo demás. Pero ocurre que *Un niño azul para esa sombra* contiene además igual cargamento de protesta social que *La muerte no entrará en palacio*, sólo que presentada de una manera menos explícita y a través de unas situaciones de gran humanidad y altos valores poéticos. *Michelín*, pratagonista del drama, extraño personaje que desde un comienzo atrae y ya no suelta nuestra atención, merecería que le dedicásemos párrafo aparte. Vamos a dedicárselo.

Michelín es hijo de un profesor y revolucionario, hoy en el exilio. *Michelín* vive con su madre, imagen un tanto tópica del producto de una familia de encopetados banqueros. (Ella no entendió nunca a su marido ni tampoco entiende a su hijo, que es un niño precoz, aunque, no obstante ello, en extremo simpático.) Pero *Michelín* vive también un sueño; es el constante sueño que nace desde el momento en que su imaginación desborda la realidad. Y desde ese sueño habla con su padre, le escucha y siente en su hombro de niño la caricia paternal, imposible, y el consejo. No importa que su padre esté muerto—él tampoco lo sabe, y cuando lo sabe, se suicida—, porque el padre revive en su corazón; esta imaginación suya, vigorosa, tiene poder para decirle: «Ven y háblame, porque estoy solo y necesito de tu compañía.» ¿Qué encarna o representa el personaje *Michelín*? *Michelín* es la consecuencia de una catástrofe social y su significación última es el desamparo.

Un niño azul para esa sombra y *Los soles truncos*—drama compuesto sólo por personajes femeninos, muy próximo también a un teatro poético con contenidos sociales—, junto a *La muerte no entrará en palacio*—explosión de un sentimiento nacionalista, típico hoy en toda Hispanoamérica—, nos dan cuenta de un autor del que cabe esperar cosas de más largo alcance, cuando robustezca su técnica y elimine recursos de fácil espectacularidad. Puestas en pie, no sé cómo quedarán estas obras. Sí sé que su lectura me ha sido muy grata.

DOMÉNECH

ESTUDIOS LITERARIOS

ANDERSON IMBERT, E.: *El cuento español*. Ed. Columba, B. Aires, 1959.

Dentro de la colección *Esquemas*, de la Editorial Columba de Buenos Aires, tipo de publicación parecida a la colección francesa *Qui sais je?*, aparece ahora la monografía del profesor Anderson Imbert, *El cuento español*, interesante síntesis de la historia de nuestra narración desde su aparición en la Edad Media, con el Infante Don Juan Manuel, hasta el último señalado cronológicamente por el autor, que es Ignacio Aldecoa.

De una manera rápida y sencilla, el profesor Imbert, conocido crítico argentino—autor, entre otras obras, de una *Historia de la Literatura Hispanoamericana*—hace la historia del cuento español, resaltando principalmente su importancia en el siglo XX, tratando de una manera más detallada a las grandes figuras literarias de nuestra patria, tales como Unamuno, Baroja, Azorín, etcétera, incluyéndolos en un apéndice con los más destacados cultivadores del género del año 36 acá. Los nombres de Francisco Ayala—a quien, por cierto, señala como autor de un volumen de narraciones, *Muertes de perro*, cuando en realidad es novela—, Rosa Chacel, Ramón J. Sénder, etc., se unen a Zunzunegui, Cela, Laforet, Delibes, surgidos después de la guerra, y demostrando un profundo conocimiento de nuestra actualidad literaria llega hasta Jorge Campos e Ignacio Aldecoa, el último reseñado, aunque cite de pasada, como existentes, a Medardo Fraile, Fernández Santos, Quinto, Ramón Nieto, Ferrer Vidal, Antonio Prieto, etc.

Es evidente la imposibilidad, en un volumen de reducidas dimensiones, de condensar de forma distinta la historia del cuento español, y por ello creo un acierto la elección que el profesor Imbert hace de las figuras tratadas con más detenimiento, poniendo de relieve una perfecta información de la actualidad literaria española y un gran sentido crítico, como ya lo había demostrado en sus obras anteriores.

Así, a esta interesante colección divulgadora de los *Esquemas*, en la que aparecen los nombres de Romero, Borges, Marías, Fatone, G. de Torre, Babini, Mondolfo, Pap, Ferrater Mora, etc., se une el de este importante historiador de las literaturas hispánicas que es Enrique Anderson Imbert, en una interesante colección útil, tanto para el especialista como para el profano.

JOSÉ R. MARRA-LÓPEZ

Obras de M. José de Larra. Ed. y estudio preliminar de Carlos Seco. B. A. E. número 127. Madrid, 1960.

A pesar del siempre palpitante interés de la obra de Larra, desde la selección de Lomba en *Clásicos Castellanos*, los estudiosos de nuestra historia literaria no se han acercado de nuevo a los problemas que podía plantear una edición completa.

Curiosamente esta edición ha interesado más a un joven historiador, Carlos Seco, al que los investigadores de nuestra literatura deberán estar agradecidos.

Aparecen en este primer tomo sólo una parte de los artículos (en el segundo tomo se completará la colección). El investigador ha cotejado los artículos en la prensa de aquellos días y en la colección que el mismo Larra preparó en 1835. Estos cotejos han resultado de un interés extraordinario: vemos, por ejemplo, cómo «Fígaro» le regatea adjetivos elogiosos a Martínez de la Rosa, aun tratándose de cuestiones literarias. Adjetivos que, por otra parte, aparecieron en su día.

Debemos añadir al estudio de las variantes nuevos artículos descubiertos por el investigador que terminan de perfilar la figura de «Andrés Niporesas».

El buen juicio de Carlos Seco ha hecho reunir bajo un mismo título artículos cortos de un mismo tema, solución que da gran homogeneidad a la edición y facilita el posible estudio de futuros larristas.

Al frente de este primer tomo figura un estudio: *La crisis española del XIX en la obra de Larra*. El prólogo, que—según su autor—pretende ser solamente histórico, sobrepasa los límites de la antigua concepción de la Historia, tiene mucho de sociológico y bastante de literario.

Es agradable observar cómo los estudios históricos han ido abriendo los horizontes de una vieja historiografía para llegar a ser estudios sobre *el hombre y su circunstancia*, como el propio Carlos Seco titulará su primer capítulo.

Comprender a Larra y su posición política ha llevado al autor a la investigación de la vida no sólo política, sino cotidiana y social de «aquellos felices veinte, que también lo fueron».

Larra se encuentra «extraño», extraño al Prado, a la comida de las fondas, a la educación, a la política. Extraño a toda la sociedad fernandina. Pero Larra no es el español extranjerizante de principios del XIX. Se burlará de los jóvenes que han salido al extranjero y que pretenden encontrar fuera la solución a los problemas españoles. Asimismo pondrá en ridículo al viajero europeo que con dos meses de estancia en España ya cree saberlo todo, y no ha hecho más que desenfocar la realidad a través de prismas inadecuados.

Larra siente a España; ésa es la razón de toda su crítica, este sentimiento es lo que le sitúa frente a una sociedad sin muchas ni hondas preocupaciones. Por eso se burlará de los carlistas, creerá en Martínez de la Rosa o en la desamortización. Ve posibles soluciones en estos programas para los problemas nacionales, pero la desesperanza no tardará en abatirse sobre él.

Todo Larra es la lucha entre la esperanza y la desesperanza, que acabará venciendo en todos los terrenos: amoroso, crítico, político... Todo esto le conducirá al suicidio, con un epitafio puesto por él mismo: «Aquí yace la esperanza.» Esperanza en España y en sus españoles, pero ambos le defraudaron.

Seco nos ha hecho vivir las inquietudes del máximo antecedente del 98. Tenemos que ver a Larra como el representante más genuino de un idealismo liberal.

El prólogo aduce textos de contemporáneos que abarcan desde la moda femenina hasta los problemas mercantiles entre Cádiz y Barcelona. Estos textos eran necesarios para una mayor comprensión de la circunstancia histórica en que «el hombre»—Larra—se hallaba inmerso.

Es, sin duda alguna, un modelo de trabajo que deberá ser tenido muy en cuenta en todo tipo de estudios, tanto históricos como literarios.

J. M. BLECUA PERDICES

POESIA

JIMENEZ, Juan Ramón: *Primeros libros de poesía*. Biblioteca Premio Nobel. Editorial Aguilar. Madrid, 1960.

La publicación, en un solo volumen de la Biblioteca Premio Nobel que edita Aguilar, de los primeros libros poéticos de Juan Ramón Jiménez, es un acontecimiento literario que debe ser señalado y elogiado como merece. Para los infinitos lectores de Juan Ramón será un regalo inapreciable. Es sabido que Juan Ramón intentó por todos los medios destruir sus primeros libros, a los que llamaba *borradores silvestres*, y de los que muy contados poemas quiso salvar para sus Antologías. Esos libros *malditos* son los que van desde *Ninfeas* y *Almas de violeta*, que se publican en 1900, hasta *Laberinto*, que apa-

(Sigue en la pág. 16.)

...Z DEL ...OS MES

por JOSE LUIS CANO

...VUELTA EL AIRE

...RRENTE BALLESTER

lato de Torrente cierta influencia de Baroja, concretamente en el personaje de Carlos, que recuerda esos personajes escépticos, típicamente barojianos, que no creen en nada ni en nadie, y que se interesan, sin embargo, por la vida y se ven envueltos en conflictos que han de vivir sin la menor pasión, un poco por compromiso y teórica solidaridad humana. En la novela de Gonzalo Torrente, Carlos es una especie de ave fría, que se limita a ser espectador irónico y escéptico de la acción y que sólo actúa cuando se ve obligado por las circunstancias, sin que su sangre se encienda un solo instante por la pasión, ni por la amorosa ni por la puramente vital. Es posible que el autor haya querido pintarlo así, como contraste con Cayetano, que es la pasión misma hecha acción. Y sólo los irracionales motivos del amor femenino pueden justificar que se enamoren de Carlos, y se entreguen a él, Rosario, la campesina sana y ardiente, y Clara, el personaje más humano y sugestivo de toda la novela.

El acierto de Torrente al trazar algunos tipos femeninos ya lo señalé al hablar de El señor llega, *pero quiero insistir ahora en ellos. Tanto Clara como doña Mariana, son dos tipos magnificamente conseguidos. Y a ellos hay que añadir otro personaje perfectamente logrado: el de doña Lucía, la mujer del boticario. Personaje romántico, una especie de madame Bovary gallega, que oculta su sensualidad—su sensualidad romántica—con místicos quehaceres, y acaba rindiéndose al señorito millonario. (¡Qué estupenda escena la del final trágico-cómico de la aventura!) El secreto del interés que sabe dar Torrente a su novela es que ésta es una novela de personajes en conflicto y en situaciones. Estas situaciones en ningún momento se velan o atenúan, antes al contrario, se ponen al descubierto con toda la violencia y la crudeza necesarias, incluso en los conflictos religiosos que ocupan no escasa parte del relato, y que tienen en él más importancia de la que pueda creerse. Y esas situaciones vividas a la intemperie, con descarnado ímpetu, están siempre servidas en la novela por el movimiento rápido del diálogo y de la acción, como en la magnífica secuencia del carnaval en el pueblo y la huida de Clara disfrazada y perseguida. Sólo al final del relato, ese ritmo rápido y bronco se suaviza algo con la lenta agonía de doña Mariana, en unas páginas llenas de emoción por su expresión sobria y contenida.*

Gonzalo Torrente ha conseguido, pues, una extraordinaria novela en esta segunda parte de su trilogía Los gozos y las sombras. *El acierto es total, y si la tercera parte, en la que trabaja actualmente el autor, mantiene la fuerza y la calidad de las dos primeras, podrá, sin duda, afirmarse que esta trilogía novelística de Torrente es una de las obras más importantes que haya ofrecido la historia de nuestra novela en los últimos treinta años.*

TOLLE, LEGE

AGUILAR, S. A.
DE EDICIONES

NOVEDADES DEL MES
DE JUNIO

BIBLIOTECA DE AUTORES MODERNOS

Ugo Betti: *Teatro completo*. Ptas.: 275

Louis Bronfield: *Obras completas*, t. I. Ptas.: 275

TEATRO CONTEMPORÁNEO

Teatro francés de vanguardia. Ptas.: 125

ENSAYISTAS HISPÁNICOS

José de Benito: *Hacia la luz del Quijote*. Ptas.: 80

ENSAYISTAS

J. Chevalier: *Conversaciones con Bergson*. Ptas.: 90

BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES

Palle-Hansen: *Manual de contabilidad*. Ptas.: 625

EL GLOBO DE COLORES

Carola Soler: *El libro de los juegos*. Ptas.: 125

AGUILAR
Juan Bravo, 38
MADRID

REVISTA DE OCCIDENTE
Bárbara de Braganza, 12 Tel. 31-30-43

ACABA DE PUBLICAR:

LECCIONES DE PSICOLOGIA, por MIGUEL CRUZ HERNÁNDEZ. 480 págs. 150 pesetas.

El catedrático de la Universidad de Salamanca, ya conocido de nuestros lectores, reúne en este "Manuel de la Revista de Occidente" el fruto de su experiencia de catorce años de cátedra. Una Psicología para todos los interesados, pero especialmente orientada hacia los médicos y puesta a la última hora de esta ciencia ejemplar.

EL HOMBRE PREHISTORICO Y LOS ORIGENES DE LA HUMANIDAD, por H. OBERMAIER, A. GARCÍA Y BELLIDO y L. PERICOT. 7.ª edición. 81 figuras y XLI láminas. 500 págs. 150 ptas.

El famoso tratado de Obermaier, puesto al día por los prehistoriadores García y Bellido y Pericot, ve aquí su séptima edición, corregida, que seguirá siendo uno de los libros de mayor autoridad en el tema.

COLECCION «EL ARQUERO»

LAS ATLANTIDAS Y DEL IMPERIO ROMANO, por JOSÉ ORTEGA Y GASSET. 180 págs. 40 ptas.

Se reúnen los ensayos de Ortega sobre historia e historiología, dando un tomo de particular interés en la popular colección de Obras sueltas del gran pensador.

MEDITACIONES DEL QUIJOTE, por JOSÉ ORTEGA Y GASSET. 6.ª edición. 208 páginas. 40 ptas.

Nueva edición de uno de los primeros libros de Ortega, en donde está en germen toda su filosofía. Se incluye también su famoso ensayo Ideas sobre la novela.

Pídalo a su librería habitual
o a la Distribuidora General
ALIANZA EDITORIAL, S. A.
MARTIRES CONCEPCIONISTAS, 11
TEL.: 56-59-57 - MADRID

EL MUNDO DE LOS LIBROS

(Viene de la página anterior.)

rece en 1913. En total, unos trece libros, todos ellos agotados hace muchos años, de modo que encontrar algún raro ejemplar de alguno de ellos era un feliz azar y un verdadero tesoro para el bibliófilo de poesía. Muy pocas personas, privilegiadas seres—acaso sólo Gerardo Diego y el llorado Juan Guerrero Ruiz, tan fiel amigo de Juan Ramón siempre—disponían en su biblioteca de esos libros inasequibles, que el lector de hoy puede ahora leer gracias a esta edición de Aguilar, prologada con amor por Francisco Garfias, poeta él mismo y paisano de Juan Ramón.

Obvio será destacar el enorme interés de esta edición. Muchos lectores leerán acaso por vez primera algunos libros completos de Juan Ramón, de los que éste había publicado sólo muy escasos poemas en sus Antologías. Libros tan bellos y tan raros como *Arias tristes*—que tanto gustó a Rubén y a Machado cuando se publicó en 1903—o como *Las hojas verdes* o *Jardines lejanos*. Ese primer Juan Ramón fatal e inspirado de sus primeros libros, nos gusta a veces más que el Juan Ramón maestro, dueño ya de su arte, pero más intelectualizado, de sus libros posteriores. Gracias a esta exquisita edición de Aguilar, podemos gozar hoy de ese Juan Ramón de una primera época, no por demasiado romántica a veces, menos intensa y verdadera.

J. L. C.

ROLDAN, Mariano: *La realidad*.—Colección Veleta al Sur. Granada, 1959.

Mariano Roldán nace en Rute (Córdoba) en 1932. Pertenece, por tanto, a la serranía cordobesa. No creo que tengan un alma las ciudades ni los paisajes, ni que impriman carácter: el formador es el hombre, aunque la realidad proponga y aun imponga la meditación, las circunstancias orteguianas, ingredientes con el azar y la fisiología—otro dato fundamentalmente azaroso—, sin los que se trunca la unidad humana. Mariano Roldán es licenciado en Derecho, disciplina ahormadora que opera con los hechos de los hombres, al menos con unos hechos específicos. Pero, sobre todo, Mariano Roldán es poeta, y aquí están, renovadas, sus credenciales.

La realidad es el tercer libro publicado del poeta. A mí me interesa esta poesía, que no es marginalismo estético a la que verdad, necesidad y arte hacen *también* hermosa sin proponérselo y sin rechazarlo. Hay que volver a las cosas—nunca nos evadimos de ellas—, rebozarse en realidades, encontrarles su vena poética, su tristeza—¿qué les aprisiona?—o su alegría—¿qué liberan?—. Vivimos entre cosas, a las que debemos significar, sin mojigangas bufonescas, sin alejamientos capones, sin zafiedad ni zarrapastrosería. Lo que no es realidad es evasión. ¿Qué hay una transrealidad y una subrealidad? De acuerdo. Pero como el pasado y el futuro, operantes en el presente. Quien no conoce, a su modo—poético, pictórico, físico, político...—, la realidad, no sabe lo que late bajo la piel de la Historia ni dónde es posible llegar sin abandono, con los ojos abiertos, permeable y elástico: vivo. Lleva razón de sobra la cita de Pedro Salinas a la que se acoge el poeta: «Quisiera ser más que nada, más que sueño, / ver lo que veo», tan entrañablemente glosada en el poema inicial por Mariano Roldán. Aunque haya más que palabras, como en las reyertas donde corre la sangre, en esta realidad hermosísima y tremenda que nos precede y nos supervive: somos un relámpago sobre la realidad: «el milagro, la luz / que es existir». Porque el solitario puede crear un mundo suyo—¿suyo?—, pero «enrarecido», que dice nuestro poeta, un mundo oscuro, una prisión. Y es que no hay *mi* realidad—ni deja de haberla—, sino *nuestra* realidad: vivir no es aislarse robinsonizarse. Aísla la muerte, congrega la vida. Perfectamente canta el poeta:

Hay que saber ganarse
un sitio que produzca
toda la luz.
Hay que saber
tener un arma negra
—o blanca—con que herir
el azar.
(Lo demás
es cuestión de los dioses.)

Este ejemplo resume varias cualidades de la poesía de Mariano Roldán: subrealidad y transrealidad del poema; ritmo que parece gracioso en la andadura y en el color de la imagen, aunque cargado de sentidos y sentires; aletazo de misterio; sabiduría de lo que es propio del hombre y de lo que pertenece a los dioses.

La realidad de Mariano Roldán no es el «engaño a los ojos», lo que parece, sino lo que es. Para mayor angustia del poeta, lo que es—quizá lo que está—resulta cambiante, huidizo, fluente, vivo: lo real es variable, porque lo permanente está muerto. Aunque una guitarra al fondo parezca que se trata de jolgorio.

Como se ve, a más de los pies en tierra, de andar entre hombres y cosas, la poesía de Mariano Roldán lleva un desgarrón metafísico en el flanco, lo que la engrandece al humanizarla. Véase, si no, ese profundo poema tan resonante de problemática, esa gran realidad metafísica que es «Muerte habitual», de tan magnífico acierto.

GARCIASOL

MELERO, Rafael: *Alba del viento*. Colección «Alrededor de la mesa». Bilbao, 1959.

Rafael Melero es un joven poeta pontevedrés que ya ha publicado otros dos libros de versos: *Tarde roja* y *La voz en el tiempo*. Creemos que con *Alba del viento* cierra el ciclo inicial de su poesía, para arribar a su más propia voz.

En *Alba del viento* quizá haya demasiado modernismo en lo goloso de la palabra y en lo coruscante de la imagen, aunque muy bien asimilado y filtrado por otras muchas formas de decir. (Hay poema que se titula «Melancolía de plata».) El modernismo es un gran camino por el que ha sido necesario pasar. Rafael Melero es consciente de que anda de paso hacia otra tierra más propia donde arraigar. El poeta va de camino hacia una poesía más suya y menos «artística», esto es, de orfebrería y adorno, que a veces puede melodramatizar el sentimiento. Así, en «Endymión», uno de los buenos poemas del libro, el poeta se encara con su problema expresivo:

Pero te amo, aunque te estás helando
en un arte perfecto, aunque rutilas
como los astros fijos y distantes.

Sí: a veces se tiene esa sensación de culpa o de vergüenza—para quitarle oleaje metafísico y desgarrador a la observación—, cuando se ambula por ese mundo de la evasión, de la renuncia, donde se pinta como se quiere. Pero la realidad se venga. De pronto, surge ese verso anunciador de otra etapa, despierto del sueño de la carne, y el poeta dice:

Cuando sentí mi ser, sentí tristeza

«Amor» tal vez sea un poema característico del tono modernista del libro, aunque se nota en su asepsia la pulpa viva que quiere romper las mallas de lo que pudiera ser estilo, postizo. Rafael Melero está en una gran situación, dueño de la palabra y del ritmo—del imprescindible instrumental, nunca bastante poseído—. Por eso yo tengo fe en su poesía, en la presente, y más aún en la futura. Le falta un leve paso: olvidarse del *cómo*—estilo— y volcarse en el *qué*, en el borbotón de la sangre propia.

De lo más apasionado y redondo de *Alba del viento* es «Paraíso»—o los tercetos de «Viento del mar»—, barroco y rutilante de imágenes. ¿Sube a Galicia un ramalazo de don Luis de Góngora en el verso modernista de Juan Ramón o es que el Occidente lleva el barroco en las entrañas? Claro que los gallegos tienen al maravilloso Valle-Inclán, tan regustador de palabras y trasfondos—el transpoema, posible por el poema escrito—, tan fiel al ritmo y tan sensible al rebufo abisal. (Gómez de la Serna ha dicho genialmente de los *esperpentos* valleinclanescos que don Ramón está en ellos «dándole al manubrio del ludibrio del bodrio».) Góngora, o Calderón, en el caso de Melero, como en esas «lentas salas» del tiempo. O la propia raíz coincidente.

Alba del viento es un libro digno de un poeta, cuya obra más personal está en el tiempo, pero con seguridad. Rafael Melero tiene un puesto en la poesía española de hoy.

GARCIASOL

MEDINA, José Ramón: *La Nueva Poesía Venezolana*. Cuadernos Literarios de la «Asociación de Escritores Venezolanos», 100. Caracas, 1959.

Al poeta José Ramón Medina no hay que presentarle a los lectores de INSULA. Su obra es suficientemente conocida. Ahora, como antólogo, hay que agradecerle esta presentación de cuarenta y dos poetas que nos abren los ojos a la realidad de una valiosa promoción lírica que significa en el país un hito importante, teniendo en cuenta que Venezuela cuenta con una tradición poética de especial fuerza en lo que va de siglo. Lo confirma la antología que manejamos. La generosidad que podría suponer en el autor recoger poetas con un solo libro publicado, con parte de su obra inédita, muy jóvenes todavía, se revalida por la obra de los poetas. Es la generación que ha surgido en 1950 la que abarcan sus páginas.

Por citar sólo a algunos, en su antología advertimos las reminiscencias bíblicas, que llenan de aroma poético, como un óleo, los poemas de Edmundo J. Aray; la fuerza de la naturaleza americana que alienta en Luis García Morales, Manuel Vicente Magallanes, Rafael José Muñoz, Alejandro Natera; eso que entre nosotros llamamos hoy «poesía social» inspira a Martiniano Bracho Sierra, y, sin llegar a ella, sentimos preocupa el hombre y su mundo a Roberto Guevara, Camilo Balza Donati, León Levy y su excelente *Canto al cobalto*, mientras se puede considerar de un peculiar «neo-romanticismo» a Jesús Enrique Gueder. No hay que olvidar a las poetisas Velia Bosch, Beatriz Mendoza Sagarzazu, Elizabeth Shon.

Como característica general apunta Medina cierto hermetismo y un peculiar neo-romanticismo en algunos poetas. Por nuestra parte, encontramos alguna vez hálitos de Aleixandre o Neruda. Pero, de acuerdo con él, nos hallamos ante una interesante generación, y su cumplida antología despierta la atención hacia buen número de los poetas incluídos.

JORGE CAMPOS

RAMOS, Vicente: *Elegías de Guadalest* (Premio «Alicante» de Poesía 1957). Delegación Provincial de Educación Nacional. Alicante, 1958, 40 págs.

Acabo de leer esta primorosa colección de poemas, de la que es autor el escritor alicantino Vicente Ramos; escritor abocado principalmente en la poesía y el ensayo —conocedor documentadísimo del mundo mironiano, publicó hace cinco años una «Vida y obra de Gabriel Miró»—. Con éste son ya once los libros que Ramos nos ha ofrecido desde 1943, en que salió a la palestra con *Pórtico Auroral*.

Los españoles tenemos en todas y cada una de nuestras capitales de provincia un nutrido plantel de escritores. Unos son buenos; otros, regulares; otros, más flojos. Vicente Ramos es de los buenos. Para comprobarlo nos basta con una somera lectura de estas *Elegías de Guadalest*, que nunca se queda en lectura, porque casi todos los poemas aquí contenidos—18 en total—nos invitan a tornar sobre ellos.

Con una cita de Quevedo—«que morir vivo es la última cordura»—entramos cordialmente en el libro. El poeta nos va a hablar del hombre y su tristeza, del vivir y del morir, de lo que somos y de lo que queremos ser y acaso no podamos ser nunca. El poeta nos habla en imágenes vivas, coloristas, de una exuberante riqueza, como cuadra a todo poeta mediterráneo. Pero su voz no se pierde en el color ni en la musicalidad de la palabra, porque tiene algo que decirnos y necesita ser comprendido:

Hablo de estas terribles cosas, existencias,
de estas pequeñas vidas sin historia,
al margen de los grandes números,
lejos de los sublimes nombres.

Y la voz del poeta tiene sus raíces en la tierra, en los hombres de la tierra; un yuntero, un cabrero, un labrador nos expresan su tragedia a través del poeta:

... éstos que ahora digo
cumplieron su voto perenne con la tierra,
condujeron, fieles, el calor del ganado,
durmieron las horas justas del cuerpo,
comieron lo preciso para el vientre
y no gozaron, Señor, porque no pudieron.

Paso a paso vamos descubriendo la vida humana allí donde no hay engaño ni disfraz, allí donde se nos muestra simple, terriblemente desnuda. Sentimos el olor de unos leños ardiendo, o de una mano que «huele a tierra», y conocemos el sabor de «un pan cocido con míseras cosechas». Y allí, de pronto,

Un murmullo. Un beso profundo:
también los pobres se besan.

La muerte es un acontecer cotidiano en este mundo que el poeta nos presenta. La muerte de un hombre o de un niño, la muerte del olivo o de la espiga, la muerte siempre.

Aunque pase, soy. No me engaño.
Pero tú eres sin pasar, sin ser apenas,
oh muerte, muerte nuestra verdadera.

Hambre y muerte: he aquí la tragedia humana, que Ramos nos permite contemplar desde su alta perspectiva poética.

DOMÉNECH

Hilde Domin. «*Nur eine Rose als Stütze*.» *S. Fischer Verlag*. Francfurt am Main. 1959.

La poesía clara y precisa de Hilde Domin, sencilla y perfecta, con la sencillez del refinamiento, nos dice de la peregrinación desamparada por los caminos de la tierra, y de la pena y del sacrificio.

El ser humano errante encuentra su patria en la poesía. Frente a la renuncia de todos los apoyos, la poetisa se ampara en la rosa, que, en su fragilidad, es el más inquebrantable asidero. ¿Quién diría que flor tan leve, símbolo de la poesía o de la belleza del camino, pudiera soportar, consolar al doliente en sus pasos perdidos?

Frente a la inseguridad y al desarraigo, al cansado peregrinaje, la poetisa halla el cobijo de la flor, la permanencia hermosa de la rosa, que es casa enraizada. ¿Acaso la profunda raíz de su amor a la poesía? Y entonces la rosa, más que apoyo y soporte de una vida, es un consuelo, como bellamente dice la misma Hilde Domin, en traducción impecable al español de algunos de sus poemas (*Caracola*. Junio, 1957).

Extranjera de isla en isla, acompañada de otro poeta, E. Walter Palm, con el que comparte la vida y la poesía, Hilde Domin va creando poemas de una cristalina belleza, de una diafanidad que transparenta el contenido emocional de una de las mejores voces de la lírica moderna alemana. Pero es mejor oír la voz del poeta:

Para nosotros,
siempre en camino
—viajeros de por vida
cual entre planetas—
hacia un nuevo comienzo;

para nosotros
nacen los cólquicos
en las praderas pardas del verano
y los bosques se pueblan
de escaramujos y de zarzamoras.

Para que nos asomemos al espejo
y aprendamos
a leer nuestro rostro,
lentamente desnudando
la llegada

CARMEN BRAVO-VILLASANTE

L'Amour Noir: Poèmes baroques recueillis par Albert-Marie Schmidt. Mónaco. Editions du Rocher, 1959, in 8.º, 173 págs.

Esta original y hermosísima antología se recomienda a todos los aficionados a poesía, y especialmente a los que gustan de descubrir en un poeta olvidado de antaño ese temblor de vida nueva, ese hálito angustiado y misterioso que le convierte en escritor perenne. Los españoles hemos descubierto, hacia los años 20, a Góngora, y del fermento gongorino supo alimentarse nuestra poesía durante dos décadas, al mismo tiempo que la obra de D. Luis, leída con ojos nuevos, resurgía de los siglos, desempolvada y sorprendente como una atrevida tentativa poética odierna. Lo mismo le pasó en Inglaterra a John Donne, cuando T. S. Eliot, desde su propia experiencia de poeta, aprendió a descifrar su mensaje. Por aquel entonces, en Francia, el perspicaz Valéry-Larbaud descubría a sus contemporáneos el *Ulises* de Joyce y la poesía arcana de Maurice Scève.

Y he aquí que hoy un eximio conocedor de la producción poética francesa de los siglos XVI y XVII, M. Albert-Marie Schmidt, reúne en una primorosa edición un centenar escaso de piezas desconocidas, que se habían quedado dormidas en colecciones manuscritas o impresas de la época, y las ofrece a nuestro asombro.

Todos los poemas que elige tienen un tema común: cantan al amor. Pero no al amor petrarquista de limpios contornos y diáfana claridad, sino a un amor extraño, hechicero, embriagador, que nace en los confines de la vigilia y del sueño, de la conciencia despierta y atenta y de la inconsciencia sorprendida *in fraganti*. Es el amor brujo en sonetos, estancias y rondeles.

Amor disparatado y negro, que suscita visiones de la amada enlutada, que la busca de noche entre sueños, transfigurando su ebúrnea blancura en negrura africana, evocadora de una vida que nace y se desarrolla, oscura, en el mismo umbral de la muerte. El sol refulge negro en este cielo constelado de astros que invierten sus luces para encubrir la sinrazón del poeta.

Marino está presente en muchos versos, pero no pasa de ser modelo o pretexto de alguna metáfora: de hecho los franceses han sabido crear un estilo «barroco» que les es propio, y del que se buscaría en vano la equivalencia en otras literaturas (recomiéndese aquí de paso el precioso ensayo de Jean Rousset *La littérature de l'âge baroque en France: Circé et le paon*, París, 1954). Su poesía no desemboca, como la italiana o la española, en una resolución de la experiencia en mito (cristalizada de pronto en fábulas y metamórfosis ovidianas), sino que se desenvuelve en una interiorización del propio sueño poético, que se irá poco a poco domeñando para estallar, estilizado, en los delirios de Fedra. El onirismo barroco de los franceses conduce en derechura a la primera *Meditación metafísica* de Descartes, en la que el problema de la apariencia de las cosas se plantea y resuelve desde dentro.

El libro de Albert-Marie Schmidt, además de suscitar en quien lo hojee intensas emociones poéticas, induce a reflexionar, para comprenderlo mejor, sobre el ulterior destino de la literatura francesa «clásica», cuyas raíces «barrocas», que empiezan a conocerse ahora, revelan al estudioso un continente poético desconocido.

D. T.

(Pasa a la página siguiente.)

EL MUNDO DE LOS LIBROS

(*Viene de la página anterior*)

HISTORIA, BIOGRAFIA, GEOGRAFIA, VIAJES

PEDROL RIUS, Antonio: *Los asesinos del general Prim.* (Aclaración de un misterio histórico.) Prólogo de Eduardo Aunós. Epílogo del Dr. De la Fuente Chaos. Madrid, Tebas, 1960.

El romance encontró un tema digno de sus más legendarias creaciones en el asesinato del general Prim. Protagonista y víctima: un héroe popular vitoreado cuando volvió triunfal de una guerra contra el enemigo tradicional, el moro, contra quien también combatieron los adalides de los viejos romances. Conspirador una y otra vez se jugaba a la carta de la suerte su posición. En aquel 1870 el porvenir de España dependía de él. Los republicanos, compañeros de conspiración alguno de ellos, amenazaban con la revolución, los partidarios de la monarquía tradicional veían desaparecer sus esperanzas ante la llegada de un rey perteneciente a otra familia. Momento turbio al que Prim ofrece una solución clarificadora: Amadeo de Saboya, que consigue ser proclamado por las Cortes una limpia tarde otoñal madrileña en que el acontecimiento junta a todas las clases sociales en la Carrera de San Jerónimo, como vemos en uno de los grabados que ilustran el libro.

Pero en otro, tomado de las hoy casi incomprensibles revistas satíricas, una parodia de la trágica jornada de los Idus de Marzo se viste con los barbados y bigotudos rostros de la época. El caricaturista tenía una clara visión política. El arma de la conjura se afilaba en la sombra. Pero no sólo en el grupo de republicanos, que podían considerarse traicionados. También el lictor o la deidad que se hallan ante la puerta del Senado iban a quedar misteriosa y acusadoramente mezclados a la tenebrosa historia.

Son el Duque de Montpensier, aspirante al trono y el entonces Regente, general Serrano, Duque de la Torre. Junto a estos dos nombres cierra el triángulo acusador el nombre del veterano conspirador José Paúl y Angulo.

El texto de Pedrol busca el hilo de la verdad en los dieciocho mil folios del sumario. Capítulos apasionantes como una novela policíaca: forajidos traídos de los presidios «acuartelados» hasta el momento de la acción como unos especialistas del Murder Inc. neoyorkino, el estudio del itinerario, el crimen, y luego la negativa a encontrar la verdad hasta que se da el definitivo carpetazo al asunto.

No queda ninguna duda respecto al papel de José María Pastor, entonces jefe de la escolta del Presidente del Consejo de Ministros. Sí—en mi caso, y no digo seguridad en contrario, sino duda—de la participación personal de Paúl y Angulo, por ser quien inmediatamente iba a ser señalado por la voz pública.

Libro bien escrito, llevado con la máxima honradez que es exigible al historiador, podría haber ocupado muchas páginas más. El autor ha preferido condensar su exposición y no recargarla con nada que se aparte de la línea recta de su investigación sobre un momento al que bien puede aplicarse, sin la menor pedantería ni exageración, el calificativo de crucial.

JORGE CAMPOS

MAÑACH, Jorge: *Visitas españolas.* Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1960.

Un gran escritor, un gran señor de las letras, muestra la calidad de su prosa y el arte de su estilo lo mismo en un libro denso de ensayo o en una narración que en otros géneros menores, como el artículo de periódico, el epistolario o la entrevista literaria. Tal ocurre con estas *Visitas españolas* del gran ensayista cubano Jorge Mañach. Sus páginas son el fruto de sucesivas impresiones españolas: de lugares y paisajes y de figuras de nuestras letras y nuestro arte. Destinadas originariamente a un periódico cubano, esas páginas poseen, sin embargo, las calidades del arte de escritor de Jorge Mañach, que, como he dicho otras veces, recuerdan las del llorado Gregorio Marañón: claridad y precisión, equilibrio y sosiego del estilo.

Mañach escribió esas páginas con ocasión de dos visitas a España: una muy breve, en 1951; la otra más prolongada, de 1957 a 1959. Esta última estancia en nuestra patria permitió a Mañach, no ya viajar y recorrer nuestro país, sino *estar* en él —como escribe el propio Mañach en un capítulo clave del libro—, que es mucho más que *pasar* por un país, aunque no sea aun *vivir* en él. Pero ese *estar*—que entraña no sólo conocer bien las tierras del país, sino *convivir* con sus gentes, compartir sus espectáculos y aun sus tertulias (Mañach fué habitual de dos tertulias madrileñas: la de Antonio Rodríguez Moñino y la de INSULA)—, ese *estar*, repito, es indispensable si se quiere gustar de lo que Mañach llama «una delectación integral de lo español, no originada en el sobrehaz o espectáculo, sino en algo más radical o común...». ¿En qué consiste esa esencia de lo español? Contestar a esta pregunta ya es asunto más peliagudo, pero nos halaga que Mañach conteste: «cierta intensidad del espíritu» manifiesta en sus modos de ver y de estar ante el mundo. Cierto es que Jorge Mañach ha vivido España con alma y mirada de enamorado, contemplándola gustosa y sosegadamente en sus tierras de Galicia y de Asturias, de Castilla y de Andalucía, de Extremadura y de la Mancha (uno de los capítulos más deliciosos del libro es el titulado «Recobro en Tembleque», el pueblo manchego donde Mañach vivió parte de su infancia y donde su padre fué notario). Ese amoroso paladeo de España está patente en cada una de esas páginas *de andar y ver*, pero no menos en las que forman la segunda parte del volumen, formadas por una serie de charlas con ilustres figuras de españoles. Se abre la serie con sendas *visitas* a dos patriarcas de las letras españolas, Menéndez Pidal y «Azorín», y se cierra con otra a José María de Cossío. Y no faltan sugestivas charlas con poetas, como Vicente Aleixander y Dámaso Alonso; novelistas como Pérez de Ayala y Camilo José Cela; filósofos y ensayistas como Laín, Aranguren y Marías y la condesa de Campo Alange; pintores y escultores como Aguiar, Vázquez Díaz y Victorio Macho; médicos eminentes como Marañón y Jiménez Díaz, y hasta un famoso hombre de negocios, como Pepín Fernández.

El atractivo de estas conversaciones literarias está tanto en la agudeza y talento del *entrevistador* como en el interés muy vivo de las confesiones de cada uno de los visitados, confesiones que ayudan a perfilar una imagen de su pensamiento y de su conducta—su talante, como diría Aranguren—.

En suma, se trata de un libro que es a un tiempo un fervoroso homenaje a España y a su espíritu y un modelo en su género, género menor de impresiones y diálogos. Pero que participa también, en no pocas páginas de la primera parte, del ensayo, en el que es maestro Jorge Mañach.

J. L. CANO

NEALE-SILVA, Eduardo: *Horizonte humano.* Méjico, Fondo de Cultura Económica. «Tierra Firme, 66». 510 págs.

«Vida de José Eustasio Rivera», se subtitula este libro, denunciando con ello su íntimo contenido, mientras que el título, más amplio, nos lleva a la intención del autor, que no quiere perder de vista, a lo largo de su estudio, la proyección humana del creador de una de las más poderosas obras de la literatura hispanoamericana.

Eduardo Neale-Silva ha realizado su trabajo con el máximo de escrupulosidad. En las notas que acompañan a su biografía se multiplican las alusiones a correspondencias, preguntas a testigos presenciales, recuerdos de amigos, etc. Se ha consultado a cuantos han tenido una relación con él. Se han leído periódicos dormidos en los anaqueles de las bibliotecas. Se ha tratado, en una palabra, de que el autor de *La vorágine* no sea una escueta y muerta papeleta de diccionario, sino una figura viva, con entraña y mente, resultado de su propia formación y experiencia.

Al seguir su detallada biografía, en la que se van imprimiendo los pasos del escritor, comprendemos como *La vorágine* nace de una necesidad, cómo la vida anterior a su conocimiento de los llanos y la selva parece prepararle para encontrar en ambas manifestaciones de la naturaleza una ayuda al entendimiento de lo que el hombre es, los sentimientos que puede allegar o los crímenes que llega a acometer.

Rivera, que limitado a la vida ciudadana podía haber llegado a ser un poeta de la más alta calidad, superando la—tan lograda desde el punto de vista de su momento—perfección de su *Tierra de Promisión*, encontró en la vida propia de la naturaleza y el hombre abandonado a ella la raíz de su creación novelística: *La vorágine*, obra con fuerza en sí misma para atribuirse cánones preceptivos, capaz de desconcertar a los primeros críticos, al escapar a la arquitectura de la novela de entonces, que nos recuerda al *Facundo* por su escape hacia la poesía, la crónica, el reportaje...

La vorágine es un hito en las letras de América. Perdida la segunda novela de Rivera, probablemente inspirada en los escándalos de las concesiones petrolíferas, que fué el primero en descubrir, acentuaría el sentido social de la primera. ¿Tendría su alcance literario? No lo sabemos. Sí que *La vorágine* es de esas obras que bastan para que no se olvide a un autor.

Eduardo Neale-Silva ha realizado un trabajo del que puede estar orgulloso. Cumplida biografía, a la altura del autor y la obra estudiadas. En ella nos gustaría haber hallado las fotografías a que se hace referencia en alguna ocasión. Dejamos la sugerencia para una segunda edición, que esperamos próxima.

JORGE CAMPOS

TURIN, Ivonne: *L'education et l'ecole en Espagne de 1874 a 1902. Liberalisme et tradition.* Presses Universitaires, France, 1959.

La historia de la pedagogía en España necesita aún de bastantes investigaciones. Como hace notar la autora en el prólogo, se trata de una de las formas de la historia de la cultura, ligada a la evolución de la historia del pensamiento, de trascendencia que sería inútil ponderar y que refleja, con extraordinaria limpidez, las dos corrientes que desde los días primeros a las Cortes de Cádiz, mueven la vida de todo el país.

La condición católica del Estado español ha de reflejarse de modo notorio en la enseñanza y su resistencia a dar entrada a ideas que se consideran revolucionarias ha de influir en el mantenimiento de sistemas pedagógicos. Al lado de eso el hecho curioso de que la resolución que conduce a la Primer República «está impregnada de preocupaciones y de propósitos pedagógicos». Preocupaciones y propósitos de dejar amplia huella en la España de la Restauración que la ha de suceder.

En este simplista plano general se insertan los sucesorios capítulos que apenas tenemos ocasión de hacer otra cosa que esbozar: el sentimiento de ser necesaria una nueva forma educacional, que cristaliza en la obra de Giner y Cossío, con sus antecedentes ideológicos que llegan a Jovellanos y Quintana; el nacimiento de una escuela «clasista», quizá no analizada con toda la minuciosidad que exige; y la iniciativa del Padre Manjón en Granada. Junto a estas creaciones meras, todo el desarrollo de la Enseñanza llamada oficial, seguida al hilo de las alternativas ministeriales.

La fecha de cierre del estudio, concluye el autor, no es el fin de una época. Los problemas planteados subsisten a los años siguientes: Parece haberme impuesto, tras denodada lucha, el derecho a la libertad de enseñanza, aunque sigue tropezando con el clero y los medios tradicionalistas. El Estado no es capaz de atender económicamente. Los gastos de instrucción y el resultado es que la lucha contra el analfabetismo es lentísima—todavía un 63 por 100 hacia 1900. La obra de los dos pedagogos mencionados, la fundación en 1907 de la Junta para Ampliación de Estudios, parecen abrir el problema a un «europeísmo» grato a Costa, Larra o los precursores dieciochescos.

Libro imposible de comentar brevemente, que al pedagogo interesa por su especialización, pero que, por la índole del tema no puede abstenerse a cualquier historia relacionada con la evolución del pensamiento español.

JORGE CAMPOS

EDEN, Sir Anthony: *Memorias.* 1945-1957. Ed. Noguer, Barcelona, 1960.

Las *Memorias* de Sir Anthony Eden—que en inglés llevan el subtítulo de *Full circle*—son un testimonio de gran interés sobre la política occidental y especialmente, claro es, de la británica desde 1951 a 1957, años en que su autor ocupó, como se sabe, el cargo de Ministro de Asuntos Exteriores y—a partir de 1955—el de Primer Ministro. Escritas con sencillez, en el estilo directo y conciso que conviene a unas Memorias políticas, constituyen una aportación importante a la historia política y diplomática de aquellos años en los que no faltó dramatismo en las relaciones internacionales. El libro se divide en tres partes: la primera relata la actuación de Anthony Eden como Secretario del Foreign Office en el Gabinete de su gran amigo Winston Churchill. Comprende la segunda su gestión como Primer Ministro hasta la crisis de Suez. Finalmente, la tercera y última, que es sin duda la más interesantes del volumen, es la narración detallada de esa grave crisis que pudo provocar un conflicto de alcance mundial. Naturalmente, Mr. Eden pretende justificar en su relato la decisión anglo-francesa de intervención armada en Egipto, con motivo de la nacionalización por Nasser del canal de Suez, y no deja de expresar su decepción y su amargura por la actitud de los Estados Unidos, que patrocinaron en la O. N. U. una condena a aquella intervención.

J. C. C.

WENDT, Herbert: *Empezó en Babel.* Editorial Noguer. Barcelona, 1960.

Herbert Wendt, que ya nos deleitó con su apasionante libro *Tras las huellas de Adán*, intenta en esta nueva obra, no menos sugestiva, trazar la historia de los descubrimientos de los pueblos primitivos, del origen y formación de las antiguas culturas. Es una crónica que tiene tanto de la historia como de la etnología y la etnografía, y que nos interesa como una novela por sus extraordinarias peripecias. Wendt ha manejado un extenso material documental e histórico, y ha tenido en cuenta la aportación fundamental de los historiadores de la antigüedad clásica, y la paciente labor de los arqueólogos e historiadores de la prehistoria, de los exploradores científicos e incluso de misioneros y aventureros en lo desconocido. Cierto que todo ese enorme material está a la disposición de cualquier estudioso que sea a un tiempo viajero incansable, en libros, en colecciones y en museos. Pero lo difícil es obtener de todo ello una síntesis histórica armoniosa, una crónica escrita en estilo ameno y vivaz, ni erudita ni pedante, libre de fárrago bibliográfico y de abstracciones científicas. Tal es lo que ha logrado con creces Herbert Wendt en este libro, que encantará a todos aquellos que gusten de conocer los esfuerzos del hombre por ahondar en los orígenes y en los horizontes de la Humanidad.

Excelentemente ilustrado, el libro ha sido traducido al castellano con acierto por Margarita Fontseré.

J. L. C.

BRODRICK, S. J., James: *San Francisco Javier* (1506-1552). Edit. Espasa-Calpe. Madrid, 1960.

En la prestigiosa colección de Grandes Biografías que edita Espasa-Calpe, se acaba de publicar esta nueva y espléndida biografía de San Francisco Javier, obra del Padre Brodrock, traducida excelentemente por María del Camino Huici. El autor ha realizado un esfuerzo notable al dotar a su libro del rigor documental e histórico más exigente, y al mismo tiempo sin que pierda en temblor humano y en vívido relieve. La vida de San Francisco Javier—cuarenta y seis años heroicos, nace en 1506, en Javier (Navarra) y muere en 1552, en la isla de Sancian, a la vista de Cantón—es una aventura prodigiosa que asombra y conmueve. El autor nos la cuenta con arte de gran biógrafo, y sabe utilizar numerosas cartas del Santo, de modo que seguimos su extraordinaria peripecia y su palabra viva con emoción.

C.

KURT LANGE: *Pirámides, esfinges, faraones. Los maravillosos secretos de una gran civilización.* Barcelona. Destino. 1960.

La prehistoria es una ciencia joven que, de apasionar a unos pocos entendidos, entre anticuarios y sabios, ha llegado al gran público, con el interés que despiertan unas materias en cuyo fondo laten problemas relacionados con la esencia del hombre y sus primeros pasos en la tierra y en el devenir histórico. Igual puede decirse de otras próximas a ella, como la arqueología, la egiptología.

Este fenómeno se comprende claramente a la vista del libro que comentamos. En él, como en otro, ya popular, lanzado en España por la misma editorial. (*Dioses, tumbas y sabios*, de C. W. Ceram), se ponen al día descubrimiento del dominio de las ciencias citadas.

Lo que se pretende es despoja a la ciencia histórica de cuanto pueda significar erudición innecesaria en el momento, abuso de fechas y datos, léxico oscuro, disciplina propia solamente para el estudio; en una palabra, hacerla legible a los no especialistas.

Quien se enfrente con este gran cuadro de la vida egipcia encontrará en él lo que si no está versado no creería ver: la propia vida tal como se desprende de los hallazgos de la Arqueología. Los sentimientos religiosos, el amor, los trabajos cotidianos, las luchas políticas, el carácter de las grandes personalidades que fundaron imperios o dieron origen a turbulencias tan apasionadas como las de nuestros días. Todo eso y más ha salido a luz después de que la arqueología perdió su carácter de ciencia anticuaria y empezó a reconstruir la vida del hombre, tal como anteriormente reconstruía utensilios y obras artísticas.

Alta divulgación, exposición amenísima y profundo conocimiento de la materia que constituye el fondo del libro, son las características de este libro, lleno de interés.

JORGE CAMPOS

POLIAKOC, León, y WULF, Josef: *El Tercer Reich y los judíos.* Edit. Seix Barral. Barcelona, 1960.

Este libro es un terrible y verídico testimonio de los innúmeros crímenes cometidos por Hítler y sus secuaces contra los judíos, de los que millones fueron sacrificados sin piedad en los campos de concentración nazis. El libro está formado principalmente por documentos y testimonios oficiales nazis, y da detalles escalofriantes del genocidio cometido por el nacismo, con una frialdad científica perfecta. Ha hecho muy bien la editorial Seix Barral en publicar este libro, que difunde una terrible verdad con frecuencia olvidada o disimulada, y que esperamos abrirá los ojos a quienes todavía en España sienten nostalgia del régimen nazi, condenado a su tiempo por el Papa Pío XII.

El volumen contiene interesantes ilustraciones y ha sido traducido por Carlos Barral y Gabriel Ferrater.

C.

(*Pasa a la página siguiente.*)

EL MUNDO DE LOS LIBROS

(Viene de la página 17)

JUAN RAMON JIMENEZ

OLVIDOS DE GRANADA

Ediciones de La Torre
Universidad de Puerto Rico
Dibujos de Angel Fernant

Un volumen. 70 págs. 100 Ptas.

DISTRIBUIDO POR

INSULA
Carmen, 9
MADRID

POESIA

VERGES, Joan: *Soledat de Paisatges.* Colección «Signe». Joaquín Horta, Editor. Barcelona, 1959.

«Signe» presenta el primer tomo de versos de Joan Vergés; no ciertamente sus primeros versos publicados, puesto que le hemos visto figurar en la Antología Universitaria de la Ossa Menor, en las misceláneas de Raixa y en varios números de revistas castellanas o extranjeras que se han ocupado de la joven poesía catalana. *Soledat de Paisatges,* en la poesía aún juvenil de Joan Vergés, señala, pues, ya un punto de perfección y madurez.

«Siempre es nueva la sangre y vieja la palabra», reza uno de los poemas de Vergés; o, más exactamente: «Siempre es nueva la sangre y son viejas las palabras.» Así es, en efecto. Por viejo que sea este mundo y por tarde que se llegue a él, siempre la sangre que nace es nueva, y cuando la roza un trance de los que los libros dejaron manidos, el trance súbitamente se vuelve inaudito y las palabras con que otros lo dijeron, por nuevas, atrevidas, experimentales que fuesen, se quedan pálidas e insuficientes.

Entre las soluciones que el poeta joven puede dar al problema que esa doble sorpresa le presenta, una de las mejores es, sin duda, la de dejar vivir en paz ambas cosas, la sangre nueva y las palabras viejas. Dejar a las palabras viejas que bañen a su sabor en la sangre joven, remozándose con sus jugos; dejar a la sangre nueva que corra en libertad, sin pretender que ha escarmentado o se ha congelado con la experiencia de los siglos en que ella no estaba (¿qué demonios de poesía querría uno hacer con un mundo viejo?); sin preocuparse tampoco de las palabras viejas que acarrea, puesto que todo lo nuevo se hace con algo viejo.

Cuando ese «dejar vivir» la propia juventud se hace con pureza, cuando las «palabras viejas» que se tienen en la memoria incluyen las más recientes, el resultado es original, o personal, al menos, que es lo que importa. No se piense que todo lo que antecede son eufemismos con los que tratamos de apuntar que Vergés no es un poeta actual. Al contrario. No pretendemos, desde luego, que su solución sea la única hoy abierta a los jóvenes, pero, en espera de milagros, es una de las buenas y es la que no pocos entre los más sensibles de los de su edad están empleando. No creo que signifique desamor a los grandes maestros de promociones anteriores. Lo que no puede ser superado ha de ser rodeado, y hay cosas en el pasado reciente de la poesía que no serán superadas mientras no cambie el punto de vista y la ideología entera de la época. Parece, pues, un camino excelente el que Vergés ha seguido: decir con brevedad, sin énfasis, el trance particular tal como a él—y a él sólo—se le ha mostrado. Poesía de ese tipo que, bajo un aire sencillo, abriga la gran ambición de lo que quiere volver a empezar, está más obligada que otra cualquiera a discriminación y pureza. En ese sentido, ha logrado ya Vergés deliciosos aciertos, muy especialmente en las series tituladas *Carrer de la Puríssima, La Llum Humil* y *Cancons.*

Son éstas las partes del libro en que juega con mayor libertad el sentimiento—palabra que hoy vuelve uno a pronunciar con honor y respeto, porque al fin nos damos cuenta de que no es sinónimo de lugar común, sino de lo contrario. El de Joan Vergés, tanto como tierno, puede ser dramático o alegremente religioso.

P. CRUSAT

ALFARO GRACIA, Emilio: *Mano abierta.* (Colección «Dezir» núm. 1. Zaragoza, 1959)

Este joven poeta aragonés, que ya se había dado a conocer con sus colaboraciones en diversas revistas, nos ofrece ahora su primer libro, con el que se inaugura una nueva colección, reservada a autores aragoneses, a juzgar por el gracianesco subtítulo de «Coso aragonés del Ingenio».

Los quince poemas que integran tal primer volumen están dedicados a un solo tema, nacidos de la estancia del autor en la isla de Tenerife. Así, un poeta de tierra adentro se entrega al encanto isleño, sintiéndose peregrino como el mar de uno de sus versos. Para que vida y mito se entronquen, sirve de pórtico a los quince poemas otro en el que la «dorada edad» de la legendaria Atlántida imprime su hermoso fantasma en el trasfondo de los ojos que se posan por vez primera en las costas canarias.

Después, el encuentro del poeta con Tenerife se nos da en sucesivos momentos líricos. En «Arribada», el mundo propio parece borrarse ante la belleza recién descubierta al surgir la visión primera de la isla: «Aquí me desprendo de un mortal equipaje sostenido — trabajosamente al cabo de los años». El descubrimiento de nuevos paisajes, de una tierra «Olímpica, vibrante, vulnerable y seca», en el poema «La isla»; la ternura ante esa «Mujer que pasa», cuya silueta entrevemos: «Vedla pasar junto a los árboles, — más clásica que el ánfora que lleva — airosamente en la cabeza erguida».

«El mar», caricia y límite, presente siempre allí hasta «en los ojos del hombre que acaricia —el pelo de un niño que soñaba — con navegantes barbudos y ballenas». La Laguna, «ciudad del silencio»; «el Pico del Inglés», desde cuya altura el poeta nos dice: «He visto en un minuto los hombres como arena, — los caminos borrados, — y los pájaros llegar hasta muy cerca de mis dedos». El Valle de Ucanca donde la vida parece haberse mineralizado en una «muerte antigua — pájaros — y en el que nunca se escucha la risa de los niños». Y la presencia del Teide como «rey de la muerte», «gigante de los mitos», aupado en su propia grandeza y en el pavor de su soledad.

Mano abierta, primer libro de Emilio Alfaro Gracia, es algo más que un prometedor primer paso: en sus dieciséis poemas se nos revela una excelente personalidad lírica, una voz sosegada en la ternura de unos finos y firmes versos.

ILDEFONSO-MANUEL GIL

FERNANDEZ, Joaquín: *Sonetos rigurosos.* Ediciones «Agora». Madrid, 1958.

El autor de este libro resulta siempre desconcertante y sorprenivo. Inicia sus vuelos poéticos con *Piedra mayor,* poemas fraguados en puras sustancias elementales, sazonados y armónicos, en un lenguaje contundente, sin contraluces, sin oscuros registros, sin trampas expresivas, más atento que nada a conjugar su castellanía sobria con un intento neopopularista. Aparece en su primer libro huído de todo hermetismo. En su segunda entrega—*Sin vuelta de hoja*—se decide a estimular su inspiración con ingredientes surrealistas, empleando el sistema de contrastes, abordando el prosaísmo, especulando, más que con la índole conceptual, con el poder expresivo del propio concepto. Poco a poco se va decidiendo a subvertir sus normas inicialmente trazadas y a derivar por caminos que ya quedan un poco a trasmano en el natural proceso de nuestra lírica. Estos *Sonetos rigurosos* lo son en cuanto a la evolución ascendente de ese hermetismo de que hemos hecho mérito. Apenas queda en ellos de la estirpe clásica sonetil más que el número de versos que corresponde a su trazado. La distribución estrófica es teórica y convencional. La distorsión de los períodos oracionales desborda las pausas y el ritmo habitual endecasilábico. Las rimas, a medida que el concepto las va comprometiendo, se van haciendo acreedoras a toda suerte de licencias poéticas. El hecho de escindir un vocablo, sin subordinación a los tonos que normalmente impondrían los hemistiquios, provocan rimas, también teóricas, porque no es posible desmontar las oraciones tal como se plantean, en beneficio del efecto rítmico consonante. No nos sorprende el sistema por su novedad, sino por su abuso, por su reiteración injustificada. Este poeta está totalmente decidido a limitar sus anchos caminos, y para ello estrecha sus cauces, compromete sus recursos y él mismo se impone una desventaja, con su sorprendente inquietud expresiva y formal, para llegar a ese momento que, sin duda, ha de proporcionarnos con una poesía arrogante y sincera de la que es absolutamente capaz y de la que tenemos como auténtico precedente su primero y prometedor libro.

JOSÉ GERARDO MANRIQUE DE LARA

GUILLEN, Rafael: *Pronuncio amor.* «Alcaravan». Vol. 8. Arcos de la Frontera, 1960.

Este joven poeta granadino consigue con este libro una depuración expresiva, y una tan justa mesura en su modo de hacer, que induce a pensar que su inmediata reacción como poeta sea el desencauce, la abjuración total de todo elemento estético y restrictivo. Es poeta que atesora en su acervo lírico pujanza suficiente para abordar cualquier empresa poética. *Pronuncio amor* es el libro más pulcro de cuantos ha escrito, el libro más maduro en cuanto a lo que pudiéramos llamar técnica fría, es decir, técnica formalista. La otra técnica, la implícita en la inspiración, el virus del poema, el poema, en fin, sin revestimientos, no se le queda chico ciertamente. Lo que ocurre es que estos temas de intimación, tan perseverantes en lo vago y lírico a palo seco, no dan más estatura porque no tienen motivo para darla. A lo largo de los treinta y seis sonetos que integran este libro, el autor demuestra ampliamente la facilidad con que maneja los necesarios recursos para que ninguno de sus poemas aparezca incierto y desvaído o mal parado en su acentuación. Puede afirmarse no sólo que Guillén escribe buenos sonetos, con dominio absoluto de cuantos requisitos impone esta disciplina, sino que el poeta está más allá, más por encima de las posibilidades que pueden alcanzarse por este limitado modo de hacer. Una prueba de que su verbo se queda muchas veces ceñido, por culpa de la forma, sin una solución total para el grito, es esta airosa manera de cantar plasmada en estos cuartetos:

Contacto no buscado que florece
mi carne toda en rosas. Un violento
mar rojo me levanta: un rojo viento
me arroja contra ti y se desvanece.
Me crece la mirada en ti, me crece
esta pesada hombría, este avariento
ser hombre y nada más. Es un momento
que eternamente breve me engrandece.

En todo momento, Guillén se yergue dominante en su adiestrado pulso de poeta, en su tacto afilado y seguro. Cualquier efecto para la justa consecución del ritmo y el broche rotundo de esta endiablada isometría del poema de catorce versos, es superado con eficacia y talento.

Pero tú ya eres tú, aunque eres mía,
y si una vez te arredra mi egoísmo,
puedes irte, si quieres. Me es lo mismo.
Te crearé, de nuevo, cualquier día...

Pertenecen estos versos al soneto con que el libro se cierra—«Escultor»—, un poema en el que la imagen está representada por la ilusión con que el poeta crea su sueño con esa inigualable libertad que le permite sentirse un pequeño Dios en cada sílaba de este misterio que él no sabe si crea o descubre.

JOSÉ GERARDO MANRIQUE DE LARA

CRESPO, Angel: *Oda a Nanda Papiri.* Col. «La piedra que habla». Cuenca, 1959.

Este libro, un poema no muy extenso de sutilísima factura, es, a nuestro juicio, el mejor que ha salido de la pluma de Angel Crespo. Posee, en primer lugar, la rara virtud de enfocar valientemente un tema poético y de presentar claves y puntos concretos para su estructura. La acentuación perfecta de sus endecasílabos, el flúido monólogo dedicado a Nanda, tan exacto de lenguaje, tan rebosante de ternura, jugando a contener toda esa vida mínima donde la elementalidad urde un mundo intemporal e infinito, hacen que Angel Crespo consiga un libro ejemplar, sin atonías, sin rellenos y sin trucaje profesional.

Cabe alabar su contención, su mesura, sin la cual le hubiera sido posible alargar el poema para darle una contextura de mayores perspectivas. En toda la poesía de Angel Crespo se advierte siempre esta sobriedad y esta contención, y estamos por asegurar que, entre los poetas jóvenes, este manchego es uno de los más capaces de adelgazar los versos de retórica y de toda clase de lastres. Crespo se entrega siempre sin exceso, dentro del más puro electicismo. Su forma personalísima recuerda, sin embargo, el sabio hacer de Guillén y la ternura y la síntesis de Salinas.

La *Oda a Nanda Papiri,* más que una afortunada experiencia, representa un paso firmísimo y un contundente logro en la obra de este poeta.

JOSÉ GERARDO MANRIQUE DE LARA

VARIOS

VEGA, Vicente: *«Dric». Diccionario de Rarezas, Inverosimilitudes y Curiosidades.* Barcelona. Gustavo Gili. 624 págs.

El *Diccionario Ilustrado de anécdotas,* de que ya nos ocupamos, y otro *Diccionario ilustrado de frases célebres,* compuestos por el autor, ya nos orientan acerca de la composición del presente libro. En él, en forma de diccionario enciclopédico ha reunido hechos raros, noticias que parecen increíbles, tomados unos de la siempre sorprendente Naturaleza, otros de la Historia que logra superar en algunas ocasiones la imaginación del más fértil de los novelistas, de libros de viajeros o crónicas periodísticas otras, y se ha espigado también en tratados de antropología y etnografía o en Tratados de interpretación de sueños.

El resultado es un conjunto donde la abundancia de anécdotas—recordemos que ascienden a 3.208 las recogidas—no llega a perjudicar la amenidad y el sistema elegido de Diccionario, con sus ventajas para la búsqueda y sus inconvenientes por la dispersión de citas de tema emparentado, no impide que pueda leerse seguidamente, pasando de un caso a otro, de una noticia sorprendente a un dato desconocido e incluso de la frase que hace meditar a un caso gracioso que provoca la sonrisa.

Prueba de ello y de que ha ganado nuestro interés de lectores es una observación que vamos a hacerle, ya sin ánimo crítico alguno, sino simplemente como anotación al correr de la lectura: la historia del librero asesino de Barcelona (*Bibliófilo, 379*) que se da como cierta fué una invención de Charles Nodier, lo que reveló el bibliófilo catalán Miguel y Planas.

J. C.

GONZALEZ RUANO, César: *Libro de los objetos perdidos y encontrados.*—Pareja y Borrás, editores. Barcelona, 1959.

En este *objetario* sentimental evoca González Ruano una serie de objetos que, en su mayoría, yacen hoy en desuso o tienen una finalidad puramente decorativa, aunque algunos de ellos todavía hacen su papel en el hogar. Cada uno de esos objetos—los visillos, los candelabros, las alacenas, los biombos, etc., etc.—poseen su propia poesía y personalidad, y González Ruano ha sabido captar esa poesía de los objetos, no sin poner amor y fantasía en sus evocaciones, un poco a la manera de Ramón—no faltan excelentes greguerías en el libro—, pero con un tono algo más melancólico y elegíaco que el de éste. Es sabido que Ruano se ha instalado muellemente en la hora de la nostalgia de otros tiempos mejores, y gusta de recordar las cosas bellas que se fueron para siempre.

Las sugestivas páginas del libro se enriquecer con excelentes fotografías de José Sánchez Martínez, una para cada ilustre objeto.

J. L. C.

LIBROS DE ENSEÑANZA

BRUNET, G., y DESCHAMPS, L.: *La lecture en action.* Cours moyen l'année et classe de 8.ª.

Pocos textos han evolucionado más que los libros de lectura. La pedagogía ha comprendido que, sin provocar el interés del niño, la lectura se convierte en tarea tediosa y poco eficaz. Lograr que interese y prenda en la atención, y al mismo tiempo forme y eduque, son sus objetivos principales. Para ello hay que pensar, en primer lugar, en la edad a que el libro se destina. El que comentamos atiende especialmente esta cuestión: el niño de nueve años conserva aún una imaginación viva, pero recibe ya una creciente curiosidad por lo real.

Organizado siguiendo el ciclo de las estaciones, recoge 112 fragmentos de distintos autores, que se ilustran con fotografías en negro o color, tan varias como interesantes. Dejando a un lado la parte puramente pedagógica—comentarios, léxico, etc.—, y considerando el libro como una antología, no pierde por ello su interés, y nos hace sufrir la falta de obras parecidas entre nosotros.

VICENTE ALEIXANDRE

AMBITO

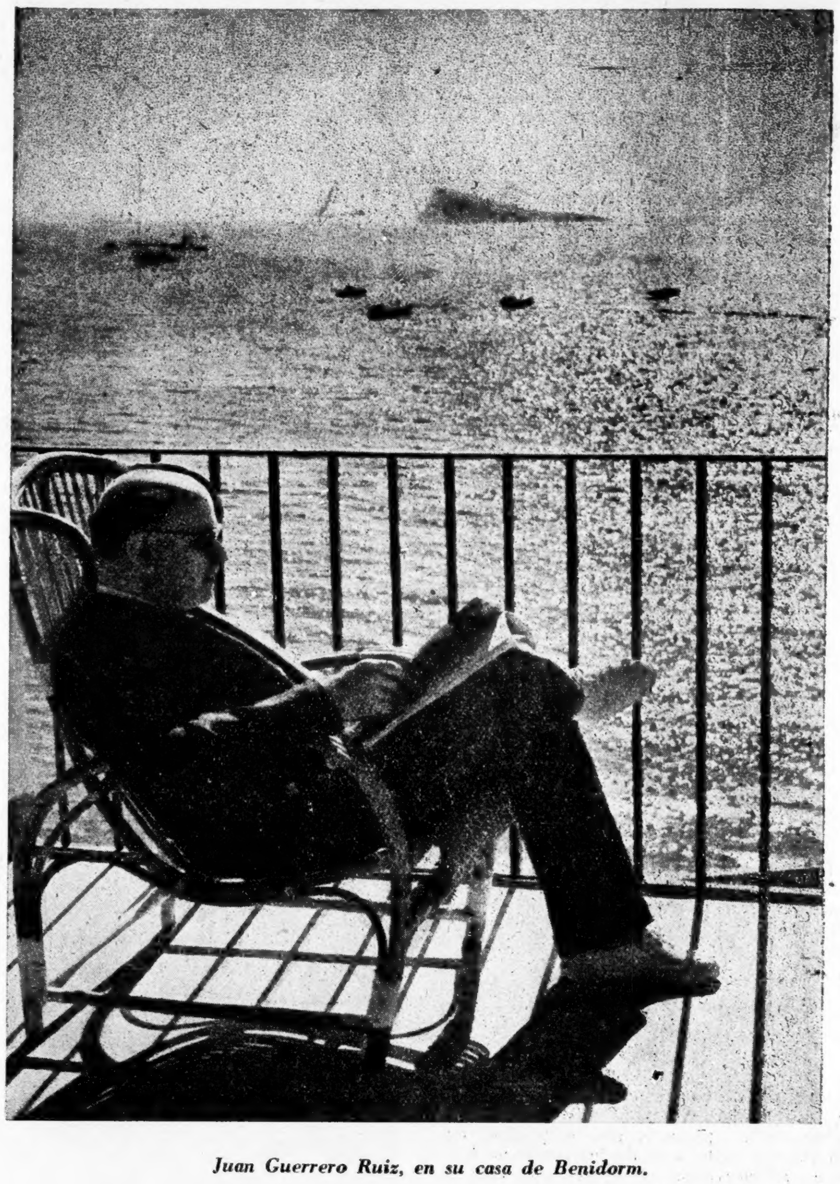
EL PRIMER LIBRO DEL GRAN POETA, publicado en 1927, pareció quedar durante mucho tiempo como una obra primeriza y aparte de su evolución posterior. Hasta que al aparecer *Sombra del Paraíso* se vió que alguna zona de su vibrante mundo poético se enlazaba con aquella primera obra. En *AMBITO* estaba ya, pujante y reconocible, un lírico de primera fila.

Una cuidada edición de 108 págs. en en cuarto, pesetas 35.

Pedidos a
INSULA
Carmen, 9
MADRID

"JUAN RAMON DE VIVA VOZ"

por
RICARDO GULLON


Juan Guerrero Ruiz, en su casa de Benidorm.

Ofrecemos a nuestros lectores un fragmento del prólogo con que Ricardo Gullón presenta el libro póstumo de Juan Guerrero, próximo a aparecer en nuestras ediciones.

El Diario de Juan Guerrero es uno de los libros de historia literaria contemporánea más interesantes. Respecto a la persona y la obra de Juan Ramón Jiménez no creo haya nada que pueda parangonársele, salvo el Diario de Zenobia Camprubí y las cartas entre ésta y Juan Ramón. En la parte ahora publicada casi todo se refiere a éste, pero no es él sólo el personaje del drama, ni asistimos a un monólogo o a un diálogo entre el poeta y su fiel amigo; constantemente aparecen otras figuras, algunas retratadas de mano maestra, como el de don Antonio Machado del «torpe aliño indumentario».

La intimidad de Juan Ramón está fielmente recogida y gracias a los datos aportados por Guerrero averiguamos muchas cosas que importa saber en relación con la actividad de aquél, la preparación de sus libros y el alcance de sus intenciones.

Juan Ramón tenía doce años más que Guerrero, y esa diferencia de edades establecía entre ellos una distancia, pero breve. La suficiente para que, al conocerse, el más joven hubiera ya sentido su juventud colmada por la obra del lírico admirable, por la obra juvenil y la intermedia, descubierta en plena juventud, cuando las lecturas dejan huella más honda y duradera.

A lo largo de estas páginas vamos siguiendo trabajos y actividades de Juan Ramón; amistades y relaciones con editores y escritores. Un golpe más a la leyenda de aislamiento tejida en torno al poeta, a quien hallamos en diálogo constante, vigilando en persona la impresión de sus obras, cuidando los detalles; selección de papel, tipos de imprenta, etc. Choca leer afirmaciones como éstas: «nada vale tanto como presente y porvenir, que es preciso olvidar el pasado; más que un recuerdo vale una sensación fresca, nueva; siempre hay que vivir del presente, nunca del pasado.» Tales ideas, excción con su actitud anterior, y él lo advertía puestas en 1917, se encuentran en contradicción así, señalándolas como superación del romanticismo en que incurriera de mozo. Vale la pena meditar sobre esas palabras, pues aun cuando no se acepten literalmente, señalan una pista útil para constatar su evolución. Pasado, presente y futuro acabaron siendo para él una y la misma cosa: la eternidad, y en esa perspectiva veía los años lejanos. Mucho después, avanzada la vida, se complació en recordar, en seguir recordando; el molino de la memoria no cesó de girar, y fueron otra vez sus prosas y sus versos, su poesía en prosa y verso, expresión de lo vivido ayer.

El propósito de completar y terminar las autobiográficas elegías andaluzas data de larga fecha. En las conversaciones con Guerrero expone una y otra vez éste y otros proyectos editoriales. Todos son curiosos, pero pocos tan interesantes como el de las «seis novelas intelectuales de tamaño grande que tiene completamente pensadas y mucho ya escrito». No sé que estos planes tuvieran nunca realidad, aunque entre los borradores juanramonianos encontré algún fragmento no muy extenso de tipo narrativo. Según se deduce de lo que leemos en este Diario, tenía los temas en dedos, pero, como tantos otros proyectos, sospecho se le frustraron. Lo visto por mí, suponiendo que se refiera a las «novelas intelectuales», son apuntes dispersos, breves y sin continuidad.

Las enfermedades de Juan Ramón, reales o imaginarias, están contadas con detalle en diversas partes del texto, y vemos una vez más hasta qué punto la preocupación por su salud le perturbó muchas horas, interponiéndose entre él y la creación poética. Médicos y medicinas desfilan por estas páginas, y poco a poco vemos a Juan Ramón debatirse entre el hastío de los facultativos y la necesidad de contar con su ayuda. Como en todos los aprensivos, el sentimiento hacia los médicos era ambivalente, los detestaba y no podía pasarse sin ellos.

El libro de cartas a que alude Juan Guerrero empezó a tomar consistencia gracias a la actividad de éste, y si no llegó a completarse se debió a los ininterrumpidos cambios de ideas y proyectos que movían el ánimo de Juan Ramón. En los archivos del uno y del otro se conservan copias de muchas de las cartas recibidas por el autor de *Platero;* algunas tienen al pie comentarios o notas aclaratorias puestas por el destinatario, con vistas a la ulterior publicación. Por fortuna, éste es de los proyectos que podrán llevarse a cabo, pues los materiales se hallan a mano y conocemos la voluntad del poeta.

Sin pretenderlo, Guerrero nos proporciona un acabado retrato de Juan Ramón. La figura está compuesta con vivacidad y movimiento; le vemos actuar en la vida diaria, en el momento cotidiano, con las preocupaciones pequeñas o grandes que le ocupaban. Y, naturalmente, Zenobia Camprubí forma parte del cuadro y es personaje de la historia, casi tan destacado como el protagonista. Son muchas las figuras cuya silueta queda trazada en estas páginas, pero acaso ninguna tan exactamente y tan de cuerpo entero como la ya aludida de don Antonio Machado, visto en la intimidad y con la presencia que le fué habitual durante mucho tiempo.

Es impresionante comparar lo que Juan Ramón quiso hacer y lo que hizo. ¡Cuántos proyectos interrumpidos! ¡Cuántos títulos que no llegaron a alcanzar realidad! Había en él una inquietud indomable y una cierta volubilidad en cuanto a los proyectos esbozados, que le llevaba a pasar de uno a otro, sin terminar ninguno, porque su singular exigencia de perfección rara vez se resignaba a darlos por conclusos. Gran lástima fué que *Entes y sombras de mi infancia* o *El modernista* no llegaran a publicarse. El ansia de perfección y de pureza le retuvo con más frecuencia de lo deseado. Según los cálculos aquí registrados, el total de la obra juanramoniana hubiera alcanzado «cien volúmenes por lo menos». Yo no sé si la cifra parecerá exagerada, pues eso depende de lo que por tales volúmenes se entienda, pero el número de títulos anotados por el poeta no es inferior al declarado en estas páginas.

Juan Guerrero transcribía fielmente las palabras de Juan Ramón, y gracias a esa fidelidad el retrato es a la vez flúido y exacto. A lo largo de este libro se advertirán dos cosas: la permanencia del gran lírico en lo esencial y su mutabilidad en lo que no lo es. En realidad le vemos siempre preocupado por los mismos temas, y fundamentalmente por dos: su obra y sus enfermedades, y aún diría que éstas se le representaron como obstáculo para realizar aquélla. Me gustan especialmente las páginas donde se cuentan excursiones al campo y diálogos de Juan Ramón con los niños. Me parece que no hay en el libro fragmento más interesante que aquel en que se recoge, con minuciosidad de miniaturista, la escena entre el poeta y el hijo pequeño de Guerrero; en ella vemos la especialísima habilidad que tenía aquél para ganarse el corazón de los niños y cómo, efectivamente, se lo ganaba. Esa escena bastaría para declarar el carácter del poeta y el talento del retratista.

Dos poemas de Andrea del Hoyo

DESDEÑOSO el mirar, va tu osadía,
divino, iluminado, hendiendo estrellas
mas llevas en la risa agrias querellas
y un ¡socorro! de niño en agonía.

Con el alba, tu mano flores cría
que arrancas a las diez, pisas en ellas.
Conspiras, contra ti, no dejas huellas:
un triunfo y una muerte cada día.

Oigo tu voz. Contesta mi gemido.
Huyes del bosque huraño a la espesura.
Tantas llamas, amor, y tú aterido,

sin distinguir serpientes de alelíes,
caminas olvidado de blandura.
Mira la casa en luz. ¡No te desvíes!

DE ESPALDAS

TÚ y yo,
a dos dedos.
aquí,
¿Tú y yo así?
No.
Así no somos.
Lo que vemos
son sólo
dos sombras desvaídas
de un tú y yo
fallidos
—futuros o
pasados—,
sin salida
hacia el otro,
sin alzarse
al presente.
Un tú,
cero del globo,
nuca y espalda
inmensas.
¡Los ojos y los labios
se nos fueron tan lejos!
Aquí sólo has dejado
una espalda de arena,
obstinada pizarra,
impenetrable cielo.
Tú, todo tú, de espaldas,
oscuro y en silencio.
¡Amor, vuelve la cara!

LA POESIA DE T. S. ELIOT (1)

II

por DEREK TRAVERSI

UN *juego de ajedrez*, que lo mismo que *El Sermón de fuego*—trata de las posibilidades de la pasión sexual en el *yermo*, está dividido en dos partes. La primera, que comienza con un largo pasaje que recuerda la descripción hecha por Shakespeare de Cleopatra en su barca en la tragedia de Antonio y Cleopatra, nos presenta a una mujer de lo que suele llamarse buena sociedad, en la compañía de su amante, pero que está insistentemente consciente de su vaciedad espiritual.

Mis nervios están mal esta noche. Sí. malos.
[Quédate conmigo.
Háblame. ¿Por qué no hablas nunca? Habla.
¿Qué estás pensando? ¿Qué piensas? ¿Qué?
Yo nunca sé lo que estás pensando. Piensas.
Creo que estamos en el callejón de las ratas,
donde los muertos perdieron sus huesos.
¿Qué ruido es ése?
El viento bajo la puerta.
¿Qué ruido es ése, ahora? ¿Qué hace el viento?
Nada, de nuevo, nada.

«Mis nervios están mal esta noche. Sí, mal. Quédate conmigo.» Cuatro líneas de ritmo *staccato* que expresan una preocupación persistente y una sensación de aislamiento impenetrable vienen seguidas por una referencia al «callejón de las ratas», a una visión de muerte sórdida y sin esperanza que es una de las características obsesionantes del poema. A la luz de esta visión, ya extraordinariamente dramática, el miedo de la que habla vuelve intensificado y el diálogo adquiere nueva fuerza en las preguntas más cortas y directas, «¿Qué ruido es ése?», «¿Qué hace el viento?» y en la contestación, «Nada, otra vez nada». Con la palabra *nothing, nada*, el verdadero sentimiento del miedo, que es el sentimiento de un vacío espiritual, sale a la superficie en una repetición de la palabra fundamental de todo el pasaje.

¿No
Sabes nada? ¿No ves nada? ¿No recuerdas
Nada?

En este momento, cuando se halla en el punto culminante de tensión esta obsesión de vaciedad e irrealidad, vuelve a hacerse referencia a la muerte en palabras que recuerdan, en forma transformada, uno de los temas ya tratados en *El enterramiento de los muertos*; el tema de la muerte por ahogo, asociada esta vez con una frase de *La Tempestad* de Shakespeare que tiene para Eliot una profunda significación:

Yo recuerdo
Que ya son perlas lo que eran sus ojos.

Las dos actitudes posibles ante la muerte unidas así, y equilibrada una con la otra la sordidez de la imagen del callejón de las ratas con la belleza delicada del simbolismo marino, son fundamentales para la estructura de todo el poema. Aparecen repetidamente desde este momento, y las relaciones entre una y otra no se podrán definir, ni siquiera en parte, hasta el final del poema; en realidad esta definición es el fin hacia el que se encamina toda la obra. Por el momento, el nuevo tono de la segunda referencia a la muerte es todavía solamente una indicación que se pierde casi inmediatamente en la pregunta que sigue: «¿Estás viva o no? ¿No tienes nada en la cabeza?» A la luz de esta sensación persistente de vacío, la contestación a la pregunta persistente de la mujer «¿Haremos algo alguna vez?» sigue siendo la mera continuación de una existencia tan aislada de la realidad, tan protegida por vacías convenciones sociales, que no encierra ningún significado. «Agua caliente a las diez», «un coche cerrado a las cuatro», si llueve, todas las circunstancias de una existencia alejada de lo humano y dedicada enteramente a la elaboración de «situaciones» sin sentido en el «juego de ajedrez» abstracto al que reduce Eliot las relaciones entre los sexos en la sociedad que está describiendo. El «golpe sobre la «puerta», con que termina el episodio, indica en la lejanía la presencia de la perturbadora sombra de la muerte que, más tarde o más temprano, terminará con toda la intriga.

La segunda parte de *Un juego de ajedrez* es un caso paralelo de la tragedia escondida, en círculos menos elegantes, en el desarrollo de una pasión sexual en la que no existe una visión espiritual redentora. En ella se nos muestra una conversación de taberna entre dos mujeres de la clase trabajadora, que refieren a una conocida que está en peligro de perder su ascendencia sobre su marido, y al mismo tiempo su interés por la vida. Sus relaciones con su marido, que ha sido desmovilizado, están reducidas al deseo de aquél de «pasar un buen rato» resarciéndose del tiempo perdido durante sus años de servicio; su deseo se halla en el proceso de convertirse en realidad, en términos de hijos que no desea, y que traen consigo, en estas circunstancias, para la mujer nada más que una vida de sórdido trabajo penoso, que es fácil que acabe en una muerte dolorosa y sin sentido:

«Ya ha tenido cinco, y casi murió a causa del pequeño Jorge.» La cuestión de la justificación espiritual se plantea de nuevo con una franqueza brutal: «¿Para qué te casas si no quieres hijos?» La vida en el *Yermo* es, sobre todo, un intento de evadir toda responsabilidad, de realizar acciones sin considerar sus consecuencias; y sólo la muerte, que proyecta su sombra persistentemente sobre la humanidad, afirma que esta responsabilidad no se puede rehuir sin privar a la vida de todo significado. En el eco de la llamada, varias veces repetida, del tabernero: «Por favor, apresúrense; es hora», y en la referencia final a las palabras de la traicionada Ophelia («buenas noches, señoras; buenas noches, gentiles dueñas; buenas noches, buenas noches»), la amenaza de la muerte se levanta de nuevo como fondo de la vanidad prevaleciente. Al final de esta sección es evidente que los distintos temas, episodios, y citas anunciadas primeramente en *El enterramiento de los muertos* se encuentran en proceso de unirse en una visión más coherente y desarrollada.

En este proceso de integración, la tercera parte, la del *Sermón del Fuego*, tiene un papel central. Después de una sección preliminar que recalca de nuevo el sentimiento de lo mortal y profundiza simultáneamente la intuición de la redención asociada por Eliot con algunos pasajes de *La Tempestad*, llegamos a dos episodios que reflejan la vida en la «ciudad irreal». El primer episodio, el de Mr. Eugenides, vendedor de pasas, apenas si se toca, pero sirve para recordarnos de nuevo el tema del «mercader tuerto», ya anunciado por Madame Sostris, y que anticipa el Fenicio ahogado y transformado de la cuarta sección, *Muerte en el agua*. El segundo episodio, más largo, que nos muestra a la mecanógrafa londinense que accede a ser seducida más por aburrimiento que por placer, adquiere un significado universal al ser visto a través de los ojos del espectador Tiresias, convirtiéndose así en el punto decisivo del poema. Tiresias, en realidad, comparte el aislamiento del poeta, y, como él, se halla dividido «entre dos vidas», entre la futilidad de un orden temporal concebido como un fin en sí mismo, y una intuición de un valor espiritual. En la figura de este espectador, al que nada, por sórdido que sea, puede sorprender, ni nada complejo puede engañar, los aspectos eternos y accidentales del amor se unen abiertamente por la primera vez:

T. S. Eliot.

Y yo, Tiresias, he sufrido antes todo
lo realizado en este mismo diván o cama;
Yo, que me he sentado cerca de Tebas bajo la
[muralla
y he andado entre los más profundos de los
[muertos.

No sería exagerado ver en esta relación explícita de la futilidad presente con las manifestaciones pasadas de significado trágico, el comienzo de una transformación que afecta a todo el poema. Sus episodios, hasta ahora separados y carentes de significado, empiezan ahora a adquirir algo como una significación universal; si en la primera parte del poema ha predominado lo fragmentario y sin sentido, de ahora en adelante nos ocuparemos cada vez más de la exploración gradual de los elementos de valor espiritual permanente que existen en la experiencia humana.

Los efectos de este cambio de énfasis no tardan en dejarse sentir. Se hacen notar primero, indirectamente, en una nueva evocación de la ciudad de Londres, esta vez en sus asociaciones humanas y en la belleza de sus históricos edificios:

O ciudad, ciudad, a veces puedo oír
Cerca de una taberna en Lower Thames Street,
El plañido agradable de una mandolina,
Y el repiqueteo y charloteo desde el interior,
Donde los pescadores descansan al mediodía:
[donde las paredes
de Magnus el Mártir encierran
Esplendores inexplicables de Jónica blancura
[dorada.

Sigue a estos versos un contraste, que da lugar a uno de los pasajes más hermosos del poema, entre el Támesis actual manchado por el comercio, y el río espléndido de la época isabelina:

El río suda
petróleo y brea.
Las barcazas van y vienen
al cambiar la marea,
las rojas velas
anchas
giran a sotavento en la pesada verga.
Las barcazas arrastran
a los troncos flotantes
por la orilla de Greenwich,
más allá de la Isla de Perros
Elizabeth y Leicester
batir de remos.
La popa era formada
por una concha dorada
roja y oro.
La marea saltarina ...
ondeaba ambas márgenes;
el viento del Suroeste
llevaba río abajo
el toque de campanas
de las torres blancas.

Terminada esta evocación lírica, el poeta al final del *Sermón de Fuego* recurre por primera vez a los representantes de la tradición ascética en el este y en el oeste, e introduce el símbolo del fuego, que da su nombre a la sección. San Agustín, cuyas confesiones se citan, y Buda, cuyo más famoso sermón da su título a esta parte del poema, están de acuerdo en ver en el fuego no sólo el símbolo de la sensualidad, sino también el de la purificación; por esta razón aquí, en un punto culminante de la concepción, se nos presenta la visión de un fuego que consume y, al proyectarse en la oración, purifica. «Oh Señor, tú me has arrebatado»: la idea de oración ha hecho su primera aparición explícita, desde luego de una manera balbuciente, pero indicando la entrada de la visión trágica y religiosa con su sugerencia de redención. De esta manera se halla preparado el camino para la sección final, en la cual los temas desarrollados hasta ahora se reanudan y se integran, dentro de lo posible, para crear la base de una visión espiritual positiva.

Lo que dijo el trueno se halla, sin embargo, precedido por el corte intermedio *Muerte en el agua*, que tiene un lugar propio en la estructura del poema:

Flebas, el fenicio, muerto hace dos semanas,
el grito de las gaviotas olvidó, y la profunda
[marea de los mares,
la ganancia y la pérdida.
Una corriente submarina
descarnó sus huesos entre susurros. Al levan-
[tarse y hundirse.
rememoró las etapas de su vejez y juventud,
y entró en el remolino.
Tú, gentil o judío,
que haces girar la rueda, mirando a barlovento,
piensa en Flebas, que fué, como tú, hermoso
[y alto.

Relacionado explícitamente con el uso de la frase titular hecho en la primera sección por Madame Sosotris al echar las cartas, este intermedio tiene también un lazo evidente con la evocación repetida del tema de la muerte, también en el agua, del padre de Ferdinand en *La Tempestad*. La idea de la muerte se halla ahora asociada con las primeras intuiciones de una visión más espiritual de la realidad. Entre las cosas olvidadas por Phlebas, «muerto hace dos semanas», estaba «la ganancia y la pérdida», la preocupación comercial tan sórdidamente simbolizada de paso en la tercera sección por Mr. Eugenides. En el momento de la muerte, los detalles de la vida pasada adquieren significación de una manera que da una lección de importancia universal; la contemplación de la muerte en el agua apunta a su manera a la misma posible liberación de lo trivial implicada previamente en la transformación del juego de la lujuria en las llamas purificadoras de la tradición cristiana y budista.

En la última sección (*Lo que dijo el trueno*) pasamos, por fin, a una recapitulación y ordenamiento de los diversos hilos del poema. De nuevo, lo mismo que en las primeras líneas de *El enterramiento de los muertos*, se encuentran en íntima relación una visión del desierto y la idea de la primavera; pero las impresiones del *Yermo* se hallan ahora sutilmente entretejidas con evocaciones de incidentes relacionados con la Pasión de Cristo—«La luz roja de las antorchas sobre los rostros sudorosos», «El silencio del huerto», «La agonía en el pedregal»—y con una anticipación de alivio inminente al mencionar a la tormenta que aún es distante, pero que ha de estallar antes de que termine el poema. Mientras tanto, la muerte en que acabó la Pasión de Cristo se asocia con nuestra muerte como individuos y con la de toda la civilización colectiva:

Nosotros que vivíamos morimos ahora
con un poco de paciencia.

En este momento de desolación volvemos de nuevo a la visión que inicia el poema; al pasaje en la primera sección que comenzó «¿Cuáles son las raíces que agarran?», corresponde ahora la evocación del camino rocoso y sin agua entre las montañas donde de nuevo se siente la intuición del trueno, pero concebido aún como algo seco, estéril y sin promesa de alivio.

La mera repetición del tema del yermo no es, sin embargo, el verdadero propósito de este pasaje, cuya meta final es la integración de este tema dentro de la naciente visión espiritual de todo el poema. Mediante un sutil desarrollo de las imágenes prevalecientes de la sequía, se nos lleva a una sensación de delirio que es la base de la siguiente etapa en el desenvolvimiento de la concepción poética:

Si hubiera agua
Pero no roca.
Si hubiese roca
y también agua
y agua,
una fuente,
un charco entre la roca.
Si solamente hubiera el sonido del agua
y no la cigarra
y la hierba seca cantando,
sino el sonido del agua sobre la roca,
donde el tordo canta entre los pinares.

El agua, ausente en la realidad del desierto evocado por el poeta, se convierte en algo tan intensamente presente en la imaginación, que el deseo que de ella se tiene se une al canto real de un tordo, produciendo una impresión en la que la realidad y la imaginación excitada se hallan inextricablemente fundidas. Es en este estado cuando aparece la visión del tercero, que se vislumbra siempre andando al lado del caminante: la visión del Cristo resucitado de Emaús, pero también—por una asociación señalada explícitamente por Eliot en sus notas—, el engaño que sufren los exploradores antárticos, al hallarse en el límite de sus fuerzas, de creer que hay a su lado una persona más:

¿Quién es el tercero que siempre camina a tu
[lado?
Cuando cuento, sólo estamos tú y yo juntos,
Pero cuando miro hacia adelante por la carre-
[tera blanca arriba,
Siempre hay otro caminando a tu lado,
Deslizándose envuelto en un manteo pardo,
[encapuchado,
Y no sé si es hombre o es mujer.
Pero ¿quién es aquel que está a tu otro lado?

La calidad peculiar de esta visión, equilibrada entre realidad e ilusión, refleja perfectamente el estado espiritual en que está concebido el poema. La afirmación cristiana, contrastando abiertamente con la esterilidad de la tierra baldía, sirve como punto focal para las fuerzas constructivas que han venido afianzándose a lo largo del poema; pero el momento de afirmar su realidad no ha llegado aún. En realidad, en el *Waste Land* no llega nunca. Después de este breve momento de visión, el poema vuelve de nuevo a la impresión, también concebida en el delirio, de la ruina universal que predomina en el desierto de nuestra civilización. Las hordas bárbaras invadiendo «sobre las llanuras infinitas», y la impresión que tenemos es de «torres que se caen», en las cuales los centros urbanos de la civilización europea son, como las ciudades del *Enterramiento de los muertos*, esencialmente irreales. Las voces que sobreviven en este mundo de ruinas cantan «desde las cisternas vacías y desde los pozos secos».

Es precisamente en este momento culminante de delirio, de irrealidad, en el que cambia la visión. El cambio es introducido por el canto de un gallo—«coco rico, coco rico»—, voz que muchos pueblos primitivos consideran capaz de ahuyentar el espíritu del mal. El gallo es señal del cambio del tiempo, de los relámpagos y de la lluvia que caerá sobre la arena reseca del desierto. La voz del trueno termina el poema y trae consigo toda la visión espiritual que es dable obtener en *La tierra baldía*.

«Entonces habló el trueno.» Su mensaje está resumido en las tres palabras sánscritas tradicionales—*Datta, Dayadhvam, Damyata*—: «Da, simpatiza, dirige.» Cada una de estas palabras necesita ser considerada un momento, porque, al relacionarlas con los fragmentos de la experiencia que han surgido de nuestra exploración del *Yermo*, aparecerán algunas sugestiones de contenido positivo. *Give* (Da):

Datta: *¿Qué hemos dado?*
Amigo mío, la sangre removiendo mi corazón,
El admirable atrevimiento de un momento de
[entrega
Que no podrá retractarse en siglos de pruden-
[cia.
Por esto, y sólo por esto, hemos existido,
y no se hallará en nuestras necrologías,
Ni en las memorias entapizadas por la araña
[benéfica,
O bajo los sellos rotos por el abogado maci-
[lento
En nuestras habitaciones vacías.

Lo que hemos dado es, a pesar de nuestra timidez y falta de fe, «la entrega del momento» al instinto, que es necesariamente el preludio de toda experiencia valiosa, la entrega que Mr. Prufrock, en el poema anterior de Eliot, no se había nunca atrevido a realizar, pero en virtud de la cual solamente «nosotros hemos existido». *Sympathise* (Simpatiza):

Dayadhvam: *He oído la llave*
Dar vuelta en la puerta una vez, y dar vuelta
[una vez solamente.
Pensando en la llave, cada uno en su prisión;
Pensando en la llave, cada cual confirma su
[prisión;
Solamente al caer la noche, rumores etéreos
Hacen revivir por un momento un Coriolano
[mutilado.

(Termina en la página 22.)

(1) Ver la primera parte de este artículo en nuestro número de mayo.

CARTA DE LONDRES

UN VISTAZO AL RECIENTE CINE ITALIANO

por ALBERTO MARTINEZ ADELL

HABLAR en 1960 del cine italiano es hablar, inevitablemente, de La dolce vita, la última película de Federico Fellini. Es ya, y no sólo en Italia, "la" película del año, calificación para la que ofrece sobrados títulos. Aparte de sus intrínsecos valores cinematográficos, que son cuantiosos, la gran envergadura de su producción, el largo metraje, el haber sido piedra de escándalo y motivo, a la vez, de entusiasmados elogios y de críticas feroces, la colocan aparte, en la especialísima categoría de las obras de discusión y examen.

De La dolce vita se ha dicho ya todo, desde la opinión estética al recuerdo del famoso y desgraciado "caso" de Wilma Montesi. Ha llegado a entrar en el recinto, caldeado, escandaloso y divertido, del imbroglio italiano. Pienso si no será posible todavía, dejando a un lado alusiones e implicaciones políticas y sociales, contar la impresión de un espectador, por extranjero, forzosamente ingenuo.

Hay que confesar que esta impresión es de cansancio. Cansancio físico, después de tres horas y cuarto de proyección. Y cansancio moral—impresión de "resaca", vecina a la náusea—. El espectador se siente casi identificado con los personajes a los que ve dirigirse hacia una playa, en la escena final, inseguros y turbios, en la madrugada siguiente a la última orgía.

Luego el espectador se entera con horror que lo que ha presenciado no es más que una parte, casi una selección, de la idea original. Es excusable que entonces nos sintamos tentados de calificar de monstruosa la obra de Fellini. Porque va en contra de nuestra idea del cine como un arte de síntesis. Un arte cuya especialidad expresiva consiste en la economía de medios, en seleccionar las situaciones, en subrayar personas y cosas, en mayor medida que ningún otro. En La dolce vita el material —el documental, más bien—rebosa, informando largos episodios, a la manera de los films de múltiples historias, tan gratos al neorrealismo. En La dolce vita hay tema para tres películas diferentes, por lo menos. Fellini ha pecado de complacencia, de dejarse llevar por su entusiasmo ante la extraordinaria riqueza de material vivo que la experiencia de la Vía Veneto le ofrecía. De ahí la primera debilidad de esta obra suya—la repetición es un medio bastante dudoso de probar la veracidad de una afirmación.

El tema básico de La dolce vita ofrece innumerables sugerencias y posibilidades: presentar la vida de las "altas esferas" sociales vista desde ese tipo especial de periodismo escandaloso, tan cultivado en ambas orillas del Atlántico por ciertos periódicos más o menos populares. Fellini no ha sido el primero a quien se le haya ocurrido esta idea. Hace unos pocos años un film americano, Sweet Smell of Success, analizaba implacablemente los métodos del gossip columnist, sacando un excelente partido dramático. Un paso más hacia la abierta crítica social lo intentó John Osborne al estrenar el año pasado su comedia musical The World of Paul Slickey, donde, con el pretexto de atacar a los profesionales del escándalo, arremetía contra todo lo divino y lo humano.

Lo malo en el caso de Fellini es que, según se desprende de su propia película, la sociedad romana es, de puro inerme, casi invulnerable. Será todo lo inmoral y cínica que se quiera, pero parece poseer la elegancia y la inteligencia suficientes para escapar ilesa de los tiroteos críticos. Es muy fácil hacer blanco en la voracidad americana o en la petulante estolidez de la "dolce vita" británica. Pero ¿qué hacer con quienes son más feroces consigo mismos que sus propios críticos?

La alta sociedad romana será como la pinta Fellini o no. Si lo es, no se diferencia gran cosa de la de cualquier otro país occidental, dado el internacionalismo, que siempre ha sido una de sus características. ¿Qué se espera de una sociedad de gentes refinadas, inteligentes y aburridas? Lo peor no son las madrugadas de juerga; lo peor sería una sociedad pacata, hipócrita, encerrada en odios y estrechas distinciones. Fellini ofrece una larga colección de costumbres y conductas particulares, pero hay muy poco en ellas que lleve a una airada crítica social. A la censura moral sí, pero esto es algo totalmente diferente.

De aquí que La dolce vida defraude, porque se queda a medio camino entre el documental y el ataque, en parte acusación y en parte confesión. Tampoco queda claro cuál ha sido el último propósito de Fellini, vencido, en definitiva, por una gran simpatía, una cariñosa comcomprensión hacia sus personajes. La cantidad de anécdota utilizada es tan grande, que realidad y ficción se han entremezclado de un modo que hace difícil su distinción. Gran parte de los personajes repiten ante la cámara el juego—bastante repulsivo a veces—de su vida real. Se trata de un mundo tan conocido y tan próximo a Fellini que éste parece estar más bien presentándonos un documental sobre sus amigos.

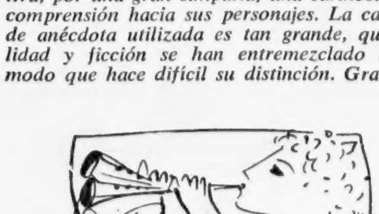
Cuando se dice que La dolce vita significa una crítica despiadada contra ciertas clases sociales, se comete el error, bastante frecuente, de confundir escándalo con crítica. La primera condición del espíritu crítico que intenta hacer una obra de destrucción, de denuncia o de aleccionamiento, es, naturalmente, la oposición del autor a cuanto intenta atacar. Ha de estar, no sólo no identificado, sino enfrente de ello. Si son personas el objeto del ataque, habrá de verlos no como tales seres humanos, sino como máquinas casi, como seres monstruosos, ridículos o malignos. Su posición es, humanamente, injusta y despiadada—en cuanto intente investigar las razones o los entresijos humanos del enemigo, la sátira se convertirá en biografía—. Lo que menos importa son los hechos narrados. Lo que importa es la intención, la crueldad o el odio del autor. Hace falta una indignación, que el bueno de Fellini está muy lejos de sentir por sus personajes. Hace falta el espíritu de crítica implacable de un Eric von Stroheim, del primer Pabst o el sentido de la crueldad y de lo grotesco que poseía Eisenstein.

Podía preguntarse si, en el caso de Federico Fellini, era lógico esperar otra cosa. No quisiera equivocarme al decir que el espíritu de crítica social está ausente, hasta la fecha, de su obra. No hay en ella una intención social —y menos aún de crítica—, y si se encuentran implicaciones sociales, derívanse indirectamente de la anécdota individual, narrada con gran ternura y comprensión. Creo que la especial actitud de Fellini quedará más clara mediante la comparación siguiente. Una de sus primeras películas, de 1953, es I Vitelloni. Su comparación con Calle Mayor, de Bardem, es inevitable. Pero lo que interesa ahora no son las numerosas coincidencias, sino una diferencia esencial entre ellas: la obra de Bardem está cargada de una intención social que está ausente en la de Fellini. Bardem nos da la crí-

tica y la moraleja de un medio social. Sus gamberros están tomados en serio. Proceden de una "tragedia grotesca", pero tragedia. Fellini nos presenta la anécdota de unas individualidades. Los gamberros están mirados con cariño. I Vitelloni es un sainete optimista.

La dolce vita ha servido para situar, si es que no lo estaba ya, a Marcello Mastroianni en la primera fila de los actores italianos. Lo malo con Mastroianni es que sigue siendo Mastroianni una vez y otra. Pero ya, por lo menos, se ha liberado de la condición de taxista, a la que parecían haberle condenado a perpetuidad los subproductos del neorrealismo. Aun en Le notti bianche, de Luchino Visconti, seguía siendo el buen chico, el oficinista simpático que vive en pensión de familia. La madurez artística alcanzada por Mastroianni se observa, quizá mejor que en la complejidad de La dolce vita, en la honda sensibilidad humana de Il bell'Antonio, de Mauro Bolognini. Adaptación de la novela de igual título de Vitaliano Brancati, el novelista siciliano fallecido hace unos años, trata el delicado tema de la impotencia sufrida por un joven esposo, el "bello" Antonio Magnano, al que, irónicamente, tienen por un irresistible Don Juan en su pueblo, Catania. Al cabo de un año, la familia de la novia consigue la anulación del matrimonio no consumado para concertar otro más ventajoso. Antonio, aunque enamorado de su ex mujer, ha de resignarse a cargar con una insignificante criadita como esposa, a la que, inexplicablemente, ha hecho un hijo.

Esto no es más que el eje central del argumento, alrededor del cual se ordenan las escenas grotescas, chocantes, exageradas, de un país lleno de exageración meridional, Sicilia. El conflicto conyugal sale del ámbito de la intimidad familiar y hace explosión en calles y tertulias. La desdicha de Antonio se convierte en la "cuestión palpitante", y las dos familias elevan su propio honor como un pendón bélico. Bolognini se complace en observar la vida de Catania con la avidez de un viajero. Tras la capa de comedia (los nobles que mueren maldiciendo, las juergas de los caciques sicilianos, las reyertas, los gritos), queda la desilusión y el vacío del matrimonio de Antonio y Bárbara. El tono fino, de desolación y de ironía, recuerda un poco el de cierto cine francés (se trata de una coproducción franco-italiana, con Pierre Brasseur en una espléndida interpretación), aunque sin el regusto literario tan típico de aquél.



MIL AÑOS DE HISTORIA DE LA LENGUA ITALIANA

por MARIO PUPPO

EN un documento de marzo del año 960, relativo a la pertenecia de ciertas tierras a tres monasterios dependientes de Montecasino, aparece, como fórmula de juramento, la primera frase, conocida hasta hoy, que muestra un carácter lingüístico claramente italiano: «Sao ko kelle terre, per kelle fini que ki contene, trenta anni le possette parte Sancti Benedicti». Incluso si las lenguas no poseen actas de nacimiento como las personas, basándose en este documento no será injustificado celebrar ahora, 1960, el primer milenio de la lengua italiana. Es la celebración de un acontecimiento histórico grandioso y glorioso, complejo y fascinante. La lengua es na de las manifestaciones esenciales de la vida de un pueblo: en ella se reflejan acontecimientos políticos y actitudes espirituales, movimientos culturales y hechos económicos y sociales. Basta reflexionar un instante en la variedad y riqueza de aspectos de la historia de ésta que Carducci llamó «la gente itálica de múltiples vidas» para intuir el interés que presenta la evocación de los mil años de vida de la lengua italiana: la lengua de San Francisco y de Dante, de Petrarca, de Ariosto, Tasso, Maquiavelo, Galileo y Foscolo, Manzoni y Leopardi... Una lengua que además de todo ésto, mediante el prestigio de la cultura y de la literatura cuya expresión era, influyó largamente, durante siglos, sobre las demás lenguas europeas y fue conducto de actitudes culturales y estéticas que se irradiaron a todo el Occidente. Baste recordar el imponente fenómeno del petrarquismo.

Con todo, cosa que a primera vista puede sorprender, de esta lengua faltaba hasta ahora una historia amplia y orgánica, como las que poseen otras lenguas europeas. Existían solamente estudios muy notables sobre momentos o fenómenos particulares y un brillante y genial esbozo de tratado general: el «Profilo di storia linguistica italiana», de G. Devoto (2.ª edic. La Nuova Italia. 1953). El hecho es que durante siglos la consideración de la lengua en Italia ha tenido una orientación retórica y estética, y se ha concentrado sobre el problema de la lengua literaria, dando así lugar a obras de carácter polémico o normativo, mejor que a estudios objetivamente históricos, o bien a historias de estilos individuales y no ya de la lengua común. Pero justamente este año, por una coincidencia verdaderamente feliz, se ha publicado la amplia y documentadísima «Storia della lingua italiana», de B. Migliorini (Florencia, Sansoni. 1960), que constituye la más digna celebración del milenario de la lengua italiana.

Catedrático de historia de la lengua italiana en la Universidad de Florencia y director, juntamente con G. Devoto, de *Lingua nostra*, revista específicamente dedicada a los estudios sobre el italiano, Migliorini se había preparado para esta obra a través de muchos años de estudios. Ha condensado en ella, con admirable claridad, equilibrio y precisión los resultados de sus investigaciones y de las de todos los demás estudiosos del mismo tema, ofreciendo una serie de cuadros completos y luminosos de la situación lingüística italiana en las distintas épocas. En un amplísimo arco cronológico, su tratado se extiende desde la latinidad de Italia en la época imperial hasta 1915 y es fácil imaginar la variedad y complejidad de los problemas en ella afrontados y la cantidad de hechos que el autor ha debido tener en cuenta. La fase, digámoslo así, prehistórica del italiano, identificada en los vocablos formados en la época imperial que, a través de la lengua hablada entrarán en el latín vulgar; la fase de transición, tan difícil y delicada de describir, entre latín y vulgar; la creación de la lengua literaria sobre una base toscana en los tres grandes «trecentistas», y su difusión en contraste con el culto humanístico por el latín; las discusiones en torno a la norma lingüística en el siglo XVI y la victoria del toscano codificado por la Academia de la Crusca; la importancia de la imprenta y de la actividad editorial para la fijación de la norma; la lenta formación en el curso del XIX de una lengua vulgar hablada y no solamente escrita; los influjos de las otras lenguas a través de los siglos, la irradiación del léxico poético provenzal en la poesía de los orígenes y la del francés en la ciencia y la moda durante la gran crisis lingüística del XVIII; la irradiación del italiano en las lenguas extranjeras... He aquí rápidamente señalados algunos de los temas principales abordados por Migliorini en el transcurso de las casi ochocientas páginas de su *Storia*. El objeto de ésta es el uso medio y común, es decir, la lengua como institución de carácter colectivo y objetivo. Los estilos individuales son considerados en ella no por sí mismos, sino como momentos del desarrollo de esta institución, cada uno de los escritores no como protagonista, sino como uno de tantos factores que obran sobre la evolución lingüística. En consecuencia, sólo a Dante por su excepcional importancia en la creación de la lengua literaria, ha dedicado un capítulo especial. Todos los demás capítulos consideran un amplio período histórico, generalmente según la división tradicional por siglos. En cada uno de ellos el autor, tras haber fijado los límites cronológicos, y expuesto rápidamente los principales acontecimientos políticos y culturales, trata primeramente los problemas de carácter general (como la relación entre latín y vulgar, las discusiones sobre la norma lingüística, la relación entre lengua y dialectos, etc....) y después los fenómenos lingüísticos particulares: gramaticales, léxicos, fonéticos, etc.... Esta estructura uniforme de los varios capítulos favorece la consulta, a la cual sirve también de gran ayuda el índice alfabético final en el que se comprenden todos los vocablos y los fenómenos lingüísticos más notables tratados en el curso de la obra.

La riqueza de los datos por primera vez sistemáticamente recogidos y ordenados hace de la *Storia* de Migliorini un instrumento de trabajo indispensable para el estudioso de la lengua y literatura italiana, y para el romanista en general. Además, uniendo los varios párrafos relativos a ello, distribuídos en los diversos capítulos del libro, se pueden extraer de él las líneas esenciales de trabajos que desgraciadamente faltan todavía a la lengua italiana, como la historia de la sintasis y la de la grafía y puntuación. De especial interés para el lector español son, después, los numerosos pasajes relativos a las relaciones entre italiano y español, relaciones que son documentables desde el siglo XIII y, como se observa, particularmente intensas en el XVI y XVII cuando la influencia política de España sobre Italia se traduce incluso en una influencia lingüística. En conjunto, la *Storia* de Migliorini es una obra de excepcional importancia para el medio científico especializado, pero, por el tema, y por la forma neta y agradable con que está expuesta, está destinada a interesar incluso a todo el público culto, y es de suponer que su traducción favorezca en seguida una amplia difusión también en España.

GREGORIO MARAÑON

por PEDRO LAIN ENTRALGO

(*Viene de la página primera.*)

que en el hospital y en su consultorio privado atendía a sus pacientes innumerables, ¿era el mismo que con tan rica y precisa documentación buceaba en el alma de Antonio Pérez, y el teorizador del sexo y la vocación, y el que luego sabía traer a los puntos de su pluma el adjetivo justo y sugeridor? La suma de tantos talentos eminentes, la suave y firme voluntad con que su dueño los cultivó siempre y la armoniosa figura total que del ejercicio de todos ellos resultaba, movían a pasmo y sugerían una primera imagen del Marañón entero: la imagen del artista de sí mismo. El hombre que así componía el luciente y variadísimo mosaico de su personalidad, ¿qué podía ser, allende sus poderosos talentos, sino un habilísimo e inexorable artífice de sí mismo, un arquitecto capaz de ser a la vez cincelador y orfebre, una versión novecentista y española de cualquiera de aquello *nomini universali* que fueron la prez del *Cinquecento* italiano?

Pero esta visión estética de la persona de Marañón no llega a la raíz viva y secreta de lo que nuestro compañero fué; la verdad que pueda haber en ella es verdad parcial y penúltima. Escribió él una vez, frente a la figura titánica de Menéndez Pelayo: «Yo busco siempre al hombre, aun en el grande hombre, que suele ser tan poco humano; y lo busco, porque creo que es siempre lo esencial.» Médico, historiador o ensayista, Marañón fué ante todo un insaciable, un amoroso buscador de vidas humanas. Para ser de veras grande, la suya tenía que contar con las vidas de los demás, halláranse éstas junto a él o esperasen nueva luz en ese oscuro y polvoriento seno de Abraham que son los archivos. Pues bien: si somos verdaderamente fieles al espíritu de nuestro autor, si ante su pasmosa figura no nos conformamos sino con lo que en ella fué esencial, pronto descubriremos que bajo el múltiple y unitario artista de sí mismo había en Marañón dos instancias harto más radicales: el español y—lo diré unamunianamente—el «hombre de secreto».

«Soy español: un español que siente, hasta la médula de sus huesos, hasta los rincones más hondos de su alma, el orgullo de serlo.» Amigos, estamos llegando al fondo de Marañón; no estamos todavía en él, pero a él estamos llegando. Hasta la médula de sus huesos, hasta los más hondos rincones de su alma se sentía español Marañón. «No quisiera ser nada sin ser español», dijo en América. Pero, ¿cómo lo fué, cómo lo quiso ser? Este es el problema.

Para resolverlo, pongamos atención en sus héroes. Dime hacia quién miras, y te diré lo que quieres ser, lo que acaso ya estás siendo. Entre los españoles de ayer, Marañón admiró y quiso especialmente a Vives y a Feijóo; y sin detrimento de cuanto en Vives y en Feijóo fuera más personal y propio—¡cuánta autobiografía íntima hay, por ejemplo, en la semblanza marañoniana de Margarita de Valdaura!—, esa admiración y esta querencia tuvieron por causa y fundamento lo que al humanista y al benedictino hizo hermanos entre sí; a saber, su intento apasionado, inteligente y doloroso de trabar en unidad la inteligencia, el amor a España, la visión cristiana de la realidad y la ocasional actualidad de la historia universal. Al modo renacentista o al modo dieciochesco, uno y otro fueron a la vez cristianos, españoles y hombres volcados al saber; y como Vives y Feijóo, ya en el momento en que España se hiende, don Gaspar Melchor de Jovellanos, ese fino español de pro en quien Sánchez Cantón, tan certeramente, ha visto una de las vidas paralelas de nuestro gran muerto.

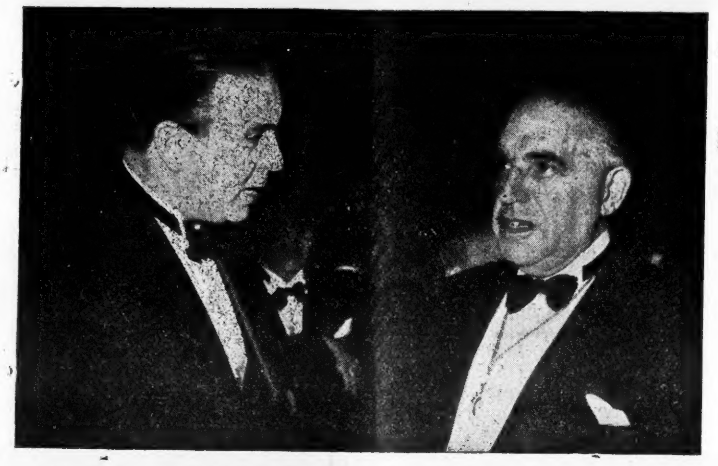
Pero no sólo esos dos españoles de ayer fueron los héroes de Marañón; fuéronlo también varios españoles de hoy, de su hoy; y entre ellos—quiero citar ahora los de su mocedad—, Cajal, Menéndez Pelayo y Galdós. Después de Jovellanos, España se hiende. Dos manos. Dos aceras. Dos cuerdas, llegará a decirse, para que tampoco falte la bronca y baja alusión—tan española, después de todo—a la vida presidiaria. Y entre esas manos, aceras y cuerdas discordantes, la hostilidad cerrada, la muerte y el dolor. ¿No veis ahora el sentido y la raíz de esta elocuente dilección marañoniana? Cajal, el genio del saber biológico, el quijotesco redentor solitario de la insipiencia científica de los españoles; Menéndez Pelayo, el genio del saber histórico, el católico que se desvive—y cada vez más, a medida que su edad avanza—por aunar la fe, la actualidad y la universalidad; y bajo la acritud ocasional de *Electra* y *Doña Perfecta*, Galdós, genio de la invención innumerable de vidas humanas y españolas. El noble y sincero liberalismo de Marañón, ¿qué fué, a la luz de sus preferencias, sino el afán de que España, por la ya inevitable vía de la convivencia plural, fuese todavía fiel a lo que unitariamente habían sido las almas ejemplares de Vives, Feijóo y Jovellanos? Quien conociese un poco a Marañón, sólo un poco, sabía muy bien que bajo la férrea voluntad creadora y arquitectural del artista de sí mismo latía en él, siempre despierta, siempre activa, esta profunda y dolorida pasión española.

El hombre puede ser artista o dilapidador de sí mismo, y español, francés o bosquimano; pero allende una y otra cosa es y tiene que ser persona, y por tanto «hombre de secreto», porque—claro o turbio—secreto es siempre el fondo de la vida personal:

Que uno es el hombre de todos
y otro el hombre de secreto,

según un penetrante poemilla de Unamuno. En Marañón hemos visto hasta ahora al magnífico «hombre de todos» que en él hubo. Por debajo de ese «hombre de todos», en la fuente última de su existencia más personal, ¿cuál fué el «hombre de secreto»? ¿Cuál fué el secreto radical, el centro escondido y vivificante del hombre Marañón?

Algo hermético había en este incesante creador de acciones y obras transparentes. «Hay un secreto muy secreto—ha escrito uno de sus biógrafos—allá en el fondo del laberinto de esa especie de timidez segura que en él se observa.» Es verdad. Cuando yo conocí personalmente a Marañón—el año 1943, en torno a los amistosos manteles de Antonio Marichalar—, quedé sorprendido por esa timidez suya, y me pregunté *incontinenti* qué misterio pudiera albergar. Hoy creo poderme responder que en ese misterio había, por lo menos, dos principales ingredientes: generosidad y sed, amor de donación y anhelo.



Marañón con Pedro Laín Entralgo, el día del ingreso de este último en la Academia Española.

¿Acaso no era así? Solían quebrantar la timidez de Marañón—y dejaban brotar, diversamente expresado, según los casos, algo del fondo de su persona—dos sentimientos muy distintos entre sí: el entusiasmo y la irritación. Ante todo o después de todo, Marañón fué hasta su muerte un hombre capaz de entusiasmo, un gran hombre en quien nunca llegó a extinguirse el pronto fuego de la adolescencia. Entre tantas y tantas almas recelosas, decrépitas y acartonadas, ¡qué consoladora maravilla! Mas también fué siempre, sin mengua de su llana y señorial cortesía, hombre que de cuando en cuando sabía irritarse con oportunidad, y todos hemos sido testigos directos o conocedores indirectos de alguna de esas oportunísimas irritaciones. Ahora bien, ¿qué es lo que entusiasmaba, qué es lo que irritaba a Marañón? Creo que la respuesta más justa y más breve podría rezar así: le entusiasmaba todo aquello en que prevaleciesen la inteligencia y la generosidad, y especialmente esta última; le irritaba todo aquello que de algún modo fuese contra la inteligencia y la generosidad, y singularmente lo que contra esta última pecase.

Sí. Celada por la timidez, porque no hay virtud auténtica sin recato, la generosidad, el amor de donación, era parte muy importante en el fondo de aquella persona que llamábamos Gregorio Marañón o, más a la española, don Gregorio. Más de una vez dijo ser «trapero de su tiempo». «Pero en realidad—comenta Rof Carballo—era todo lo contrario de un trapero; era un tremendo despilfarrador de su tiempo con los demás, y en término primerísimo con sus enfermos más modestos, con los enfermos del hospital.» Su obra entera—sus libros, sus conferencias, sus discursos académicos, sus prólogos, sus cartas, sus convites, las papeletas que tan asiduamente presentaba en las sesiones de la Academia Española—¿qué fueron en último término, sino constante y generosa donación de sí? Mientras viva recordaré el día de su vida que hace unos años me regaló, queriendo que yo visitase Toledo con él, don RamónMenéndez Pidal y don Manuel Gómez Moreno, y que juntos viviésemos la indecible emoción histórica de abrir de nuevo el féretro del rey Sancho IV. Si el fondo de la persona es ante todo la vocación, Marañón, antes que médico y escritor, fué un hombre vocado al ejercicio de la generosidad, un alma *naturaliter christiana*. Pocas veces el dicho de Tertuliano habrá sido aplicado con más estricta justicia.

Y todavía más honda que la generosidad, la sed. Sólo la de Dios es generosidad pura; sólo Dios, desde el seno misterioso de su ser personal o infinito, da para no recibir. Quien sin ser Dios da algo, algo espera en este mundo o en el otro. El *quid* de la perfección en el dar—aquello por lo que la donación llega a ser generosa—consiste en esperar un bien metafísica y moralmente más alto que el bien que se regala. Generoso es quien da dinero y espera gratitud, y quien da heroísmo para cosechar gloria. Pero el generoso de sí mismo, el hombre que no sólo regala dinero y fulgurante valentía, sino trabajo, tiempo, vida, ¿qué deberá esperar, para que su donación sea verdaderamente generosa? ¿De qué habrá de ser su sed?

Me ocurre pensar que una de las cifras más reveladoras de la persona de Marañón—tan firmemente aposentada, al parecer, sobre el suelo de este mundo—fué su idea del viaje. Libros de viajes componían la porción más preciada y personal de su biblioteca. Su más incumplida aspiración fué el viajar: «Me parece que viajo poco—confesaba una vez a González-Ruano—. Siempre pensé que para la sabiduría, a la cual he aspirado continuamente, es imprescindible, necesario, forzoso, viajar mucho.» La jornada previa al viaje era, en fin, el paradigma de sus jornadas cotidianas: «¿Qué hace usted—decía al escritor antes mencionado—el día en que sabe que su tren sale a la seis de la tarde y que se ausentará por algún tiempo del lugar donde vive? Se levantará usted, naturalmente, temprano, y hará todas las cosas que necesite hacer, con eficacia...; y todavía le sobrará tiempo para aplicarlo al ocio que prefiera. Pues bien, hay que convertir todos los días en ese día de viaje.» Viajar, viajar, o vivir como si se viajara. *Iter est vita.* Nunca la concepción cristiana de la vida terrenal del hombre—vida *in via, homo viator*—ha tenido más plástica y reiterada expresión. En el fondo insobornable de su persona, allá donde uno está a solas consigo mismo y con Dios, Marañón se sentía viajero, caminante, viador. Le interesaba, por supuesto, el camino: ahí está para demostrarlo sus amores, sus obras y sus libros. Pocos más enamorados que él de la realidad en torno y, a través de ésta, de la realidad toda. Pero su vida, como la de todo hombre esencial, fué una rara sed, permanente, amorosa y personalísima sed de una realidad en verdad saciadora. Viajar viviendo y viajar muriendo. Es ineludible el recuerdo—no tópico ahora—de un grande amigo suyo y nuestro, el poeta Antonio Machado:

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontrareis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

«Casi desnudo, como los hijos de la mar.» Ea, ya Marañón no es académico, ni escritor cimero, ni médico eminente, ni profesor, ni conferenciante, ni hombre famoso, ni anfitrión, ni consejero, ni artista de sí mismo. ¿Qué es ahora Marañón, en el abismo más íntimo y libre de su persona? Al fin lo hemos sabido: es simplemente, desnudamente, una secreta y generosa sed. Más allá de la admiración y más allá del pasmo, su realidad personal nos ofrece y nos pide compañía, convivencia amorosa y caminante. «¡Ah, qué terrible vivir! ¡Ah, qué terrible acabar!—ha escrito, en póstumo homenaje al amigo muerto, el dilecto y resurrecto «Azorín»—... En silencio pensamos en él; vemos cómo su figura mortal se aleja y su figura espiritual pervive entre nosotros.» Pero bajo la figura mortal de su vida terrena y la figura perviviente de su fama latió siempre, esencial y obradora, su humanísima sed de agua viva. Dios, que desde el fondo de ella misma la conocía, la habrá saciado para siempre.

LA POESIA DE T. S. ELIOT

(*Viene de la página 18.*)

La segunda orden sigue naturalmente a la primera, pues la aceptación de nuestros impulsos fundamentales trae consigo lógicamente el deseo de sobrepasar nuestro aislamiento, y relacionar nuestra situación con la de la humanidad en su totalidad. Se necesita estar en simpatía con los elementos esenciales de esta situación, tal y como el poeta los ve: en primer lugar, con el sentimiento trágico de aislamiento que caracteriza al intelectual moderno, encerrado en el mundo privado de su propia experiencia e imposibilitado de extenderlo para abarcar la realidad externa; y en segundo lugar, con las intuiciones oscuras de un estado de integridad heroica que la presión de la experiencia trágica no ha podido del todo destruir. *Control* (Dirige). A la simpatía, la aceptación que debe preceder a la creación tanto en el orden artístico como en el moral (y Eliot ha mantenido siempre que los dos órdenes están relacionados), corresponde el control, mediante el cual se le da significación a nuestra experiencia. «Alegremente»—por decirlo con la imagen del poeta—el barco responde «a la mano experta en velas y remos», y «alegremente» el corazón del amado responde a un control basado en el principio de la simpatía. El pasaje termina (a propósito) en un tono indefinido—el momento de más precisión no ha llegado aún, ni llegará en este poema—, pero que sugiere aceptación y un posible desarrollo.

Las líneas finales del poema se pueden tomar como un resumen de la posición alcanzada por el poeta como resultado de su esfuerzo creador. Nos deja con la visión de él sentado sobre la playa, todavía a la vista de «la llanura árida»—el Yermo por el que acabamos de pasar—, pero que queda ya detrás de él, se ha, en cierto sentido, sobrepasado. Su visión del estado de la civilización es aún una visión de ruina y desintegración; pero sabemos ahora que el individuo al menos tiene algún dominio sobre su propia existencia, y que el fin de la vida, aun en una época de desolación, es llegar al grado de orden personal que esté a nuestro alcance. «Shall I at least set my lands in order?» («¿Podré, al menos, poner mis tierras en orden?»). Para este fin, el poeta ha almacenado algunos «fragmentos», trozos de las tradiciones, en otro tiempo integradas, de la humanidad, contra la amenaza de ruina. El poema acaba con esta nota de confiada tentativa.

El *Waste Land* es el primer intento de Eliot por lograr la meta de todos sus versos más ambiciosos, que es la creación de una poesía a la vez plenamente contemporánea y genuinamente religiosa. El abismo entre la experiencia secular moderna y las formas religiosas tradicionales no es de una naturaleza que pueda ser salvada por un verdadero artista por meras afirmaciones; si se intenta hacer esto sólo se llega a una retórica y a unas abstracciones contrarias a todo lo que Eliot ha querido expresar en su obra. El verdadero interés del *Waste Land* radica precisamente en su negativa a simplificar, a producir una afirmación final de creencias que no estuvieran basadas adecuadamente en la experiencia tal y como se da a lo largo del poema. En lo que la inspiración del poema tiene de cristiana, su contenido religioso surge del desarrollo de elementos de la experiencia que son completamente contemporáneos; no se trata de volver a una tradición pasada como a un *deus ex machina,* para resolver todas las dificultades y llevar al lector a una conclusión prevista. Es esta sensación de integridad escrupulosa en su concepción que hace que *The Waste Land,* a la distancia de treinta y siete años desde su primera publicación, aparezca más claramente que nunca como una creación de primer orden.

DEREK TRAVERSI

CUADERNOS DE INSULA

Recogerán periódicamente, en tomos cuidadosamente editados, ensayos selectos en torno a un tema central de amplio interés intelectual, de tal suerte que su colección reunirá las meditaciones más sagaces sobre temas de interés actual literario, artístico o científico.

I

HOMENAJE A CERVANTES

Con textos de Américo Castro., Joaquín Lasalduero, William P. Entwistle, Samuel Gili Gaya, Jean Babelón, Matilde Pomés, José Manuel Blecua, Joseph M. Claube, A. Zamora Vicente, M. García Blanco, Francisco López Estrada, Stephen Gilman, Jaime Ibáñez.

Un volumen 230 págs. 35 ptas.

II

EL TEATRO FRANCES CONTEMPORANEO SITUACION Y PROBLEMAS

Estudios de Jean Anouilh, Paul Valéry, Gabriel Marcel, Henri René, Lenormand, Jean Jacques Bernard, Paul Arnold, Francis Poulenc, Marie-Helene Dasté, Gastón Baty, George Neven, Louis Jouvet, Georges Pillement, Armand Salacrou, Marcel Thiébaud, Henri de Hontherlant, Gabriel Laplane.

Un volumen 108 págs. 30 ptas.

EL ARTE DEL ESTADO Y EL ARTE DE LA PERSONA

(A PROPOSITO DE DOS ENSAYOS SOBRE MAQUIAVELO Y GRACIAN) *

por JOSE ANGEL VALENTE

PARA acotar el período de formación de lo que llamamos mundo moderno hace Whitehead la siguiente observación: «En el año 1500 Europa sabía menos que Arquímedes, que murió en el año 212 antes de Cristo; sin embargo, en el año 1700 ya estaban escritos los *Principia* de Newton y el mundo había entrado plenamente en la época moderna.» A esa formidable renovación de los saberes humanos corresponde una larga crisis de la conciencia europea en la que se fragua el hombre moderno o lo que hasta ahora al menos hemos entendido como tal. Muchas de las individualidades eminentes encuadradas en ese período han sido valoradas y juzgadas hacia el presente; otras, en cambio, han quedado inmovilizadas por criterios de interpretación estáticos, a todas luces insuficientes para esclarecer su compleja personalidad. Creo que en el primer caso está Maquiavelo y en el segundo, al menos para extensos sectores de la crítica, Gracián. La aportación del primero es, por supuesto, más decisiva y de más inmediato alcance; la obra del segundo constituye, sin embargo, un agudo testimonio de algunos problemas esenciales de ese hombre moderno todavía en estado naciente. *El príncipe* apareció en 1514 y Gracián publica *El criticón* contra viento y marea entre los años 1651 y 1657, por las mismas fechas en que Pascal daba a la luz en Francia las *Lettres provinciales.*

La diferencia cronológica entre ambos escritores es grande; los dos viven, no obstante dentro del período relativamente extenso en que se ha encuadrado la configuración de la mentalidad europea moderna y, además de otras relaciones de carácter más concreto, coinciden ambos en la nota que singulariza con mayor vigor al nuevo espíritu: la repulsa expresa o tácita del inflexible racionalismo del pensamiento escolástico a favor de la experiencia, es decir, de la contemplación de los hechos como datos concretos e irreductibles sobre los que Maquiavelo asienta los principios que gobiernan la conducta política y Gracián los que inspiran la conducta individual.

Es curioso observar de pasada que hay también en ambos escritores una cierta frialdad expositiva, un implacable mecanismo de formulación de determinados principios ajenos al contenido ético tradicional de la conducta pública o privada que pueden dar a ciertos aspectos de su obra un halo de antipatía, al menos en un primer contacto superficial.

Sabido es que en el caso de Maquiavelo ese halo se traspuso, corregido y aumentado, a la persona ejemplar del secretario florentino, cuyo mito fabricado por los polemistas de la época pudo hacer de él, por ejemplo, a favor de una coincidencia de nombres, el «Old Nick»—es decir, el diablo—de los escritores isabelinos (1). Sin llegar, por supuesto, a tales extremos de popularidad negativa, se ha dado en ocasiones un cierto tipo de trasposición análoga con respecto a la personalidad de Gracián, cuyo total entendimiento es posible que se haya visto dificultado por los mismos principios a que el jesuita llega en su seco análisis de las acciones humanas.

En su mayor parte el material sobre el que opera Maquiavelo puede encontrarse en los tratadistas medievales; lo que le da no sólo una faz nueva sino significación distinta y lo incorpora radicalmente a nuestro tiempo, como la primera contribución de importancia a la teoría del Estado moderno, es la absoluta originalidad del método aplicado. La figura del déspota era, por ejemplo, tópico de los tratados políticos anteriores. Pero cuando Maquiavelo expone la conducta política del déspota como mecanismo de necesidad impuesto por la existencia de la «cità corrotta», lo que hace es analizar con frialdad científica un sistema de acciones y reacciones que sitúa en un vacío moral donde el juicio político ha de pronunciarse no al modo tradicional—es decir, en nombre de un orden ajeno a ellas—sino en función del éxito o del fracaso del príncipe en la organización del Estado. La acción política no tiene, de hecho, otra norma última que la derivada de su eficacia política, puesto que es éticamente indiferente. Decimos *de hecho* porque Maquiavelo no trata de dibujar un orden político ideal, sino de descubrir cuáles son las leyes que gobiernan en efecto la realidad política. Esas leyes se basan en la observación de la experiencia política y quedan formuladas con el mismo carácter de precisión y validez general de las leyes científicas. Se trata de obtener, como dice Maquiavelo, «una regola generale che non falla mai».

En eso consiste precisamente el realismo de Maquiavelo: en su maravillosa capacidad de observación y formulación de los hechos como datos concretos e irreductibles. La ciencia política de la Edad Media no operaba sobre la realidad porque su brillante estructura era ajena a los datos de la realidad misma. Y es a éstos a donde Maquiavelo, invirtiendo radicalmente los términos, vuelve la mirada, ya que—como escribe don Alberto Jiménez—«se propone conducir a los hombres, por medio de las artes del gobierno, a la conquista de fines prácticos y concretos». El pensamiento medieval no había distinguido teóricamente, según recuerda el autor del trabajo que comentamos, entre moral individual y moral pública. Pues bien, es precisamente la neta demarcación de ambas órbitas de conducta lo que hace ingresar de golpe a la ciencia política en lo que había sido siempre «el mundo real de la historia», con la formulación de uno de los más conocidos axiomas del florentino: «Una republica e un popolo si governa altrimente che uno privato.»

La esfera de la acción pública y la del hombre privado quedan así tajantemente delimitadas y es a la primera adonde se vuelve Maquiavelo para analizar su mecanismo y formular sus leyes. La ley moral puede inspirar la conducta del hombre privado, pero éste no es el sujeto de la acción política, que a su vez se rige por muy distintas normas. El eje de la acción política es la idea de «virtù», es decir, la fuerza como instrumento de creación y conservación del poder. La fuerza es un mecanismo de necesidad impuesto por la maldad natural del hombre. Pero la fuerza no basta ni el ejercicio del poder ha de ser siempre violento. A partir de los supuestos centrales que hemos señalado, Maquiavelo va desencadenando con implacable frialdad las reglas universales de la acción política: «que a la fuerza hay que añadir la astucia y la traición; que la crueldad es necesaria y hay que usarla sin piedad y prontamente; que un príncipe prudente no debe cumplir su palabra si no va en beneficio suyo; que debe ser simulador y disimulador; que si es necesario para conservar su Estado, debe obrar contra la fidelidad, contra la humanidad, contra la religión, etc.»

La exposición articulada de las leyes propias de la experiencia política sólo se hizo posible en la medida en que se concedió a esta experiencia una órbita propia y se la concibió como producto de un mecanismo esencialmente distinto del que determina la conducta individual. Pero Maquiavelo no se detuvo ahí. Para expresar con mayor rigor el orden de hechos a que deseaba restringir su análisis, operó sobre ellos haciendo abstracción de cualquier otro tipo de intereses humanos. La experiencia política y la conciencia individual quedaron así no ya netamente diferenciadas sino aisladas, es decir, reducidas a una radical incomunicación. «Este aislamiento del mundo de la política sin contacto alguno con la conciencia individual—escribe don Alberto Jiménez—es lo que constituye el error de Maquiavelo.»

En un momento de su trabajo, el autor citado alude a la recurrencia en los textos de Maquiavelo de cierto tipo de frases referidas a la técnica política que se describe en ellos: «è necessario, era necessario, che sono necessarie, è cosa più necessaria, era dunque necessario sono forzati, essere stato forzato, etcétera.» En efecto, ya hemos señalado que la creación y conservación del poder político responden a un mecanismo de necesidad impuesto por la maldad natural del hombre. El origen de la moralidad no es la naturaleza sino la ley, pero ésta no encuentra más fundamento práctico que la fuerza para hacer posible su realización. El margen de libertad que permite a la conciencia individual insertarse en el mecanismo político, enriqueciéndolo con la aportación de un orden de valores, que sólo existen en la medida en que aquel mecanismo respete y estimule su autonomía, desaparece por completo. Si ese ha sido el error de Maquiavelo hay que reconocer que en gran parte la historia contemporánea ha contribuido de modo trágico a su consolidación. Al final del análisis de Maquiavelo y a más de cuatro siglos de distancia se levanta la sombra sangrienta de los estados de poder protagonistas de la reciente historia europea. Y quizá más allá, la desaparición absoluta de todo equilibrio entre los elementos de necesidad y libertad como fundamento de la vida social, y el mito negativo de la felicidad colectiva por pérdida de la noción de libertad de la conciencia individual.

* * *

Hemos recordado, al comienzo de estas notas, que el pensamiento europeo moderno se produce en abierta oposición a la especulación exclusivamente racionalista de la Edad Media como acercamiento radical a los datos de la experiencia. La observación directa de esos datos permite la formulación de leyes, que a su vez nos capacitan para operar sobre la realidad, puesto que han sido extraídas de ella. Ese es grosso modo el supuesto central de lo que podríamos llamar el punto de vista científico que, por su parte, Maquiavelo incorpora a la doctrina del Estado. Importa recalcar el aspecto utilitario de esas leyes como instrumento de una neta voluntad de dominio. Las artes del Estado deben reducirse, en el caso de Maquiavelo, a un tipo de ley «che non falla mai», si en efecto han de servir al hombre «para la conquista de fines prácticos y concretos». Por esa razón se formulan, según queda dicho, con el mismo carácter de precisión y validez general de las leyes científicas.

No hace todavía demasiado tiempo J. A. Maravall llamó la atención en estas mismas páginas (2) acerca de las conclusiones de un investigador alemán, Kremers, con respecto a la estructura del aforismo graciano. La forma empleada por Gracián apenas tiene nada en común con la literatura sapiencial de molde aforístico que llega al siglo XVII tremendamente desgastada como forma literaria. Hay en la expresión del jesuita, en su sequedad, en su densidad, en su precisa articulación, e incluso en su acusada falta de poesía, un elemento nuevo que sin duda proviene de uno de los factores señalados por Kremers en su análisis: la pretensión de conocimiento riguroso, emparentada de algún modo con la ciencia moderna. «Gracián—comenta Maravall por su parte—no nos da un contenido de *sabiduría* perenne y abstracta, sino que formula leyes... Los aforismos de Gracián son, por tanto, verdaderas fórmulas, que tienen cierto parentesco, por mucha que sea su honda discrepancia, con las leyes del pensamiento moderno.»

Es posible que si el análisis se apura hasta sus últimas consecuencias el parentesco resulte ser la relación de fondo y la discrepancia sólo superficial. Gracián no nos da «un contenido de *sabiduría* perenne y abstracta», como señala acertadamente Maravall. En ese sentido está en los antípodas del pensamiento escolástico como especulación abstracta y de contenido perenne. Es decir, entra de lleno en la revuelta antirracionalista que tiene lugar en el curso de esos dos siglos críticos del saber europeo y que—según hace ver Whitehead en un libro sobradamente divulgado—colorea de modo característico el nacimiento de la ciencia moderna.

Frente a la sabiduría escolástica de contenido abstracto, Gracián ofrece un tipo de conocimiento basado en la observación de la realidad y encaminado a operar eficazmente sobre ésta, con vistas también a la obtención de «fines prácticos y concretos». Ese conocimiento se traduce en un conjunto de leyes cuyo núcleo es la noción de *prudencia.* El ejercicio de la *prudencia,* como el ejercicio de la *virtù,* responde a un mecanismo de necesidad impuesto asimismo por la maldad radical del hombre. Con Maquiavelo el fin práctico perseguido era la realización del Estado; con Gracián, la realización de la persona.

El heroe graciano existe como fruto de una realidad hostil que es necesario saber manipular en beneficio propio. Sólo un ceñido análisis de esa realidad, su «desciframiento», permitirá obtener las reglas de la conducta personal que tienen en Gracián, al igual que las de la conducta política en Maquiavelo, un carácter exclusivamente técnico. Esa técnica viene a coincidir en ambos autores no sólo en su arranque y modo de formulación, sino en muchas de sus manifestaciones prácticas. Piénsese, por ejemplo, en la importancia común de la doctrina de disimulo o en el ejercicio del ardid, del artificio, de la astucia.

En su ensayo sobre la moral de Gracián, J. L. Aranguren ve en efecto el conjunto de reglas que constituyen el «arte de prudencia» como una trasposición del maquiavelismo al orden psicológico. «Gracián, como Maquiavelo, preconiza un comportamiento económico o pragmático, es decir, útil, eficiente, perfectamente ajustado al fin propuesto.» En ese sentido entiende Aranguren que el «arte de prudencia» se sitúa en el plano en que los actos humanos quedan justificados por su ajustamiento a la situación *(moral como estructura)* por contraposición al plano en que los actos se ajustan no ya a la situación, a la realidad, sino al contenido de la norma ética *(moral como contenido)* (3).

Esa actitud tiene sus antecedentes inmediatos en el plano de la moral política (Maquiavelo y sus discípulos), pero Aranguren considera que su fundador en el de la moral personal fué Baltasar Gracián. Tal afirmación me parece, en rigor, exacta. No obstante, la trasposición del maquiavelismo al orden de la acción personal encuentra antes de Gracián por lo menos un representante de importancia en Francis Bacon. El tema ha sido estudiado en detalle por el profesor Orsini (4). La influencia de Maquiavelo es visible y explícita en los *Essays* y en el *Faber Fortunae,* donde los principios formulados por el secretario florentino se adaptan a un sistema general de ética. El comportamiento económico o pragmático, presidido por la idea de la utilidad personal, rige en todo tipo de relaciones humanas, incluso en las tradicionalmente basadas en supuestos de signo contrario, como la amistad o el amor.

Sin embargo, la construcción baconiana carece de la coherencia última que caracteriza al sistema de Maquiavelo. Es el de éste, como queda dicho, un sistema de necesidad impuesto por la maldad radical del hombre, y sólo a partir de ese supuesto cobran vigencia las complicadas normas que han de regir la conducta pública. Bacon asimila esos principios, pero despojados de su raíz de necesidad, ya que mantiene por su parte—con manifiesta incoherencia de fondo, que el profesor Orsini ha señalado—una concepción optimista de la naturaleza humana. Por eso puede decirse que la emancipación de lo político no encuentra en rigor su exacto paralelo en el plano de la conducta personal hasta llegar a Gracián.

El «arte de prudencia», tal y como aparece configurado en *El Heroe,* en *El Discreto* y en el *Oráculo,* está constituído por un conjunto de reglas con un valor estrictamente funcional. Los actos por ellas regidos se producen en un vacío moral, es decir, no en función de la norma ética, sino en virtud de un mecanismo de adaptación a la realidad, a la situación, a la ocasión o, como Gracián diría, a la «sazón». La naturaleza de esa realidad es fundamentalmente hostil y sólo el arte de prudencia, evidentemente concebido como ciencia del triunfo personal, permitirá alcanzar en la lucha contra el mundo el éxito en el mundo mismo. La raíz de necesidad del mecanismo de prudencia es la hostilidad del mundo y la soledad de la persona como consecuencia de la maldad radical del hombre.

Creo que en este primer desarrollo de la obra graciana el paralelismo con el sistema establecido por Maquiavelo no puede ser más completo. No en vano veía Lastanosa en *El Heroe* una «razón de estado» del individuo, observación que pareció a Amelot de la Houssaie lo suficientemente significativa para repetirla en el prefacio de *L'Homme de Cour.* Por supuesto, fué Gracián manifiestamente antimaquiavelista, y lo fué en nombre de la doctrina de conciliación, característica de la época, que se conoce con el nombre de tacitismo. Sabido es, sin embargo, que en materia política los escritores de la órbita jesuíta reprodujeron con frecuencia, no obstante su antimaquiavelismo, los principios del secretario florentino bajo el supuesto de derivarlos de Tácito (5). Quiere decirse con ello que los ataques de Gracián a Maquiavelo (recuérdese, por ejemplo, el conocido pasaje del *Criticón* en que se califican las máximas del *Príncipe* como «razones no de estado, sino de establo») (6) no son por si solos argumento que impida ver la raíz común y el paralelo desarrollo de ambos sistemas.

Cuanto hemos dicho hasta aquí se refiere fundamentalmente al ciclo graciano representado por *El Heroe, El Discreto* y el *Oráculo.* El conjunto de la obra del jesuita aragonés no llega a constituir un sistema único, pero no por ello es menos significativa; antes bien, es posible que su significado como testimonio de un tipo de situación espiritual característica resida precisamente en el hecho de estar compuesta de planos que coexisten sin encontrarse o fundirse nunca. A mi modo de ver, el intento de quienes pretenden reducir el pensamiento de Gracián a armónica unidad, dentro de cierto tipo de notas masivamente asignadas a lo que se ha llamado nuestra literatura nacional de la época áurea, impide comprender en rigor la naturaleza última de ese pensamiento.

Quizá en ningún momento esa brusca incomunicación entre los distintos planos de la obra graciana quede más al desnudo que cuando nuestro autor cierra en su *Oráculo* el análisis de las condiciones de perfección de la persona para un triunfo estrictamente humano con la inesperada recomendación de que se ha de ser: «En una palabra, santo, que es decirlo todo de una vez.» La falta de correspondencia última entre esa síntesis y lo que se pretende resumir en ella salta a la vista del menos perspicaz. Porque es evidente que la moral funcional del «arte de prudencia» existe gracias a un análisis de la condición humana y de los recursos de la persona en el que se ha hecho abstracción de toda posible interferencia con la moral tradicional de contenido cristiano.

El tipo de hechos a que Gracián circunscribe su análisis ha sido aislado en principio con el mismo rigor que en el caso de Maquiavelo. La vida moral queda configurada como un mecanismo implacable de afirmación de la persona, al margen del cual la conciencia del compromiso religioso surge a destiempo, sin dramatismo, y también—hay que decirlo—, sin mayores posibilidades de incorporación profunda.

En vías de dar criterios de acción práctica, Gracián ha de operar sobre determinado tipo de nociones—la noción del *otro,* por ejemplo—construídas de espaldas a la moral evangélica. Recuérdese a ese propósito que en la parábola del pasajero que libera al malhechor sepultado vivo, de la que se vale Critilo para explicar a Andrenio la naturaleza humana (7), el prójimo cristiano sigue conservando su valor ejemplar, pero con signo negativo.

No quiere eso decir que en el orden personal no sintiera Gracián el compromiso religioso. Su situación—como señala André Rouveyre en un trabajo que probablemente sigue siendo la aportación de fondo más importante al estudio de nuestro autor—es semejante a la de muchos pensadores de los siglos XVI y XVII (Montaigne, Descartes, Gassendi, etc.) «bons chrétiens en ce sens qu'ils pratiquaient, et même qu'ils croyaient, sans vouloir y regarder de trop près...» Es más, en el caso de Gracián, el plano religioso existe también en su obra, pero sin posibilidad de fusión cordial con los demás elementos de la misma. Creo que sin aceptar ese planteamiento del problema no será fácil incorporar a Gracián sin desfigurarlo y sin restar a la vez a su obra el valor de testimonio situacional que a todas luces tiene.

(*) JIMÉNEZ, Alberto: *El error de Maquiavelo.* Reprinted from «Hispanic Studies in Honour of I. González Llubera». Oxford, 1959.
ARANGUREN, José Luis: *La moral de Gracián.* Revista de la Universidad de Madrid. Vol. VII, número 27.

(1) PRAZ, M.: *Machiavelli and the Elizabethans,* en «The Flaming Heart», New York, 1958.

(2) MARAVALL, J. A.: *Un mito platónico en Gracián.* INSULA, núm. 155, octubre 1959.

(3) Véase del mismo autor: *Etica,* Madrid, 1958, pág. 66.

(4) *Bocone e Machiavelli.* Génova, 1956. Para otras indicaciones bibliográficas véase M. Praz, loc. cit., págs. 100 y ss.

(5) Véase TOFFANIN, G.: *Machiavelli e il Tacitismo,* Padua, 1921.

(6) *El Criticón,* ed. Romera Navarro, I, vii, página 236.

(7) Ibídem, I, iv, págs. 152-153.

(8) GRACIÁN, Baltasar: *Pages caractéristiques.* París, 1925, pág. 50.

EL TIEMPO JOVEN

Una generación en marcha (1)

CASTICISMO Y COSMOPOLITISMO

Continuamos con nuestras reflexiones sobre aquellos aspectos generales, característicos de la nueva generación. Yo quisiera que estas especulaciones más o menos teóricas no se hicieran ni demasiado largas ni demasiado pesadas —la pesadez no tiene perdón en literatura ni en periodismo—, pero es menester que nuestra andadura comience por ellas. Eso, si de verdad, con un mínimum de rigor y de entusiasmo, pretendemos realizar los cometidos propuestos. Ahora bien: como quiera que de mes a mes hay nada menos que treinta días, voy a facilitarle al lector el esquema de esos temas generales que todavía acapararán nuestra atención antes de entrar en obras o géneros particulares. He aquí, pues, ese esquema: *El problema de un arte popular, con un aparte sobre el folletín y la evasión de las masas. El realismo, el testimonio y el compromiso, con un aparte sobre la literatura objetiva. Busca del poeta prometeico o necesidad de un hombre representativo. Imagen abstracta del artista ideal y a la altura de la época.* Vistas estas cuestiones—cuestiones vivas en el ambiente—, intentaremos buscarle toda su dimensión a esas nuevas y esperanzadoras realizaciones que, como hemos dicho, acaban de hacer acto de presencia en el mundo del arte y del pensamiento.

* * *

En el artículo anterior tratamos de ver cuáles son las relaciones de esta nueva generación con las precedentes, en especial con aquel renacimiento español que abarca tres generaciones ilustres. Y concluímos que había una dolorosa e inevitable ruptura, aun cuando un hombre joven puede todavía encontrar allí vigorosas simientes de las que nutrirse y, en parte, crecer. Pero—hemos dicho—no se puede vivir de migajas del pasado, y al pasado hay que dignificarle, y sólo hay una manera de dignificarle, que es superarle. Revaiorar y justipreciar al 98, y luego superarle, fué la doble meta que se nos apareció como más óptima y de urgente necesidad.

Pero, la verdad sea dicha, en España nunca hemos hecho las cosas así. Por lo general, nuestra actitud ha sido siempre la de aquellos soldados iberos que, viendo a un soldado romano hacer la guardia, estallaron en sonoras carcajadas, pues entendían que un soldado sólo podía estar descansando o peleando. Difícilmente encontramos en el acontecer histórico de nuestra literatura—la literatura es el campo más próximo a estas reflexiones—una generación que haya sabido hacer la guardia, mantener vivas todas aquellas conquistas que vienen de atrás y, desde ellas, partir cordialmente hacia otras nuevas y de más ancho cauce. Aquí esto no ocurre, por lo general. Aquí, cada generación rompe con lo anterior—que desconoce—y busca su alimento en valores de importación; o, en el caso opuesto, rompe con lo exterior y con lo anterior—que de la misma forma desconoce—, cierra bien las puertas de su casa y se echa a dormir a la bartola. He aquí la doble faz, el doble gesto trágico, de lo que casi, casi parece un triste y amargo destino. Y he aquí su nombre: casticismo y cosmopolitismo, entendidos como cosas opuestas e irreconciliables. O sea: entendidas en su perfil mostrenco.

Es una vieja cuestión, una antigua encrucijada, con la que la nueva generación también ha tenido que enfrentarse. Me parece que las causas ya quedaron vistas en el artículo anterior. En éste pretenderemos ver la cuestión en sí misma, centrándonos en la novela.

En su *Panorama de la literatura española contemporánea,* Torrente Ballester—que muy agudamente ha sabido estudiar la secular pugna entre lo castizo y lo cosmopolita—, señala un triple período en la novela española de postguerra. Tal período comprende: *de 1940 a 1945,* un aislamiento «castizo», que—dice Torrente—de ningún modo fué «espléndido», y en el que sólo hay aportaciones individuales y esporádicas—así, un Cela—, pero no el trabajo común de toda una generación; por entonces pululan traducciones de novelistas de cuarta clase: Maugham, Zweig, Zilay, etc. *Hacia 1946,* contacto reanudado con el exterior, momento de receptividad, durante el cual «la cultura europea y americana posterior al 36 entran, no encauzadas, sino en balumba», y el desconcierto es, por supuesto, total: un Faulkner o un Sartre, por ejemplo, no crean escuela, sino que, mal digeridos, crean imitadores. Finalmente, *hacia 1954,* brote de una nueva promoción, encabezada por Sánchez-Ferlosio y Aldecoa, en la que esta fiebre cosmopolita se supera y la realidad española ya empieza a ser vista y presentada. (A los nombres de Aldecoa y Sánchez-Ferlosio añadiremos—el libro de Torrente data del 56—el de Juan Goytisolo, así como también los de López-Pacheco, Ramón Nieto, etc., etc.)

El esquema de Torrente nos permite contemplar el conflicto casticismo-cosmopolitismo en toda su perspectiva. Esa joven novela que aparece hacia 1954, ¿de dónde viene? Es muy difícil asegurar que venga de Galdós o de Baroja, aunque claro es que su sola existencia presupone la de ellos. Pero esa joven novela no viene de Galdós ni de Baroja. Es—quiérase o no—algo totalmente distinto (2).

Con todo, los intentos realizados por los novelistas más jóvenes en busca de una novela enraizada en la tradición, profundamente española y, a la vez, a la altura de los tiempos, han sido, desde Aldecoa y Sánchez Ferlosio, múltiples e ininterrumpidos. Que esos intentos hayan tenido una ejecución feliz, en este punto, ya es otro cantar. Por el momento asistimos a un esfuerzo y una esperanza. Aunque, de vez en vez, nos encontramos con el consuetudinario papanatismo cosmopolita o con el habitual desprecio por lo que está atrás. Como ejemplo de lo primero, valga recordar todo ese edificio teórico, sin pies ni cabeza, construído a propósito de una de entre las muchas modas que París lanza cada año, y que allí nunca se toman demasiado en serio, pero que aquí, la que prende, se convierte en dogma absoluto. Me refiero al «objetivismo», del que en su día hablaremos largo y tendido. Y como ejemplo de lo segundo, como ejemplo del desprecio—no demasiado consciente— por lo que está atrás, repasemos las destempladas afirmaciones de Juan Goytisolo respecto a las teorías de Ortega sobre la novela. (Juan Goytisolo es un excelente novelista, y uno de los más representativos de esa *novela española* que hoy alborea. Sin embargo, cuando habla de Ortega se equivoca de medio a medio. Las teorías de Ortega sobre la novela son—¿quién lo duda?—muy discutibles, pero son también de una gran seriedad, de un gran rigor, de una extremada agudeza, y para poder rebatirlas es menester, claro está, un rigor, una seriedad y una agudeza similares.)

En resumen: la novela francesa, la italiana y, sobre todo, la norteamericana, han constituído en estos últimos años el modelo al que todo joven novelista español quería parecerse. Sin embargo, esto empieza a quedar alejado. Es muy posible que de un momento a otro nos encontremos con que de este viejo suelo emergen unos frutos castizos—pero proyectados en lo universal, acordes con la hora actual del mundo—, nacidos de *esa eterna juventud que se hace del pasado macizo de la raza.* Y quizá no tardemos en tener una novela española que, en cuanto a calidad y modernidad, pueda equipararse a la francesa (no a la «objetiva», sino a la que vale la pena), a la italiana o a la yanqui.

Pero esto son hipótesis, y las hipótesis no deben entrar en nuestro estudio. Lo cierto es esto: que los jóvenes novelistas buscan hoy, ahora, por unos o por otros caminos, la realidad española como tema central de su inspiración y de su trabajo. Pero entendiendo la realidad española, no al modo «castizo», sino entendiéndola como algo que tiene que jugar un papel en el concierto del mundo. Aquel ideal que «Azorín» enunciara en 1916 —y sin duda compartido por toda su generación—muestra en el momento presente una singular lozanía: *La energía y la aspereza española pueden ser el matiz de una civilización intensa y original. Sobre un fondo común humano, poner el sello nuestro: ése es el ideal.*

Exactamente: ése es el ideal.

Ricardo Domenech

(1) Ver los artículos anteriores de esta serie en nuestros números de mayo y junio.

(2) Cela, que estilísticamente ha influído mucho en la joven novela, no acertó a ser el feliz puente de unión entre lo de atrás y lo que tenía que venir. Y es que ese puente de unión no podía construirse exclusivamente sobre cimientos «formales», sino también y ante todo sobre cimientos de «fondo». Una página de Cela siempre se lee con gusto—y especialmente si es de «Viaje a la Alcarria». «La colmena» o «La familia de Pascual Duarte»—; pero, tras la lectura, siempre, siempre echamos algo de menos. Echamos de menos ese profundo—y no aparente—temblor vital que desborda, pongamos por caso, las páginas galdosianas o barojianas. En cuanto a corrección, plasticidad, musicalidad o gracia expresiva, la prosa de Cela sólo puede comporarse a la de aquellos grandes maestros del lenguaje que fueron desde distintas posiciones, Ortega, «Azorín» o Valle-Inclán. Pero cualquier novelista de los más jóvenes se encuentra más cerca que él en la revelación de esto que se ha dado en llamar «tercera dimensión» de las realidades humanas; revelación que, naturalmente, compete al novelista y, de una manera amplia y general, a todo escritor. También Torrente sostiene algo muy parecido en su «Panorama...».

UNAS PREGUNTAS A AQUILINO DUQUE

Aquilino Duque, que, como saben ya nuestros lectores, obtuvo recientemente el Premio de cuentos «Washington Irving», es un sevillano inquieto y fino, un andaluz fiel a su tierra—y a su acento—, pero fiel también a lo universal, ávido de aires y lecturas de fuera, con el dominio de varios idiomas le permite gustar en su propia salsa. Aquilino Duque, viajero por los caminos de Tejas, de Cambridge o del viejo Rhin, no traiciona su talante y su acento de la más pura Andalucía, pero se siente igualmente ciudadano de Europa, y del mundo. Nada de lo que pasa por éste, si es importante y vital, le es ajeno.

Aquilino Duque, visto por A. Gimeno.

Autor de dos libros de poesía, *La calle de la luna* y *El campo de la verdad,* y de un volumen de versiones de Roy Campbell—publicado en la colección Adonais, como el segundo de esos dos libros—, Aquilino Duque trabaja actualmente como traductor de alemán, pero sobre todo escribe ilusionadamente novela y cuento. Hemos querido hacerle unas preguntas para los lectores de Insula, y amablemente ha accedido a contestarlas.

—¿Dónde y cuándo comenzaron tus primeras tentativas literarias?

—*De los trece años datan mis primeros versos épicos y narrativos, y de los catorce mis primeras efusiones líricas con amantes puramente imaginarias. De los dieciocho, mis primeras publicaciones, en una hoja provinciana brasileña de cinco números de duración.*

—Hay una leyenda sobre tus viajes, tan imprecisa como la de la juventud de Rafael Lasso de la Vega, tu paisano. ¿Quieres concretar ese capítulo viajero de tu *curriculum vitae?*

—*Esa es una historia larga de contar, en particular teniendo en cuenta que es historia aún sin concluir. Las leyendas que puedan circular se quedan, como todas las leyendas, a medio camino de los hechos. La fantasía del aventurero suele casi siempre exceder a la del narrador. Soy persona de costumbres pacíficas, pero mantengo una porfiada carrera con el tiempo y al final de todo quisiera poder decir tan sólo que he vivido.*

—¿Crees que esa experiencia tuya de tierras y vidas extranjeras haya podido influir de alguna manera en tu obra?

—*Por supuesto. Desde lejos y desde fuera se ven y se comprenden mejor las cosas propias. Mi obra—más propósito que realidad—tiene mucho que ver con mi país. Mi país—recuérdese el proverbio germánico—es un bosque cuya visión obstaculiza los árboles de que está compuesto.*

—¿Tu idea o tu sentimiento de la poesía? ¿Estimas que la tuya es esencialmente andaluza?

—*Ser poeta es, para mí, tener el mágico poder de llamar a las cosas por sus más bellos nombres, y la poesía es un modo de comunicarme con toda aquella gente que me es simpática. Mi poesía es radicalmente andaluza; pero, entendámonos: creo en la poesía española; aspiro a ser considerado poeta español, y si confío en dar cumplimiento a mis aspiraciones, ello se debe a que me valgo en mi empeño de unos elementos de naturaleza estrictamente andaluza. Paul Fort compadecía a las personas que hablaban sin acento. Yo hablo verso castellano con acento del Mediodía. O al menos lo pretendo.*

—¿Qué es para ti el arte del cuento? ¿Cómo definirías el cuento *El festival de la pañoleta,* con el que has obtenido el premio Washington Irving?

—*El arte del cuento, en mi caso concreto, se reduce a una experiencia estilística, una búsqueda de procedimientos, un aprendizaje de métodos literarios con vistas a su aplicación a una obra de mayor empeño y envergadura, es decir: la novela. En* El festival de La Pañoleta *se ensayan varias técnicas: hay realismo cuando hay pocos personajes, impresionismo cuando sale una masa de gente, o sea, cuando las figuras no dejan ver los detalles del fondo y se integran en cierto modo en el paisaje. Respecto a su tema, se pretende sacar a relucir la trascendencia que cabe en los componentes tópicos de la literatura fandanguera: la gitana, el torero, la corrida. Decoraciones de pandereta de las que se nos suele dar la parte que menos importancia tiene.*

—¿Tus maestros ideales en la poesía ?

—*Gil Vicente, Góngora, Quevedo, Lope de Vega, Ronsard, Shakespeare, Schiller, Rimbaud, Alberti, etc., etc. Se aprende cada día y hasta de quien tiene menos edad que uno. Al menos en principio...*

—¿En la narrativa?

—*Cervantes, Quevedo, Voltaire, Stendhal, Zola, Proust, Mann, Valle-Inclán, Dostoyevski.*

—¿Qué preparas actualmente?

—*Una novela y un libro de cuentos.*

—Por último: ¿Cómo ves la situación actual de la poesía y la narrativa en España?

—*Más cerca de la realidad que de la verdad.*

J. L. C.

REVISTA DE REVISTAS

El número de abril de *Papeles de Son Armadáns* es un homenaje a Pablo Picasso. La portada lleva un dibujo original del genial pintor dedicado a Camilo José Cela, quien abre el número con un texto, «El viejo picador», que evoca una visita a Picasso en Cannes. A este sabroso texto del director de *Papeles* siguen artículos de Enrique Lafuente Ferrari, Maud y Eduardo Westerdahl, Guillermo de Torre, Cesáreo Rodríguez Aguilera, Vicente Aguilera Cerni y D. García Sabell. Y poemas, escritos en homenaje al pintor, de Manuel Altolaguirre, Gabriel Celaya, Carlos Barral, Angel Crespo, Rafael Santos Torroella, Celso Emilio Ferreiro y Anthony Kerrigan.

★

La revista argentina Sur *publica en su número de marzo-abril textos de Georges Blin, "La impureza del nido"; Juan Rodolfo Wilcock, "El caos"; Robert Payne, "Los últimos días de Dostoiewsky"; Dylan Thomas, "Elegía", con una nota sobre este poema póstumo del gran poeta inglés, por F. della Paolera; Jaime Rest, "Presencia de Güiraldes"; Rafael Pineda, "Entrevista con John Wain".*

★

Cultura Universitaria, la excelente revista de Caracas, ofrece en su número LXVIII-LXIX trabajos de Gerard Funke Mainz, «La filosofía del respeto por la vida»; Rodolfo Mondolfo, «El flujo universal en Heráclito»; Luis Cernuda. «Goethe y Holderlin»; Juan Goytisolo, «Otoño en el puerto cuando llovizna»; Luis Alberto Sánchez, «Función social de la Universidad»; Juan Sánchez Peláez, «Homenaje a Benjamín Peret», y otros textos de interés.

★

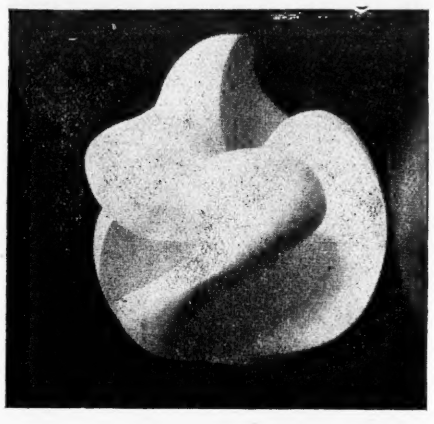
El número de mayo-junio de Cuadernos *se abre con un texto de José Luis Aranguren, "Etica y política", y publica otros trabajos de José Ferrater Mora, "Dos obras maestras españolas"; Arturo Torres Rioseco, "Notas sobre el origen del estilo modernista"; Claude Couffon, "Carlos Fuentes y la novela mexicana"; Darío Puccini, "Una poesía inédita de Miguel Hernández" (con el texto del poema); José R. Marra-López, "Conversación con Buero Vallejo sobre el teatro español".*

EL EQUIPO 57

por

JOSE M.ª MORENO GALVAN

DEBEMOS registrar el fenómeno: en el público de hoy queda ya muy poca reserva de sorpresa como para reaccionar ante el arte actual con la hostilidad y violencia que era habitual no hace aún muchos años. Por supuesto, no se puede decir que la inmensa mayoría haya sido iniciada de golpe en ese gran secreto. Lo ve, compartiendo una vida ya casi cotidiana, como un aditamento pintoresco de ella, como una facción jeroglífica o, en el mejor de los casos, como una actitud investigadora digna de respeto. Pero es evidente que cuenta con él, que transige con su presencia, que se ha acostumbrado.



Una escultura del Equipo 57.

Aun así—la última exposición del "Equipo 57" ha venido a recordárnoslo—quedan actitudes en el arte de hoy que siguen ofreciendo un flanco vulnerable al fácil chiste con que el gacetillero de turno se presta oficiosamente a alentar en el público la hilaridad como respuesta a todo lo que ignora. Hay que decir que el "Equipo 57" ofrece una vulnerabilidad a título gratuito: Su cuerpo de doctrina queda ya muy lejano de toda presunta "voluptuosidad de ser silbado"; no se recaba, como contrapartida, ninguna notoriedad pintoresca o genial, ningún título de maldito. Se pretende, sencillamente, ofrecer el resultado de una investigación, consecuencia lógica de una actitud ante el arte y ante la vida que, a pesar de todo, es insólita.

El "Equipo 57" es, en principio, un grupo de cinco artistas que voluntariamente han querido dimitir de muchos de los prestigios carismáticos que de manera automática se le concede al título de "artista", para retirarse a la posición, más discreta, de "investigadores". Tratando de resumir a la mínima expresión su posición, diríamos que su método no es otra cosa que un tratamiento del espacio plástico. Naturalmente, ello se deriva de un concepto del espacio. Según éste, no se puede establecer una dualidad conceptual entre el espacio y los cuerpos en él sumergidos; vacío y cuerpos son espacio, sólo diferenciados entre sí por una diferencia cuantitativa de densidades físicas. Su tratamiento del espacio consiste en llevar a la plástica el estudio de esas diferencias de densidades. Tanto su pintura como sus esculturas y estructuras espaciales, investigan en realidad el valor de los límites de densidad de un espacio considerado único; dinamizan los límites en sus inflexiones e incidencias—espacio-masa, espacio-color, espacio-aire, etc.—, con un sentido analítico. El resultado es, más que una "obra de arte", una experiencia, que puede o no ser aplicable a los objetos de la vida diaria, pero que, en último término, se realiza con un fin pragmático.

A nadie le sorprende hoy el hecho de que la mayor parte de las investigaciones que se están realizando en el campo de la ciencia o en el de cualquier actividad utilitaria la estén llevando a efecto equipos innominados. Nadie, al menos hasta ahora, se ha creído obligado a reclamar nombres propios como defensa de los imprescriptibles derechos de la personalidad más o menos genial. Y, sin embargo, en cuanto se habla de un cuadro o una escultura realizados por un equipo, se erizan automáticamente las espinas de la hostilidad. Esto es, justamente, lo que ocurre en el caso del "Equipo 57", pues en cada una de sus realizaciones queda voluntariamente diluída la personalidad de sus creadores: el vasco Agustín Ibarrola, el extremeño Angel Duart y los cordobeses José Duarte, Juan Serrano y Juan Cuenca. Se adivina la objeción: El arte es arte precisamente por ser "otra cosa" distinta a cualquier actividad de destino pragmático, y en virtud de ello le exigimos al ejecutante una mínima delación existencial a la cual llamamos "estilo". ...Dicho todo eso, se advierte que la posición polémica del "Equipo 57" no se deriva tanto de la defensa de su método de realizaciones empíricas, cuanto de la legalización del ideario base desde el que todo el arte es concebido. Por lo pronto, el "Equipo" pone en tela de juicio la validez universal de un arte de la expresión personal. Frente a él, recaba el reconocimiento de un arte que no sea tanto expresión como investigación; que se desentienda del testimonio minúsculo de una vida, al fin y al cabo "íntima", la del artista, para caer en la cuenta de la posibilidad de una investigación con ulterior finalidad en la vida diaria, el diseño a escala industrial, la habitabilidad, etc. Claro está que su posición no reclama solamente un reconocimiento; demanda, sobre todo, el establecimiento de una jerarquía que debe fundarse en la prioridad que el "Equipo" le atribuye a un arte de destino social frente a otro de origen personal.

Es evidente que, si se acepta la posición teórica, la actitud metodológica del trabajo en equipo queda automáticamente justificada. Si la experiencia fuese reciente, tal vez podría justificarse el adoptar ante ella una actitud conmiserativa. Pero acontece que el "Equipo 57" trabaja así desde hace más de tres años. Desde su exposición en el Rond Point, en junio de 1957, el equipo no solamente elabora conjuntamente una investigación, sino que se ha solidificado en una especie de sociedad familiar donde no se advierte la menor fisura, porque hay una finalidad última que borra siempre sus diferencias. Esto, que es mera anécdota, es en sí mismo elocuente como para reclamar una posición de respeto.

SEMILLA Y SURCO

COLECCION DE CIENCIAS SOCIALES

VOLUMENES APARECIDOS DE ESTA COLECCION:

N.º 1 McIver-Page
SOCIOLOGIA
Ptas.: 280

N.º 2 Moussa
LAS NACIONES PROLETARIAS
Ptas.: 96

N.º 3 Meynaud
INTRODUCCION A LA CIENCIA POLITICA
Ptas.: 180

N.º 4 Pasdermadjian
LA SEGUNDA REVOLUCION INDUSTRIAL
Ptas.: 80

N.º 5 Chambre
EL MARXISMO EN LA UNION SOVIETICA
Ptas.: 200

Próxima aparición del volumen 6.º:

INTERCAMBIO INTERNACIONAL

Primera colección de Ciencias Sociales que se sitúa al nivel de nuestro tiempo y enlaza con la mejor tradición editorial española en esta rama del saber.

OTRAS NOVEDADES DE EDITORIAL TECNOS

Stout
RESTAURACION Y CONSERVACION DE PINTURAS
Ptas.: 150

Dirigida a pintores, restauradores, conservadores y directores de museos, coleccionistas, propietarios de cuadros, estudiantes, aficionados y amantes de la pintura en general.

Marina Romero
PAISAJE Y LITERATURA DE ESPAÑA
Ptas.: 700

«Antología de los escritores del 98, cuyo encanto nos llega al corazón por el feliz concierto de la plástica y la literatura» (Fernández Almagro: A B C).

Pedidos a su librero y a:

EDITORIAL TECNOS, S. A.
Valverde, 30 Madrid - 13

JEAN COCTEAU, HOY

por

G. CHARENSOL

ADORMECIDO durante más de un siglo en el centro de París, el Palais Royal fué durante mucho tiempo el refugio de los poetas amigos de Henri de Régnier, que encontraban allí una noble arquitectura, verdor y silencio. Después, Colette fué a vivir a la calle Beaujolais y se puso de moda alquilar un pisito encima de las galerías frecuentadas en otra época por una multitud bulliciosa y en las cuales no hay actualmente más que modestas tiendas.

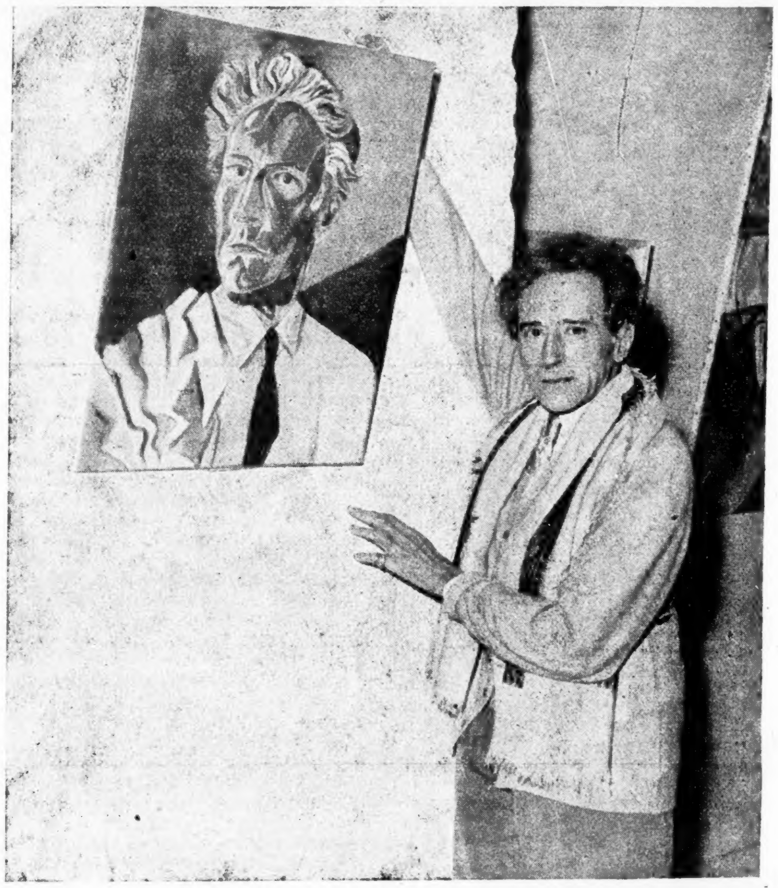
Jean Cocteau fué uno de los primeros que se instaló en la calle de Montpensier, y en seguida su modesto alojamiento fué invadido por poetas, periodistas, comediantes, todos los que forman voluntariamente la corte de este príncipe de la juventud. Hasta tal punto, que la abandona frecuentemente para irse a su tranquila casa de Milly, o con más agrado aún a Cap Ferrat, donde la señora Weisweiller le ofrece una fastuosa hospitalidad.

En esa Provenza que tanto ama es donde ha rodado en gran parte su último film, *Le Testament d'Orphée*. Primero en Baux, donde las gigantescas canteras abandonadas le han suministrado las más insólitas decoraciones; en Villefranche-sur-Mer después, uno de los lugares que prefiere y donde se siente más a gusto, ha fijado en la película sus callejuelas, sus pasajes, sus escaleras por donde erró con frecuencia en otros tiempos.

Sin embargo, para terminar *Le Testament d'Orphée* ha vuelto a París y se le ha vuelto a ver en el Palais Royal, donde una criada bondadosa anota en una gran pizarra todas las citas de Cocteau, desde las sesiones de la Academia hasta las visitas del más modesto poeta, a los que recibe con agrado sabiendo que éstos se llevarán a su provincia el recuerdo de los fuegos artificiales que durante una hora exhibirá para él sólo ese hermano mayor, de silueta asombrosamente joven y tan dinámica a los setenta años como lo era a los veinte, apasionado siempre por la poesía, el teatro, la pintura, el cine. Con frecuencia he podido escuchar ese asombroso monólogo desbordante de hallazgos verbales, de imágenes líricas:

«Lo esencial en mi film—suele repetir—no está en la presencia de los personajes famosos que han aceptado intervenir en él. Por amistad hacia mí aparecen Pablo Picasso y Serge Lifar, Jean Marais y Charles Aznavour, Yul Brynner y el torero Dominguín. Pero no he querido servirme de ellos, y ni siquiera figuran sus nombres en el reparto.»

Le Testament d'Orphée es el séptimo film de Jean Cocteau, si se incluye en la lista los que ha inspirado, como *L'Eternel Retour* y *La Belle et la Bête*. Pero están tan fuertemente marcados por su personalidad, que no se les puede atribuir, uno a Jean Delanoy, el otro a René Clément. Por el contrario, son sus obras más características, con *Le Sang d'un poète*, con la que comenzó en 1930, y con *Orphée*. Entre las dos adaptó sus piezas *L'Aigle à deux têtes* y *Les Parents terribles*, y nos dió del *Ruy Blas* de Víctor Hugo una versión muy personal.



Jean Cocteau mostrando su «Autorretrato».

De todos estos films, el más logrado es, indudablemente *La Belle et la Bête*, donde el sueño y lo real se mezclan de manera tan íntima como en el cuento de la señora Leprince de Beaumont. *Le Testament d'Orphée* se inclina más bien del lado del sueño, como hace treinta años *Le Sang d'un poète*, y más recientemente ese *Orphée*, de donde toma hoy sus personajes esenciales, reservándose, sin embargo, el principal papel, para expresar claramente el carácter autobiográfico de dicha obra, sobre el cual no quiere ser interrogado.

—Ya he puesto—dice—en subtítulos: «No me preguntéis por qué.»

Si se insiste, añade, sin embargo:

—*Le Testament d'Orphée* es mi último film, análogo por la libertad de su estilo al primero, *Le Sang d'un poète*. Interpreto mi propio papel, porque desapruebo esos films documentales que nos dan y que dicen relatar nuestra vida.

Con esto, Jean Cocteau alude, evidentemente, a los numerosos films consagrados a André Gide, Paul Claudel, Colette y François Mauriac. Pero si se le pregunta si ha querido hacer un autorretrato, responde:

—Mostrando episodios imaginarios me aproximo a mi vida y doy una imagen exacta de ella.

Exacta pero muy transpuesta, es necesario reconocerlo. Lo fantástico, que siempre le fué familiar, está representado en el film con diferentes trucajes que permiten a los personajes aparecer, desaparecer y llevar a cabo acciones irrealizables en la vida real. Pero no hay que engañarse, sin embargo, sobre el carácter muy personal de este relato formado de episodios que, en apariencia, tienen pocos lazos entre sí. El título es ya suficiente para recordarnos el gusto de Jean Cocteau por los mitos y más particularmente por los recuerdos de la antigüedad: el compañero de su *Orphée* se llama Cégeste, como un templo de la Gran Grecia. Y se ve pasar a la esfinge, y a Edipo, representado por Jean Marais. Pero escuchamos también al autor cuando se le pregunta si no teme desconcertar al público:

—El genio consiste en santificar las faltas, en imponer faltas tan faltas que dejen de ser faltas y se conviertan en ejemplos.

En efecto, ninguna definición corresponde mejor a esa obra insólita.

"LOS CHICOS"

FILM DE MARCO FERRERI, SOBRE GUION DE LEONARDO MARTIN

por MANUEL RABANAL TAYLOR

HAY más de dos millones y medio de seres comprendidos entre los catorce y los dieciocho años sobre la realidad española, y constituyen, aproximadamente, el ocho por ciento de nuestro censo. Son «los chicos».

Es una parte considerable de la población, con un gran peso específico, pues, dentro de algunos años, estos muchachos, ya pertenecientes a la generación nacida después de la guerra civil, van a ser los componentes principales y activos de una sociedad; y de ellos dependerá, en gran parte, que ésta sea más justa y más humana, o bien, que siga, como hasta la fecha, arrastrando el pesado fardo de la frustración vital, originado por la supervivencia de estructuras económicas y sociales periclitadas y ampliamente sobrepasadas en otros países, pero que permanecen en el nuestro a modo de pesadas lápidas que sepultan tanto las necesidades físicas más inmediatas como todo posible desarrollo cultural.

Por todo ello, para escrutar nuestro porvenir social, es apasionante, y necesario, el estudio de esta capa generacional. El problema casi insoluble, surge con su mera enunciación, pues, hoy por hoy, no sabemos prácticamente nada de nuestros chicos, y además, faltos de recursos oficiales, es imposible subsanar esta deficiencia informativa.

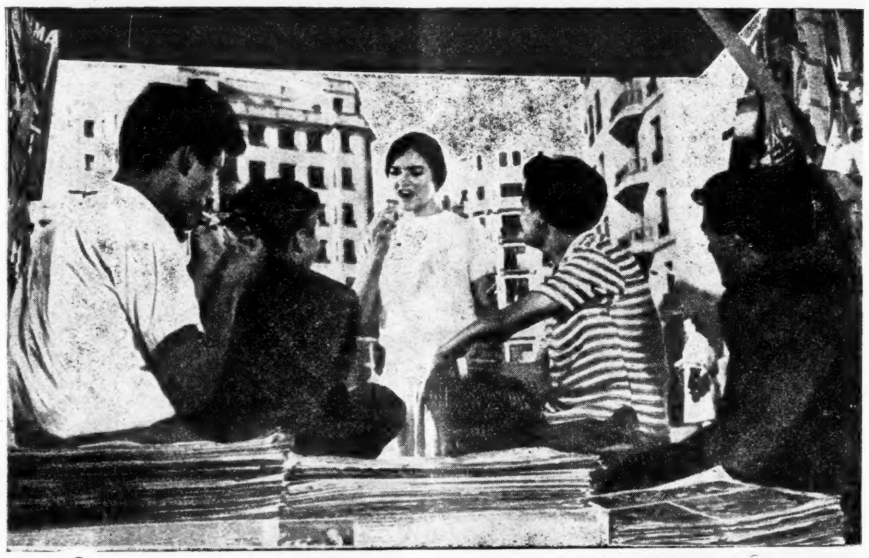
Cierto que existen las obras de educadores y psicólogos. Pero éstas sólo enfocan el problema en su generalidad, nada más que desde el lado pedagógico, faltando el examen directo e inmediato de la caracterización social de los chicos de nuestro tiempo adoleciendo del hecho de que la pedagogía producida hasta la fecha en España es claramente clasista, burguesa en una palabra, y no se ha preocupado, ni poco ni mucho, del muchacho proletario.

Pero, aparte de esos conocimientos abstractos, explicativos de ciertas reacciones subjetivas psicológicas, ¿qué conocemos de su verdadero ser social? ¿Cuáles son sus ideales? ¿En qué piensan? ¿De qué hablan? ¿Cómo actúan? En resumen: ¿qué pasado, presente o futuro tienen los chicos españoles? ¿Cómo son nuestros chicos? ¡Ah!, de esto sí que no sabemos nada. Están ahí, inmediatos, pero son poco menos que desconocidos.

Oficialmente «son felices», «constituyen una generación en marcha», «son jóvenes» (¡quién lo duda!), «tienen abierta la ruta del imperio...», pero... y en serio, ¿cómo son nuestros chicos?

No hay encuestas. Nadie ha encontrado interesante preguntarles sus opiniones, sus problemas, sus inquietudes... No hay un programa social en relación con ellos. Son nuestro futuro, pero nadie les considera. «Son cosas de chicos.» Si acaso, tímidamente, la Universidad sondeará, de un modo casi clandestino, a sus jóvenes alumnos. Pero la gran masa de nuestros muchachos nos sigue siendo una entidad desconocida, más ignorada conforme más se desciende la escala social, hasta dar con ese ser tan numeroso, alejado y extraño, del chico trabajador, del niño proletario, que vende, para malvivir, su fuerza de trabajo.

Pero si no existen los datos necesarios para establecer una sociología científica del muchacho español, al menos, gracias a algunos intelectuales de vanguardia, nos hemos podido asomar a algunos ejemplos literarios con valor de testimonio real. Son las novelas de Juan Goytisolo, y *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio. Que adentrándose en terreno virgen, nos han enseñado muchas cosas, si no tan terribles, al menos bien amargas, que probablemente inquietarán las conciencias bien pensantes.



Una escena del film «Los chicos»

Del mismo modo, por parecido engranaje, nuestro cine había ignorado, hasta el momento, esta temática. Si bien hay que señalar, en su descargo, aunque leve, que guionistas y directores son sometidos a tales limitaciones expresivas que el deseo potencial de algunos de acercarse honestamente a la problemática juvenil se veía frenado por el hecho de temer ver su obra sometida, o limitada, a una vana exaltación de mitos campamentales.

De todos modos, sinposis argumentales y guiones ya desarrollados existían en cierta cantidad en espera del productor que osase embarcarse en la empresa. Y ahora dos nuevas productoras, formadas por gentes con inquietudes, han comenzado a llenar este vacío, realizando casi simultáneamente dos films: «Los chicos» (que origina este comentario) y «Los golfos», de Carlos Saura (del que próximamente hablaremos), que desde puntos de vista distintos aportan una común preocupación.

El guión de «Los chicos» arranca presentándonos de un modo inmediato a sus protagonistas (el «Chispa», encargado de un kiosco; Andrés, botones de un hotel, y el «Negro», empleado en un garaje), muchachos de unos diecisiete años de edad, reunidos alrededor del kiosco de «El Chispa». Un diálogo de frases cortas, reales, pero significativas en su misma intrascendencia, nos sitúa rápidamente en su universo mental; El «Negro» abre un periódico y comenta con los otros las últimas noticias deportivas.

Un hombre ya mayor, que conoceremos por el «Comandante», ha cogido también un periódico y después de mucho buscar encuentra algo que comentar con el propietario del kiosco: las noticias políticas.

En una sola secuencia se plantea el problema. Los chicos sólo se preocupan de Bahamontes... Y poco después, ante la presencia de una robusta criada que se acerca a comprar algo, surge el segundo elemento básico, definidor: el sexual. Comentarios, miradas..., mientras que su vacío se manifiesta en la pregunta de el «Negro», que interroga: «¿Qué hacemos esta tarde?»

Lo erótico se presenta nuevamente ante la presencia de una *vedette*, y ésta sirve de enlace para la presentación de Carlos (misma edad, aproximadamente), pero al que vemos moverse en un marco distinto: su cuarto, su casa, denota su pertenencia a la pequeña burguesía.

En esto, tan poco y tan significativo, está todo el film, y su tema. Por un lado, chicos proletarios; por otro (un solo representante), pequeños burgueses, pero unidos por su mutua carencia de preocupaciones por todo lo que no sea «el deporte» y el sentimiento de la insatisfacción sexual.

Desorientados, la pregunta «¿qué hacemos?» es un *leit-motiv* que acompaña el desarrollo fílmico, y para que no dudemos de su significación cierra, incluso, la película, y es sobre dicha frase que surge la palabra fin.

No es que los chicos, conscientemente, no quieran hacer nada: es que no saben qué hacer. Nadie se lo ha enseñado. Y divagan. Sueñan con ir al boxeo, pero es un lujo caro. Intentan ver una película, pero se encuentran con que no es tolerada. Andan, dan vueltas, se cansan inútilmente.

Y es que se sienten desplazados en una sociedad para la cual trabajan o estudian, pero sin objetivos, y que primeramente representa para ellos la frustración económica, la renuncia continua.

Son todavía muy jóvenes y su desaliento, aunque manifiesto, no es aún dramático para ellos. Lo ignoran. Aspiran vagamente a algo, pero ni siquiera saben el qué. En consecuencia, sus sentimientos se centran en sus imperativos biológicos, que se desarrollan en cada uno de un modo distinto. En Carlos es la obsesión arrolladora por la *vedette*. En el «Negro» da paso a un amor juvenil profundo. Y en el «Chispa» a una ilusión romántica, soterrada, que se manifiesta por cartas y misivas. Sólo Andrés, que ya tiene un objetivo, una decisión tomada, firme, adopta una actitud normal respecto del sexo opuesto.

Pero la misma determinación de Andrés, si bien es una prueba de un mayor carácter, de una mayor comprensión de su problema económico y el de su familia, cae, como no podía por menos dejar de ser, en el aventurerismo. Es el mito, inventado por la sociedad capitalista, del dinero fácil, aplicado a la realidad española. Un chico de diecisiete años que quiere triunfar de un modo inmediato, espectacular, tiene siempre un medio a su alcance, semi desesperado, saltar un día al ruedo. Convertirse en torero. Esta es la decisión de Andrés, que no abandonará, incluso, si ese primer domingo elegido se ha de suspender la corrida por inclemencias del tiempo.

Junto a los chicos, un grupo de muchachas sirven de apoyo para su presentación, pero jamás abandonan su papel de seres complementarios o, en el mejor de los casos, catalizadores de las reacciones muchachiles; como la novia de el «Negro». Su único elemento caracterizador que aparece es también el erótico, «el pollear»—aunque en un grado infinitamente menor—, o bien el desarrollo de una incipiente vida de sociedad, reuniones, modas, a las que tienen reducido su horizonte.

Frente a este mundo infantil corre paralelo, pero sin integrarse—exceptuando la familia de Andrés—el mundo de los mayores. Los padres de Carlos son un prototipo de buenas personas sumergidas en una existencia rutinaria que poco a poco les hace insensibles a la realidad circundante, en este caso primordialmente a sus hijos. Vagamente comprenden la situación; la madre le reconviene: «Ya te he dicho que no quiero que cierres la puerta de tu cuarto», y el padre añade: «Llevas una temporada que estás en las nubes...—y con escasa decisión, prosigue—: Luego tenemos que hablar tú y yo...» Pero sin que llegue a dar este paso decisivo. Son mezquinos, pero no lo eran; los han hecho las dificultades materiales, la falta de un porvenir estimulante. Todo se reduce a economizar, a pagar algo después, a pedir prestado, a tener suerte, como con esa sirvienta jovencita, recomendada por las Hermanitas de los Pobres, que «apenas come y trabaja mucho».

En otros casos es la huella de la guerra civil lo que los ha marcado ineludiblemente. El padre de el «Negro» está en algún país del que no puede regresar, y consecuentemente el hogar se ha derrumbado. La madre tiene un amante. O bien, en el caso de el «Viejo», que vive con el «Chispa», al cual quiere, pero al que no le une ningún lazo de comprensión, pues al chico, a los chicos, no les interesa ni poco ni mucho el recuerdo obsesivo de la guerra, ni de la acción bélica en que el «Comandante», en Teruel, le salvó la vida.

La realización de Marco Ferreri es descriptiva en todo momento. No analítica. En este sentido existe un bache notable entre el guión y su forma fílmica. Fundamentalmente el guionista planteaba el problema bajo su aspecto psicológico. La circunstancia histórica que lo enmarca servía, esencialmente, para determinar más aún aquellas motivaciones, pero a Ferreri le ha interesado mucho más darnos una visión exterior, no por ellos menos profunda. El mismo lo ha declarado: «Ante "los chicos" soy un señor de treinta y dos años que observa los problemas de unos muchachos de quince. Es un problema que yo veo desde fuera.» En consecuencia, lo primero que ha hecho Ferreri es recrear el mundo de Leonardo Martín. Pero resulta otro mundo constituido, como señala agudamente Luciano G. Egido, por «tarados y por vencidos y poblado de seres y objetos desgastados, ruinosos, abocados a una muerte inútil, en un paisaje urbano de tonos grises».

El guión, para respetar su íntimo sentido, hubiera necesitado una planificación que destacara las distintas subjetividades de los protagonistas. Y, por lo tanto, de un uso continuo de planos medios conjuntados con primeros, en el que se nos hubiera dado el gesto y el interior de cada uno. Pero al adoptar su punto de vista personal, el realizador ha tenido que introducir un uso constante del plano general, que se alterna con el plano medio, y ha alargado las tomas de un modo absolutamente inhabitual. Pero esta técnica hubiera necesitado la colaboración de actores altamente profesionales, o muy flexibles, y resulta que los chicos empleados no lo son. En consecuencia, se producen en la proyección una serie de tiempos muertos que perjudican grandemente el ritmo de la película, sensación que se agrava con el hecho de un encuadre monótono, ya que el realizador no pretendía otra cosa sino sacar a «los chicos y su circunstancia».

La banda sonora original del film estaba en perfecta concomitancia con las intenciones del director. Seca, dura, respondía al mundo presentado, si bien alguna vez caía en algún intelectualismo, como el solo de trompeta, innecesario.

El silencio, el no hacer nada, al no pasar absolutamente nada, tiene una importancia excepcional en este film, pero el mismo handicap ya citado, la no ductibilidad de los actores, convierte muchas veces en falsa una situación real.

En resumen, una película importante frustrada por un choque guión-realización absolutamente dispar. De todos modos, un primer paso por ese mundo de los chicos españoles, cuyo mayor problema es, precisamente, no tener problemas, como ha señalado su guionista.

A todos nosotros el no olvidarlo.

taurus ediciones

IMPORTANTE NOVEDAD EN LA COLECCION

SECUENCIA

TECNICA DEL MONTAJE

por KAREL REISZ

258 páginas, 17 láminas - 250.- Ptas.

Otros libros sobre cine de la misma Editorial:

COLECCION «SECUENCIA»:

1. Manuel VILLEGAS LÓPEZ: *Charles Chaplin, el genio del cine.* 320 págs. 80 láms. 250 ptas.
2. José M.ª GARCÍA ESCUDERO: *Cine social.* 354 págs. 64 láms. 250 ptas.

COLECCION «SER Y TIEMPO»:

9. M. VILLEGAS LÓPEZ: *Arte, cine y sociedad.* 208 págs. 24 láms. 30 ptas.
25. Fedor STEPUN: *El teatro y el cine.* 176 págs. 30 ptas.

TAURUS ediciones

Conde del Valle del Súchil, 4.
Apartado 8.066. Teléfono 24-32-31
MADRID 15

DOS NUEVOS VOLUMENES DE LA

COLECCION INSULA

NORMA URRUTIA

DE TROTERAS A TIGRE JUAN

Dos grandes temas de Ramón Pérez de Ayala

El tema de España y el del amor, polos esenciales en la creación del gran novelista, estudiados con cariño y rigor.

Ptas. 40

JOSE M.ª MARTINEZ CACHERO

LAS NOVELAS DE AZORIN

Las ideas del gran prosista, en torno a la novela, refrendadas por el examen de sus dieciséis obras puramente narrativas, desde Diario de un Enfermo *a* Salvadora de Olbena

Ptas. 100

Pedidos a
INSULA
Carmen, 9
MADRID

Alfonso Sastre no acepta el «posibilismo»

por *RAFAEL VÁZQUEZ ZAMORA*

DESDE el Barrio de la Concepción llegan Alfonso Sastre y José María de Quinto—estos dos grandes amigos y hombres de teatro—, en la sensata «moto» de este último, a la terraza del café donde estamos citados en esta sana noche de verano. En julio y agosto, y aunque en uno u otro teatro sigan las representaciones de algunas obras ocasionales y se musicalicen los parques en espectaculares funciones líricas, es lo cierto que el teatro se prepara, se somete a algo parecido a esa periódica limpieza de los barcos, con miras a la tan próxima temporada. En el verano, en vez de ver y oír teatro, hay que hablar de él, teorizar un poco, lo cual no viene mal en un país como el nuestro, donde todo lo teatral peca de un practicismo que, al pasarse de la raya, se convierte en impráctico. Nuestras empresas son famosas por errar el tiro con gran frecuencia cuando quieren dar en el blanco de lo «comercial». Quizá a fuerza de teorizar y de plantearnos problemas lleguemos a inculcar al gran público un tibio deseo de contribuir a resolverlos o, al menos, de interesarse por ellos.

José María de Quinto, que tiene en la fragua un libro sobre la tragedia, tema que le apasiona, se dedica estos meses a su otra gran vocación—que en el fondo es la misma, ya que cuando el teatro se divorcia de la literatura acaba, claro está, no siendo tampoco teatro—, la vocación del cuento, en que es un joven maestro, como lo demuestran *Las calles y los hombres,* y así tiene ya terminado el libro de relatos breves que le encargó la Editorial Rocas, de Barcelona. Además, está perfilando la novela que ya tenía escrita, *La protesta,* con destino a Seix Barral. Su última dirección escénica, excelente, fué la de *Un hombre duerme,* la obra de Rodríguez Buded que premiamos en el concurso teatral «Valle-Inclán». Y en esta charla que aquí registro intervino, como debe esperarse de un hombre que tanto sabe de teatro, pero su natural intervención en una interesante y cordial conversación entre amigos queda eliminada de esto que, ortodoxamente, ha de ser una entrevista con Alfonso Sastre. Con él hablo, pues:

—Tiene usted, Sastre, catorce dramas escritos, y sólo cuatro de ellos han sido estrenados en Madrid. ¿No cree usted estar haciendo ese teatro «imposible» de que habla Buero Vallejo y al que, según él, hay que oponer un teatro que, dadas las circunstancias, pueda ser estrenado?

—Este es un tema que me interesa mucho y ya he fijado esquemáticamente mi posición frente al "posibilismo" y, por tanto, también respecto al "imposibilismo".

—Sí, he leído su artículo en el último número de «Primer Acto». Precisamente por eso le pregunto. No conozco la tesis de Buero sino a través del resumen que usted da en esa revista, pero tengo la impresión de que refleja objetivamente lo que él piensa. Creo que en *Un soñador para un pueblo* sacó Buero todo el partido que se podía obtener, dadas las circunstancias, de un tema que, desarrollado con lo que, para entendernos, podríamos llamar el «libre vuelo de la fantasía», habría resultado imposible.

—Mire usted—dice Sastre con ese tono suyo tan calmoso y de persona que ha meditado mucho cuanto dice—: si el autor dramático empieza admitiendo la imposibilidad, se privará de escribir lo que, a lo mejor, resultaba posible. En primer lugar, el dramaturgo tiene consigo mismo el deber de escribir lo que su espíritu le reclama. Luego, no podemos olvidar que, en las artes, casi todo lo grande que se ha hecho ha empezado por parecer imposible, y no sólo por intervención de poderes extrateatrales, sino por el mismo ambiente receptor: público, críticos, etc. En la novela, ¿no era "imposible" Kafka en su momento? ¿No lo fué el Greco en la pintura? A Felipe II le pareció espantoso y condenable el San Mauricio. *Las* Flores del mal, *de Baudelaire, fueron materia procesal, y lo mismo* Madame Bovary. *El teatro épico de Brecht tuvo que parecerle absolutamente "imposible" a sus primeros conocedores. Aún hoy será una especie de locura—algo así como un delirio de grandezas teatrales—para un espectador medio de nuestros teatros si, por una feliz casualidad, lee, por ejemplo, su* Galileo. *Y, sin embargo, se ha representado en los grandes teatros del mundo.*

—O sea, amigo Sastre, que, para usted, el dramaturgo español está obligado—para consigo mismo y para el arte teatral de su patria—a no tener en cuenta las dificultades y a escribir todo aquello que crea digno de ser escrito. ¿Y no podría pensarse que lo hace usted con la íntima convicción de que aquí y ahora no podrá representarse el drama que usted escribe?

—No, en modo alguno. Yo hago siempre teatro para un público español y no admito, no reconozco la existencia de un obstáculo ajeno a la intrínseca dificultad literaria o técnica que presenta toda obra teatral digna. Si ese obstáculo surge, lo considero como algo inesperado. Me sorprendo de encontrarlo y prosigo. Pero tenga usted en cuenta que, si de antemano se crea el dramaturgo su propia barrera, le puede ocurrir, y efectivamente esto ocurre con mucha frecuencia, que haya sido uno mismo su propio interventor. Uno debe decir todo lo que quiere decir en el drama, sin plantearse de antemano, por un criterio "posibilista", cuánto tiene que rebajar o que desviar. En definitiva, no creo que exista una línea de demarcación entre lo posible y lo imposible dentro de lo que es auténtico arte dramático. Y como quiera que el autor no ve dónde está la frontera, no puede convertirse en aduanero de sí mismo. Es, en realidad, una frontera fluctuante e imprevisible.

—¿Qué es lo último que ha escrito usted?

—Una adaptación de La dama del mar, *de Ibsen. Me la encargó Claudio de la Torre para el María Guerrero. Es un trabajo que he realizado con gran interés.*

—Y si incluso las obras maestras del teatro mundial han de ser hoy adaptadas porque un público normal no las resistiría exactamente como estaban, se plantea también el problema de la posibilidad o imposibilidad puramente material; quiero decir, por la resistencia del medio, por el cambio de sensibilidad, por el grado de preparación del público, etc. Y también a causa de los medios materiales de puesta en escena, el criterio de los empresarios...

—Desde luego, ésa es otra faceta igualmente importante que la otra, que a primera vista podría tacharnos de "imposibilistas" a los que hacemos una dramaturgia que hace rechinar los rutinarios mecanismos del teatro de hoy. Pero, frente a esto, hay que afirmar, con absoluto optimismo, que en el teatro todo es posible. *Los medios actuales de escenografía, luminotecnia, escenarios giratorios, etc., así como la inmensa amplitud que da a la realización escénica el empleo de localización simbólica con decorados sintéticos, permite extender casi ilimitadamente el radio de acción dramática. En cuanto a las resistencias de tipo económico, hay que reconocer que en nuestro teatro están surgiendo personas dispuestas a correr el riesgo.*

Alfonso Sastre

—Me han dicho, Sastre, que en Buenos Aires, Losada publica un volumen con las obras de usted en su colección de Teatro. ¿Cuántos dramas irán?

—Ya me ha llegado un ejemplar. Se incluyen seis obras: Escuadra hacia la muerte, Tierra roja *(nunca representada e inédita),* Ana Kleiber *(sólo puesta en escena por un teatro universitario),* Muerte en el barrio, Guillermo Tell tiene los ojos tristes *(inédita y no representada) y* El cuervo.

—¿Cómo va la película que dirige Juan Antonio Bardem basada en el último estreno de usted, *La cornada?*

—No la he visto aún, pero ya está terminada. Se titula "A las cinco de la tarde", con el famoso verso de Lorca en su poema a la muerte de Sánchez Mejías. La línea argumental de La cornada *ha experimentado importantes cambios, pero conserva el conflicto esencial entre el apoderado y el torero hechura suya y la rivalidad entre el apoderado y la esposa del torero. El personaje que en mi drama se marcha al final por el patio de butacas, aquel torero hundido que había sido la víctima anterior del apoderado, adquiere mucho relieve en la película, y creo que Francisco Rabal ha realizado una espléndida interpretación de este personaje. Diosdado hace el apoderado, Nuria Espert la esposa y Germán Cobos el torero.*

—Después de su libro *Drama y sociedad,* ¿no ha escrito usted más ensayos teatrales?

—Sí. Ahora escribo un libro para Seix Barral que se titula Anatomía del drama *y que será un planteamiento polémico de lo que en aquel otro era sólo una exposición. En esas páginas fijo mi actitud ante el teatro de Bertold Brecht, del que admiro apasionadamente* todo menos su teatro *y del que todo me parece indiscutible* menos sus teorías teatrales. *Dicho esto así, tan someramente, puede parecer una caprichosa paradoja, pero sería difícil explicarlo en pocas palabras. Tengo serios reparos que oponer a la teoría de la "distanciación" de Brecht y a su eliminación del teatro dramático para sustituirlo por el teatro épico. Su obra es de tal envergadura que, de aquí en adelante, toda toma de posición en el teatro tendrá que partir de un diálogo con Brecht. Pero, aunque de acuerdo con él en la necesidad de provocar en el espectador efectos de extrañeza y distancia, mi mayor desacuerdo con su teoría radica en la interpretación y la puesta en escena. Aunque la intervención de un narrador puede ofrecer gran conveniencia e interés y de hecho ya lo ha practicado mucho el teatro moderno—y a pesar de que yo admito la necesidad de incrustaciones épicas en el drama—, me parece un error convertir al actor en mero narrador. Para mí, ya en el teatro "dramático" (es decir, no épico) hay lo que Brecht le pide al teatro: distanciación, crítica, y todo lo demás. Mientras que en el teatro "épico" veo el peligro de que el espectador, al aumentar tanto la distancia, nos pierde de vista, y nosotros a él.*

LA VOZ DE CLEMENCIA MIRÒ

por *VENTURA DORESTE*

POR fortuna, los finos poemas de Clemencia Miró han hallado póstumo acomodo en un volumen cuidadosamente impreso (1). No conocía yo la obra lírica de Clemencia, sino tan sólo la traducción de Keats—que figura en «Adonais» (2)—y algunos artículos publicados en revistas. Este libro se lee con singular deleite y emoción, los cuales no suele proporcionar la mayoría de los volúmenes de otros poetas que gozan de renombre. Nos acercamos a los *Poemas* de Clemencia Miró, recorremos tal o cual página—antes de empezar la morosa lectura—, y el asombro nos va ganando; no tenemos más remedio que adentrarnos en el libro. Es de advertir que no se trata de un obra granada, porque son evidentes las imperfecciones y los influjos, los versos malogrados y los combates con la palabra; pero, a pesar de ello, nos seducen la finura y calidad líricas de Clemencia Miró. Para los poetas de este linaje, la poesía no es un arte perpetua y voluntariamente ejercido; parece que no hay en ellos llamada casi cotidiana a la inspiración (y en los verdaderos poetas la inspiración suele responder a esa llamada), sino que el numen los visita de tarde en tarde, con ocasión de algunos acontecimientos insólitos: una muerte próxima, la presencia o la ausencia del ser amado, un paisaje, una voz que se escucha, o la necesidad de expresar el sentimiento amistoso.

No son otras las causas que hacen brotar la poesía—fina y penetrante—de Clemencia Miró. Ser en extremo sensitivo, la pasión del amor, en todos sus grados y matices, la mantiene en permanente comunicación con la naturaleza. De esa comunicación o comunión cordial, sus poemas vienen a ser aislados y exquisitos testimonios. Y aunque la poetisa se siente unimismada con este mundo, no por eso canta lo sensual o los goces inmediatos; el sentimiento de la destrucción última es evidente en la mayoría de sus poemas. Del mundo quiere ella cantar las más delicadas pasiones, los paisajes bellos, la honda memoria que un ser desaparecido ha dejado en su alma; por lo cual, sobre el mundo efímero—en que hay odio y tristeza y corrupción—, eleva Clemencia Miró el puro universo de su poesía; en sus versos la nostalgia y el dolor quedan líricamente filtrados. Y aun quisiera Clemencia que, a pesar de nuestro destino fugaz, se salvaran todavía algunos elementos que sobresalen por su belleza, por su ternura o por su íntima utilidad. Así, por ejemplo, desea que sus propias manos no sufran la final destrucción, sino que se liberen «en una eterna vida». Porque, no obstante reconocer la transitoriedad de todo, tiene Clemencia Miró un sentido último de confianza en el poder del amor. Si leemos los poemas en que canta las vicisitudes de esta pasión (personalmente experimentada)—soledad anhelante, dicha conseguida, soledad de nuevo—, observaremos que aun en la desesperanza no abjura de su creencia en el amor. Sirva de ejemplo el poema titulado «Iceberg». La frialdad de la montaña navegabunda, su blancor, su aislamiento, por un instante seducen a la poetisa hasta el punto de hacerla desear que sobre el *iceberg* se instale su propio corazón. Pero, a pesar de ese deseo, no renuncia Clemencia Miró a su fuego interno, ya que dice:

...¡si pudieras llevar,
eternamente errante,
mi inmóvil corazón
como una llama!

Como una llama, en efecto, es el corazón de Clemencia Miró; por eso sigue latiendo amorosamente, día tras día, aun cuando se halle sumido en la mayor desesperanza. Ocurre, pues, que el sentimiento profundo de la inevitable destrucción final alienta en muchos de sus versos; mas sin destruir ni siquiera amenguar la fuerza del amor. En *El Magnolio,* poema escrito en El Escorial, de un modo simultáneo siente Clemencia ambas fuerzas contrarias. La composición termina con estos dos versos:

¡Sobre tus ramas un calor de nidos,
en tus raíces un helor de reyes!

La vida, desde luego, junto a la muerte; pero es el amor la pasión vencedora. En cierto poema nos dice que nada quiere saber, sino puramente sentir; no quiere que datos, noticias o medidas enturbien o desdoren su delicado sentimiento de las cosas y las relaciones. Desligada de saberes, puede exclamar:

y yo en un grito ácido,
hacia Dios o el Silencio,
en la natividad prodigiosa
del mundo.

Por eso encontramos en sus versos meras preguntas, insinuaciones, vaguedades, sones, luces estremecidas. De ahí que no haya prestado suficiente atención al artificio verbal, necesario en todo poema. Si algunas de sus piezas líricas nos parecen logradas (y han de ocupar su sitio en las futuras antologías), otras distan considerablemente de esa perfección. Sí; los poemas que componen este libro son desiguales; los hay sumamente delicados, sugerentes como una buena música, pues la palabra casi deja en ellos de serlo, como pretendían los corifeos de cierta escuela; pero hay otros demasiado circunstanciales, es decir, no suelen rebasar poéticamente las hechos concretos a que deben su origen.

De la poesía de Clemencia Miró queda el persistente recuerdo de una voz delicada, casi celeste, que quiso dar testimonio de un alma excepcional, capaz de expresarse no sólo en su lengua española, sino asimismo en francés y en inglés. En poemas escritos en estos dos últimos idiomas se encontrará también la referencia a la voz, que suena en el silencio y lucha con él. Así, en la página 106, leemos:

la voix
—désir insaisissable—
se perd,
entouré de silence,
naufrague mon rêve;

o bien, ya en lengua inglesa, nos habla de una voz que, por ser cada vez más delgada y musical,

more than a voice
it is a silver breath.

Estas alusiones a la voz, este peculiar sentimiento que el sonido de una voz produce en Clemencia, también se advierten en poemas escritos en su lengua. En *T. S. H.* canta el singular deleite que le causa una voz desconocida; y en *Recording,* la turbación que siente al oír su propia voz a través de las ondas de la B. B. C.:

¡Qué espejo sin azogue,
qué risible y patético
sentir mi voz sembrada
en la tierra de nadie!,

versos que también cita María Alfaro en el bello prólogo que ha puesto al volumen que comentamos.

Clemencia Miró, como todo verdadero poeta, tiene una aguda y dolorosa conciencia del misterio del mundo; y por eso puede gozar más intensamente de un paisaje, de una amistad o de una música. Y una voz desconocida o la propia voz, oídas a través de la radio, la conmueven tanto como la presencia o la desaparición de un ser amado. También su voz—a través de sus versos póstumos—nos deja la evidencia de un alma excepcionalmente lírica.

---

(1) Clemencia Miró: *Poemas.* Madrid, 1959 Impr. S. Aguirre.

(2) John Keats: *Poesías.* Selección, versión y prólogo de Clemencia Miró. Con los textos ingleses de las poesías. Adonais, XXVIII. Ediciones Rialp, S. A. Madrid, 1950.

UN CUENTO CADA MES

TEATRO

por CARLOS EDMUNDO DE ORY

Es el atardecer cuando se alza el telón dejando ver un cuadro desértico. Atraviesa el centro de la escena una vía de tren. Lo demás es espacio y soledad. Ese fragmento de vía hace adivinar la trayectoria de los rieles. Interminables, vienen de lejos y van lejos. En seguida entran dos hombres.

(Bruno aparece primero, con paso casi gimnástico, aunque lento, mirando hacia adelante con la mano en forma de visera, como oteando el infinito de la vía. Le sigue Concha, jadeando un poco y con aspecto fatigado, cabizbajo.a Ambos han caminado mucho y lo dejan traslucir, tan polvorientos están. Caminan dentro de la vía.)

BRUNO.—(Deteniéndose vivamente). *Aquí mismo.*

CONCHA.—(Curvándose para mirar el suelo y señalando sobre el sitio.) *¿¿Es aquí?*

BRUNO.—*No es que sea aquí o en otro sitio.*

CONCHA.—*Entonces...*

BRUNO.—*Es en la vía, o ¿dónde quieres que sea?*

CONCHA.—*Pues ya estamos en la vía.* (Suspenden la marcha.)

BRUNO.—*Sí..., desde hace... ¿cuántas horas?*

CONCHA.—*No lo sé. Desde que amaneció.*

BRUNO.—*Vamos a sentarnos.*

CONCHA.—*Si quieres...*

BRUNO.—*¿Cómo?* (No se sientan.)

CONCHA.—*Ya comprendo.*

BRUNO.—*¿Cuántos trenes hemos visto pasar?*

CONCHA.—*Varios.*

BRUNO.—*¿Varios?*

CONCHA.—*Muchos.*

BRUNO.—*Me refiero al día de hoy, desde que estamos buscando el sitio.*

CONCHA.—*A eso me refiero yo también.*

BRUNO.—*Yo me siento.* (Se sienta entre los rieles.)

CONCHA.—*Cansado, ¿eh?*

BRUNO.—*Eso no cuenta. Anda, siéntate.*

CONCHA.—*¿Crees?* (Se sienta al lado de Bruno.)

BRUNO.—*¿Y no consideras bueno este sitio?*

CONCHA.—*Todos son iguales.*

BRUNO.—*¿Qué quieres decir?*

CONCHA.—*En la vía del tren todo es vía de tren.*

BRUNO.—*Estoy de acuerdo.*

CONCHA.—*Ya estamos en la vía del tren...*

BRUNO.—*No hay duda. Desde bien temprano.*

CONCHA.—*¿Y para qué hemos madrugado tanto? ¡Hemos hecho los tontos!*

BRUNO.—*No creas. Era necesario.*

CONCHA.—*¿Para qué?*

BRUNO.—*Pues...* (Convencido.) *Pues para ver los trenes antes de...* (Se calla, enigmático.)

CONCHA.—*Antes de suicidarnos, ¿no es eso?*

BRUNO.—*Así es.* (Silencio.)

CONCHA.—*Podríamos haber terminado de una vez.*

BRUNO.—*¿Terminado?*

CONCHA.—*Naturalmente. Hemos dejado pasar todos los trenes sin...*

BRUNO.—(Con sorpresa vaga.) *¿Sin qué?*

CONCHA.—*Sin hacer nada.*

BRUNO.—*¿Qué querías que hiciéramos?*

CONCHA.—*Lo que hemos decidido.*

BRUNO.—(Enérgico.) *Eso ni lo nombres.* (Se recoge en sí.)

CONCHA.—*Es decir...*

BRUNO.—(Distraído.) *Es eso y nada más.*

CONCHA.—*Pero...*

BRUNO.—(Imperioso.) *Es cosa sagrada, digo.*

CONCHA.—*¿Y cuándo?*

BRUNO.—*Según nosotros, cuando nosotros hayamos querido.*

CONCHA.—*Todavía no lo hemos querido.*

BRUNO.—*Claro está que no. Aún no es hora.*

CONCHA.—*¿Aún no?*

BRUNO.—*Mejor dicho, ahora ya no depende de nosotros.*

CONCHA.—*¿Y de quién depende?*

BRUNO.—(Profesoral.) *¿Eres bobo? ¡Depende del tren!*

CONCHA.—(Extrañamenete absorto.) *¡Ah!*

BRUNO.—*¿Dudas? ¿Te arrepientes? ¿Te desdices? ¿Es tu deseo vivir más?* (Casi indignado.) *¡No te comprendo!*

CONCHA.—(Decidido.) *No, no; no digas eso, Bruno. No vuelvas a decir que no me comprendes. Lo dicho dicho y al bicho.*

BRUNO.—*De acuerdo. Al hecho, pecho, y al lecho.*

CONCHA.—*Ya estamos en el lecho.*

BRUNO.—*Ahora falta el bicho.* (Mutismo.)

CONCHA.—*Hace frío.*

BRUNO.—*Está bien, ¿¿y qué? Acuéstate. No te salgas de la vía. Yo me acuesto.* (Se tiende buscando acomodo.)

CONCHA.—(Le imita.) *Y yo; yo hago lo que tú hagas.*

BRUNO.—(Contento.) *Me gusta que seas así.*

CONCHA.—*¡Qué experiencia!*

BRUNO.—*Son experiencias de las que uno, en este caso los dos, no podemos sacar ningún fruto.*

CONCHA.—*Tienes razón. A menos...*

BRUNO.—*¿A menos qué?*

CONCHA.—*Que lo dejemos pasar.*

BRUNO.—*¿A quién?*

CONCHA.—*Al bicho, Bruno.*

BRUNO.—*¿Y cómo?*

CONCHA.—*¡Apartándonos de la vía a tiempo!*

BRUNO.—(Indiferente.) *Ya no hay tiempo.*

CONCHA.—(Visiblemente asustado se yergue.) *¿Lo oyes venir?*

BRUNO.—*Sí, ya va a venir, y es el último que veremos. Ni siquiera lo veremos. Lo oirás y no lo verás. Hay que cerrar los ojos.*

CONCHA.—(De pie, decidido a dejar la vía.) *¡Ven! ¡Ven!*

BRUNO.—(Atrapando a Concha de los pies.) *¡Vuelve a tu sitio, Concha! No en vano tienes nombre de mujer. Te muestras como un cobarde. ¡Vuelve o te golpeo!* (Coge una piedra de la vía.)

CONCHA.—(Consintiendo.) *No me... Aquí estoy, Bruno.*

BRUNO.—(Paternal.) *Acuéstate.* (Pausa. Concha se acuesta otra vez.)

CONCHA.—*¡Qué frío está el suelo!*

BRUNO.—*Cuando pase el bicho estará más caliente.*

CONCHA.—*Y nosotros fríos, sin duda.*

BRUNO.—(Filosófico.) *Ya no seremos* nosotros.

CONCHA.—(Intrigado.) *¿Y dónde seremos?*

BRUNO.—*En ninguna parte, idiota.*

CONCHA.—*¡Qué noche más linda a pesar de todo!*

BRUNO.—*No hay que pensar nada. No vuelvas a lo mismo.* (Dulce.) *¿Tienes miedo, Concha?*

CONCHA.—*Un poco.*

BRUNO.—(Sin solemnidad.) *Pues vete. Todavía estás a tiempo.*

CONCHA.—*Acabas de decir que ya no tenemos tiempo.*

BRUNO.—*Es un decir. No se oye nada.*

CONCHA.—*¿Y qué esperamos?*

BRUNO.—(Aclarativo.) *¡A que se oiga!*

CONCHA.—*¿El pitido del tren?*

BRUNO.—*Naturalmente.*

CONCHA.—(Mártir.) *¿Para... "ya"?*

BRUNO.—*Debemos de rezar, entonces.*

CONCHA.—(Entusiasmado.) *¡Es verdad! ¡Qué gran idea! Eso me anima.*

BRUNO.—*Me alegro.*

CONCHA.—(Ufano.) *Y, tú, ¿no estás animado?*

BRUNO.—*Eso no impide nada.*

CONCHA.—*¿Rezamos ahora?*

BRUNO.—*¿Ya?*

CONCHA.—*Cuanto antes, mejor.*

BRUNO.—*No hay tiempo.*

CONCHA.—*¿Tú crees?*

BRUNO.—(Moviéndose.) *En verdad que está frío el suelo.*

CONCHA.—*Son piedras.* (Pensando en rezar.) *¿Tú crees que hay tiempo?*

BRUNO.—(Encontrando la posición.) *Pon la cabeza en la madera, Concha; es la almohada.*

CONCHA.—*¿Rezamos?*

BRUNO.—(Gritando.) *¡Cuando oigamos el pitido a lo lejos!*

CONCHA.—(Temblando.) *¡Y si no suena!*

BRUNO.—*No te preocupes. De todos modos, se ha de oír a distancia.*

CONCHA.—*Lo dudo.*

BRUNO.—*¿Nuevas dudas, Concha? Te juro que suicidarse contigo es peor que vivir a tu lado.*

CONCHA.—*Lo siento, Bruno.* (Se agita.) *¡No encuentro madera por ninguna parte!* (Silencio.)

BRUNO.—*Hay maderas para parar un tren.*

CONCHA.—*¿Parar un tren? ¡No sé lo que es un tren parado!*

BRUNO.—*Mejor para ti.*

CONCHA.—*No soy jefe de estación, es verdad.*

BRUNO.—*Ni lo serás.*

CONCHA.—*A propósito, ¿qué somos?*

BRUNO.—*Ahora somos lo que somos. Pero durará poco.*

CONCHA.—*Entonces, déjame que te pregunte qué seremos.*

BRUNO.—(Explícito.) *Carne de ruedas.*

CONCHA.—*Hablas como nadie.*

BRUNO.—(Modesto.) *¡Te juro que tiemblas!*

CONCHA.—*¿Por qué lo juras?*

BRUNO.—*Me refiero a las dudas y temores que de pronto te asaltan.*

CONCHA.—(Sincero.) *No lo creas. Estoy muy tranquilo. Sólo que temo no oír nada.*

BRUNO.—*¿En qué te fundas?*

CONCHA.—*Tengo los oídos llenos de estruendo, a causa de los trenes que hemos dejado pasar sin...*

BRUNO.—*¿Sigues con el* sin? *¿Sin qué? ¿Acaso no hemos escogido la noche para consumar el acto?*

CONCHA.—*Querrás decir los actos, en buena lógica.*

BRUNO.—(Irritado.) *¡Qué tiene que ver aquí la lógica!*

CONCHA.—*¿Pues no somos dos?*

BRUNO.—*Sí.*

CONCHA.—*Puos son dos actos.*

BRUNO.—*Lo que quieras. A mí no me parece más que uno.*

CONCHA.—*Explícate.*

BRUNO.—*El acto lo consuma el bicho...* (De pronto.) *¡Ya lo oigo!*

CONCHA.—(Se sacude; quiere levantarse, pero el otro le vuelve a su posición con un brusco golpe.) *¿De veras?*

BRUNO.—*¡Ahí está, qué bien!* (Sereno.) *Sin embargo, todavía está muy lejos.*

CONCHA.—(Con voz temblorosa.) *¿Qué oyes?*

BRUNO.—*Un tren.*

CONCHA.—*Yo no oigo nada; tengo frío. Estoy temblando de frío. Me retumban los oídos.*

BRUNO.—*Lo oyes como yo, ¡qué bien! Aún está lejos.*

CONCHA.—*No, te digo que no oigo nada. Oigo trenes solamente. Todos los trenes que ya hemos visto pasar desde una distancia prudencial.*

BRUNO.—*Pero ahora es otra cosa. Nuestra hora se aproxima. ¿Sabes latín, Concha?*

CONCHA.—*¡Latín! ¿De qué me hablas?*

BRUNO.—(Se oye, efectivamente, el pitido de un tren lejano que se aproxima en la noche.) *¡Ya está! En menos de cinco minutos nos visita. ¡Alégrate! ¿Qué hay del latín?*

CONCHA.—(Temblando.) *¿Para qué? ¡No me acuerdo! ¿Qué latines quieres?*

BRUNO.—*No importa. Un latín cualquiera. Es mejor rezar en latín, ¿no comprendes?*

CONCHA.—(Frenético.) *¡Lo oigo! ¡Sí, lo oigo! Sólo sé una frase en latín. Pero luego, luego, yo me levanto.*

BRUNO.—*De ninguna manera. No hay tiempo, Concha. ¡A ver la frase!*

CONCHA.—(Intentando levantarse; hace esfuerzos. Bruno lo sujeta.) *¡Déjame! Ya te la diré.*

BRUNO.—*¡No te escaparás, villano, traidor! ¡La frase o la vida!*

CONCHA.—*¡Es de la Biblia!, ¿sabes?*

BRUNO.—*¿De qué Biblia?* (El tren se acerca.)

CONCHA.—*¡Es de la Biblia de San Jerónimo, creo! Retirémonos antes de que se nos eche encima. Está muy cerca.* (El pitido se oye ahora cercano.)

BRUNO.—*Ni hablar de retirarnos.* (Lo retiene fuertemente.) *¡La frase!*

CONCHA.—*Y si te la digo, ¿me sueltas?*

BRUNO.—(Vencido.) *¡Ah, quieres dejarme solo!*

CONCHA.—(Aquietado.) *No eso, no...* (Con voz temblona ,titubeante.) *Eso no.*

BRUNO.—*Vete, vete si quieres. ¡Adiós! Me suicido solo. Yo soy un hombre de una sola palabra.* (Pausa.) *¿No te vas?*

CONCHA.—(Fiel.) *No puedo.* (Este diálogo muy rápido.)

BRUNO.—*¿Por qué? Me da igual. No te guardo rencor. Si tienes miedo, vete. El tren está aquí.*

CONCHA.—(Excitado.) *No me voy. Eres mi amigo. Yo... Yo también soy un hombre.*

BRUNO.—(Preparado.) *Bueno. Bien, ya viene. Acuéstate como estabas. Dame la mano. He dicho la mano y no el pie.* (Los dos se acuestan.) *No me pongas el pie en la cara, Concha.*

CONCHA.—*¡Está aquí! ¡Está aquí!* (El tren va a pasar.) *¡El bicho! ¡El bicho!*

BRUNO.—*¡La frase! ¡La frase! Tenemos que rezar.*

CONCHA.—*¡Ah, sí, la frase! ¡Espera!* (Hace memoria.)

BRUNO.—*¡Anda, corre! ¡No hay tiempo!* (Mientras se oye el zumbido de la locomotora y el crujido ensordecedor del tren que avanza hacia ellos.)

CONCHA.—*Repite conmigo... Ecce...*

BRUNO.—*Ecce...*

CONCHA.—*Vita...*

BRUNO.—*Vita...*

CONCHA.—*Mea...*

BRUNO.—*Mea...* (Cuando el tren va a entrar en escena cae el telón.)

MARIA ROSA ALONSO

EN SU MERIDA ANDINA

por A. ZAMORA VICENTE

Un libro que llega del otro lado del mar, lleno de días y de azares, siempre exige una atención delgada y solícita. Si el autor es, además, español, y español inteligente, la vigilante diligencia del lector se puebla de mimo y de urgencia. Qué tendrá, qué no tendrá, qué nuevo hallazgo revelarán sus páginas .Porque, no hay que dudarlo, ese volumen nos trae mucho de nuevo, entrevisto desde un ángulo diferente de los consagrados. Y esto ocurre, y en alto grado, cada vez que María Rosa Alonso nos envía un libro. Ahora se llama *Residente en Venezuela* (Mérida, 1960). El título me evoca, despiadadamente casi, una resonancia jurídica, administrativa: un apartado en una minuciosa hoja de servicios, el obsesionante pliego de cargos justificativo de todo vivir. Y en este apartado, María Rosa Alonso va ordenando, día a día, su tarea en aquellas tierras, su contribución asidua al cotidiano laborar. Se trata, pues, de un libro con una verdad radical, con los pies bien afincados en este suelo de Dios—en este caso, Venezuela.

Y no nos defrauda su lectura. Es un vivo placer ir de la mano de la autora, acompañándola, conviviendo estrechamente, hora tras hora, su experiencia venezolana. Es incomprensible la dilatada ausencia de libros como éste, sensatos, ordenados, donde un español hable, con serena pasión y leal conocimiento, de problemas americanos. Donde no le produzca rubor poner su patriotismo de campanario al servicio de la gran comunidad hispánica, demostrando cómo el pequeño latido regional se trasmuta noblemente. (Es la única manera valiosa de ejercerlo: no importa ya el ruín patrioterío que se agota en trampas, en disminuir a los demás, o, todo lo más, se diluye en grandilocuentes acontecimientos folklóricos.) Así, es un verdadero gozo callejear con María Rosa Alonso, tan insoslayablemente isleña, por los barrios viejos de Caracas, cruzar sus plazuelas, observar sus iglesias y oír, el alma alerta, las campanadas de los relojes altos, y ver, a la vez, el eco de esas andanzas en la nostalgia más pura. Nos maravilla sobre todo la agilidad espiritual de la autora para ir dándonos, sin aspavientos, sin retórica vacía, sus altibajos y sus esfuerzos para acomodarse al nuevo vivir. Participamos de su asombro o de su simpatía ante los hechos diferentes, y nos domina la adecuada manera de exponerlos. Nos animan y nos satisfacen —y los que hemos vivido en América sabemos qué dificultoso es, a veces, destacar elementales verdades—las páginas destinadas a recordar la vitalidad de la tradición española en los recovecos más valiosos y plenos de sentido del vivir hispanoamericano: el villancico, las buenas o malas palabras, la actitud ante determinados hechos científicos, o ante la peligrosa riqueza, sin más. Y nos llena de sano orgullo oír una atinada apostilla española, sinceramente preocupada por el aliento y la vocación de existencia de los países hermanos: eso son los capítulos sobre los pintores, sobre la poesía, sobre la educación, sobre el paisaje en la literatura.

Libros así revelan algo muy poco frecuente: una clara y decidida voluntad de entendimiento. Esto, que parece no ser muy difícil, es muy raro, cuando no arteramente esgrimido. María Rosa Alonso, día a día, en la revista universitaria y en el periódico, deja oír su consejo y su comentario, acercándose a todo cuanto la rodea, en un humanismo íntegro y generoso. Detrás de su formación rigurosa palpita la vida circundante, plena de llamadas diversas, de estremecidos reflejos, insinuándose ese latido en sus mejores testimonios: voz, color, música, verso, decisión de vida. Aprendamos de este libro lo que tiene de tenaz dedicación, de silencioso y abnegado magisterio y escuchemos, con fervor incluso, la voz de María Rosa Alonso, que nos llega, tan entera a pesar de la distancia, desde su Universidad recién creadita, allá en su Mérida andina.

GRÁFICAS BENZAL - HARTZENBUSCH, 9 - MADRID

LITERATURA

ALBI: Bajo palabra de amor. (Alrededor de la mesa. Comunicación poética) 58 páginas. Ptas. 20.
ALVARO: El espectador y la crítica. Año 2.º El teatro español 1959. 291 págs. Ptas 70.
AZCONA: Pobre, paralítico y muerto. 190 páginas. Ptas 60.
BAREA: El centro de la pista. 237 páginas. pesetas 85.
BENAVENTE: Campo de armiño. La ciudad alegre y confiada. (Segunda parte de «Los intereses Creados». 227 págs. Ptas. 24.
BENITO: Hacia la luz del Quijote. 346 páginas. Ptas. 80.
BOISDEFFRE: Une histoire vivante de la littérature d'aujourd'hui. Nouvelle edition entierement remise à jour. 1939-1959. 773 páginas. Ptas. 425.
BORELLO: Jaryas andalusies. 80 págs. Pesetas 50.
BRECHT: Herr Puntilla. Madre Coraje y sus hijos. La ópera de dos centavos. 159 páginas. Ptas. 92.
BREE: Du temps perdu au temps retrouvé. Introduction à l'oeuvre de Marcel Proust. 276 págs. Ptas. 119.
CAMINO: Farsalio. Su condición y ejercicio. 121 págs. Ptas. 55.
El cantar de Roldán. Traducción del texto francés del siglo XII del manuscrito de Oxford por Martín de Riquer. 142 págs. Ptas. 18.
CELA: Pisando la dudosa luz del día (poemas de una adolescencia cruel). 94 págs. Ptas. 35.
CIRIQUIAIN-GAIZTARRO: El pobre multimillonario. 212 págs. Ptas. 50.
CONDE (Carmen): Derribado arcángel (Poemas). 95 págs. Ptas. 30.
CONDE (Manuel): El muro (Poemas). Pesetas 30.
Cuadernos de Juan Ramón Jiménez. Edición preparada por Francisco Garfias (Sucesión. Obra en marcha, Unidad, Presente y Hojas). 241 págs. Ptas. 75.
DÍAZ-CASANUEVA: Los penitenciales (Poesía). 100 págs. Ptas. 100.
DÍEZ DE MEDINA: El arquero. Ptas. 65.
DUNILAC: Les mauvaises Têtes. Roman. 179 págs. Ptas. 135.
ECHEVARRÍA: Las medias palabras (Premio Elisenda de Moncada, 1959). 269 págs. Pesetas 75.
FLAUBERT: Tres cuentos. 144 págs. Ptas. 18.
GALLÁSTEGUI: A pie por el Arcoiris. 76 páginas. Ptas. 35.
GOYTISOLO: Campos de Nijar (Relatos). 140 páginas. Ptas. 45.
GUILLÉN (Nicolás): La paloma de vuelo popular. Elegías. 155 págs. Ptas. 75.
GRACIÁN: Obras completas. Estudio preliminar, edición, bibliografía y notas de Arturo del Hoyo. Contiene: El Héroe, El Político, El Discreto, Oráculo, Manual y Arte de Prudencia, Agudeza y Arte de Ingenio, El Criticón, Escritos varios, Epistolario, Apéndice: Arte de ingenio. Ptas. 300.
HALCÓN: Monólogo de una mujer fría. 314 páginas. Ptas. 70.
KARLSON: La magia de los números. 744 páginas. 326 figuras, 2 láminas con 3 mapas. Ptas. 240.
KNITTEL: Le basalte bleu. 275 págs. Pesetas 30.
LEROUX: Le fantôme de l'Opera. 498 págs. Ptas. 50.
Lettres d'Occident. De l'Iliade à L'Espoir. Etudes et Essais. 295 págs. Ptas. 270.
El libro de los engaños. Edición de John Esten Keller. 84 págs. Ptas. 60.
LINARES: Casi siempre te adoro. Ptas. 45.
LORENTE: Los de Alejandro. 140 págs. Pesetas 40.
MALDONADO DE GUEVARA: Don Quijote en los estudios de Salamanca. 26 págs. Ptas. 12.

CLEMENCIA MIRÓ

POEMAS

Primorosa edición de una obra poco conocida, la de quien fué hija del gran estilista del castellano y finísimo espíritu Gabriel Miró.

120 págs. Ptas 125

Unicamente se ponen a la venta 100 ejemplares

Pida a su librero habitual. Si no lo tiene, a

INSULA
Carmen, 9

INSULA

LIBRERIA DE CIENCIAS Y LETRAS
Carmen, 9. - MADRID (13)

Se complace en facilitar a sus favorecedores la siguiente

Selección n.º 164-165 de LIBROS RECIBIDOS

que, salvo venta, tenemos a su disposición.

Al pedirnos alguno de los libros extranjeros anunciados en esta lista, agradeceremos se sirvan indicarnos si en el caso de que el libro estuviese agotado al recibirse su petición debemos hacer seguir el pedido a nuestros corresponsales.

MATUTE: Paulina, el mundo y las estrellas (Cuento para niños), 184 págs. Ptas. 45.
MARRERO: El cristo de Unamuno. 276 págs. Ptas. 60.
MENÉNDEZ PIDAL: La epopeya castellana a través de la literatura esepañola. 245 páginas. Ptas. 250.

JULIO COLON MANRIQUE
JULIO COLON GOMEZ

ARTE DE TRADUCIR EL INGLES

Obra útil para el traductor, indispensable al estudiante, necesaria al profesor y al periodista. No pretende sustituir a la gramática, sino completarla, con excepcional colección de ejemplos prácticos.

Vol. I. 126 páginas ... ... 40 ptas.
Vol. II. 190 páginas ... ... 65 ptas.

Distribuidora exclusiva:
INSULA
Carmen, 9 - MADRID

NARVIÓN: Historia de un perro borracho (Cuento para niños). 189 págs. Ptas. 45.
NOVAIS: Cristo-Federico. 184 págs. Ptas. 50.
OSORIO: El bazar de la niebla (Cuentos oníricos). 192 págs. Ptas. 40.
PÉREZ VALIENTE: Lo mismo de siempre (Poesías). 86 págs. Ptas. 50.
RILKE: Cartas a un joven poeta. Traducción del alemán y comentarios por Luis di Iorio y Guillermo Thiel. 75 págs. Pesetas 36.
ROSALES: Cervantes y la libertad. 387 páginas y 613 págs. (2 volúmenes). Pesetas 450.
SAINT-MARTÍN: Ligeramente negro. 168 páginas. Ptas. 40.
SALVADOR: El agitador. 276 págs. Ptas. 75.
SAN MARTÍN: Zirikadak. 151 págs. Ptas. 40.
SANZ: Las siete palabras (Poesía). 50 páginas. Ptas. 25.
SAROYAN: Es cosa de reírse. Trad. de Antonio Ribera. 200 págs. Ptas. 80.
Teatro sueco contemporáneo. Par Lagervist: El Rey. Ragnar Josephson: Quizá un poeta. Stig Dagerman: El condenado a muerte. Hjalmar Bergman: La familia Swedenhielm. Vilhelm Moberg: La mujer del hombre. 422 págs. Ptas. 125.
UNAMUNO: Por tierras de Portugal y España (5.ª edición). 133 págs. Ptas. 18.
URRUTIA: De Troteras a Tigre Juan. Dos grandes temas de Ramón Pérez de Ayala. 126 págs. Ptas. 40.
WALTARI: Marco el Romano. 502 págs. Pesetas 125.

LINGÜISTICA

CARPIO: Traducción y construcción escrita. 171 págs. Ptas. 50.
Diccionario de mejicanismos, por Francisco J. Santamaría. 1.197 págs. Ptas. 1.575.
FERRER PASTOR: Diccionario de la rima (en valenciano). 1.122 págs. Ptas. 400.
GRIERA: Vocabulario vasco (Ensayo de una interpretación de la lengua vasca. Tomo I: AAide-LLustro. 630 págs. Ptas. 900 (por suscripción).
PÉREZ DE VEGA: Las lenguas aborígenes. 169 págs. Ptas. 80.

FILOSOFIA, DERECHO, RELIGION, CIENCIAS SOCIALES

BAUMGARTEN: Psicología de las relaciones humanas en la empresa. xii-269 págs. Pesetas 160.
CLIMENT: El dios convertido. 181 págs. Pesetas 125.
DÍAZ BUISEN e IGLESIAS RAMÍREZ: Legislación social y su procedimiento. Comentarios. Jurisprudencia. Formularios. 950 páginas. Ptas. 400.
GALA VALLEJO: El crédito laboral. 284 páginas. Ptas. 135.
GALINO: Historia de la educación. Tomo I. Edades antigua y media. 596 págs. Pesetas 250.
Guía anual de la Industria y Comercio en Madrid. Madrid, 1960-61. 608 págs. Pesetas 400.
GUIRAND: Mitología general. 677 págs. 882 grabados, 8 láminas. Ptas. 620.
MAJADA: Cheques y talones de cuenta corriente. 301 págs. Ptas. 150.
MARTÍN-CHAUFFIER: L'ecrivain et la liberté. 69 págs. Ptas. 84.
PALOMAR LLOVET y ROVIRA MOLA: Las multas municipales en el Derecho español (disciplinas, gubernativas, fiscales y contractuales). 248 págs. Ptas. 150.
PERA VERDAGUER: Jurisprudencia administrativa y fiscal. 891 págs. Ptas. 375.
ROBRES LLUCH: San Juan de Ribera. Patriarca de Antioquía, arzobispo y virrey de Valencia (1532-1611). Un obispo según el ideal de Trento. 522 págs. Ptas. 215.
ROULE: Le caractère artificiel de la théorie de l'abus en droit International public. 170 págs. Ptas. 300.
SÁNCHEZ GIL: Deontología de ingenieros y directivos de empresa. 420 págs. Pesetas 190.
SIERRA BRAVO: La persona humana en el magisterio social de Pío XII. 332 págs. Ptas. 160.
TUDELA: Biografía de la prostitución. 164 páginas. Ptas. 60.
ZORRILLA (Angel): Introducción a la economía agrícola española en relación con Europa. 1.ª parte: Productos de mercado interior. 294 págs. Ptas. 375.

HISTORIA, BIOGRAFIA, GEOGRAFIA, VIAJES

ALARCÓN BENITO: María Cristina de Habsburgo. 224 págs. Ptas. 80.
ALVAREZ SIERRA: El Hipócrates de la medicina española. Biografía del doctor Marañón. 298 págs. Ptas. 175.
Archivo Militar General de Segovia. Indice de expedientes personales. Tono IV (Garci-H). 469 págs. Ptas. 400.
AZAOLA: Unamuno y su primer confesor. Conferencia pronunciada en Bilbao en los locales de la Biblioteca Provincial de Vizcaya el 14 de noviembre de 1958. 50 págs. Ptas. 25.
BERGOUNIOUX: La prehistoria y sus problemas. 386 págs. Ptas. 150.
FERNÁNDEZ ALVARES: El establecimiento de la capitalidad de España en Madrid. 28 páginas. Ptas. 20.
GIET: El apocalipsis y la historia. Traducción del francés por Florentino Pérez. 315 págs. Ptas. 150.
El Greco. Antología de textos en torno a su vida y a su obra. (Realizó la recopilación Manuel Villegas López.) 269 págs. Ptas. 30.
VON GUENTHER: Rasputín. 543 págs. Pesetas 50.
HERNÁNDEZ CASTAÑEDO: Chessman y su angustia. 205 págs. Ptas. 60.
INIESTA: La educación de Felipe II. 196 páginas. Ptas. 60.
INSERNI: Vida y obra de Jerónimo Villalzán. Edición crítica y anotada de «A gran daño gran remedio». 155 págs. Ptas. 50.
LAET: La arqueología y sus problemas. 206 páginas. Ptas. 60.
LLOVET: Oriente Medio (Premio Mariano de Cavia). 290 págs. Ptas. 100.
MARÍAS: Miguel de Unamuno. 220 págs. Pesetas 24.
MARTÍNEZ DÍEZ: El patrimonio eclesiástico en la España visigoda. Estudio histórico y jurídico. 200 págs. Ptas. 50.
NANDA: Gandhi. 400 págs. Ptas. 165.
NICHOLSON: William Cowper. 40 págs. Pesetas 28.
PARRA-PÉREZ: Mariño y las guerras civiles el 24 de enero. Tomo III. 396 págs. Pesetas 225.
PÉREZ FERRERO: Vida de Pío Baroja. 316 páginas. Ptas. 150.
PEDROL RÍUS: Los asesinos del general Prim (aclaración de un misterio histórico). 136 págs. Ptas. 50.
PRIESTLEY: Villiam Hazlitt. 38 págs. Pesetas 28.
ROMERO MURUBE: El Alcázar de Sevilla. Guía turística. 94 págs. Ptas. 40.
SERNA (Víctor de la): Nuevo viaje de España. La vía del Calatraveño (ensayo preliminar de Eugenio Montes. Ilustraciones de Gregorio Prieto). 175 págs. Pesetas 100.
UNAMUNO: Mi vida y otros recuerdos personales. II. 1917-1936. I. 1889-1916. Tomo II, 222 págs. Tomo I, 203 págs. Pesetas 90 (2 vols).
Valle de los Caídos. Guía turística. Pts. 30.

BELLAS ARTES, FOLKLORE, JUEGOS Y DEPORTES

CIRLOT: La escultura de Pablo Serrano. Ptas. 150.
FERNÁNDEZ CUENCA: Cine religioso, Filmografía crítica (1896-1959). 364 págs. Pesetas 90.
HOFMANN: La escultura de siglo XX. 240 páginas. Ptas. 85.
PRIETO (Gregorio): Castillos españoles en Italia (Diez dibujos y dos pinturas). Pesetas 150.
— Santander (Doce dibujos). Ptas. 150.
SWEENEY: Atmósfera Miró. Ptas. 250.
YBARRA Y BERGE: Catálogo de monumentos de Vizcaya. Dos tomos. 569 págs. 1.156 láminas. Ptas. 700.

CIENCIAS FISICAS, MATEMATICAS TECNICA

Enciclopedia Gassó de la Química, por Gabriel Moragas de Montis. 571 págs. Pesetas 98.
FONOLL ORTIZ: Instrumentos eléctricos de medida. 124 págs. Ptas. 50.
HERNÁNDEZ YZAL: Tratado de meteorología náutica. 475 págs. Ptas. 280.
LANGER: Trazado y composición de edificios. 211 págs. 205 figuras. Ptas. 300.
LE BRAS: Fundamentos de ciencia y tecnología del caucho. 462 págs. 216 grabados. Ptas. 265.
MARÍN BONELL y CUBERO CALVO: La televisión en 20 lecciones. 214 págs. Ptas. 140.
MAS SARRIO: Manuales y normas del instituto técnico de la construcción y del cemento. Cubiertas. 1.ª parte. 131 págs. Ptas. 60.
PALACIOS: Relatividad. Una nueva teoría. 261 págs. Ptas. 225.
RUCHART: Luz visible y luz invisible. 243 páginas. 137 figs. Ptas. 60.
SALAS LÓPEZ: Empleo táctico del armamento. 734 págs. Ptas. 300.

INDICE
de artículos y trabajos aparecidos en

INSULA
1946-1956

RECOPILADO POR CONSUELO BERGES

Catálogo, por orden alfabético, de todos los artículos, comentarios y reseñas bibliográficas publicados en los 121 primeros números de la revista.

Más de 7.500 trabajos reseñados. Una guía indispensable para consultar el resultado de once años de continuidad en la tarea crítica y bibliográfica de examinar la producción literaria española y extranjera.

114 páginas **Ptas. 70**

Los suscriptores de INSULA pueden solicitarlo al precio de 60 ptas.

(Depósito Legal, M. 210 - 1958)

ACTIVIDAD EDITORIAL DE **INSULA** TITULOS DISPONIBLES

Poesía

III. GIL, Ildefonso Manuel: **El tiempo recobrado.** Madrid, 1950. Un vol. de 75 págs. (21 × 15). Ptas. 20,—

Un libro de envidiable unidad y hondura. Poema que canta un tiempo pasado y recobrado, un ahora henchido de pura maravilla.

XII. ROMERO, Marina: **Presencia del recuerdo.** Madrid, 1952. Un vol. de 98 págs. (21 × 15). Ptas. 30,—

Un libro de poesía femenina, clara y comunicable, personal y sobria.

XIV. NORA, Eugenio de: **Siempre.** Madrid, 1953. Un vol. de 117 páginas (22 × 15). Ptas. 30,—

Otro gran libro de una de las revelaciones de la actual poesía.

XVI. MARTIN VIVALDI, Elena: **El alma desvelada.** Madrid, 1953. Un volumen de 133 págs. (22 × 15). Ptas. 40,—

Poesía íntima y emotiva como ha de ser la verdadera lírica.

XVIII. BUSUIOCEANU, Alejandro: **Proporción de vivir.** Madrid, 1954. Un volumen de 86 págs. (22 × 15). Ptas. 30,—

La crítica ha sublimado el lenguaje personalísimo y la intensidad lírica de este poeta, cuya PROPORCION está en el fervor y la pureza de expresión.

XVIII. Pérez CLOTET, Pedro: **Como un sueño.** Un vol. de 108 páginas (21 × 15). Ptas. 50,—

Más jugosa, más tersa y honda que nunca la poesía de este poeta de las soledades y las cimas andaluzas.

XXVI. MEDINA, Generoso: **Deslumbramiento.** Madrid, 1955. Un vol. de 100 págs. (21 × 15). Ptas. 50,—

El pulso joven y genesíaco de América late en estos poemas, sinceros y valientes como voces de la naturaleza.

XXVII. VOCOS LESCANO, Jorge: **Los aires y el destello.** Un vol. de 96 páginas (21 × 15). Ptas. 35,—

El amor, la fe, la amistad, son los principales motivos que canta el autor con voz traspasada de esperanza y de temblor humano muy actual.

XXX. COTE LAMUS, Eduardo: **Los sueños.** Madrid, 1956. Un vol. de 102 páginas (21 × 15). Ptas. 30,—

«Tengo sueños también de cuando en cuando.» Los sueños—o los ensueños—de este joven poeta colombiano son los que cristalizan en los poemas de este libro.

XXXI. BOUSOÑO, Carlos: **Noche del sentido.** Madrid, 1957. Un vol. de 117 págs. (21 × 15). Ptas. 40,—

Interrogándose acerca de la realidad fluyente e incierta del ser hombre, afirmó Bousoño, el lugar conquistado con su primer libro de poesías.

XXIV. ZARDOYA, Concha: **Mirar al cielo es tu condena** (Homenaje a Miguel Angel). Madrid, 1957. Un volumen de 113 págs., más láminas (20,5 × 14,5). Ptas. 70,—

Herrero de la piedra, poeta de la plástica, Miguel Angel ha inspirado poemas bellos y limpios como sus creaciones.

GUILLEN, Jorge: **Huerto de Melibea.** Un vol. de 32 págs. (29 × 21). Ptas. 40,—

Una nueva versión poética de la eterna tragedia de Calixto y Melibea al través de la sensibilidad de uno de los poetas fundamentales de hoy.

OTERO SILVA, Miguel: **Elegía coral a Andrés Eloy Blanco.** Madrid, 1959. Un vol. de 69 págs. (26 × 18). Ptas. 55,—

Canto elegíaco a un gran poeta venezolano, salido de la pluma de otro gran poeta, contemporáneo y compatriota suyo, con amplio aliento, en edición modelo.

ZARDOYA, Concha: **La casa deshabitada (Poesía). Madrid, 1959. Un volumen** de 147 págs. (20,5 × 14,5). Ptas. 70,—

Soledad trascendida de la casa vacía, que se consuela con las otras soledades que pueblan el mundo y en las que la soledad de amor de la petisa se diluye y transfigura.

MANRIQUE DE LARA, José Gerardo: **Pedro el Ciego.** Madrid, 1954. Un volumen de 1.288 págs. (20 × 14). Ptas. 30,—

Premio Ciudad de Barcelona 1954. Uno de los más importantes libros de la actual poesía. Creación de un personaje y sus sentimientos en un libro de gran fuerza lírica.

RUIZ PEÑA, Juan: **La vida misma.** Madrid, 1956. Un vol. de 133 páginas (22 × 14). Ptas. 40,—

Poesía que capta las más finas variaciones del paisaje y el ambiente, cambiantes y eternos como la misma vida.

ALONSO GAMO, José María. **Ausencia.** Un vol. de 92 págs. (20 × 14). Ptas. 35,—

Lírica ajustada a un anhelo de perfección formal. Modernidad y academicismo dentro de la original inspiración del poeta.

BRIN, J.: **Canción extranjera.** Poesía. Madrid, 1959. Un vol. de 61 páginas (21 × 14,5). Ptas. 50,—

Mitología de la ciudad actual. El último metropolitano evoca plásticamente la conciencia subterránea de la ciudad que gusta de ocultar su alma.

ROMERO, Marina: **Midas.** Madrid, 1954. Un vol. de 32 págs. (26×18). Ptas. 30,—

Un prolongado canto de amor, hondo en su ternura y sencillo en su expresión.

Narración

VIII. AYESTA, Julián: **Helena o el mar del verano.** Madrid, 1952. Un volumen de 91 págs. (21 × 15). Ptas. 50,—

Original y sorprendente libro de narraciones con calidad de alta poesía.

IX. MONTESINOS, Rafael: **Los años irreparables** (prosas en memoria de la niñez). Madrid, 1952. Un vol. de 124 páginas (22 × 15). Ptas. 25,—

Una mirada a los días de la infancia con la agilidad y gracia características de este joven poeta andaluz.

XIII. MUÑOZ ROJAS, José Antonio: **Las cosas del campo.** Poemas en prosa. Madrid, 1952. Un vol. de 119 páginas (22 × 15). Agotado.

«El libro de prosa más bello y más emocionado que yo he leído desde que soy hombre», ha dicho Dámaso Alonso de este libro de José Antonio Muñoz Rojas.

XIX. CORRALES EGEA, José: **Por la orilla del tiempo.** Madrid, 1954. Un volumen de 172 págs. (21 × 15). Ptas. 35,—

Once relatos siguiendo la infancia y la adolescencia de un hombre de hoy. Los problemas que abruman a nuestra época reflejándose en una individualidad.

XXI. RUIZ PEÑA, Juan: **Historia en el Sur.** Madrid, 1954. Un vol. de 142 páginas (21 × 15). Ptas. 30,—

Evocación de la infancia en estampas luminosas, por las que desfila una galería de tipos llenos de humanidad.

XXII. ROMERO MURUBE, Joaquín: **Pueblo lejano.** Un vol. de 170 págs. 21 × 15). Ptas. 50,—

Impresiones de un pueblo andaluz, sin pintoresquismo, en prosa limpia, sencilla, desbordante de lirismo.

XXIII. ZAMORA VICENTE, Alonso: **Primeras hojas.** Madrid, un vol. de 136 págs. (21 × 15). Ptas. 40,—

Imágenes de infancia revividas con la ternura nostálgica de la evocación y la riqueza expositiva del monólogo interior.

XXV. CASTRO CALVO, José María: **Ante el misterio y otros ensayos.** Madrid, 1955. Un vol. de 246 págs. 21 × 15). Ptas. 50,—

Novelas breves, sorprendentes por su penetración en el mundo de lo cotidiano que se eleva a trascendente y poético.

XXIX. BONNIN, Ana Inés: **Un hombre, dos corbatas y un perro.** Madrid, 1956. Un vol. de 134 págs. (21 × 15). Ptas. 45,—

Varios relatos breves y dos piezas dramáticas, reveladoras de gran originalidad creadora y un estilo personal.

RUIZ PEÑA, Juan: **Memorias de Mambruno.** Madrid, 1956. Un vol. de 133 páginas (19 × 12). Ptas. 25,—

Estampas, impresiones, descripciones, puestas en boca de Mambruno por el poeta y crítico Juan Ruiz Peña, quien desdobla su personalidad en tan interesante personaje, del que sólo conocemos su ideario y sensaciones.

LUISI, Clotilde: **Regreso y otros cuentos.** Madrid, 1953. Un vol. de 264 páginas (22 × 15). Ptas. 50,—

Imaginación y estilo atrayente en un libro de narraciones.

ALONSO AMAT, Fernando: **La boca tapada con agua.** Madrid, 1954. Un volumen de 163 págs. (21 × 15). Ptas. 45,—

Una solitaria isla de la costa gallega sirviendo de escenario a una interesante ficción novelesca.

HEINE, Enrique: **Memorias del señor Schnobelewopski.** Traducción de Carmen Bravo Villasante. Madrid, 1956. Un vol de 109 págs. (21 × 17). Ptas. 35,—

Delicioso librito del genial escritor alemán revivido en traducción impecable y jugosa, digna del texto original.

ALONSO AMAT, Fernando: **Iris y el viento.** Madrid, 1957. Un vol. de 260 páginas (21 × 15). Ptas. 60,—

Los viejos mitos, tan viejos como el hombre, renacidos en seres actuales, inspirándose esta renovación del mito en el extremado Finisterre español.

Ensayo, crítica literaria

IV. GULLON, Ricardo: **Cisne sin lago: vida y obra de Enrique Gil y Carrasco.** Madrid, 1951. Un vol. de 266 páginas (18,5 × 13). Ptas. 30,—

La primera biografía comprensiva y seguida al hilo de su obra, del romántico autor de «La Violeta» y «El señor de Bambibre».

VI. CASALDUERO, Joaquín: **Forma y visión de «El Diablo Mundo», de Espronceda.** Madrid, 1951. Un volumen de 154 págs. (21,5 × 15). Ptas. 30,—

Estudio moderno y personal de la más personal y vigente obra de Espronceda.

XXIV. CANO, José Luis: **De Machado a Bousoño.** Madrid, 1955. Un volumen de 230 págs. (21 × 15). Ptas. 60,—

Un panorama de la actual poesía española, de Antonio Machado a los valores más jóvenes, con la mayor justeza crítica y comprensión del ser lírico de los autores estudiados.

XXXV. PREDMORE, Richard: **El mundo del Quijote.** Madrid, 1958. Un volumen de 169 págs. (19 × 13). Ptas. 70,—

Locura y realidad dan perfiles y contextura al mundo quijotesco, un mundo tan amplio y rico en sugerencias que permite visiones nuevas tras lentas y meditadas lecturas.

XXXII. CARPINTERO, Heliodoro: **Bécquer de par en par.** Madrid, 1957. Un vol. de 182 págs. (21 × 15). Ptas. 65,—

Importante aportación al mundo becqueriano, con noticia de primera mano sobre el matrimonio del poeta y otros aspectos de su existencia en Soria, que dan una nueva luz a toda su figura.

XXXIII. LAPESA, Rafael: **La obra literaria del marqués de Santillana.** Madrid, 1957. Un vol. de 347 págs. (22,5 × 17). Ptas. 100,—

Enfoque nuevo y examen en su total integridad de la creación literaria de quien como poeta y como hombre encarna el ideal del dsiglo XV español.

CASALDUERO, Joaquín: **Sentido y forma del Quijote.** Madrid, 1949. Un volumen de 392 págs. (26 × 18). Ptas. 100,—

Trascenente aportación a la interpretación estilística de la genial novela.

XXXVI. URRUTIA, Norma: **De Troteras a Tigre Juan.** Madrid, 1960. Un vol. de 126 págs. (22,5 × 17). Ptas. 40,—

Dos grandes temas de Ramón Pérez de Ayala. El tema de España y el del amor, polos esenciales en la creación del gran novelista, estudiados con rigor y cariño.

XXXVII. MARTINEZ CACHERO, José María: **Las novelas de Azorín.** Madrid, 1960. Un vol. de 313 páginas (22,5 × 17). Ptas. 100,—

Las ideas del prosista en torno a la novela, refrendadas por el examen de sus dieciséis obras puramente narrativas desde «Diario de un enfermo» a «Salvadora de Olbena».

VARIA

PALACIOS, Julio: **De la física a la biología.** Un vol. de 136 págs. Madrid, 1947 (19 × 12). Ptas. 15,—

Aplicación a los estudios de la vida de los nuevos conceptos establecidos por la física atómica.

SHAKESPEARE: **Troilo y Cresida.** Traducción de Luis Cernuda. Un vol. de 218 págs. (21 × 14). Madrid, 1953. Ptas. 35,—

El más grande clásico inglés traducido por un gran poeta español de hoy.

CUADERNOS DE INSULA

I. **Homenaje a Cervantes.** Un vol. de 229 págs. (22 × 14). Madrid, 1948. Ptas. 35,—

Textos de Américo Castro, Joaquín Casalduero, William J. Entwistle, A. Rodríguez Moñino, Samuel Gili Gaya, Francisco Indurain, Jean Babelon, Matilde Pomes, José Manuel Blecua, Joseph M. Claude, A. Zamora Vicente, M. García Blanco, Stephen Gilman, Jaime Ibáñez.

II. **Teatro francés contemporáneo.** Un volumen de 110 págs. (23 × 16). Madrid, 1951. Ptas. 30,—

Textos: Gabriel Laplane, Paul Valery, Gabriel Marcel, H. R. Lenormand, J. I. Bernard, Paul Arnold, François Poulenc, Marie Helene Daste, Gaston Baty Georges Neveux, Louis Juvet, Georges Pillement, Armand Salacron, Marcel Thiebaud, Henry de Montherlant.

Los números romanos indican que los volúmenes pertenecen a la COLECCIÓN INSULA, *Verso y Prosa.*

OBRAS GENERALES

The annual Register of World Events. 126s.
DAHL: Histoire du livre. 170 illus. 352 págs.
PETERDI: Printmaking. 84s.

LITERATURA

BALZAC: Oeuvres completes. 3.700 págs. 500 illus. 3 vols. NF 120 (chaque).
BÄNZIGER: Frich und Dürrenmart. 232 Seiten mit zwei Portraits. DM 12.80.
BAUM: The harmony of Prose. An essay in English Prose Rhytm. 230 págs. $ 3,50.
BIEBER: The history of the Greek and Roman Theater. Completely revised and en larged ed. 352 págs. 865 illus. $ 15.
BREITHOLTZ: Die Dorische Posse im griechischen Mutterland vor dem 5 Jahrhundert. Hypothese oder Realität? I. Literarisches Beweismaterial. II Archäologisches Beweismaterial. 300 Smit 22 Ill.. Sw. kr. 32.
CABAU: Edgar Poe par lui même. «Ecrivains de toujours» NF 4.50.
CIORAN: Histoire et utopie. NF 6.50.
CORNEILLE: Théâtre complet. 3 vols. de 836; 836 y 796 págs. NF 9 (le vol.)
CURTIS: La parade. (roman). 304 págs. NF 12.
DANINOS: Un certain monsieur Blot. 288 páginas Ill. par Pierre Pages. NF 8.
DREISER: Siste Carrie. Edited by Claude Simson. xxiii-418 págs. $ 0.95.
GENET: Le Balcon, avec un avertissement de l'auteur. 246 págs. NF 9.
GREGOR: Le Pont. (roman.) (Traduit de l'allemand par S. et G. de Lalene). 256 páginas NF 7.50.
GUILLOUX: Les batailles perdues. NF 18.
GUYON: Péguy. 288 págs. NF 7,90.
HALFORD & HALFORD: Kabuki Handbook: A guide to understanding and Apreciation with summaries of Favorite Plays. ,Explanatory notes and illus. 510 págs. 34 —cuts. $ 3.50.
IWASZKIEWICZ: Mere Jeanne des anges. (Trad. du polonais par Georges Lisuwki) 206 págs. NF 8,70.
KHAYYAM: Les quatrains. Nouv. edit litérale suivie des notes et de la concordance persane en transcription. 104 págs. NF 9,90.
LO KUAN-CHUNG: Romance of the three kingdoms. (San Kuo Chik Yen-i) Transl. by C. H. Brewitt-Taylor. 1280 págs. Two vol. $ 12,50.
LUCERO & LEA: Literary Folklore of the Hispanic Southwest. (Best reference for folklore of the southwest adoptated by New Mexico State Schools). $ 3.50.
MALORY: King Arthur and his Knights. Edited by Eugène Vinaver. xxii-166 páginas $ 0.95.
MANN: Tonio Kröger. trad. de l'allemand par G. Maury. 240 págs NF 9.
NABOKOV: Invitation au supplice. Trad. du russe par Jean Priel. 264 págs. NF 9.
La Niciade, suite et des 24 Chants de l'Iliade. Chants XXV à XXX, trouvés et présentés por Paul-Yves Sebillot. 33 illus. une carte de la troade. 224 págs. NF 10.
NICOT: Trésor de la langue françoise avec grammaire franç. et latine. Recueil de vieux proverbes et index. Réprod, photographiques de l'édition de Paris de M. DC. XXI 960 págs. NF 100.
The Noh Drama: ten plays from the Japanese. Selected and translated by the Japanese Classies Translation Committe. $ 4.50.
ORIGÈNE: Esprit et feu. T. I: L'ame. Textes choisis et présentés par les dominicains d'Unterlinden. 167 págs NF 7,20.
OUDENRIJN: Linguae Haicanae Scriptores. Ordinis predicatorum Congregationis fratrum Unitorum et EF. armenorum. Ord S. Basilii citra mare Consistentium quotquot huc usque innotuerunt recensebat. 336 páginas DM 57,50.
Poems by Wang Wei. Translated by Chang Yin-Nan and Lewis C. Walmsley. 158 páginas illus. $ 3.
Collection Poetes d'aujourd'hui:
Núm. 73. Fernando Pessoa, par Armand Guibert. NF 5,40.
Núm. 74. Jehan Rictus, par Th. Briant. NF 5,40.
Núm. 75. Antonio Machado, par Tuñon de Lara, NF 5,40.
Núm. 76. Paul Fort, par Pierre Bearh, NF 5,40.
PRESCOTT: the poetic Mino. 328 págs. 16s.
RAMPO: Japanese tales of Mystery and imagination Transl, by Hames B. Harris. 232 páginas, 9 ills. $ 2.50.
RENAN: Oeuvres complètes. Tome IX Correspondance de jeunesse. 1.625 págs. NF 49.
RETO: Les origines et la formation de la littérature courtoise en Occident. (500-1200) Deuxième partie: La société féodale et la transformation de la littérature de Cour. 2 vols. NF 72.
REVEL: Sur Proust. Remarques sur «A la recherche du temps perdu». 249 págs. NF 9.90.
RUMBOLD ET STEWART: Saint-Exupéry, tel quel. NF 8,70.
SAGAN: Château en Suède. 176 págs. X NF 7,80.
SICILIANO: Les origines des Chansons de Geste. (Trad. de l'italien par P. Antonnetti 230 págs. NF 8,50.
STRICH: Deutsche Klassik und Romantik oder Vollendung und Unendlichkeit-Ein Vergleich. 374 S. DM 15,50.
STRIC: Goethe und die Weltliteratur. (2 ad.) 389 S. DM 20.
STEICH: Kunst und Leben. Vorträge und Abhandlungen zur deutschen Literatur. 242 págs. DM 18,50.
TREWIN: Plays of the year. Edited by Volume 21, 1959-60: *The amorous prawn* by Anthony Kimins; *A clean kill*, by Michael Gilbert: *Double Yolk*, by Hugh Williams; *Siwan*, by Saunders Lewis 18s.
VOVARD: Les Turqueries dans la littérature française. Le cycle barbaresque. 222 páginas NF 9.
ZOLA: Les Rougon-Macquat. T. I.: la fortune des Rougon. La curée. Le ventre de Paris. La conquête de Plassans. La faute de l'abbé Mouret. Texte intégral notes, introd. index par Armand Lanouz et Henri Mitterand. 1784 págs. NF 39.

INSULA

LIBRERIA DE CIENCIAS Y LETRAS

Carmen, 9. - MADRID (13)

Se complace en facilitar a sus favorecedores la siguiente

Selección n.º 164-165 de BIBLIOGRAFIA EXTRANJERA

quedando a su disposición para gestionar aquellos libros que puedan necesitar, comprendidos o no en esta selección.

LINGÜISTICA

ANDRÉ: Notes de lexicographie botanique grecque. NF 12.
BASSET: Article en dialectologie berbére. xxii-180 págs. NF 20.
BOND & WAGNER: Teaching the child to read. (3 ed.) 410 págs. 40s.
COLLINDER: Comparative Grammar of the Uralic Languages. 419 págs. 5 maps. Kr. 58.
DOBLHOFER: Le Déchiffrement des écritures. Trad. de Monique Bittebierre. 350 págs. 94 figs. NF 22.
KAZIMIRSKI: Dictionnaire arabe-français. 2 vols. 3.030 págs en total. En suscripción: NF 100.
MARTIN: Easy Japanese: A direct approach to Immediate Conversation. 320 págs. $ 1,50.
REID: Historical Philology and linguistic Science. An Inaugural Lecture delivered before the University of Oxford on 10 November 1959. 26 págs. 3/6.
SANDRY ET CARRÈRE: Dictionnaire de l'argot moderne (5 ed. revue et mise à jour) 298 págs. NF 4,80.
SCHNEIDER: L' expression des complements de verbe et de nom et la place de l'adpectif epithète en Guëze. NF 12.
VAN HAERINGEN: Netherlandic Language Research. Men and Work in the Study of Dutch Second ed. viii-120 págs. 2 fig. Gld. 10.
VILBORG: A tentative Grammar of Mycenaean Greek. 120 págs. Sw. kr. 21.

FILOSOFIA, DERECHO, RELIGION, CIENCIAS SOCIALES

ALVAREZ: Le droit international nouveau. Son ecceptation. Son étude. 136 páginas NF 10.
ARISTOTE: Politique. I. Livres I-II. 465 páginas NF 18.
BALINT: Le médecin, son malade et la maladie. NF 18.
L'humanisme dans les arts plastiques. NF 15.
BEHAR ET JOUVION: Les enfants problèmes. 158 págs. NF 5.
BERR: Du scepticisme de Gasendi. 128 páginas. NF 5,25.
BRILLOUIN: La science et la théorie de l'information. 302 págs. 74 figs. et 14 tableaux. NF 48.
BUNCE: Religions in Japan. 208 págs. $ 3.
CARRE: Etude empirique sur l'evolution des structures d'économie en etat de croissance (et perspectives nouvelles pour la formulatiom des programmes de développement) NF 6.
CAVES: Trade and Economic Structure. Models and Methods. 324 págs. tables and diagrams. 48s.
CHAUCHARD: Le cerveau et la conscience. NF 4,50.
COMBART DE LAUWE: Psychopathologie sociale de l'infant inadapté. xii-276 págs. NF 16.
The I Ching, or Book of changes, The Richard Wilhelm translation from Chinese into German rendered into English by Cary F. Baynes. Foreword by C. G. Jung. 2 vols. 376 págs. $ 10.
CORNEVIN: Histoire des peuples de l'Afrique noire. 716 págs. 47 photog. NF 30.
DANIELOU: Le polytheisme. 620 págs. 8 h.t. NF 8,70.
DANIEL-ROPS: L'église des révolutions. En face de nouveaux destins. 1066 págs NF 19.
DE KONINCK: The Hollow Universe. 140 páginas 12/6.
DUCOT: Présence et absence de l'être (Philosophie de l'esprit) NF 18.
DURAND: Traité des transports internationaux. 517 págs. NF 38.
ELIADE: Le Yoga, Inmortalité et liberté. Patañjali et les Yoga-Sutra-Techniques de méditation - Les chemins de la liberté - Histoires des pratiques yogiques - Le Yoga Bouddhiste - Le Hatha Yoga, le tantrisme, l'alchimei, l'érotique, mystique, le chamanisme. NF 15.
EVANS: Men and Moments in the history of Science. 234 págs. illus. $ 5.
FREITAG: Atlas du monde chrétien. L'expansion du christianisme à travers les siècles. 32 cartes historiques. 600 illus. 600 notes encyclopédiques., index alphabétique. NF 59, 50.
FREUD: Psychopathologie de la vie quotidienne. NF 11.
FRIEDMAN: A program for monetary Stability. $ 2.75.
GOODENOUGH: Jewish Symbols in the Greco-Roman Period. 1-3 The archaeological evidence from Palestine anr the Diaspora. xviii-300; xii-323; xxxv-10 págs. 1.209 illus. $ 25. 4: The problem of Method; symbols of Jewish cult. xiii-235 págs. 117 illus. $ 7.50. 5-6: Fish, bread and wine. xxii-205; xii-261 págs. 269 illus. $ 15. 7-8: Pagan symbols in judaism. xviii-239 págs. 291 illus; xii-282 págs. 168 illus. $ 15. (La obra quedará completa en 1962 con otros dos volúmenes.)
GRAVE: The Scottish Philosophy of Common Sense. 260 págs. 35s.
HESSEN: Augustins Metaphysic der Erkenntnis. x-297 S Gld. 18.
JAMES: Mythes et rites dans le prochain Orient Ancient. 320 págs. 20 NF.
JENNY: Les fraudes en comptabilité. 200 páginas NF 14,50.
KAKUZO: The book of tea. 134 págs. 7 plates. $ 2.50.
KLOOSTERBOER: Involuntary Labour since the abolition of slavery. A survey of Compulsory Labour throughout the world. viii-216 págs. Gld. 25.
LALIBERTE & WEST: The History of the Cross. 72 págs. 50 illus. in six colours. 3 guineas.
LENZ: The Aristeides Prolegomena. Gld. 25.
LEPOINTE: Les rapports de l'eglise et de l'état en France (Que sais-je?) 128 páginas NF 2.
LONGEVIALLE: Les tensions dans l'entreprise, frein ou moteur? 156 págs NF 9,20.
LOVEJOY: Essays in the history of Ideas. 384 páginas. $ 1.45.
MAAS & ENGLER: Children in need of parents. 480 págs. 50s.
MALEVILLE: Une politique sociale de la jeunesse. 168 págs. NF 5,30.
MERLE: L'homme et la verticale. 214 págs. NF 10.
MEYNAUD: Les groupes de pression. 128 páginas (Que sais-je?) NF 2.
MOREAU: L'Horizon des esprits. Essai critique sur la phénomenologie de la perception. 140 págs. NF 8.
MUCCHIELLI: Le jeu du monde et le test du village imaginaire. Les mécanismes d'expression dans, les techniques dites projectives. NF 25.
OAKES: The two crosses of Todos Santos. Survival of Mayan Religious Ritual. xiv-274n págs. 22 plates. 5 text-figures. $ 5.
PELLE-DOUELL: Saint-Jean de la Croix et la nuit mystique. 192 págs. NF 4,50.
PHOTIUS: Bibliothèque. Tome II. 424 páginas NF 22.
REMOND: Les catholiques, le communisme et les crises (1929-1939) Tendences, réactions, influences de la Presse Catholique d'avant-guerre. 288 págs. 52 illus. NF 7,50.
ROYCE: The world and the individual. Vol. I: xxii-588 págs. Vol. II: xvii-480 páginas $ 4.50 (set).
SAADIA: Le marché commun et son comlat. 239 págs. NF 25.
SALOUSTIOS: Des dieux et du monde. 136 páginas NF 9.
SARTRE: Esquisse d' une théorie des émotions. 67 págs. NF 6.
Supplements to Vetus Testamentum. Edited by the Board of the Quaterly: vi-360 páginas 5 illus. 1 map. Gld. 46 (For subscribers: Gld 34.)
Le Talmud de Jérusalem. Trad. française avec notes par M. Schwab. Douze parties reliées en six volumes (pres de 4,200 páginas Nouv. ed. intégrale comprenant en outre *Le traité des Bérakoth* du Talmud de Babylone et des appendices sur la Mischnâ: Prix de souscription (pour les six volumes) NF 240.
TURIN: L'education et l'école en Espagne de 1874 à 1902. Libéralisme tradition. 454 págs. MF 18.
VERGES, GOURREGE et ZAVRIAN: Le Droit et la colère (Analyse acérée et accesible du nouveau droit institué par la France à l'égard des musulmans d'Algérie) 180 páginas NF 6,90.
WATSON: Economic Policy: Business and Government. 829 págs. $ 7,50.
WEISTEIN: The self-image of the foster child. 80 págs. $ 2.
WHITEHEAD: Modes of Thought. 256 páginas $ 1.15.
ZAZZO: Manuel pour l'examen psychologique de l'enfant. «Actualités pédagogiques et psychologiques». NF 33.

HISTORIA, BIOGRAFIA, GEOGRAFIA, VIAJES

ADAMS: A Community in the Andes. Problems and progress in Muquiyauyo. 268 páginas illus. $ 4.75.
BRYANS: Madeira: Pearl of the Atlantic. 192 págs. illus. 18s.
DOLLOT: La France dans le monde actuel (Que sais-je?) NM 1,95.
Etudes d'Archéologie classique. II iv-147 páginas 39 pl. NF 40.
FABRA-LUCE: Histoire de la Révolution européenne.. (1919-1945) 356 págs. NF 9.
FISTIE: Singapour et la Malaisie. (Que sais-je?) 128 págs. NF 1.95.
FRANKLAND: Documents on international affairs 1957. 556 págs. 70s.
FURON: Causes de la répartition des êtres vivantes. Paleogéographie, Biogéographie dynamique. 108 págs. 15 figs. et cartes. NF 10.
GAUTIER: La Chevalerie. Ed. préparée et adaptée par Jacques Lebron. 368 págs. 180 illus. NF 23,90.
GURDJIEFF: Recontre avec des hommes remarquables. Trad. du russe par Jeanne Salzman et Henri Tracol. 360 págs. NF 13.
HALEVY: Dégas parle... NF 6,60.
HAMMOND: A history of Greece to 322 B. C. 714 págs. illus. maps. 35s.
HARMAND: L'Occident romain Gaule - Espagne - Bretagne - Afrique du Nord. (31 av. J. C. a 235 ap. J. C.) 15 cartes. NF 28.
HASLIP: Le sultan. La tragedie d'Abdul-Hamid. 272 págs. NF 9,90.
HESNARD: L'oeuvre de Freud et son importance pour le monde moderne. Préface de Maurice Merleau-Ponty. NF 22.
HIBBEN: L'homme préhistorique en Europe, Paléolithique, Mésolithique, néolithique. NF 22.
JOFFROY: L'Oppidum de Vix et la civilisation hallstattienne finale dans l'Est de la France. 210 págs. MN 20.
KARAN: Nepal. A physical and cultural Geography. 112 págs. 44 maps. 60 illus. $ 10.
KEMBLE: Napoleón immortal. The Medical history and private life of Napoléon Bonaparte. 320 págs. illus. maps. 28s.
LAPEYRE: Géographie de l'Espagne morisque. 304 págs. NF 23,50.
LAVEDAN: Histoire de Paris. (Que sais-je?) 128 págs. NF 2.
LEHMANN: Samothrace. 1 the ancient literary sources (Edited and transl. by Naphtali Lewis) xvi-149 págs. 2 plates. $ 7.50. 2: Part I: The inscriptions on stone (by P. M. Fraser.) Part II: The inscriptions on ceramics and minor objects (by Karl Lehmann) I: 150 págs. 29 plates $ 8.50. II: 155 págs.; text figures, 13 plates. $ 8.50. Both parts $ 15.
Mémoires du Comte Beugnot. 1779-1815. Notes et introduction de Robert Lacour-Gayet. 352 págs. illustrées hors texte. NF 19,50.
MOMMSEN: Medieval and Renaissance Studies. 368 págs. 40 half-tone plates. 46s.
MORAES: The revolt in Tibet. 224 págs. ill. 27/6.
Oxford regional Atlas. The Middle East and North Africa. Prepared by the Economist intelligence Unit limited and the Carthographic Department of the Claredon Press. viii-64 págs. of maps 15-page Gazetteer plus 56 págs of notes statistics, etcétera 42s.
PORTER, MOSS & BURNEY: Topographical Bibliography of ancient egyptian Hieroglyphic texts, reliefs and paintings. (2. ed.) I; The Theban Necropolis; Part I Private tombs. (The Griffith Institute) 522 págs. plans and maps. £ 10. Principautés du Golfe Persique (Koweit, Bahrein, Qatar, Côte de la Trève, Mascate) NF 26.
RAMBOVA: Mythological Papyri. Texts translated with introduction by Alexander Piankoff. Edited with a chapter on Symbolism by——— Part I: xviii-221 páginas 1 plate 70 text-fig. Part II: 9 páginas 30 plates (1 color) $ 35.
RAMBOVA: The shrines of Tut-ankh-Amon. Texts translated with introduction by Alexander Piankoff. xxii-149 págs. 3 facsimiles 64 plates 50 test-figs. $ 17.50.
RAMBOVA: The Tomb of Ramesses VI/ Texts translated with Introduction by Alexander Piankoff. Part I xx-441 págs. 2 plates 157 figs. Part II: 14 págs. 196 plates. $ 27.50.

(Pasa a la página siguiente.)

(Viene de la página anterior.)

RIBEAUD: Barricades pour un drapeau (Alger, 24 janvier 1960). NF 9,50.
RUBINOWICZ: Journal d'un enfant juif (21 mars 1940 - 1 juin 1942) Traduit du polonais par Georges Lisowaki. 176 págs. 16 p. h. t. NF 10,17.
SAVANT: Talleyrand. 352 págs. NF 21.
SAVILL: Alexander the Great and his time. 322 págs. illus. 18s.
SERGHERAERT: Syméon le Grand (893-927) 204 págs. NF 15.
STREET: Artigas and the emancipation of Uruguay. 420 págs. illus. 52/6.
TENENTI: Naufrages, corsaires et assurances maritimes à Vénise. 1592-1609. 645 páginas 11 pl. ill. h. t. NF 40.
TOLLES: Quakers and the Atlantic culture. 175 págs. $ 3.95.

JUEGOS Y DEPORTE BELLAS ARTES, FOLKLORE,

ALAURENT: Traité pratique de décoration céramique. 336 págs. NF 20.
ALOI: Architteture per lo spetacolo. Salles de spectacle. Texte en quatre langues. 564 págs. 799 ill. 21 en cul. NF 132.
ALOI: Arte funeraria d'oggi. L'art funéraire d'aujourd'hui. Texte ital. 578 ill. 2pl. en coul. 312 págs. NF 60,50.
ALOI: Camini d'oggi. Cheminées d'aujourd' hui. Texte en 4 langues. 360 ill. 18 coul. 359 págs. NF 71,50.
ALOI: Esposizioni. Architettura allestimendi. Expositions, architécture et aménagement. Textes ital. et angl. 730 ill. 54 pl. 386 páginas NF 88.
ALOI: Mercati e negozi. Marché et magasins. Textes ital. et angl. 774 ill. 9 pl. en coul. 408 págs. NF 82,40.
ALOI: Mobili tipo. Mobilier. Texte en quatre langues. 611 ill. 11 en coul. 380 pags. NF 60,50.
ALOI: Nuove architectture a Milano. Nouvelle architecture à Milan. Textes ital. et angl. 901 ill. 56 en coul. 428 págs. NF 99.
ALOI: Scuole. Etoles. Textes ital. et angl. 348 págs. 7 pl. NF 77.
ARTHAUD, HEBERT-STEVENS, CALI: L'art des conquistadors. Le baroque américain et les sociétés coloniales d'Amérique latine du XVI au XIX siècle. 130 págs. de texte 181 héliogravures en noir, 4 photos en 5 coul. 21 dessins in-texte en noir Pages de titre et 4 cartes in-texte en noir: Vice Royauté de la Nouvelle Espagne, Vice-Royauté de Terre Firme et du Pérou, Vice-Royauté de la Plata et Brésil, L'Empire espagnol d'Amérique. NF 52.
BÉRANGER: Ingmar Bergman et ses films. Nouv. edit. augm. 100 ill h. t. NF 15.
BERTRAND: A la recherche des éléphants sauvages. 06 págs. illustrées en héliogravure, 4 págs. en coul. NF 8.

DICCIONARIO

FRANCES-ESPAÑOL

Y

ESPAÑOL-FRANCES

POR

FEDERICO DEL VALLE ABAD

Doctor en Filosofía y Letras Catedrático

852 y 921 páginas, que reúnen cada uno más de CIENTO CUARENTA MIL palabras, términos técnicos y científicos, de argot, locuciones, etc., en la disposición más práctica y moderna

EL DICCIONARIO QUE SE HARA INDISPENSABLE A TODO TRADUCTOR Y ESTUDIANTE

Encuadernado en tela 150 ptas.

DEL MISMO AUTOR:

INFLUENCIA ESPAÑOLA EN LA LITERATURA FRANCESA

Ensayo crítico sobre Juan Rotroa (1609-1650)

260 páginas. 50 ptas.

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO:

I N S U L A

Carmen, 9 - MADRID

BRION: Ces Palais ou Dieu habite. L'architecture religieuse de 1400 à 1800. 125 páginas ill. NF 3,50.
CABIATI: A. Palladio. I quatro libri dell'architettura. Les quatre livres d'arcitecture d'Andrea Palladio. Texte ital. 332 páginas NF 38,50.
CARNE: Traité pratique d'équitation. NF 15.
CLARK: The Nure: a study in ideal form. xxii-458 págs. $ 7.50.
GOBIN: L'art expressif au XIX siècle français. 120 réprod. NF 75.
GOMBRICH: Art and illusion. A study in the Psychology of Pictorial representation xxxii-466 págs. 320 illus. (18 in col) $ 10.
GRADMANN: Phantastik und Komik. 137 páginas 33 Abb. 32 Tafeln Band I Frs. s. 18.65.
GUMERE: The Popular Ballad. 260 different ballads. $ 1.65.
HERZOG: Le dictionnaire des sports. 280 páginas NF 12.
Idea and form. Studies in the history of Art (Figures, Nova Series, I) ix-296 páginas ill. Sw. kr. 40.
Japanese Arts, What & Where? A practical Guide to the art Treasures of Japan. 176 páginas $ 2.50.
Japanese Ceramics. 15s.
KYROU: Le surréalisme au cinéma. NF 12.
MAI-MAI SZE: Tha Tao of Painting. A study of the ritual Disposition of Chinese painting with a translation of the Chieh Tzu Tüan Hua Chuan (Mustard Seed Garden Manual of Painting) xxii-161; xxxvi-587 páginas 2 vols. $ 25.
MALHOMME: Corpus des gravures rupestres du Grand Atlas (1 partie) Préf de l'abbé Breuil. xii-156 págs. ill. NF 21.
MICHENER: Japanese Prints: from the early Masters to the Modern. 270 págs. 50 color plates. 200 b. and w. plates. $ 15.
NESBITT: Decorative Alphabetsand Initials. 123 full-page plates 3924 initials, 192 paginas. $ 2.25.
PICARD: De la désintégration des formes dans l'art moderne. 104 págs. illustré NF 7,50.
READ: The art of sculture. xxxii-152 páginas. $ 7.50.
SAMUEL: Prokofiev. 100 images. 192 páginas (Solfèges) NF 4,50.
SARTORIS: Encyclopédie de l'architecture. Vol. I. Ordre et climate. méditérranéens, 693 págs. 692 ill. NF 99.
SARTORIS: Encyclopédie de l'architecture. Vol. II: Ordre et clima nordiques 737 ill. 788 págs. NF 110.
SARTORIS: Encyclopédie de l'architecture. Vol III: Ordre et climats américains 800 ill. 740 págs. NF 99.
SAUNDERS: Mudra. A study of Symbolic Gestures in Japanese Buddhist Sculpture. xxiv-294 págs. $ 7.50.
SPELTZ: Styles of Ornament. $ 2.25.
STERN: Compréhension de l'art enfantin. 83 páginas ill. NF 5.
VAN TIEGHEM: Technique du Théâtre (Que sais-je?) 128 págs. NF 2.
WADSWORTH: Desing motifs of the Pueblo Indians. $ 5.
VON SIMSON: The Gothic Cathedral. Origins of Gothic Architecture and the Medieval concept of Order. xxiv-307 págs. 43 plates. 22 text figures. $ 7.50.
WEYL: Coloured glasses. 541 págs. 158 figures and tables. £ 2-15.
WOOD: Flower arrangement art of Japan. 125 págs. $ 2.75.
YOSHIMURA & HALFORD: The japanese art of Miniature Trees and lanrscapes. 220 páginas 270 plates. 25 in color, 42 diagrams. 340 plant descriptin. $ 7.50.

CIENCIAS BIOLOGICAS, MEDICINA

BLACKLEY: Experimental researches on the causes and nature of Catarrhus Aestivus (Hay-fever or hay-asthma) 202 páginas $ 4.50.
BLAIS: Flore pratique. 312 págs. 520 ill. 11 figs. NF 12.
BLINEAU: Le Chien de berger allemand. Historique, Standard. Utilisation. Elevage. Pathologie. 61 págs. 23 figs. NF 4.
Comment réaliser son jardin. 36 pl. dont 8 en coul. NF 21.
CUNY: Cerveaux et maladies mentales. NF 4,80.
CROW: Genetics notes. 151 págs. ill. $ 3,60.
DAUBRESSE: Dermatose eczémateuse des mains et accidents du travail. Essai l'interprétation clinique, thrérapeutique et juridique. 96 págs. 2 fis. NF 6.
DE JONG: The neurologic examination. Incorporating the fundamentals of neuroanatomy and neurophysiology. $ 20.
Ecologie des algues marines (Coloque international, Dinard, 20-28 septembre 1957) NF 22.
ETIENNE-MARTIN ET KLÉPPING: Le foie alcoolique. De l'Hépatite à la cirrhose alcoolique. 162 págs. 7 figs. 10 tabl. NF 20.
FARAU ET SCHAFFER: La Psychologie des profondeurs. Des origines à nos jours. Les precurseurs de Freud.—Freud et la psychanalyse.—Adler et la psychologie individuelle comparée.—C. G. Jung.—Les écoles mineures.—L'analyse existentielle.—Reflexologie et intentionnalité.—Les méthodes.—La thérapie sociale.—La Psychiatrie.—La Médecine Psychosomatique. 216 páginas NF 13.
FOUQUET: La méningite tuberculeuse et son traitement. Introd, de R. Turpin. 236 páginas 33 figs. NF 30.

GAUSE: The search for new antibiotics. 125 páginas 10 figs. $ 4.75.
GAUTHERET: La culture des tissus vegétaux. Techniques et réalisations. 884 págs. 438 figs. NF 105.
GLEES: Morphologie et phylogie et physiologie du système nerveux. Trad. française d'après l'édition allemande par le docteur P. A. Chatagnon et S. M. Castagnol. 583 páginas 149 figs. NF 60.
GRACIANSKY ET BOULLE: Atlas de dermatologie en coul. 401 illus. Texte: 1.300 páginas NF 750.
HOLLINSHEAD: Anatomy for surgeons. 3 vol. I: The Head and Neck 572 págs. 326 illus. 6 in color. $ 12. II: Thorax, abdomen and pelvis. 965 págs. 1.109 illus. 63 in color. $ 20. III: The Back and Limbs. 901 págs. 785 illus. 138 in col. $ 23.50.
ISRAEL: Diagnosis and treatment, of menstrual disorders and sterility. 680 páginas 148 illus. (2 in col) $ 15.
LEHMANN: L'évolution des vertèbres inférieurs (Quelques problèmes) 196 páginas 94 figs. NF 12.
LEIFSON: Atlas of Bacterial Flagellation. 171 págs. 443 photomicrograph. $ 7.
NATAF, LEPINE, BONAMOUR: Oiel et virus. Viroses oculaires. Manifestations ophtalmologiques des maladies à virus (Rapport présenté à la Société française d'ophtalmologie, mai, 1960) 1.024 págs. 127 figs. 20 pl. h. t. NF 140.
RILEY: Gynecologic Endocrinology. 349 páginas. 72 illus. 1 plate. $ 8.50.
ROSENBAUM & BELKNAP: Work and the heart. 537 págs. illus. $ 12.
SCHADE: Gastric Cytology. Principles, Methods and result. viii-80 págs. 139 figures. 35s.
SEMMES, WEINSTEIN, GHENT, TEUBER: Somatosensory changes after penetrating brain Wounds in man. 128 págs. 9 line cut graphs. $ 5.
SHLAIFER: Synopsis of Glaucoma for optometrists. 89 págs. illus. $ 5.
SUGAR: The glaucomas. 526 págs. 164 illus. $ 13,50.
THIERI, OERI: Antikoagulantien in der Chirurgie. Kurzfaster Leirfade. 54 S Frs. s. 6.50.
VIENNOT-BOURGIN: Rapport du sol et de la végétation (premier colloque de la Société botanique de France, juin. 1959) 184 páginas 10 fig. et tabl. NF 24.
WAGNON, ALBAUGH, HART: Beef Cattle Production. 544 págs. $ 8.50.
WAIFE & SHAPIRO: The clinical evaluation of new drugs. 233 págs. $ 7.50.
WILLMER: Cytology and evolution. 440 páginas $ 10.

CIENCIAS FISICAS, MATEMATICAS TECNICA

ALDER & ROESSLER: Introduction to probability and statistics. 256 págs. Illus. $ 3.50.
The art of Chinese Cooking by the Benedictine Sisters of Peking. 112 págs. 76 ill. $ 2.
BINNENDIJK: Properties of Double estars. A survey of Parallaxes and Orbits. 350 páginas 167 figs. 9 plates 100s.
BLET: Photopiles au sélenium. xiv-150 páginas NF 11.
BRILLOUIN: La Science et la théorie de l'information. 302 págs. 72 fig. 14 tabl. NF 4.50.
BRUNELET: Les Rayonnements ionisants. Calculs tecniques. Tables de valeurs numériques à l'usage des ingénieurs, radiologues, officiers. Texte en quatre langues: français, anglais, italien, espagnol. 74 páginas NF 10.
BUCKSCH: Dictionaire pour les travaux publies, de Bâtiment et l'équipement de chantiers de construction (anglais-français). 420 págs. NF 38.
CHAPMAN: Heat transfer. 464 págs. $ 9.
CHARLOT, BADOZ-LAMBING ET TREMILLON: Les réactions électrochimiques. Les Méthodes électrochimiques d'analyse. 396 páginas 407 figs. NF 60.
DAY: Introduction to Laplace transforms for radio and electronic engineers. 208 páginas 32/6.
DECAUX: La mésure précise du temps en fonction des exigences nouvelles de la science. 126 págs. 10 figs. 12 planches h. t. NF 13.
DELTHEIL ET HURON: Statisque mathématique. 224 págs. NF 4.50.
DENIS-PAPIN ET KAUFMANN: Cours de mathématique supérieures appliquées. T. IV Elements de calcul informationnel. (C. Cullmann) 128 págs. NF 12.
DESTOUCHES ET AESCHLIMANN: Les systèmes de corpuscules en théorie fonctionnelle 128 págs. NF 21.
FAUQUET: Histoire de la rayonne et des textiles synthétiques. 270 págs. NF 16.
FINKBEINER: Introduction to matrices and Linear transformations. 256 págs. $ 6.50.
FURON: La Paléogéographie. 408 págs. NF 40.
Génie atomique. T, I: Généralités sur la physique nucléaire. La néutronique dans les reacteurs. Protection contre les rayonnements. 950 págs. 284 figs. 14 ill. 107 tablaux. NF 190.
GRIFFIN: An Introduction to Mathematical Analysis. 546 págs. $ 5.25.
KENT: Differential and Integral calculus. 528 págs. $ 6.75.
LLIBQUTRY: Physique de base pour biologistes, médécins géologues. 368 págs. 279 figures NF 38.
10 montages modernes à transistors. NF 5.40.

CARLO BO

LA POESIA

DE

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

El «Andaluz universal» fué rotundo al referirse a este libro; le consideraba el más importante de cuantos estudios conocía en torno a su vida o su obra. De hecho es un repaso sobrio, valorativo, siguiendo paso a paso el caminar lírico del poeta moguereño. Se acompaña con una bien seleccionada antología.

168 Págs. Ptas. 40

DISTRIBUCION EXCLUSIVA

INSULA

CARMEN, 9 MADRID, 13

PECKER, SCHATZMAN: Astrophysique générale. 756 págs. 396 figs. NF 120.
Polythene. The technology and uses of ethylène. Polymers. 786 págs. 93 plates 165s.
PRESS: Man-made textile Encyclopedia. 944 páginas 561 illus. 360 tables. $ 27.50.
QUEVRON ET LAUDET: Recueil d'exercises d'électricité (avec solutions) T. II: Electrostatique et courants alternatifs sinusoidaux. 206 págs. 65 figs. NF 13.
SAWYER: A concrete approach to abstrast algebra. 233 págs $ 1.25.
STEEDS: Mechanics of Road vehicles 287 páginas 198 illus. 35s.
TAILLE: La terre et la lune. (Que sais-je?) 128 págs. NF 2.
TERMIER: Paléontologie stratigraphique. 4 vols. Fasc. I: Introduction. Antécambrien. Cambrien. Ordovicien. Silurien. 116 páginas 687 figs. 12 tabl. NF 30. Fasc. II: Dévonien. Carbonifère. Permien. 222 páginas 762 figs. NF 30.
THWAITES: Incompressible Aerodynamics. An account of the theory and observation of the Steady Flow of Incompressible Fluid past Aérofoils, Wings and ather bodies. 656 págs. 259 text-figures. 75s.
VAUCOULEURS: L'exploration des galaxies voisines par les méthodes iptique et radio-électriques. 156 págs. 47 figs. 6 tableaux 18 planches. h. t. NF 16.
WALSH & TSAO: Electron tube life factors. 173 págs. $ 9.50.

COLECCION CESARAUGUSTANA

publicada por la Cátedra Zaragoza, de la Universidad de Zaragoza:

"LA SERAFINA"

de JOSE MOR DE FUENTES

Edición, prólogo y notas de *Ildefonso Manuel Gil*

Novela de interés excepcional, reflejo de la Sociedad española de fines del setecientos, en el alba del romanticismo.

202 págs. Ptas. 60

"VIDA DE PEDRO SAPUTO"

de BRAULIO FOZ

Edición, prólogo y notas de *Francisco Yndurain*

De *Quijote* de la literatura regional aragonesa calificó Menéndez Pelayo esta novela emparentada con la picaresca, injustamente olvidada desde su aparición en la época romántica.

236 págs. Ptas. 70

Dos libros distribuídos por

NSULA

Carmen, 9

MADRID

GRAFICAS BENZAL.—Hartzenbusch, 9.—Madrid.